

PEQUEÑOS INVASORES DE LOS SEMBRADOS



Por su pequeñez. astucia y ligereza, los ratones campestres son muy difíciles de cazar; y como, además, se propagan con rapidez asombrosa, constituyen un gran peligro para los campos cultivados.

El Tesoro de la Juventud

O

Enciclopedia de Conocimientos

COLABORADORES ESPECIALES

Dr. Estanislao S. Zeballos
DOCTOR EN DERECHO, PUBLICISTA, EX MINISTRO DE ESTADO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, ETC., ETC.

Alberto Edwards
EX MINISTRO DE HACIENDA DE LA REPÚBLICA DE CHILE

Dr. Abel J. Perez
INSPECTOR NACIONAL DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, EN LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Dr. Ismael Clark y Mascaró
EX PROFESOR DE LA ESCUELA NORMAL DE LA HABANA

Dr. José Enrique Rodó
ESCRITOR CRITICO Y POLITICO URUGUAYO

Adolfo D. Holmberg
NATURALISTA DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Louis G. Urbina
EX DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉJICO

Dr. Paulino Fuentes Castro
ABOGADO PERUANO—DIRECTOR DEL "DIARIO JUDICIAL" DE LIMA

PRINCIPALES SECCIONES EN QUE SE DIVIDE LA OBRA

La Historia de la Tierra
América Latina
Nuestra Vida
Los «Por Qué»
Cosas que Debemos Saber
Los dos grandes Reinos de la Naturaleza
Hombres y Mujeres célebres
Los Países y sus Costumbres
Los Libros Célebres
Juegos y Pasatiempos
Narraciones Interesantes
Poesía
Hechos Heróicos
Lecciones Recreativas

TOMO XX

W. M. JACKSON, Inc., EDITORES

LONDRES
BUENOS AIRES
MEJICO
MADRID
MONTEVIDEO
HABANA
NUEVA YORK
RIO DE JANEIRO

C. H. SIMONDS COMPANY, Impresores, BOSTON,
Estados Unidos de Norte América

ÍNDICE DEL CONTENIDO DE ESTE TOMO

NOTA: Como sería demasiado extenso el hacer referencia a cada uno de los muchos y variados asuntos tratados en las páginas de este volumen, sólo se ponen aquí los títulos de los capítulos y de las principales secciones que comprenden algunos de ellos. En el gran Índice General, al final de la obra, se da una vasta lista de cuanto contienen todos los volúmenes.

La Historia de la Tierra

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

EN el seno del éter, como en el del aire y en el del agua, pueden producirse ondas, las cuales, si bien se propagan todas con la misma velocidad, se repiten, según los casos, con más o menos frecuencia. Lo propio sucede tratándose de las ondas sonoras, de manera que obtenemos una gama o escala de esas ondas cuya frecuencia también varía. Asimismo es posible imaginar que hay una gama o escala de ondulaciones etéreas, y si pudiésemos tocarlas, veríamos que las notas más bajas o « graves » corresponden a las ondas eléctricas, cuya frecuencia es escasa; hallaríamos más arriba las ondas que producen el calor; luego las luminosas, desde las del color rojo hasta las del violeta; y por último, sin duda alguna, las ondas que corresponden a lo que llamamos rayos X o de Röntgen. En ese teclado etéreo no puede incluirse el sonido, porque sus ondas no se producen en el éter, sino siempre en un medio material, como el aire o el agua. Existen, no obstante, muchos puntos de semejanza entre las ondas sonoras y las etéreas, debido, sencillamente, a que a ambas les son aplicables las leyes fundamentales del movimiento ondulatorio.

LA GAMA MARAVILLOSA

LAS ONDAS INVISIBLES A QUE SE DEBEN LA LUZ Y EL COLOR

LA luz es un sistema de ondas transmitidas por el éter, y sabemos que estas ondas difieren mucho, por su movimiento, de las ondas sonoras. Estas últimas consisten en una especie de pulsación o vaivén que se efectúa en la misma dirección en que se propaga la onda; mientras las ondas de la luz se deben a un movimiento de vaivén, cuya dirección forma un ángulo recto con el camino que sigue el rayo luminoso. Tratándose de la luz ordinaria, ese movimiento se efectúa lo mismo de un lado a otro que de arriba abajo; pero, desde luego, nos haremos cargo de que es posible que haya una clase de luz en que todas las ondas se muevan de arriba abajo, y otra en que se muevan todas exclusivamente de un lado a otro. También debería ser posible separar de entre las varias ondas que componen un rayo de luz, las que se mueven de un lado a otro formando con la dirección del rayo un ángulo determinado.

Esto puede hacerse, efectivamente. Cuando la luz atraviesa ciertas clases de cristales, al parecer del todo transparentes, la mayor parte de las ondas resultan interceptadas y únicamente prosiguen su camino las que se mueven en determinada dirección.

Este fenómeno notabilísimo es conocido con el nombre, por cierto muy inadecuado, de polarización. La misma luz que viene del cielo está más o menos polarizada, pues el número de ondas no es igual en todas las direcciones. Si trazásemos en un papel una especie de estrella compuesta de multitud de líneas que se cruzaran en el centro, el movimiento de esa estrella al acercarse o alejarse del papel, semejaría el de un rayo de luz, y las líneas representarían algunas de las innumerables direcciones seguidas por las ondas luminosas.

Ahora bien; si una cosa por el estilo de esa estrella camina en determinada dirección, es posible que encuentre algún obstáculo en el cual haya una rendija o hendedura vertical, horizontal o inclinada, formando algún ángulo; en tal caso, quedarían interceptadas todas las ondas, excepto las que se moviesen en el sentido de la hendedura o rendija —las cuales la atravesarían, formando un rayo de luz polarizada. No se notaría en ella, a simple vista, diferencia alguna; pero puede demostrarse que existe una diferencia empleando otros procedimientos. No hemos de figurarnos que una rendija verdadera pueda producir ese efecto en un rayo luminoso, pero podemos de ese modo formarnos alguna idea de lo que ocurre cuando se polariza la luz.

La luz del cielo está polarizada, hasta cierto punto, pero el mejor ejemplo de polarización es la que ocurre cuando la luz atraviesa un cristal de espato de Islandia, cuyo aspecto no ofrece nada de particular; y a pesar de que parezca transparente, es opaco para todas las

ondas luminosas, salvo las que forman con la superficie del cristal un ángulo determinado. Las leyes del movimiento ondulatorio son las mismas para todas las ondas en lo que se refiere a muchísimos particulares; pero si nos damos bien cuenta de la inmensa diferencia que hay entre las ondas sonoras y las ondas luminosas, en lo tocante a la dirección del movimiento, comprenderemos que la polarización es un fenómeno propio de la luz y nada más que de la luz. El movimiento de pulsación especial que caracteriza a las ondas que producen el sonido, no puede ser polarizado.

COSAS QUE PARECEN TRANSPARENTES Y QUE NO DEJAN PASAR LA LUZ

Cuando la luz está polarizada, únicamente atravesará ciertas cosas que parecen transparentes en condiciones determinadas. Si, por ejemplo, ha atravesado un cristal de espato de Islandia, pasará a través de otro cristal de esta misma substancia, siempre que las aristas del primero sean paralelas a las del segundo; pero en cuanto se tuerce un poco este último, la luz ya no puede pasar.

Es como si un hombre muy alto pasara por una puerta estrecha, aunque de altura suficiente; podría, desde luego, atravesar un número cualquiera de estas puertas; pero si se encontrase con otra ancha y baja, en vez de estrecha y alta, tendría que detenerse. Esto nos dará una idea de lo que sucede cuando un rayo de luz polarizada es interceptado por un cristal, al parecer transparente.

Sabemos que en lo que respecta al sonido hay una cosa que se llama diapasón o altura. El piano tiene varias notas dispuestas de un modo regular, desde los tonos más bajos a los tonos más elevados. Sabemos también que la altura de estas notas depende del número de ondas por segundo a que corresponden, y que cuando el número correspondiente a una nota es doble del que corresponde a otra, la primera estará una octava más alta que la última.

LAS ONDAS SONORAS Y LAS ONDAS LUMINOSAS

Un piano comprende generalmente siete octavas, a las que alguna vez se añaden tres notas más. No haría falta que fuese mucho más grande para que se extendiera en ambas direcciones más allá del límite de lo perceptible por el oído del hombre, pues ese límite no excede de once octavas, salvo para oídos de gente muy joven. Conviene que lo tengamos presente, porque es fácil de recordar y porque nos ayudará a hacernos cargo de muchos hechos relativos a la luz, así como también al color. Si la luz consiste en ondas de éter, el número de estas ondas puede variar, como cuando se trata del sonido, lo cual debiera significar que la luz, lo mismo que el sonido, tiene altura o diapasón. Así es, efectivamente, si bien se da el caso de que el número de ondulaciones efectuadas por la luz en un segundo es millones de veces mayor que las que corresponden al sonido. Claro está que, como tratándose de este último, el número de ondas puede ser muchísimo más grande en unos casos que en otros, y aun el doble, dando entonces por resultado una clase de luz, cuyo tono, por decirlo así, será una octava más alto que el de la otra. Esto podría producirse, y se produce, efectivamente, en las dos direcciones; pero lo interesante es que, mientras el oído percibe hasta once octavas de sonido, la vista sólo puede percibir, poco más o menos, una octava de luz.

Se nos ocurre, pues, preguntar: ¿qué diferencias hay en la luz que corresponda a las diferencias de tono de los sonidos? Y la contestación es que lo que equivale al tono en el caso de la luz, es el fenómeno maravilloso, conocido con el nombre de color.

LAS DIFERENCIAS DE LUZ QUE LLAMAMOS COLORES

El color de la luz es su tono o diapasón, y al recorrer con la vista los colores del espectro, desde el rojo hasta el violeta, es como si oyésemos tocar a alguien una octava en el piano. Ahora bien; en el sonido, sabemos que ciertas

notas se componen en realidad de varias, si bien, claro está, es posible obtener una nota formada únicamente de ondas de la misma velocidad o frecuencia. Los diapasones dan notas de ese género; pero las cuerdas del violín o del piano, así como la voz humana, producen notas compuestas de una mezcla de distintos tonos.

Asimismo es posible obtener una luz compuesta enteramente de ondas de un solo tono, y otra formada de una mezcla de ondas de tonos distintos. Los diferentes colores difieren mucho entre sí en lo tocante a la diversidad de ondas de que están compuestos; y nuestra vista lo tiene en cuenta al manifestar alguna preferencia o aversión por ciertos colores.

Conviene, pues, tener presente que el color es el tono de la luz, del mismo modo que puede decirse que el tono es el color del sonido.

Sabemos que, examinando el espectro, si bien los varios colores pasan de uno a otro por gradaciones imperceptibles, no por eso dejamos de distinguir un corto número de colores definidos, a los que damos determinados nombres. No obstante, es preciso reparar bien en que esto es sólo una apariencia, debida a la conformación especial de nuestra mente. El color, en realidad, depende del número de ondas que se producen en el espacio de un segundo; dentro de los límites de nuestra visión, el número de ondas por segundo puede variar hasta lo infinito; y a cada uno de esos números corresponde realmente una luz de otro color, si nuestros ojos pudieran verla. De modo que, en realidad, hay millones y millones de colores, a pesar de ser tan pocos los que percibe nuestra vista.

LAS ONDAS LARGAS QUE PRODUCEN LA LUZ ROJA Y LAS ONDAS CORTAS QUE PRODUCEN LA LUZ VIOLETA

Así como varía el número de ondas por segundo, varía también el tamaño de esas ondas. A este tamaño se le da el nombre de amplitud; y según la regla aplicable a esa clase de movimiento ondulatorio, la amplitud será tanto mayor cuanto menor sea el número de ondas por segundo; y cuanto mayor sea este número, es decir, la frecuencia de las ondas, menor será la amplitud. Por consiguiente, en lo que se refiere a la luz que podemos ver, la más oscura, o sea la roja, que apenas es visible, es la que está producida por ondas de menor frecuencia y de mayor amplitud; mientras la violeta se compone de las ondas más rápidas y de amplitud más escasa.

Conviene, por supuesto, no confundir el número de ondas por segundo con la velocidad con que se propága la luz. Un hombre de elevada estatura, cuyas piernas sean muy largas, y un niño de piernas cortas, pueden correr uno junto a otro exactamente con la misma rapidez; pero el niño dará tal vez tres pasos mientras el hombre sólo da uno. De un modo algo parecido se propagan las distintas clases de luz con la misma velocidad; pero las ondas de la luz violeta corresponden a los pasos cortos y precipitados del niño, mientras las ondas de la luz roja corresponden a los pasos largos y lentos del hombre.

POR QUÉ PUEDE VER LA CÁMARA FOTOGRÁFICA CIERTAS COSAS QUE NO PERCIBE LA VISTA

El estudio de la amplitud de las ondas luminosas ofrece sumo interés, porque se refiere a la pequeñez de las cosas que podemos llegar a ver. El tamaño de las ondas de la luz es tan pequeño que cabrían varios miles de esas ondas en el espacio de un centímetro. Ahora bien; cuando se trata de distinguir objetos muy diminutos por medio del microscopio, la cuestión de la amplitud de las ondas luminosas es cosa de suma importancia. Cuanto menor es la amplitud de la onda, más cerca podrán estar uno de otro dos puntos determinados, sin dejar de ser visibles, separadamente, por medio de esa clase de luz; pero puede ser que estén tan juntos que, si luego se los mira valiéndose de una luz compuesta de ondas más largas, será imposible distinguirlos uno de otro y aparecerán como una sola cosa. De manera que, en igualdad de condiciones, hay gran diferencia entre lo que podemos ver mediante una luz amarilla, cuyas ondas sean algo largas, y lo que

vemos mediante una luz azul, cuyas ondas son mucho más cortas.

Lo malo es que nuestros ojos son más sensibles para los rayos que corresponden a las ondas largas, las cuales, por este motivo, son las menos adecuadas para distinguir objetos diminutos. No sucede lo propio, sino todo lo contrario, tratándose de la placa sensibilizada de una cámara fotográfica; la impresionan mucho más las ondas cortas que las de gran amplitud. De manera que en los casos en que nuestra vista no es suficiente, puede emplearse, hasta cierto punto, la cámara fotográfica en unión del microscopio para discernir, mediante la luz violeta, objetos que por ser tan diminutos no pueden verse de otro modo.

EL EFECTO EXTRAÑO DE LOS MARAVILLOSOS RAYOS DE RÖNTGEN

Todos hemos oído hablar de los rayos X, a los que con frecuencia se da el nombre de su inventor, el profesor Röntgen. El los llamó rayos X, porque ignoraba su naturaleza, y ya sabemos que la X es la letra con que se indican en el álgebra las cantidades desconocidas. Es probable, si bien aun no es seguro, que en realidad son rayos de luz de un tono, digámoslo así, muy agudo; acaso una octavo más alto que los rayos violeta.

No sabemos todavía cuántas ondas por segundo componen los rayos X ni cuál es la amplitud de esas ondas. Se dice que algunas personas los perciben, aunque muy débilmente. De todos modos, fué un error el suponer que los rayos de Röntgen eran todos iguales, pues los hay de varias clases que difieren tanto entre sí como la luz roja de la luz violeta, y probablemente por el mismo motivo.

Al principio se consideraban los rayos X como una curiosidad; luego se vió que eran útiles, porque al pasar a través del cuerpo, las sombras que proyectan las distintas partes de dicho cuerpo ofrecen a los médicos indicaciones valiosas; por último, se averiguó que esos rayos producían efectos muy notables y maravillosos en los seres vivientes, e incluso en nosotros mismos. Claro está que cuando esto se hubo averiguado, se concedió gran importancia al estudio de los rayos de Röntgen, y los sabios se esforzaron por descubrir cuántas clases había y los efectos diversos que producen en el organismo humano.

Más abajo de los rayos rojos están situados, según es sabido, los que corresponden a las radiaciones caloríficas. También éstos difieren mucho entre sí, y un gran sabio americano, que se dedica al estudio del asunto, ha descubierto cosas maravillosas relativas a dichas radiaciones. Esos rayos no son visibles y tienen que estudiarse mediante procedimientos especiales. Se los puede estudiar, por ejemplo, por medio del calor que producen; así es que ese sabio inventó un instrumento de maravillosa sensibilidad, que no viene a ser, ni más ni menos, que un termómetro, si bien muchísimo más sensible que el más perfecto de los termómetros usuales. Valiéndose de este instrumento ha podido estudiar detalladamente las radiaciones caloríficas, demostrando que difieren entre sí y que forman un extenso espectro parecido al de la luz visible.

Este espectro, claro está, es la continuación del otro, y contiene como él ciertas líneas o espacios que corresponden a las rayas oscuras del espectro visible.

LA GAMA DE ONDAS INVISIBLES A QUE SE DEBEN LA ELECTRICIDAD Y LA LUZ

La gama maravillosa de las ondas etéreas se extiende todavía más allá de los rayos caloríficos. Las ondas inferiores son más lentas y de mayor amplitud. Las conocemos principalmente por sus propiedades eléctricas, pues son ondas de electricidad; esas ondas que corren por el éter en el interior de los alambres telegráficos o telefónicos, así como aquéllas que sin alambre alguno se emplean en la telegrafía sin hilos. Es de suma importancia y utilidad el que nos hagamos perfectamente cargo de que basta recorrer la gama de las ondulaciones para pasar de las de la luz visible a las que producen la corriente eléctrica.

Ahora bien; este hecho sólo puede significar que la luz y la electricidad son tan parecidas una a otra como los sonidos que produce la octava media de un piano y los que producen las notas bajas del extremo del teclado.

Puede emplearse con propiedad la palabra sonido para nombrar ambas cosas, pues se trata realmente de lo mismo. Podríamos decir, por consiguiente, que las ondas eléctricas son ondas luminosas que no podemos ver; pero no es ésta la manera más adecuada de formularlo. La expresión que debe emplearse es la de « teoría eléctrica o electro-magnética de la luz ». La luz, según esta teoría, es una especie de electricidad. Todas esas ondas etéreas, que recorren el espacio con enorme velocidad, son realmente del mismo género, y la palabra electricidad puede aplicárseles en conjunto.

LAS ONDAS LUMINOSAS QUE IMPRESIONAN NUESTROS OJOS Y LAS ONDAS QUE IMPRESIONAN LA PIEL

Se da el caso de que nuestro cuerpo tiene ojos, que poseen la propiedad de ser impresionados por esas ondas eléctricas dentro de los límites aproximadamente de una octava; y a esta octava le damos el nombre de luz. Pero realmente es electricidad. Otras ondas eléctricas, por ser más largas y de menor frecuencia, nos producen una impresión distinta; no impresionan los ojos, sino la piel, y acaso nos produzcan el efecto de una sacudida.

Las ondas eléctricas, incluso las que son luminosas, se propagan en línea recta y todas con una velocidad determinada. Lo mismo que tratándose del sonido, de la fuerza de gravitación o de la fuerza magnética, la intensidad de la luz decrece rápidamente a medida que nos alejamos del punto en que se produce. Si la distancia se duplica, la intensidad será cuatro veces menor; si se triplica, lo será nueve veces; y así sucesivamente. En una palabra, la intensidad de la luz, como la de todas aquellas otras cosas, varía en razón inversa del cuadrado de la distancia.

Los rayos de luz, como las radiaciones caloríficas, son absorbidos por ciertas substancias, mientras otras los dejan pasar o los reflejan en su superficie.

Nadie sabe todavía a qué se deben esas diferencias en lo tocante a la influencia que ejercen sobre la luz. Hay ciertos puntos, no obstante, respecto de los cuales no cabe duda alguna.

DE QUÉ MODO SE PIERDE LA LUZ AL CONVERTIRSE EN CALOR

Uno de ellos es el hecho de que la luz no es destruída cuando la absorbe algún cuerpo, pues sabemos que en el universo no hay nada que pueda ser destruído. Lo que ocurre en todas partes, lo mismo dentro de nuestros cuerpos que en toda la inmensidad, no es un proceso de destrucción, sino de transformación; y en este caso, la luz es transformada en calor. Este hecho viene a ser el mismo que el que tan bien conocemos, o sea que se ponen calientes los objetos en que da el sol, sobre todo si son de color oscuro. Sabemos también que cuando un cuerpo deja pasar la luz, las ondas luminosas se propagan por el éter contenido en dicho cuerpo, como, por ejemplo, a través del vidrio o del cristal. Por muy transparente que sea una substancia nunca deja pasar toda la luz que recibe. Este principio es aplicable al cristal más claro y más pulido, lo mismo que a la parte delantera de nuestros ojos.

POR QUÉ SE REFLEJA NUESTRA CARA EN LAS VENTANILLAS DE UN TREN

Prueba de que esas cosas no son del todo transparentes es que, según como las miremos, se reflejarán en su superficie nuestras caras, o cualquiera otra cosa, según se observa en las ventanillas de un tren cuando pasa por un túnel, o en los ojos de las demás personas. Las imágenes que se forman de este modo demuestran que la luz ha sido reflejada hacia nuestros ojos, y que, por lo tanto, el objeto no es del todo transparente.

A pesar de que no sepamos por qué reflejan la luz ciertas cosas y otras no, conocemos las leyes de la reflexión. Estas leyes son aplicables no sólo a la luz sino al calor y al sonido; y cual-

quiera que haya jugado al billar, o simplemente a la pelota, habrá observado fenómenos parecidos a los de la reflexión.

Sabido es que, si tiramos una pelota de frente contra una pared, volverá en línea recta hacia nosotros; si la tiramos de sesgo, retrocederá según una línea oblicua, que formará con la pared el mismo ángulo que la línea que siguió al chocar contra ella. Si una bola de billar va a chocar suavemente contra el borde, siguiendo una dirección dada, será rechazada según una línea que formará con la banda el mismo ángulo que su dirección primera. El ángulo comprendido entre esta dirección y la perpendicular, levantada en el punto en donde se verifica el choque, se llama ángulo de incidencia; y la ley aplicable en estos casos, lo mismo que al tratarse de la luz, es que el ángulo de incidencia es igual al ángulo de reflexión.

DE QUÉ MODO EL OJO HUMANO Y LA LINTERNA MÁGICA MODIFICAN LA DIRECCIÓN DE LA LUZ

Hay otra cosa que le ocurre a la luz, lo mismo que al sonido y que a los rayos caloríficos, y se llama refracción. Conviene no confundir esta palabra con la de «reflexión», que significa «doblar hacia atrás», mientras que refracción viene a significar algo como romper o quebrar hacia atrás. Cuando un rayo de luz pasa de un medio a otro, siempre es roto o refractado; y esa refracción obedece a ciertas leyes. Tiene suma importancia, pues únicamente a ella es debido el hecho de que veamos las cosas. Toda la parte delantera del ojo viene a ser un maravilloso mecanismo, cuyo objeto es refractar los rayos que penetran en él, de manera que vayan a dar en la retina o telón, situada detrás del ojo, de tal suerte que sobre su superficie se forme una imagen clara del objeto que estamos mirando. Se emplean, con el mismo fin, lentes de diversas clases. El uso de todas ellas, como el del microscopio, el del telescopio y el del objetivo de una linterna mágica, se fundan en su facultad de refractar los rayos luminosos.

Las varias substancias tienen distintos poderes refringentes. El diamante, por ejemplo, desvía mucho más que el agua los rayos que lo atraviesan, siendo debido a este hecho el que sea una joya tan brillante.

Pero los mismos rayos de luz difieren entre sí en lo tocante a su refrangibilidad o facultad de ser refractados, y el célebre experimento de Newton se funda en la refracción. Su prisma no era más que un medio de refractar los rayos de luz que atravesaban por él; y el éxito de su experiencia fué debido a que cada una de las distintas clases de luz es refractada en mayor o menor grado, siguiendo una variación regular. La producción del espectro depende enteramente del fenómeno de la refracción.

¿POR QUÉ NO VEMOS NUNCA LAS ESTRELLAS EXACTAMENTE EN EL LUGAR EN QUE SE HALLAN?

Si se nos pregunta que por qué son refractados los rayos de luz cuando atraviesan de un medio a otro, contestaremos que, hasta cierto punto, el hecho puede explicarse. La velocidad de las ondas luminosas sufre una ligera modificación al pasar por una substancia diferente, y esa modificación es más o menos grande, según los rayos de que se trate. La regla aplicable en esos casos nos enseña que la luz sufre un retraso tanto más grande cuanto mayor es la densidad de la substancia atravesada.

Cuando la luz que ha recorrido el espacio vacío se encuentra con nuestra atmósfera, sufre, al penetrar en ella, un retraso y una desviación. Como consecuencia de esta refracción, producida por el aire, no vemos ningún astro en donde está realmente, sino en un punto algo más elevado; y percibimos el sol cuando se halla debajo del horizonte, porque sus rayos son refractados al pasar por la atmósfera.

Cuando pasa del aire al agua, la luz sufre una refracción todavía mayor, lo cual se debe a que las ondas luminosas se propagan algo más despacio a través del agua que a través del aire, por ser aquélla más densa.

Hemos visto que la refracción produce colores, mediante la descomposición de la llamada luz blanca. Pero también, en cierto modo, produce colores la reflexión, pudiendo decirse que de ella dimanan cuantos colores hay en el mundo.

Es cierto que la luz del sol tiene su espléndido color propio, pues si bien la llamamos blanca, es más bien de matiz dorado; y también es verdad que los objetos luminosos, como las llamas o el fuego, tienen colores distintivos, porque la luz que producen contiene una proporción crecida de rayos rojos o de rayos amarillos, de rayos verdes o de rayos violeta. Pero dejando esto a un lado, la tierra y los cuerpos que hay en ella, ostentan colores sin que sean luminosos de por sí; y estos colores están producidos por la reflexión de la luz blanca que va a dar en su superficie.

Esta luz que se refleja en ellos sufre, por decirlo así, una especie de selección. Un cuerpo blanco no ejerce selección alguna, y a esto justamente se debe el que sea blanco, pues refleja todos los rayos de luz. Como que no es luminoso, no produce nada, pero devuelve cualquier género de luz que vaya a dar en él. Si lo iluminamos con luz roja, será rojo; si la luz que lo ilumina es la mezcla que llamamos luz blanca, será blanco también. En esto estriba la diferencia principal entre los cuerpos luminosos y los que no lo son.

Bastará con que reflexionemos un momento para darnos cuenta de las dificultades que ha de ofrecer el estudio de la luz. El del sonido, en su comparación, es una cosa sencillísima, a pesar de que en uno y otro caso se trate de ondulaciones y que a ambos les sean aplicables ciertas leyes. El sonido, al fin y al cabo, consiste en ondas de la materia, y al estudiarlo, no hemos de traspasar los límites de nuestros conocimientos de dicha materia, si bien, claro está, esos límites son muy estrechos. Pero la luz, a pesar de que la produce la materia, consiste en ondas del éter; la materia puede reflejarla y refractarla, eligiendo las varias partes de que se componen sus rayos para refractarlas de distintos modos, reflejarlas o absorberlas. Aun la misma materia transparente, como ocurre con los vidrios de colores, absorbe ciertas clases de luz, al propio tiempo que deja pasar otras. De manera, que no sólo hemos de estudiar los fenómenos del éter, acerca del cual sabemos muy poca cosa, sino que a cada momento nos hallamos ante problemas relativos a las relaciones entre ese éter y la materia ordinara.

Esos varios problemas están todavía por resolver y serán objeto, durante muchos siglos, de las investigaciones científicas.

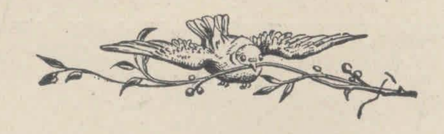


Este grabado nos muestra la notable propiedad, llamada doble refracción, que posee el espato de Islandia; y por efecto de la cual las palabras escritas en el papel que hay detrás del cristal aparecen duplicadas. Si se tuerce el cristal hasta que forme cierto ángulo con su posición primitiva, resultará opaco y ya no se verá nada a través de él, según nos lo indica el aspecto de los extremos del cristal que representa el grabado.

Hay un ramo muy importante del estudio de la luz, acerca del cual podrían escribirse muchas obras, y que trata sencillamente de las leyes a que obedece la refracción de la luz.

Este estudio requiere el auxilio de las matemáticas, y se llama óptica matemática; no tiene tampoco límites, y su importancia es grandísima, porque en él tiene su fundamento el empleo del microscopio, el del telescopio y el de todas las distintas clases de instrumentos ópticos.

Falta, además, estudiar el gran descubrimiento de los tiempos modernos, y es el de que la luz viene a ser electricidad, lo cual significa que no podemos realmente hacernos cargo de ella, sin antes estudiar todas las clases de ondas eléctricas. Cuantos hechos hemos averiguado tocante a la luz son de naturaleza eléctrica, y todo hecho relativo a la electricidad contribuye a facilitarnos el estudio de la luz. Ningún descubrimiento habrá sido tan celebrado como lo será seguramente el de que, la luz que llena el universo, es una especie de electricidad y de magnetismo.



EL CAMPANARIO Y LA NUEZ

HABIENDO llevado la corneja una nuez a un elevado campanario, desprendióse ésta del pico en que estaba prisionera, y, cayendo en una hendidura del muro, suplicó a éste que la socorriese, por el favor que Dios le había otorgado de ser tan eminente y elevado, y de poseer tan hermosas y nuevas campanas.

«Ya que no he podido caer, decía, bajo las verdes ramas de mi anciano padre, y ser cubierta, en la abonada tierra, por las hojas que de él se desprendan, no me dejes abandonada, pues, al encontrarme en el pico de la corneja, hice voto de que, si escapaba del peligro, terminaría mis días en un agujero».

Movieron a compasión al muro estas palabras, y dejóla estar en el lugar en que había caído. Pero, al poco tiempo, la nuez comenzó a germinar y a introducir sus raíces por las hendiduras de las piedras, y a extenderlas y a echar ramas fuera de su escondrijo; y elevadas éstas, en breve, sobre el edificio, y engrosadas las retorcidas raíces, abrieron éstas brecha en los muros, arrojando de su antiguo sitio a las envejecidas piedras.

Entonces el campanario, tarde e inútilmente, lloró la causa de su desgracia, y, resquebrajándose, a no tardar, acabó por desmoronarse gran parte de él.

LA GOLONDRINA

UNA golondrina (que era muy joven e imitaba cuanto se le ponía delante de los ojos) vió unas hormigas que llevaban granos a sus viviendas.

—¿Qué hacéis?—les preguntó.

—Hacemos provisión para el invierno —respondieron.

—Esto es de sabios—pensó la golondrina:—yo quiero hacer como ellas.

Dicho y hecho: cazó tantas arañas y moscas cuantas pudo y las llevó al nido.

—¿Qué haces tú?—le preguntó su madre.

—¿Qué?—respondió la hija.—Hago provisión para el invierno, que será duro. Lo he aprendido de las hormigas.

—Deja, deja esa prudencia a las hormigas de la tierra. Tú eres un pájaro de los aires. Hija mía, nosotras tenemos alas; y, cuando aquí es invierno, podemos buscar en otros países la primavera. Dios nos ha hecho así.



EL PARQUE CENTRAL DE LA HABANA, CON LA ESTATUA DE JOSÉ MARTÍ

HOMBRES EMINENTES DE CUBA

LOS primeros hombres notables de Cuba tuvieron que dedicar todas sus fuerzas al problema interior. Todas las manifestaciones de su capacidad tuvieron que converger a un solo punto: la situación política, intolerable, del país.

Los que vinieron después y existen aún, apenas empiezan a ser originales.

Deliberadamente aquéllos se dedicaron a batallar; insensiblemente éstos tienen que ir (en términos generales) acopiando todavía elementos, para luego, con surtido, orientaciones y propósitos, ir destacando su personalidad, determinar escuela, si bien hay ya la tendencia.

Nutridos hasta ayer, mentalmente, nuestros hombres, con la ciencia, el arte y la literatura de segunda mano que les daba la Colonia, con una preceptiva clásica que imponía por modelos forzosos, e inatacables, autores que escribieron cuando el habla española tenía una estructura diferente a la actual, con grandes remanentes todavía del «romance», se tenía inconscientemente el servilismo de pluma, el formalismo filosófico, la rutina científica, la pobreza artística, mientras se protestaba contra la tiranía del acero.

Indirectamente, a salto de caballo, se copiaba la literatura francesa, al través casi siempre de la traducción española, que más que traducción era españolización.

Hoy se lee más, se ensancha el círculo, se conocen las manifestaciones politécnicas de Francia, Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos, etc.

Antes no podía ser muy notado al Exterior un cubano eminente, porque sólo podía ser un creyente que se arrojaba entre las ruedas del carro; ahora no puede serlo tampoco, porque se está nutriendo. Al presente asoman las originalidades.

Rodeados de aquellas vallas, y en esta gestación los cubanos, sin embargo, más de uno ha ocupado puesto prominente, no ya en los fastos de su país, sino en la consideración del mundo civilizado.

Francia, Inglaterra y los Estados Unidos no sólo admiraron sino que tuvieron en cuenta los notabilísimos trabajos de Don José Antonio Saco; los naturalistas extranjeros conocen y siguen a Don Felipe Poey; en todas partes obtuvo una admiradora simpatía el general Antonio Maceo: la Cámara Italiana le

dedicó un homenaje a su muerte, si bien es creíble que más se recompensaba su valor y su dignidad que sus conocimientos tácticos; los libros de literatura preceptiva españoles citan a Don José María Heredia como un gran lírico: en Francia se le conoce generalmente, y en los Estados Unidos abundan las traducciones de su obra capital, « El Niágara ».

La capacidad intelectual de los cubanos tiene su mejor exponente en los hombres que ha producido el país, que dentro de la pobreza del medio han sobresalido por su cultura y por sus ideas.

En no lejano porvenir Cuba dará hombres extraordinarios, a poco que, encauzada en la vida del gobierno propio, la estabilidad de sus instituciones y la seguridad de la defensa económica les permita dedicarse a « las artes liberales de la paz ».

Así parecen augurarlo la gran proporción que va tomando la enseñanza; la adopción de procedimientos científicos en todos los ramos; la libertad endógena de pensamiento que, hasta ahora teoría, va en vías de hecho; la profusión de la prensa periódica; la producción anual de libros; las especialidades profesionales...

Vamos a reseñar a continuación, brevemente, la biografía de algunos cubanos distinguidos.

CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES

Fué el jefe del primer levantamiento formal habido en Cuba (1868) para obtener su independencia, movimiento que inició la llamada « guerra de los diez años ».

Había nacido Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo, provincia de Oriente, el 18 de Abril de 1819. Hijo de personas acomodadas, marchó a Madrid, España, donde terminó sus estudios de abogado, aunque había recibido la instrucción primaria en el convento de Santo Domingo de su pueblo natal, y estudiado el bachillerato en la Habana (1838).

El medio en que se educara no ejerció en él más influencia que ayudarle a formar lo que su inteligencia y su espíritu ya le daban por sí solos: una alta liberalidad, un concepto altruista de los derechos del hombre y una firme convicción de los de su patria.

Como durante su permanencia en España había conspirado con el general Prim, asesinado más tarde en aquella metrópoli, volvió a Cuba vigilado y luego perseguido.

No era posible que él se sustrajese al movimiento general que se efectuaba en Cúba para un levantamiento en armas que produjese la independencia, y así figuró en las conspiraciones de Narciso López y de Pintó.

Celebrándose, el 4 de Agosto de 1868, una junta de delegados revolucionarios en Camagüey, Céspedes asistió y tomó parte en los debates, mientras se discutía la fecha en que debía hacerse el alzamiento simultáneo. Se propuso el 3 de Septiembre inmediato; y acabaron por convenir que fuera a principios del año 1869. El gobierno español estaba en el secreto, y la junta acordó de nuevo, el 7 de Octubre, que el levantamiento fuese el 14.

Carlos Manuel de Céspedes se anticipó; había orden de prisión contra él, y el 10 de Octubre de 1868, en la madrugada, y en el ingenio *La Demajagua,* proclamó la independencia de Cuba, al frente de unos pocos hombres, la mayoría negros esclavos, a quienes dió la libertad a las doce de ese mismo día, en la hacienda *Palmas Altas.*

Esta liberación espontánea de sus esclavos, era la segunda que se hacía, en grupo, en Cuba. Antes lo había hecho Joaquín de Agüero.

El general Céspedes brilló en las armas. El mismo día de su arrojado alzamiento, tomó el poblado de Yara, que tuvo que abandonar después. Diez días más tarde, el 20 de Octubre, a los tres de sitio, se le rindió Bayamo, gobernada por el coronel español Urdaneta. Los habitantes de Bayamo, noticiosos de que el militar español Valmaseda venía sobre la ciudad, resolvieron incendiarla, lo que realizaron, a la manera de aquellas ciudades legendarias.

Cuando Valmaseda llegó, sólo encontró ruinas.

Asumió Céspedes en Oriente (1868) la jefatura del gobierno provisional, con el título de Capitán General; constituyó autoridades cubanas en los pueblos que conquistara al enemigo, y expidió, entre otros, el decreto de la abolición de la esclavitud (27 de Diciembre de 1868).

Poco después una junta de jefes y oficiales le confirió la jefatura del ejército libertador.

La Cámara de Representantes eligió a Céspedes Presidente de la República, de cuya dignidad tomó posesión el 12 de Abril de 1869.

Las rivalidades y diferencias entre jefes y regiones, que dieron al traste con la revolución de 1868, lo hicieron su primera víctima. La Cámara, reunida en el Bijagual el 27 de Octubre de 1873, lo destituyó. El acuerdo fué de injusto apasionamiento, y después de apasionado, impolítico. El quebrantamiento se dejó sentir, y desde entonces las rencillas se multiplicaron, siendo a cada paso la jefatura juguete de la inconsecuencia y la imprevisión.

Tan marcada fué la enemiga contra el general Céspedes, que se le negó un pasaporte para salir de la Isla.

En aquella situación fué cuando más se reveló su temple de espíritu. Ni aquella ruda prueba le hizo vacilar un instante. Lejos de entregarse a la ira o la desesperación, y huir o presentarse a los españoles, decidió internarse en el monte y allí esperar los acontecimientos.

No hizo como Coriolano, ni como Arnold, ni como Dumouriez, sino que, resignado, por la Patria, se retiró a la finca *San Lorenzo*, situada en las faldas del Pico Turquino, en la Sierra Maestra, provincia de Oriente.

Dice la tradición popular que en aquel retiro se dedicó a enseñar unos niños de la vecindad, y que entretenido en esa tarea estaba el 27 de Febrero de 1874, cuando, sin duda por delación, fué sorprendido por las tropas españolas. Asegura una versión que, al verse rodeado de soldados, se hizo un disparo de revólver que le dejó sin vida. Personas más autorizadas afirman que fué muerto por los soldados.

La conducta de Carlos Manuel de Céspedes es tanto más digna de admiración, cuanto que rechazó ofrecimientos que se le habían hecho para recuperar la Presidencia.

De cualquier manera que sea, nada hay que en la posteridad le quite el nombre de «Padre de la Patria», que si no fué como Jorge Wáshington el «primero en la guerra y el primero en la paz», sí es, como aquél, «el primero en el corazón de sus conciudadanos».

CALIXTO GARCÍA

Calixto García Íñiguez nació en Holguín, Oriente, el año 1839. Veintinueve años de edad tenía cuando en Octubre de 1868, apenas empezada la guerra de los diez años, se lanzó a la revolución con Donato Mármol.

Era hombre de genio militar por naturaleza, tenía un carácter austero y un gran valor, y así pronto alcanzó notables victorias y altos grados.

Peleando a las órdenes del general Máximo Gómez era ya brigadier, sustituyéndole como Jefe de Oriente, y tomó parte en los ataques a los poblados de Santa Rita y Baire. En Septiembre de 1871 atacó a Jiguaní, y en Octubre de 1872 a Guisa y Holguín.

Como el general Gómez pasara a Camagüey, para burlar al siguiente año la trocha Júcaro-Morón, Calixto García quedó en Oriente al mando de las fuerzas de aquella región. Por esta causa tuvo la revolución en aquel período una era de actividad en Camagüey y Santiago de Cuba. Mientras Máximo Gómez, en el potrero *Naranjo*, cerca de Najasa, acompañado de Antonio Maceo con algunas tropas de Oriente, y Julio Sanguily con su fulminante caballería, derrotaba a más de 2.000 españoles, hasta desesperarlos en Mojacasabe; mientras el mismo general, en el mismo año, 1874, combatía en Jimaguayú y batallaba en las Guásimas, de imperecedero recuerdo en los anales de los triunfos del ejército cubano; también el

general Calixto García peleaba como un león, anotándose señaladas victorias en Santa María (25 de Septiembre de 1873), en Holguín, donde hizo 500 muertos y 87 prisioneros a una fuerte columna española; en Chaparra (día 27), donde rechazó con éxito un ataque del coronel Esponda, y en la *Zanja*, fuerte enemigo que tomó sin un disparo—tal era ya el nombre de que estaba precedido. El día 10 de Noviembre del mismo año dió uno de sus golpes predilectos, en los que demostraba, junto a un gran valor y mucha sangre fría, su estrategia innata y su previsión: atacó y tomó a Manzanillo, defendido el pueblo por dos fuertes y nueve torreones. Al frente de 1.400 hombres, divididos en seis columnas, rindiéndole los honores militares la guarnición española, entró Calixto García en Manzanillo. El mismo año atacaba los pueblos de Corralito y Yabazón. En Ojo de Agua de los Melones tropezó de nuevo con la columna de Esponda, que había batido en Chaparra, y rompió el fuego, que mantuvo por cuatro horas, en un espacio de tres leguas, avanzando, retirándose el enemigo con más de cien bajas.

El 3 de Septiembre de 1874 (seis años hacía que luchaba con gran gloria) estaba con sólo veinte hombres de su escolta en el potrero *San Antonio de Baja*, cuando fué sorprendido por la guerrilla española que mandaba Ariza. Iniciados los primeros tiros y ya próximo a caer prisionero, comprendió que la desigualdad de fuerzas iba a culminar en su captura, y prefirió morir a rendirse o a servir de trofeo al enemigo. La última bala de su revólver le sirvió para alojársela debajo de la barba, cayendo tinto en sangre y sin conocimiento. El proyectil, entrando por el suelo de la boca, le salió por la frente; pero le respetó la vida. Si no había logrado evadir su prisión, la había lavado con su sangre.

Cayó prisionero y fué conducido al hospital militar de Santiago de Cuba, donde se le dispensaron humanas atenciones; y el general español José Gutiérrez de la Concha, que, por entonces. gobernaba la Isla, le envió preso a España, condición en que le guardaron hasta la paz del Zanjón.

Abandonando más tarde a España, y siempre inspirado en su amor a Cuba, concurrió a la *guerra chiquita*, desembarcando en el Aserradero, cerca de Santiago de Cuba, con diez y nueve expedicionarios; pero algo más adelante se vió obligado a capitular en unión de José Maceo, Rabí, Moncada, Grave de Peralta y otros.

Volvió Calixto García a España, y parecía resuelto a permanecer en ella, donde se había creado una situación cómoda, gracias a su caballerosidad, a su talento, y al merecido renombre que allá tenía, cuando estalló la tercera y definitiva guerra en Cuba.

Esta guerra empezó el 24 de Febrero de 1895, y ya había comenzado el año 1896 sin que Calixto García secundase, aparentemente, el poderoso movimiento. Lo delicado de su posición en la Metrópoli, la suspicacia de que era objeto y la vigilancia a que estaba sometido, le obligaron a esperar la ocasión de volver a Cuba.

Por fin, el 24 de Marzo de 1896, se ofreció otra vez al acaso de la muerte por la Patria: llegó a Mayarí, por Baracoa, al mando de una importante expedición.

Si la revolución recibía un gran auxilio con los pertrechos que la expedición traía, lo recibió mayor con la persona, los prestigios, la pericia y la actividad de Calixto García.

Su presencia en los campos de la guerra se hizo sentir inmediatamente, distinguiéndose siempre en el ataque y toma de poblaciones. Así, sitió y tomó a Guáimaro el 28 de Octubre de 1896. Lo mismo hizo en 1897 en Bayamo y en Jiguaní. El 28 de Agosto comenzó el sitio de las Tunas, que tomó el día 30. Dos meses más tarde, el 30 de Noviembre, tomaba a Guisa.

El 10 de Octubre de 1897 fué electo lugarteniente general, por la Asamblea de Representantes, en la Yaya, designación tan acertada como merecida, que reanimó los espíritus y devolvió la con-

fianza a los cubanos, afligidos desde la muerte del general Maceo, acaecida a fines del año anterior.

Daba jaque a las tropas españolas, mantenía la actividad en Oriente e iba a poner en práctica sus amplios planes de ataque y toma de poblaciones, cuando se complicó la guerra con la ingerencia de los Estados Unidos, con motivo de la voladura del *Maine* en el puerto de la Habana (15 de Febrero de 1898).

El general Shafter, jefe del ejército americano de ocupación, y el almirante Sampson, de la escuadra, desembarcando por el Aserradero, se pusieron de acuerdo con Calixto García.

Fué un poderoso auxiliar, por no decir indispensable, de las fuerzas de tierra norteamericanas. Es indudable que, unido a los españoles, hubiese dificultado, por lo menos en tiempo, las operaciones de Shafter; pero el caudillo cubano no podía ser traidor a sus principios, ni enemigo de su Patria.

Hecha la capitulación de Santiago, en la que el general español Toral, con 22.000 hombres, veteranos, bien municionados, se rindió a otros 22.000, surgieron diferencias entre los aliados, y Calixto García dimitió. Su pundonor se rebelaba contra toda tiranía.

La Asamblea de Santa Cruz del Sur, en Camagüey, se reunió, libre ya Cuba del poder secular de España, bajo la presidencia del general García, el 24 de Octubre de 1898. De allí salió formando comisión, para Wáshington, donde, con gran dolor de los cubanos, murió el 11 de Diciembre de aquel año.

A su muerte se enlutaron las casas en toda la Isla, y en algunas poblaciones las tropas españolas, preparándose ya para evacuar el país, provocaron sangrientos conflictos, profanando las colgaduras negras.

Era Calixto García un hombre indomable, severo en el deber, y un gran patricio.

JOSÉ MARTÍ

José Martí fué uno de esos predestinados que al través de los siglos aparecen ocasionalmente en el mundo para conmoverlo en pro de un ideal de justicia y de una vindicta humana.

Ninguno de los tipos universales de apóstoles de un pueblo tuvo su universalidad de modos; él era como todos, y ninguno se completaba como él. Todas las causas han tenido hombres; él los compendiaba en honor de la suya.

Era organizador, economista, filósofo, poeta, historiador, literato, tribuno, político, misionero, peregrino... todo lo que se necesitaba ser para un país desconcertado, pobre, escéptico, desengañado, analfabeto, sordo, tibio y errante.

Porque aunaba todas las cualidades, fué el resorte mágico que hizo saltar los corazones, y «de abajo para arriba» estalló el incendio purificador.

Nació Martí en la Habana el 28 de Enero de 1853. Por sus manifestaciones y por sus escritos reveladores de su ideal político, fué puesto en prisión y desterrado, cuando apenas contaba diez y seis años de edad, en 1869.

Era por los días en que el gobierno español, irritado por los progresos que hacía la revolución iniciada en Yara el año anterior, extremaba el rigor contra los sospechosos de *desafectos*.

Más tarde pasó a Méjico y Guatemala, donde desempeñó una cátedra de Literatura. Adolescente aun, su instrucción era notable.

Vuelto a la Habana en virtud del Pacto del Zanjón, pronto se hizo sospechoso al Gobierno, que en 1879 le desterró de nuevo. Contaba entonces veintiséis años. Sus discursos de aquella época eran ya un feliz presagio de lo que alcanzaría su verbo fecundo, cálido y seductor.

En el Liceo de Regla, en Guanabacoa, en la Habana, los cubanos le oyeron, entre temerosos y entusiastas, pintar el cuadro de los dolores y las esperanzas nacionales.

Los españoles le enviaron en calidad de preso a España, y de allí se fugó, pasando en definitiva a los Estados Unidos, donde empezó, sostuvo, organizó y llevó a cabo su plan revolucionario.

Su primer propósito fué unificar las

agrupaciones de emigrados cubanos, para lo que redactó unas bases, que fueron aprobadas, y quedó fundado el Partido Revolucionario Cubano.

Ya era fundador; ahora necesitaba ser misionero, y partió para la Florida, Santo Domingo, Costa Rica, dondequiera que hubiese un cubano a quien comunicar el fuego sagrado.

Sus trabajos se extendieron hasta Cuba misma, donde se formaron clubs revolucionarios, en correspondencia con los del Exterior.

Todo bien combinado por aquella inteligencia superior—que se atraía las voluntades, que no hacía caso de las invectivas, y que iba a su objeto: la independencia de Cuba,—tenía, a fines de 1894, un vasto plan de invasión de la Isla, y de levantamientos simultáneos. El fracaso de esta primera tentativa no desanimó a Martí, aunque se perdían la oportunidad y los grandes sacrificios de los emigrados que, imponiéndose la obligación de contribuir semanalmente con un tanto por ciento del dinero que con su trabajo ganaban, habían equipado una expedición en tres barcos, el *Amadís*, el *Baracoa* y el *Lagonda*, que apresaron las autoridades americanas. Por acuerdo con él se levantaron en armas los cubanos el 24 de Febrero de 1895.

El 25 de Marzo, un mes después, estaba con Máximo Gómez en Montecristi (República de Santo Domingo), donde redactó y dió al mundo un manifiesto expresivo del programa revolucionario.

A pesar de su apostolado y de lo diáfano de sus procedimientos, alguna parte de la prensa y, con ella, de la opinión, se expresaba de modo que obligaba a Martí a venir al campo de la guerra. Esa gestión era criminal de lesa patria, porque la obra de aquel grande hombre en el Exterior aun no estaba terminada, y es muy posible que de haber permanecido algún tiempo más en los Estados Unidos, hubiese logrado de ellos el anticipo de su intervención, o el reconocimiento de la beligerancia a favor de las fuerzas cubanas, ahorrándole así a Cuba grandes dolores, inmensas pérdidas y hasta la turbulencia de su porvenir político y la inmoralidad de su porvenir administrativo.

José Martí vino a la guerra, desembarcando, con Máximo Gómez, quien le acompañaba en una pequeña embarcación, en las Playitas, el 11 de Abril de 1895.

El 5 de Mayo siguiente, reunidos en la Mejorana, acordaron los jefes de la revolución el plan de campaña que había de seguirse, y quedó Martí nombrado jefe supremo.

Más tarde se entrevistó con el prestigioso jefe Bartolomé Masó, y a poco, cuando se disponía a volver a los Estados Unidos, en un combate empeñado por Máximo Gómez en Dos Ríos, cayó, muerto de bala, combatiendo, aquella gloriosa esperanza de la patria.

El cadáver de Martí fué recogido por las tropas españolas, que lo llevaron a Santiago de Cuba, donde le hicieron modestos, pero respetuosos funerales, gracias a la caballerosidad del jefe español Jiménez de Sandoval.

Cuando ya en toda la América resonaba el nombre de José Martí, los cubanos, excepto algunos emigrados, apenas le conocían.

Su producción literaria ha sido para muchos una sorpresa no finida todavía, porque cada vez se conoce alguna producción más, y ésta es un motivo de nueva admiración.

Sus discursos, de una elocuencia simbólica, tenían el don misterioso de levantar endulzando; sus versos emergían depurados: la pluma no hacía más que verterlos, y eran sencillos, sustanciales, dolidos... todo a la vez. Lo que más convence en él es la vastísima y ordenada erudición que revela.

Su patriotismo era de naturaleza: él no se lo hizo, sino que el patriotismo lo modeló a él. Probablemente sus prematuros dolores por la tierra de su nacimiento, las persecuciones de que fué objeto, el conocimiento y el espectáculo de la gran nación norteamericana, libre, cuyo esplendor le convencía, le hicieron el hombre perseverante y ardiente que la causa de Cuba necesitaba.

EL APÓSTOL DE LA INDEPENDENCIA CUBANA

JOSÉ MARTÍ

En un fragmento de carta suya, está retratado el sentimiento que a ese tenor le animaba:

«Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano al sacrificio. Quien piensa en sí no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes pone en el curso natural de los sucesos... Hagamos por sobre la mar, a sangre y cariño, lo que por el fondo hace la cordillera de fuego andino...»

Fué autor dramático, estadista, profesor, historiógrafo, poeta.

Y como dice el señor Miguel Ángel Carbonell en su obra *Hombres de nuestra América*, «en Cuba siempre tendrá un altar en cada corazón el Maestro, y la elocuencia, la erudición, el patriotismo, tienen ya un nuevo nombre entre nosotros: José Martí».

EL DOCTOR TOMÁS ROMAY

Don Tomás Romay vino a la vida en la Habana el 24 de Diciembre de 1764, época en que todavía no estaba bien definida la división entre cubanos y españoles. Por el contrario, parecía haberse consolidado más el espíritu colonial, en aquellos años, en que, cesando la dominación inglesa, de nuevo Espa a poseedora de la Habana, debía apreciar los esfuerzos hechos por los cubanos en su defensa.

Pero el doctor Romay estaba llamado a ser, y lo fué, un gran patriota cubano, que abogó por los intereses de la Isla, que consiguió notables mejoras, en armonía con los tiempos en que vivió, y que a su muerte fué llorado por los hijos del país, ya existente manifiestamente la diferencia que el general Tacón (1834–1838) se cuidó de establecer.

Estudió en el Seminario y en la Universidad de la Habana, graduándose de doctor en Filosofía y en Medicina, en 1791, a los veinticinco años de edad.

Seguidamente hizo oposición a dos cátedras, que ganó: una de Texto Aristotélico y otra de Medicina.

Cuando en 1790 se hizo cargo del gobierno de la Isla don Luis de las Casas, le llamó a su lado, junto con otros cubanos distinguidos, y fué para aquél un auxiliar valioso. Bajo la administración de las Casas—obra no sólo de este ilustre gobernante, sino también de los que le secundaron—se dió gran impulso a la agricultura, la industria y el comercio, se amplió y mejoró la instrucción, se sistematizó la beneficencia, y las poblaciones tomaron incremento.

Como economista y médico, publicó Romay obras como *El cultivo y la propagación de los colmenares en Cuba, Memoria sobre la fiebre amarilla*, de gran aceptación en España, *Introducción y progreso de la vacuna en la Isla de Cuba*, etc.

Contribuyó a fundar, con el Conde de Casa Montalvo, don Juan Manuel O'Farrill, don Francisco Basave y don Luis Peñalver, la Real Sociedad Económica de Amigos del País, que fué el centro de irradiación de todo progreso en Cuba, difundiendo la enseñanza, a la par que resolviendo problemas económicos y políticos. Sus *Memorias* son aún utilísimas, y le corresponde la gloria de haber fundado la primera biblioteca en la Isla.

Don Tomás Romay fué director del *Papel Periódico*, primero que se publicó en el país.

Cuando en 1804 llegó a la Habana el Dr. Balmis, comisionado por el rey de España Carlos IV para propagar en la América Española el virus antivarioloso, encontró que ya se aplicaba en la Isla por iniciativa de Romay, que lo había tomado de unos niños vacunados traídos de Puerto Rico por doña María de Bustamante; y no sólo esto, sino que ya aquél había publicado su escrito sobre la introducción de la vacuna.

De los cubanos ilustres contemporáneos suyos tal vez fué el menos avanzado en opinión adversa a la Colonia, a pesar de que vivió lo bastante para presenciar la política impolítica de

Tacón, con el destierro de José Antonio Saco, la supresión de la libertad de imprenta, y la restauración de la Comisión Militar, que era un tribunal de persecución a los hijos del país; así como la expulsión de los diputados cubanos, la causa de la *Cadena triangular y soles de la libertad*, el fusilamiento de *Plácido*, y la tendencia anexionista.

En 1820 por poco fué víctima de las acusaciones y de un alboroto habidos contra su persona. En todos los tiempos y en todos los países los hombres de mérito levantan en su torno malquerencias que tienen por origen la envidia de los que les son inferiores. Calumniado y befado indignamente, apostrofó a sus enemigos en un escrito titulado *Purga urbem*, que dió lugar a que muchos de ellos se lanzasen a las calles pidiendo su muerte.

Romay quedó ileso, y, más todavía, creció en el aprecio de sus conciudadanos, hasta su muerte, ocurrida en 1849, en el goce de todos sus honores, a los ochenta y cinco años de edad.

DON FRANCISCO DE ARANGO Y PARREÑO

Contemporáneo de Romay (nació un año después que éste, en 1765) y de Félix Varela (que nació en 1778), fué amigo, compañero y colaborador del primero; pero le fué superior en cultura, en obras y en actividad.

Se dedicó a la abogacía (más amante de la lucha que Romay, que prefirió la labor especulativa) y recibió la investidura de abogado en España en 1789, a los veinticuatro años de edad.

Como apoderado del Ayuntamiento de la Habana, en Madrid, empezó a darse a conocer, animado del patriotismo polemista de sus compatriotas contemporáneos que optaban por la evolución.

Pudiera decirse que los cubanos de sus días, acercados al gobierno colonial y no conformes con sus procedimientos, pero sin cruzar por su mente los planes que ya formaban otros cubanos en el extranjero (de separación), eran a la causa de Cuba lo que más tarde (1878–1895) fueron los autonomistas, si bien hay que hacer justas y honrosas distinciones.

Censuró Arango la administración colonial, abogó por la libertad de comercio, y defendió la agricultura, ayudando a fomentarla por cuantos medios estuvieron a su alcance. En su *Discurso sobre la agricultura de la Habana* trazó un plan completo de reformas y echó los cimientos de la prosperidad de Cuba.

Abogó por la libertad del comercio de esclavos, que fué concedida en 1789. La creencia de que sin la introducción de esclavos no prosperaba la agricultura, llevó a Arango y otros a procurar esta medida.

Por sus esfuerzos se creó más tarde (1795) el Real Consulado de Agricultura, del que fué síndico.

Introdujo en Cuba la caña de Otahití.

También había logrado obtener, en 1789, la libre introducción, en barcos españoles, de aperos de labranza y maquinaria para ingenios.

Al crearse en 1793 la Sociedad Económica de Amigos del País, o Sociedad Patriótica de la Habana, formó parte de ella.

Fué diputado a Cortes, Consejero de Indias y Superintendente General de Hacienda (1813–1814).

Pretendió, con el Capitán General don Salvador de Muro, Marqués de Someruelos (1799–1812), crear una junta para el manejo de los negocios públicos y la defensa del país en caso de invasión. Quizás aquí perseguía Arango una transición a la independencia, semejante a la operada en algunas de las colonias españolas de Sur América, aprovechando la crisis político-nacional de España, a la sazón. Este es el único rasgo posible, en cuanto se sabe, por el que demostrara Arango y Parreño ideas separatistas.

En 1818 obtuvo un nuevo triunfo con el decreto de Fernando VII (restituído a la monarquía española en Julio de 1814) sobre el comercio libre.

Como publicista fué fecundo. Sus obras más notables son: *La agricultura y medios de fomentarla; Proyecto de un viaje de investigación* (que realizó en

1793 el Marqués de Casa Montalvo) *por Inglaterra, Francia y sus colonias; Máximas económico-políticas sobre el comercio colonial; Observaciones sobre el Ensayo Político de la Isla de Cuba, por el Barón de Humboldt; Extracto del « Espíritu de las Leyes », de Montesquieu; Observaciones sobre el viaje de Anacarsis; Noticias útiles a nuestra agricultura y comercio*, etc.

Ejemplo de infatigable actividad, consiguió con su palabra y su acción reclamativa, demostrativa y práctica, lo que la espada no hubiera conseguido en su época. Puede decirse que lo por él logrado nadie podría haberlo dado a ningún otro, porque él lo creó.

El tiempo y el gran cambio político de Cuba han casi borrado su empresa: de ella sólo quedan sus obras literarias, desconocidas para una gran mayoría de la presente generación, y el edificio que en Güines existe, amenazado de ruina, como resto de los treinta mil pesos que donó a aquella villa para la fundación de una escuela.

Murió en 1837, contando ya setenta y dos años.

JOSÉ ANTONIO SACO

El primero de los cubanos ilustres, de los que ocupan puesto prominente en los fastos de la cultura latinoamericana, con resonancia fuera de su país y en Europa, el primero de esos cubanos en quien se vió una tendencia marcada a la liberación de su país de la mala administración colonial, fué José Antonio Saco.

Nació en Bayamo (Oriente) el 7 de Mayo de 1797, siendo Capitán General de la Isla don Juan de Bassecourt (1796–1799), entre el laborioso y feliz gobierno de don Luis de las Casas (antes) y el del Marqués de Someruelos (después). Creció, pues, en un ambiente de reforma y adelanto que influyó no poco en su espíritu.

Su educación secundaria la hizo en el Seminario de la Habana. Todavía después de la primera guerra de independencia, el seminario habanero era el colegio preferido, por donde pasaron los cubanos más notables en el mundo de la ciencia, la literatura y la historia.

Saco viajó por los Estados Unidos, y en 1828 dirigía en Nueva York el *Mensajero Quincenal*, en que trataba asuntos cubanos.

De regreso a Cuba en 1832, redactó la *Revista Bimestre*, en la que censuraba el comercio clandestino de esclavos, que, a pesar de la abolición de la trata (1820), convenida entre España e Inglaterra, seguía realizándose. La *Revista Bimestre Cubana* fué, al decir del laureado poeta español Quintana, « la primera publicación de su clase en los dominios españoles ».

Tales antecedentes, sus viajes, sus ideas, le hicieron persona no grata al general Tacón, quien, consecuente con su carácter despótico y su gobierno arbitrario, lo desterró en 1834. Había sustituído Saco al Padre Varela en su clase de Filosofía en el Seminario. Continuaba las teorías del sabio maestro contra el escolasticismo, y un día, en el momento en que explicaba su lección, recibió orden de salir de la Habana.

Algunos historiadores o biógrafos afirman que el motivo del destierro no fué que « la juventud siguiera con calor sus ideas », sino la contienda habida entre Saco, que defendía la Academia Cubana de Literatura, creada en 1833, y don Juan B. O'Gavan, que la atacaba.

De un modo o de otro, el caso es que fué desterrado a Trinidad.

Salió de esta isla, llegando a Madrid en Enero de 1835. Allí abrió una campaña contra el gobierno colonial, exponiendo la necesidad de las reformas que se pedían desde mucho tiempo antes.

Las elecciones de diputados a Cortes, en 1836, le hicieron salir triunfante en las urnas, en Santiago de Cuba, debiendo, pues, formar parte del Estamento de Procuradores y del Congreso de Diputados.

Con el pretexto, obra del general Tacón, de que Cuba y Puerto Rico debían regirse por leyes especiales (lo

que estableció de una vez la diferencia entre españoles y cubanos), fueron expulsados los diputados antillanos. La Isla no volvió a tener representación en las Cortes.

Desde entonces Saco, desengañado de que los medios representativos eran imposibles, y de que la colonia no obtendría las mejoras que de derecho reclamaba, se dedicó a viajar por Europa.

Como los cubanos empezaban a mirar a los Estados Unidos como un medio de salvación, escribió don Gaspar Betancourt Cisneros (*el Lugareño*) a José Antonio Saco, hallándose éste en París, para que pasase a Nueva York a dirigir el periódico anexionista *La Verdad*.

Su respuesta fué el folleto *Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos*, y, más tarde, la *Réplica a los anexionistas*.

El ilustre patricio no tuvo en cuenta que el objeto último de los anexionistas era sustraer a Cuba del poder de España.

Fué testigo de todo el movimiento político y armado de la Isla, hasta el Pacto del Zanjón.

Escribió dos folletos políticos titulados *La situación política de Cuba y su remedio* y *La cuestión de Cuba*.

Quiso fundar en 1861 un periódico que en Madrid defendiese los intereses cubanos, y fracasó en la empresa. Es célebre un artículo en que exponía la posibilidad de una colecta entre compatriotas acaudalados... la que no fué posible.

En 1866 fué nombrado representante en la Junta de Información, creada en 1865, ajustada al programa del partido reformista, cuyo vocero era el periódico *El Siglo*. Saco abogó en aquella corporación por las reformas para Cuba en lo social, económico y político, y por la abolición de la esclavitud.

En 1879 (a los ochenta y dos años de edad), cuando se preparaba para desempeñar el cargo de diputado a Cortes por Santiago de Cuba, le sorprendió la muerte en Barcelona.

Saco fué un gran preparador de la independencia de Cuba, quizás sin quererlo. Él y sus contemporáneos *filosofaron*; a la generación siguiente le tocó actuar.

Entre las obras de Saco, la que le ha dado la inmortalidad, es la *Historia de la Esclavitud*, no igualada todavía.

Saco ha sido nuestro primer publicista. Su magnífica pluma ilustró con lógica inflexible, y en todos sus aspectos, los problemas más interesantes para Cuba.

DON FELIPE POEY

En 1799, dos años después que José Antonio Saco y uno antes que José de la Luz Caballero, nació en la Habana don Felipe Poey. Digno de sus dos coetáneos, pareció que iba a ser como ellos, porque habiendo sido llevado a Francia en su niñez, al colegio de Pau, volvió a Cuba a completar sus estudios, en el Seminario de la Habana, y marchó después a España, donde se graduó de abogado.

Pero desistió de ejercer esta carrera. Sin duda el impulso que encontró se daba en Francia a las ciencias naturales, a pesar de la reacción revolucionaria, le aficionó desde su niñez a otros estudios. Buffón había vivido desde 1707 a 1788 (81 años), pero sus obras quedaron en boga por mucho tiempo. En Poey se advierte, sin duda, la minuciosidad y la galanura en la descripción, propias de aquel sabio, si bien es menos falso y artificioso.

Así, cuando en Madrid se sucedieron los acontecimientos políticos de principios del siglo XIX, volvió a Cuba, sin duda convencido de que la política no era su cuerda, y se dedicó al estudio de la historia natural.

Observador profundo, paciente, hábil preparador, hizo un estudio acabado de los peces cubanos, y pudo, en 1826, cuando volvió a Francia, llevar 85 ejemplares debidamente conservados, con 85 dibujos ilustrativos, todo hecho de su propia mano.

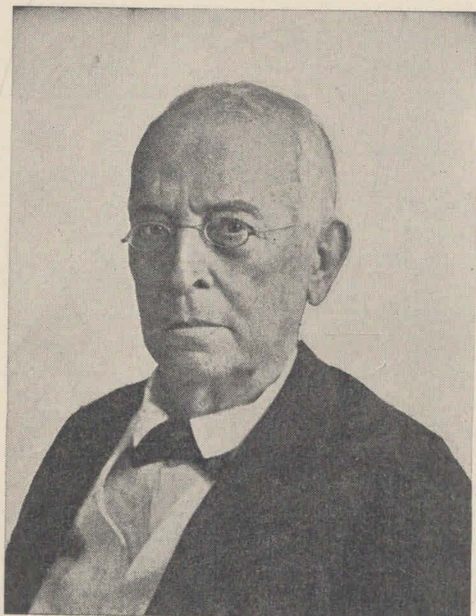
En París todavía, en 1832, publicó dos partes de su *Centuria de lepidópteros cubanos*.

Otra vez en la Habana, de donde ya no salió más, dió a la estampa, en 1836, una *Geografía de Cuba* y una *Mineralogía*.

En 1860 terminó sus *Memorias sobre la historia natural de Cuba*.

En 1865 publicó la *Sinopsis o catálogo razonado de los peces cubanos*.

Su obra monumental, la que le ha conquistado indiscutible gloria, es la *Ictiología Cubana*. Es una obra en diez tomos y un suplemento, expresión de los estudios más acabados que se han hecho sobre la materia.



DON FELIPE POEY

« Don Felipe » era un hombre de suma modestia. Su cultura era politécnica, universal. Poseía idiomas, hablando con toda corrección el francés. Artista de corazón y de ejecución, dibujaba perfectamente, hacía « lavados » con exquisito gusto y gran limpieza. Era a la vez un literato y un poeta, y hasta un buen modelista. De sus discípulos en la Universidad de la Habana, algunos viven todavía y recuerdan conmovidos su erudición y « sus cosas ». Más de una vez había colocado, para provocar el temor de sus alumnos, ejemplares por él modelados, en cera u otra sustancia plástica, de animales ponzoñosos, un arácnido, por ejemplo, en el fondo de su sombrero de copa, u otro lugar objeto de las travesuras de los estudiantes; la exactitud asombrosa del artefacto nunca dejó de producir su efecto.

Su nombre es universalmente conocido entre los hombres de ciencia. En Cuba no ha sido todavía honrada su memoria como lo merece.

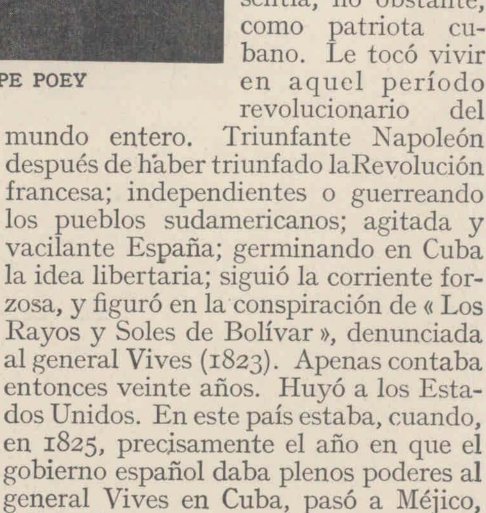
Murió en 1891, sin ver a su patria libre, a los noventa y dos años de edad.

JOSÉ MARÍA HEREDIA

Don José María Heredia nació en Santiago de Cuba (Oriente) en 1803. De familia acomodada, tuvo la suerte de poder recibir una educación de lo más aventajada que entonces podía ser, aunque, desde luego, formalista y metafísica, a pesar de la labor de don Félix Varela, que dicen había acabado en Cuba con el silogismo aristotélico.

Le fué fácil dedicarse a sus aficiones, y, discípulo de sacerdotes, primero en Santiago y luego en la Habana, podía, a los ocho años, traducir a Horacio, a los diez hacer versos (incluso en el idioma de Cicerón) y a los quince optar con éxito por el bachillerato en Derecho.

Después se trasladó a Matanzas.



Hijo de español, sentía, no obstante, como patriota cubano. Le tocó vivir en aquel período revolucionario del mundo entero. Triunfante Napoleón después de haber triunfado la Revolución francesa; independientes o guerreando los pueblos sudamericanos; agitada y vacilante España; germinando en Cuba la idea libertaria; siguió la corriente forzosa, y figuró en la conspiración de « Los Rayos y Soles de Bolívar », denunciada al general Vives (1823). Apenas contaba entonces veinte años. Huyó a los Estados Unidos. En este país estaba, cuando, en 1825, precisamente el año en que el gobierno español daba plenos poderes al general Vives en Cuba, pasó a Méjico, solicitado por el general Guadalupe Victoria, presidente de aquella hermosa

República, y en su gobierno prestó inapreciables servicios administrativos en el desempeño de altos cargos.

La mayor parte de su producción literaria fué en Méjico. En los Estados Unidos apenas estuvo dos años, y a Cuba sólo volvió por dos meses, a la muerte de Fernando VII de España, ocurrida en 1833. Por esta época contaba Heredia treinta años. En Méjico murió, en la ciudad de Toluca, el año 1839, a los treinta y seis de edad.



JOSÉ MARÍA HEREDIA

Heredia fué un literato universal, que (sin duda por la circunstancia de haber pasado la segunda mitad de la existencia fuera de su país, precisamente en época en que se hacía su personalidad) se apartó del tipo del poeta cubano, en sus tendencias. Los poetas cubanos han sido siempre, hasta la última guerra de independencia, caracterizados por dos *leit-motivs*: el amor casto y melancólico, y el patriotismo quejumbroso y rebelde, sin que deje de haber buenos líricos. Pero Heredia puede decirse que fué el más lírico de todos, casi exclusivamente lírico. De aquí que su *Oda al Niágara* haya dado tono a esa personalidad.

El Niágara es su obra maestra, si bien su oda *Al Sol* es tan conceptuosa como aquélla; pero menos inspirada. *El Niágara,* sin duda, no es la joya impecable que los fanáticos quieren presentarnos, porque tiene defectos, acaso hijos de la inspiración; pero, de cualquier manera que sea, es un justo timbre de gloria para él y para Cuba.

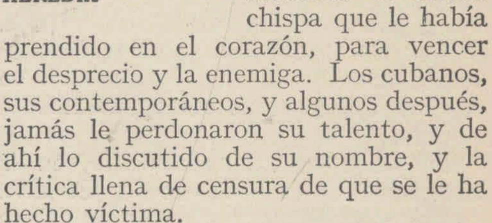
La misma crítica española, tan severa al juzgar a los cubanos en sus manifestaciones artísticas y literarias, concede a Heredia el título de poeta... concesión que ya le habían hecho otros países.

GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS

(*Plácido*)

Si nos atenemos al tipo clásico o académico del poeta, según los preceptos del autor latino y según los dictados de la poética preceptiva, Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido*) no lo es.

Además, llevaba encima el oprobio de la raza negra (todavía esclava por esa época, en Cuba) mezclada con el deshonor de la raza blanca. Las preocupaciones de su tiempo tenían como estigma infamante la mezcla de esas razas, y Plácido, mulato, era hijo de una danzarina burgalesa, española, blanca, y un mulato emancipado, peinetero. Esas dos circunstancias le hacían desestimable, y ni siquiera fué bastante la divina chispa que le había prendido en el corazón, para vencer el desprecio y la enemiga. Los cubanos, sus contemporáneos, y algunos después, jamás le perdonaron su talento, y de ahí lo discutido de su nombre, y la crítica llena de censura de que se le ha hecho víctima.



Es innegable que sus versos no siempre, o casi nunca, son correctos; es verdad que nunca pudo ser el poeta viril, y que se resentía de un sometimiento, sin duda hijo de su atavismo de esclavo; pero no se le pueden negar la dulzura de sus versos, la encantadora melancolía de sus ideas, y más de una vez la fluidez de su verso, de gran sabor

popular, reflejo de la naturaleza y el sentimiento cubanos.

No le podemos considerar en su valor absoluto, porque, apreciado en éste, no se le puede reputar como gran poeta. Pero considerado en su valor relativo, tiene un puesto notable en el parnaso cubano. Pobre, sin elementos de educación, dedicado al oficio de su padre, que no tenía, por cierto, nada de arte liberal, se formó solo, solo adquirió la poca cultura de que pudo hacerse, y su poesía, espontánea y sencilla, era hija de su talento natural, de su estro gracioso, pródigo en la rima, armonioso en el ritmo.

Nació en la Habana en 1809, once años antes de que se aboliese la trata de esclavos (1820), de modo que vino a la vida cuando su raza era infamada e infamante, y llevó este sello condenatorio hasta la muerte, porque por él murió.

Fué alumno, en primera enseñanza, de los padres Belemitas, « donde se enseñaba lectura, escritura, nociones de aritmética, religión, y nada más ».

Como un Oliverio Twist, rodó, víctima de su infortunio, y fué aprendiz de carpintero y de peinetero; mulato, pobre, y expósito (había sido puesto en el torno de la Real Casa de Beneficencia y Maternidad de la Habana), no podía aspirar a otras orientaciones. Peregrino por su propia tierra, recorrió casi toda la Isla; sufrió prisión en Trinidad, y se estableció definitivamente en Matanzas. Periodista, bardo del pueblo, « cantador », como se dice en Cuba, hábil en su oficio, se hizo extremadamente popular.

Envuelto, real o falsamente, en la conspiración llamada de la *Escalera* (porque a los supuestos complicados en ella se les ponía sobre una escalera para atormentarlos y arrancarles confesiones), el teniente general don Leopoldo O'Donnell y Jorris (conde de Lucena) le hizo subir al cadalso en Junio de 1844, a los treinta y cinco años de edad.

Fué el tipo de los poetas cubanos, no tanto por el asunto de sus composiciones como por lo marcado de las dos tendencias nacionales: el erotismo melancólico y apasionado, y el patriotismo lastimero y rebelde.

Nadie en Cuba ha ostentado tan envidiables facultades como él para el cultivo de la poesía, si bien es preciso reconocer que su triste condición malogró la parte más hermosa de su cosecha. Hubiera sido sin duda el romancero cubano, si las persecuciones de su época, el temor y las exigencias de la vida real, no se lo hubiesen impedido.

JULIÁN DEL CASAL

Sólo vivió veintiocho años (1863–1891) y, sin embargo, su labor poética marcó en Cuba la tendencia, poco más o menos mantenida, de los poetas contemporáneos, en quienes el tono patriótico ha cedido, encaminándose más a la lírica pura modernista.

Como todos los predestinados a una muerte prematura, cuya causa recóndita está sin duda en lesiones o insuficiencias orgánicas, era un romántico, un misántropo, un melancólico, pero con gran talento.

Supo aunar en sus ideas y en sus versos de tal manera la escuela antigua con la tendencia nueva, que puede llamársele, con exactitud, el tipo de transición del clasicismo al decadentismo, que amalgamó, sentimental y brillantemente.

Pudiera afirmarse, también, que fué el poeta de su pesadumbre, tema de casi todo lo que ha escrito.

Huérfano, enfermo, agobiado por sus prematuras, tal vez innatas, decepciones, cantó a su madre con unción celestial, y cantó sus penas con amarga decepción. El soneto *A mi Madre* es un monumento.

Casal murió repentinamente, en la Habana, el 21 de Octubre de 1891; y un grupo de amigos y admiradores, periodistas, literatos y poetas, acude cada año, en el aniversario de su muerte, a rendirle homenaje de duelo, a la tumba en que yacen sus despojos. Ningún otro poeta cubano arraigó tanto en el sentimiento de sus conciudadanos.

OTROS CUBANOS NOTABLES

No son los que hemos citado los únicos hombres notables de Cuba, de fama mundial, por uno u otro motivo; ni están todos muertos, como los que hemos reseñado.

Tanto de los fenecidos como de los que aun viven, quedan por mencionar sabios, estadistas, médicos, jurisconsultos, literatos, periodistas, poetas, artistas, etc., todos ellos capaces de enaltecer a su país, y hacer que las demás naciones reconozcan que esta Isla puede figurar en el concierto de los pueblos más adelantados.

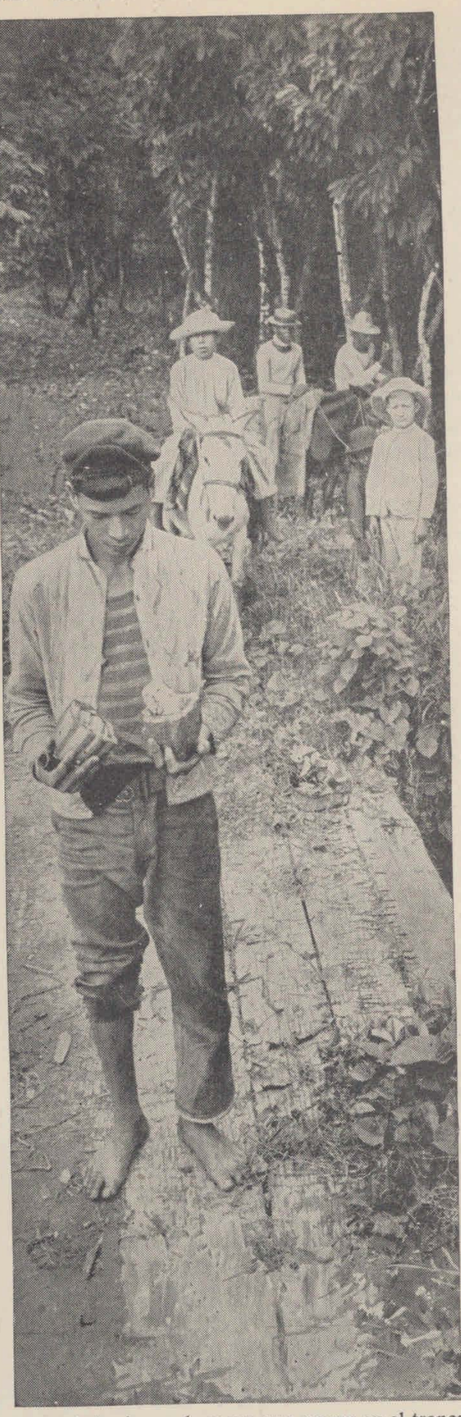
Y, además, no sólo hoy, sino hasta en los tiempos en que en todo el mundo la mujer yacía en un estado secundario de instrucción, cuando el saber leer y escribir era en ellas un defecto capaz de malearles su porvenir, ya tenía Cuba grandes poetisas, entre ellas Gertrudis Gómez de Avellaneda y Luisa Pérez de Zambrana; y, en estos últimos tiempos, la infortunada Mercedes Matamoros, Aurelia Castillo, Dulce María Borrero, y algunas más.

Entre los hombres de Cuba actualmente conocidos en la Europa y la América científica, están los doctores Finlay y de la Torre. El primero ha podido, con su ciencia y su dedicación al estudio observador, quitar a Cuba, en obsequio de ella y de los inmigrados, el gran azote de la fiebre amarilla, que los diezmaba. Hace poco rindió su cuerpo a la Naturaleza; y tanto su patria como los Estados Unidos le lloran. El segundo es un notable naturalista, cuya obra más conocida, si bien no la única valiosa y ni siquiera su mejor título, es su paciente, completa, notable y sabia colección concológica. Actualmente es catedrático de Biología en la Universidad Nacional. Es un digno sucesor de don Felipe Poey, quien le llamaba « sabio », teniéndolo aún por discípulo.

La nueva era de progreso en que felizmente ha entrado este privilegiado país (privilegiado por su naturaleza y por sus hombres), es una promesa de futuros días de verdadera prosperidad y gloria.



PROCEDENCIA DEL CHOCOLATE



El grabado de la izquierda es una vista, tomado de muy cerca, de las bayas de cacao, que crecen en el tronco del árbol. La fotografía se tomó en una plantación del Ecuador, que es uno de los países más importantes en el cultivo de este árbol. El cacao requiere clima muy cálido, suelo profundo y rico, y mucha humedad. Cuando los españoles cruzaron el Atlántico, advirtieron que los indígenas usaban el cacao, y lo introdujeron en España. El muchacho del grabado de la derecha muestra una baya abierta.



LA PASTILLA DE CHOCOLATE

SALÍA una niña de la tienda con un pedazo de una pastilla de chocolate entre los labios.

—¿Qué comes?—le preguntó un caballero amigo de su papá.

—Chocolate — respondió la niña, al tiempo que se le escapaba un chorrillo de saliva impregnada de esta substancia.

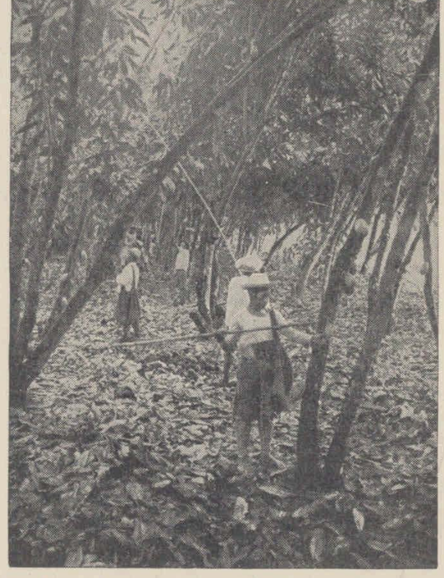
—¿Qué es chocolate?

Reflexionó la niña un momento, y luego contestó con gran ingenuidad:

—Una cosa buena para comer.

El caballero la tomó de la mano que no estaba untada de chocolate, y la llevó de paseo.

Empezando a caminar, le dijo:—Érase una vez un hombre, llamado Cristóbal Colón, el cual descubrió el gran continente denominado América. En este continente halló un árbol pequeño, el árbol del cacao, y en el cual, durante todo el año—cosa muy extraña — se veían capullos, frutos y flores. Los indios que habitaban en América recogían las bayas de este árbol, las abrían, sacaban las almendras en ellas contenidas, las secaban al sol y las comían, como tú comes esa pastilla de chocolate. Colón llevó a España algunas de esas almendras, y ahora en todo el mundo, los niños y las niñas entran en las confiterías con peniques y centavos, céntimos y pfennings, para salir a los pocos momentos comiendo el antiguo chocolate de los pobres indios.

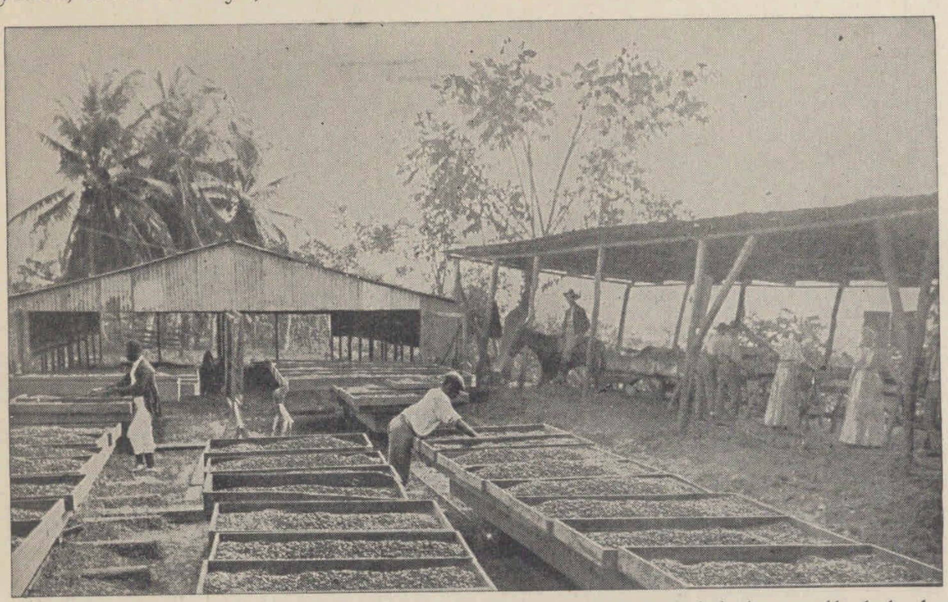


En la plantación de cacao que muestra el grabado, los indígenas se ocupan en cortar las bayas, desprendiéndolas de los troncos y ramas de los árboles. En el grabado de la página anterior, puede verse cómo se abren las bayas.

Si te preguntase alguien ahora, quién ha sido el hombre más grande que jamás ha existido, ¿no te apresurarías a exclamar, con tus labios manchados de chocolate, que fué Cristóbal Colón?

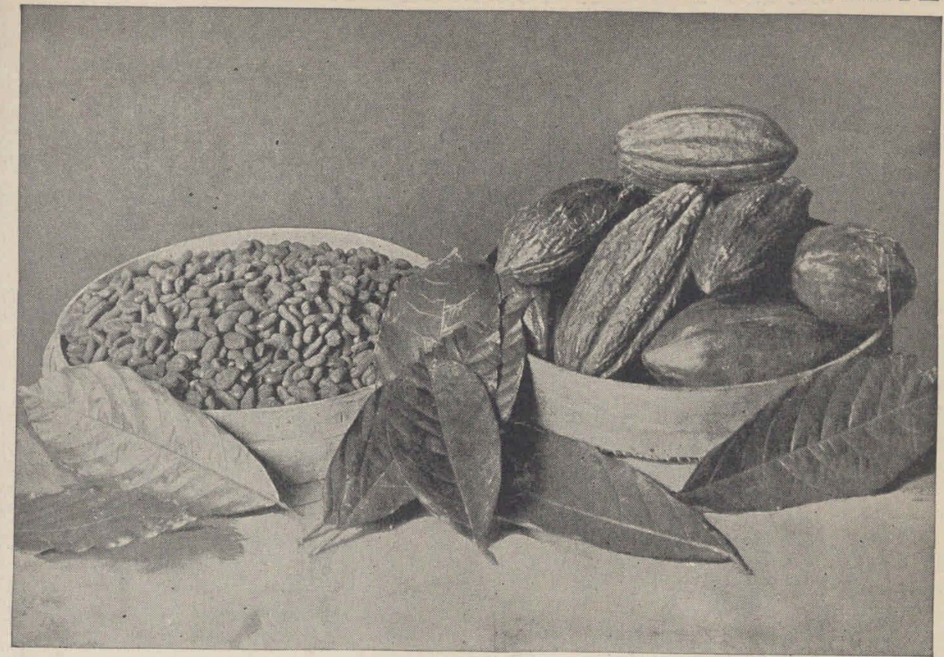
Cuando saboreas el chocolate, deberías pensar que eso que tanto te gusta fué, en un principio, la menuda almendra de una baya resistente producida por un arbolillo; que un negro, entonando canciones de su tierra, armado de un palo largo, provisto en su extremidad

de una especie de tijeras, cortó la baya, y la dejó, por espacio de un día, sobre la tierra caliente; que otro negro, con sombrero de paja y pantalones rayados, abrió la baya, sacó de ella la misma almendra que tú estás comiendo, la puso en un cesto y se lo llevó, cantando también típicos aires de su país, y lo dejó en tierra, aguardando a que estuviese la almendra en condiciones de ser empaquetada y colocada en una caja para mandarla así al tostadero. Si hubieses hecho un viaje para ir a comprar esa almendra al país donde crece, te habría costado no unos cuantos centavos, sino algunos centenares de pesos. Tus centavos ayudan a emplear a millares de peones, constructores de buques, ingenieros de ferrocarriles, fabricantes de cajas, marineros, mozos y trabajadores de fábrica, etc. Si todos los niños y adultos del mundo dejasen de comer y de usar chocolate, sobrevendría un pánico enorme en muchas de las Bolsas de Europa y América.

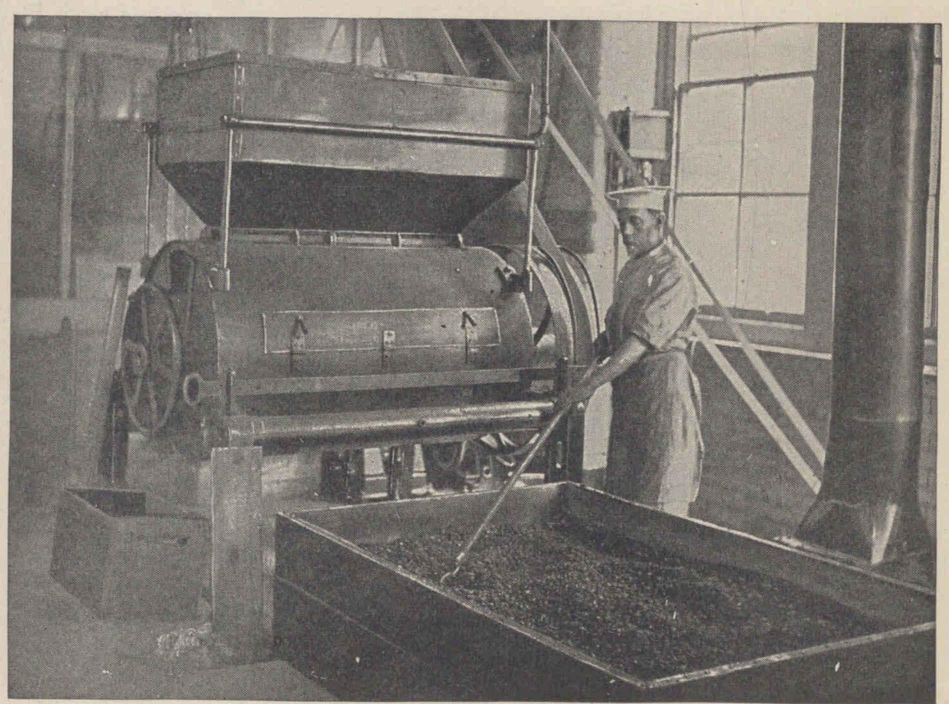


La operación de secar las almendras se emprende inmediatamente después de haberlas extraído de las bayas. Colocadas en cajas de poco fondo, se exponen a los ardores del sol, y se les da vueltas de cuando en cuando, a fin de que todas las almendras reciban la acción solar. Estas fotografías están tomadas en el Ecuador.



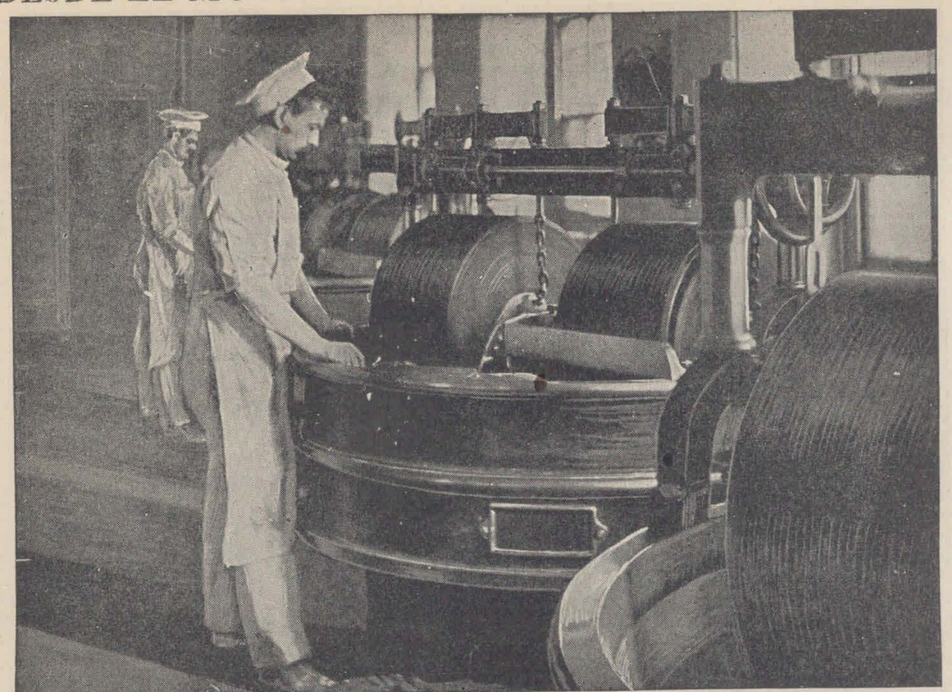


Almendras de cacao, tal como llegan a la fábrica. Las bayas que se ven a la derecha, todavía están por abrir; a la izquierda del grabado pueden verse las almendras.



El cacao pertenece a cierto género de arbolillos designados por un nombre griego (*Theobroma*), que significa « alimento de los dioses ». Sin embargo, la almendra del cacao, en su estado natural, no puede considerarse ni aún como alimento propio de seres humanos, porque en tal estado es aceitosa y amarga. De aquí que sea necesario mejorar previamente su sabor tostándola con gran cuidado. El grabado adjunto representa un obrero tostando las almendras.





Una vez tostada la almendra y quitada la cáscara, puede prepararse el chocolate para beber o para comer. En el grabado adjunto se está fabricando el chocolate para las confiterías. El grano así tostado pasa al molino, del cual sale en forma de polvo; después se le mezcla azúcar fino, para darle un gusto agradable.



Tenemos ya la substancia del chocolate; pero, como todavía está en forma de polvo, es menester fundirlo a una elevada temperatura, hasta formar una pasta líquida, a fin de que las obreras puedan verterlo en moldes; de donde, después de haber tomado bonitas formas, se saca cuando ya se ha enfriado.



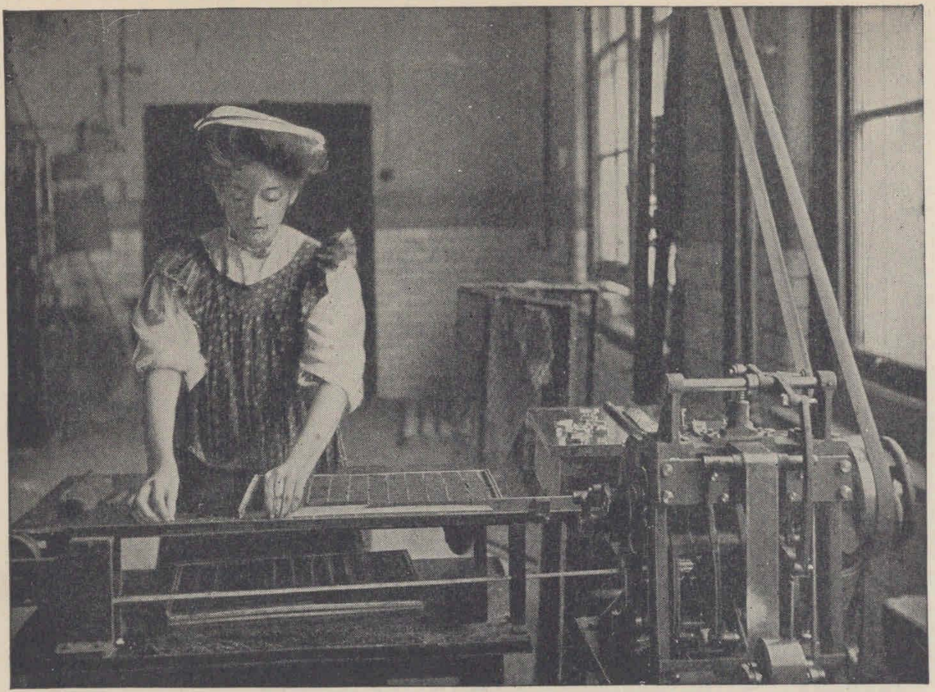
CÓMO SE DA AL CHOCOLATE ASPECTO ATRACTIVO



El buen chocolate ha de ser agradable a la vista, lo mismo que al pa adar. Las obreras le mezclan en pequeñas dosis una substancia dulce que hace de él un producto doblemente halagador.



Cuando son muchas las variedades del chocolate que se producen en una fábrica, es menester clasificarlas. Desde este momento el chocolate se halla en disposición de ser empaquetado o enviado en bandejas a las tiendas, donde se vende al por menor.



Una obrera coloca el chocolate sobre una cinta movible, la cual lo lleva a lo largo de la máquina hasta una hoja de estaño, o de papel de plata, como vulgarmente se dice. La máquina realiza entonces una curiosa operación, envolviendo cada pieza de chocolate por separado.



El chocolate bueno siempre es agradable, pero lo parece mucho más si está colocado en una linda caja adornada de vistosas cintas.





«EL PENSAMIENTO»

El primer grabado es una estatua de Lorenzo de Médicis, hecha por Miguel Ángel, el segundo es de un cuadro de Sir John Millais, y el tercero corresponde a una estatua del gran escultor francés Augusto Rodin.

CÓMO DEBEMOS PENSAR

LA reunión de cosas en la mente, o *asociación,* que tal es su nombre, es el principio de todas nuestras facultades, de cuya posesión tanto nos envanecemos; pero, aun cuando el nombre usual de aquella operación es el de *asociación de ideas,* no debe aplicarse solamente a éstas, sino a todo lo que puede impresionar el cerebro: un perfume, una pesadumbre, un sonido y otras mil cosas, que no pueden llamarse ideas.

Sabemos que después de la visión viene la percepción y que ésta depende de la memoria. Supongamos que se nos presenta un dibujo rompecabezas; lo miramos algún tiempo y, al fin, *percibimos* lo que constituía el enigma. Este es un buen ejemplo de la diferencia que existe entre ver y percibir y lo mismo puede aplicarse a la audición de sonidos y a reconocerlos como una armonía.

Pero las cosas que percibimos no son ideas, son una serie de sensaciones reunidas y convertidas en un todo. La percepción es indudablemente un adelanto grande con respecto a la sensación; pero aun hay algo mejor, cuyo propio nombre es *concepción,* o concebir, como cuando decimos: «Concibo que todas las estrellas deben de ser soles». Tal fué la grande idea, o concepción, de Giordano Bruno, y esto es evidentemente algo superior a la simple percepción o reconocimiento de que, por ejemplo, ciertos colores y sombras, que vemos, forman una silla.

Nos hemos elevado del nivel de las cosas miradas y de los sonidos oídos, a la región del pensamiento. Aquello es una idea, un *concepto,* un juicio. Dos recuerdos se han reunido en la mente; y ella los ha coordinado en determinado sentido. En el cerebro existían previamente dos remembranzas de ciertas percepciones: primero las estrellas; segundo el sol. Pero la mente ejecutó el maravilloso acto de concebir; asoció o enlazó las dos percepciones, las estrellas y el sol, y con ello hizo una operación nueva y diferente: el juicio de que las estrellas son soles.

Durante miles de años, los hombres no sólo vieron las estrellas y el sol sino que las percibieron y guardaron en sus cerebros claros recuerdos de las unas y del otro, de manera que podían reconocerlos cada vez que volvían a verlos. Pero hasta que Giordano Bruno dijo: «Las estrellas son soles y el sol es una estrella», ninguna mente había ejecutado esta admirable asociación de ideas, y la llamamos así, para usar el antiguo nombre. Este ejemplo que hemos escogido es grandioso; pero todos los días efectuamos insignificantes asociaciones de ideas, siempre que pen-

samos en algo. Hemos escogido deliberadamente un ejemplo grande, porque con ello nos proponemos emprender la labor del entendimiento, y tal ejemplo nos ayuda a considerar las fases adecuadas de la admirable ascensión de la inteligencia desde la mera sensación de la visión hasta las ideas más elevadas. Veamos por nosotros mismos cómo se suceden estas fases una a otra.

CÓMO SE DESARROLLA GRADUALMENTE EL ENTENDIMIENTO DE UN NIÑO

Un filósofo dijo: « Nada hay en la inteligencia que no haya estado antes en los sentidos », es decir, que todo cuanto viene a estar en la mente está construído fuera por sensaciones y las reflexiones de ellas. Pues bien, esto es cierto aun en lo tocante a la portentosa idea astrónomica de que las estrellas son soles, puesto que tal concepto se insinuó mediante una sensación. El entendimiento empieza su existencia en la niñez y en la primera juventud sin ideas innatas de ningún género. Sus primeras experiencias son puras sensaciones. El ojo, como ya sabemos, está formado de una parte del cerebro, que se prolonga llegando hasta la región anterior del cráneo. Suele decirse: « El cerebro sale para ver ». Levantamos los ojos y percibimos ciertas impresiones de la luz, que son simples sensaciones.

Si no existiese la memoria tales sensaciones podrían repetirse todas las noches durante la vida entera, y nada resultaría de ello. Pero la materia viva recuerda, y por eso, empezando con la sensación y con la ayuda necesaria de la memoria, pasamos a la fase de la percepción, y entonces los puntitos brillantes vistos una noche, son más que vistos, puesto que son percibidos, y advertimos que son los mismos que hemos visto en noches anteriores.

PENSAR ES REALMENTE ASOCIAR COSAS EN LA MENTE

Las percepciones se recuerdan de igual manera que las sensaciones, y por eso somos capaces de hacer todo lo posible en nuestra mente con las percepciones de las estrellas y del sol. Según esto, un hombre solo, sin relacionarse con los demás, juntó aquellas dos percepciones y mediante este proceso de concepción o de pensamiento, formó un juicio y dijo que las estrellas eran soles. Esto nos enseña el orden lento y necesario con que el entendimiento se construye y desarrolla, y nos dice también que sus operaciones más elevadas dependen de las más humildes, y es a la vez un ejemplo que demuestra la verdad de que todo pensamiento es asociación de ideas. La palabra concebir significa « reunir », la palabra asociación quiere decir « crear compañeros »; y todo acto de pensar es juntar cosas, hacerlas compañeras, encontrando una relación entre ellas.

En cierto grado, todos hacemos esto sin esfuerzo ni intención; pero más allá de cierto punto no estamos dispuestos a inquietarnos por ello. El punto en que detenemos el proceso es aquel en que acaba nuestro interés. Pensar no es una cosa que nos ocurre a nosotros, sino una cosa que hacemos, y en toda acción la potencia motora ha de venir de alguna parte. La fuerza motriz de este grandioso acto del entendimiento, al que llamamos pensar, es el interés. Y con esto venimos a dar con la clave de una de las grandes diferencias que existen entre los hombres, y puesto que el examen de la asociación de ideas nada nos enseñó, sería muy oportuno estudiarlo ahora.

EL SECRETO DEL ÉXITO DE TODOS LOS GRANDES PENSADORES

Tenemos razón cuando admiramos las « creaciones del pensamiento », pero vamos equivocados cuando creemos que él las hace grandes. Es verdad que hay especialidades que requieren una facultad adecuada y que unos cerebros la tienen y otros carecen de ella, como ocurre, por ejemplo, a los matemáticos y a los músicos. Pero fuera de esto, nada hay más cierto que el hecho de que la mayor parte de las grandes ideas, y casi todos los grandes descubrimientos del género humano pudieron haber sido pensadas las primeras y hechos los segundos por cualquiera que

se hubiese interesado lo bastante en ellos.

Es indudable que las asociaciones de ideas pueden ser falsas o verdaderas, o puras ficciones, que no pretenden ser ciertas, como cuando decimos que la luna tiene cara humana. Pero el cometido más noble de la inteligencia, con su poder de asociación, es el descubrimiento de la verdad, y es necesario que tengamos en nuestra cabeza recta noción de lo que consideramos como tal.

Podemos imaginarnos nuestra mente a manera de un espejo, en el que se refleja el mundo exterior. Así, pues, fuera de nosotros hay cosas y la reflexión de estas cosas en nuestro cerebro debe corresponder a ellas tal como éstas son. Las cosas de fuera y las ideas de dentro deben reflejarse mutuamente y con fidelidad. Pero por lo común no sucede así. Nuestra imagen del mundo exterior se falsea o desfigura o hay en ella enormes lagunas. Mas en ciertos casos, nuestros pensamientos, la asociación de nuestras ideas corresponde genuinamente a las asociaciones de las cosas exteriores, y entonces podemos decir que nuestros conceptos son verdaderos.

LAS COSAS QUE HACEN A UN HOMBRE GRAN PENSADOR

Cualquiera puede asociar ideas; ninguna dificultad hay en ello. Podemos decir que las estrellas son luminarias de la noche, y un engaño como éste puede tener algo bueno; pero al fin y al cabo es una ficción. El gran cometido de nuestra inteligencia es lograr que nuestros pensamientos correspondan puramente a las cosas.

Gran pensador es el que no sólo asocia ideas, sino que hace que sus asociaciones estén en perfecto acuerdo con las asociaciones de la naturaleza. La virtud y el valor de la idea de que las estrellas son soles, está en que la relación entre esos dos términos en nuestra mente es la misma relación que existe entre ellos en la realidad. La reflexión de las cosas en el espejo de nuestro cerebro, por decirlo así, es perfecta.

Si la asociación es un acto de la inteligencia, que requiere la facultad de obrar de esa suerte; si esto es importante en sumo grado, como lo es, en efecto, porque el pensar rectamente abre ancho camino al obrar con rectitud, y si el interés es el gran motor que hace pensar a la mente, es evidente que nuestro propósito más importante debe ser encontrar la manera de despertar y mantener ese interés en nuestro espíritu, y examinar si cierto género de interés difiere grandemente de otro en su valor para tal propósito.

CÓMO PODEMOS AYUDARNOS PARA SER VERDADEROS PENSADORES

En primer lugar, podemos despertar interés en nuestra propia mente y en la de otras personas, y pocas tareas hay más útiles que la de los hombres que procuran abrir los ojos a otros, como suele decirse, con el fin de que puedan ver el interés de las cosas y estimularlos por ese medio a que piensen en ellas.

Hay intereses falsos o dudosos y los hay buenos y legítimos. Un hombre puede estar interesado sencillamente en hacer dinero, y la maquinaria de la asociación trabajará en su cerebro con habilidad y rapidez asombrosas; un estudiante puede tener concentrado todo su interés en los exámenes, y el mecanismo de la asociación trabaja arduamente durante algún tiempo en un asunto determinado, pero después de los exámenes raras veces o nunca vuelve a pensar en ello.

Y no es esto lo censurable, sino el sistema causante de tantas víctimas. Pero lo peor de todo en sus resultados es quizá el género de interés que mueve a los hombres a estudiar ciertas cosas, con el único fin de derrotar a otros, de demostrar que tienen razón, o de lograr un triunfo en favor del partido, la clase social o la Iglesia a que pertenecen, contra otro partido, clase o Iglesia. Semejante género de interés es extremadamente poderoso y muy general, y, en consonancia con las leyes universales del entendimiento, produce sus debidos resultados. Por desgracia, los intereses de esta especie y el interés del dinero

constituyen el poder directivo de la mayor parte del trabajo de asociación, o del pensamiento, que se ha hecho en el mundo.

EL PERJUICIO DE DEJAR QUE NUESTRO PENSAMIENTO SEA GUIADO POR INTERESES BASTARDOS

Si la asociación operada por el impulso de tales intereses diera por resultado el descubrimiento de la verdad, aun podría darse por buena; mas por lo regular, no es así. El interés en el triunfo de nuestro partido, de nuestra clase o de nuestra religión o de la persona que nos ha pagado para pensar y argüir, destruye la verdadera labor de la asociación de ideas de dos maneras distintas, pero igualmente desastrosas. Una de ellas es obvia y la otra no lo es tanto.

La primera es que nuestro interés está en que lo peor aparezca como siendo la razón mejor. No hacemos en nuestra mente todas las asociaciones posibles hasta encontrar una que parezca verdadera, sino que hacemos las que mejor convienen a nuestra causa, y entonces tratamos de persuadir a los demás de que tales asociaciones son verdaderas.

Hay cosas tan complicadas, que casi todos los hombres, si piensan un poco y ponen interés en lo que hacen, pueden conseguir que lo peor aparezca como la mejor razón, y de este modo se forman asociaciones que son falsas. Esto puede ser beneficioso para las personas, la clase, la comarca o el partido; pero al fin y al cabo redunda en perjuicio del género humano. Debemos creer que la verdad merece bastante más que la falsedad, y de no ser así, más nos valiera no pensar. Pero hay otra manera menos evidente en la cual las falsas ideas de interés extravían a los hombres. En la manera anterior, ciertos hombres engañan deliberadamente a otros; pero en ésta se engañan inconscientemente a sí mismos, a causa de que todo el proceso de asociación puede ser trastornado y cambiado por el sentimiento. Hace mucho tiempo que los hombres de ciencia habían olvidado esto enteramente.

CÓMO EL SENTIMIENTO INFLUYE EN EL PENSAR

Hubo un tiempo en que los hombres creían que la inteligencia o intelecto (la parte con que conocemos y pensamos) era prácticamente el todo en la mente. No se preocuparon del sentimiento y se figuraban que nuestras acciones eran solamente el resultado de lo que pensábamos. Es muy chocante que los hombres hayan pensado de esta suerte, pues cualquiera sabe en qué medida tan grande nuestros sentimientos determinan nuestras acciones.

Pero hoy no incurrimos en el error de suponer que el intelecto sea el todo; sino que, por el contrario, sabemos cuánto influyen en el intelecto otras partes del cerebro. Pensar o asociar es una especie de obrar, y ya hemos dicho que el obrar está determinado en grande escala por el sentimiento. Cuando nos sentimos airados estamos bien dispuestos para pegar y reñir.

Ahora bien, lo que es cierto de otras especies más sencillas de obrar, lo es también de otra muy maravillosa, si bien menos obvia, que se llama pensar. Lo que sentimos decide frecuentemente lo que pensamos. En esto está la diferencia entre el que asocia las ideas por amor de un justo lucro o por ambición; entre el que lucha por una causa buena, y el que se vale de esta misma causa buena para sus fines egoístas; entre el que ama la verdad, la busca y la halla, y el que no la ama ni la busca, y aun buscándola no la halla.

LO PERJUDICIAL DE CREER SOLAMENTE LO QUE DESEAMOS CREER

Este trastorno del juicio, causado por el sentimiento, es tal que, como ocurre diariamente en todo el mundo, los hombres llegan a creer lo que desean creer, y es un hecho de los más importantes en la vida del género humano, el cual explica la mayor parte de los hechos de la historia. Si vigilamos atentamente, pronto conoceremos por nosotros mismos lo que ocurre, porque tal puede ocurrirnos a todos, y no necesitaremos esperar mucho tiempo una ocasión de observarlo. Lo que hallare-

mos será probablemente esto: que de una manera o de otra los hechos, ideas y recuerdos que se ajustan a lo que deseamos creer o demostrar y persuadir de ello a otras personas, avanzan briosamente al primer plano de nuestro cerebro. Sabemos que el secreto de la atención es el interés, y las cosas que deseamos creer nos interesan más que todo y por eso les prestamos mayor atención.

Por desgracia, atendemos tanto a ellas, que nos incapacitamos para reparar en otros hechos e ideas que no se acomodan a nuestro sentir. Pero sin atender no podemos asociar ideas y así las asociaciones que hacemos y los argumentos que usamos, todos están fundados en las cosas que más nos interesan, esto es, en las más adecuadas a nuestra causa. Tal es la razón por la cual obramos mal con tanta frecuencia.

POR QUÉ LOS HOMBRES NO BUSCAN SIEMPRE LA VERDAD

Discutamos con alguno que esté interesado en demostrarnos lo contrario de lo que pensamos. Los puntos que nos favorecen se apoderan de nuestro ánimo con tanta fuerza como los que sirven de apoyo a nuestro adversario y hacen presa en el suyo. Pero en realidad, no escuchamos sus argumentos, ni él atiende a los nuestros; y ninguno de los dos convence al otro.

Tal ocurre en las cosas de la política y en casi todo lo demás que es motivo de disputa entre los hombres. Hay cierta suma de prudente decepción, pero la clave de las diferencias de opinión que dividen aún a hombres ilustrados, es la autodecepción o autoengaño, que depende de la medida en que nuestros procesos de asociación están corrompidos por nuestros sentimientos y nuestros intereses.

Este peligro aparece en todas las cosas, y aun en el descubrimiento de la verdad. Hay muchas razones para que se muestre también aquí; porque lo que nos proponemos casi siempre, no es el descubrimiento de la verdad, sino, que movidos por el ansia de dinero o de gloria, procuramos persuadir a otros de que la hemos descubierto. Aparte esto, siempre que un hombre dice una cosa, desea convencerse de que tiene razón y, por supuesto, tal deseo no es enteramente lo mismo que el deseo de encontrar la verdad.

De todos modos, sea por emulación, sea por contrariar, siempre se tienen a mano motivos para demostrar que lo que se cree en nuestra clase o en la escuela a que pertenecemos, es cierto. Pero esto sólo es causa de desastre, porque significa que un hombre, en lugar de mirar todos los hechos, solamente mira algunos de ellos; quiere decir que ve la importancia de los hechos favorables, y no ve la importancia de los hechos contrarios, y por eso se equivoca.

Pero en todas partes y en todos los tiempos han florecido hombres que han buscado sinceramente la verdad; que renunciarían a sus creencias antes que creer lo que no es cierto; que prefieren creer la verdad y ser despreciados y perseguidos, a persuadir a otros hombres de algo que no sea verdadero y ser estimados.

POR QUÉ UN PENSADOR SE INTERESA SÓLO EN VER LA VERDAD

El éxito que en cierto modo alcanzan siempre estos hombres, hasta el punto de que si sus cerebros son de orden elevado, llegan a ser los grandes pensadores del mundo, depende enteramente de la calidad del interés que los guía. Para pensar o asociar no es preciso el interés; pero es necesario que tal interés sea justo, sincero y bueno, si hemos de pensar rectamente.

Estudiando la labor de algún hombre célebre, veremos exactamente el camino en que aquél persevera en interés de la verdad, y solamente de la verdad. Únicamente le amedrenta una cosa, que es ir a parar al error. Si su objeto fuese la demostración de algo en particular, se interesaría más en un conjunto de hechos que en otros; pero como no es tal su propósito todos los hechos le interesan igualmente, porque todos contribuyen del mismo modo al descubrimiento de la verdad. Tal vez

no favorezcan todos por igual a su teoría; pero no importa, lo peor para su teoría puede ser lo mejor para la verdad.

EL HOMBRE QUE PROCURA ENCONTRAR HECHOS, Y EL HOMBRE QUE PROCURA PROBAR UN CASO

Aquel hombre célebre que hemos considerado, y que puede ser cualquiera de los muchos que en el mundo han sido, empezó sin duda con una teoría que brotó en su cabeza, y desde aquel momento, estuvo años y años trabajando en ella. La gente diría, acaso, que empleó tantos años en buscar la manera de probarla; pero no es verdad. Si pudiésemos estudiar su mente y las líneas del trabajo que hizo, declararíamos que está más cerca de la verdad el decir que aquel hombre empleó tantos años en refutar su propia teoría. Pero lo cierto es que no procuró defender ni impugnar nada, sino sencillamente buscar la verdad.

El éxito de los oradores forenses es muy diferente. Su propósito es ganar el pleito, y para ello ponen todo el énfasis en los hechos que les favorecen y relegan a segundo término los contrarios. Logran, al fin, el veredicto del jurado; pero no es éste el método que debemos seguir, si queremos ganar el veredicto, no de un jurado, aun cuando éste sea el género humano entero, sino el veredicto de la Naturaleza misma.

Pues bien, debemos concluir nuestro estudio de la asociación, observando que ésta pertenece a los actos más elevados de la memoria, los cuales son reconocer, y mejor aún, recordar las cosas. La especie más alta de memoria es la de un hombre que, cuando mira una flor amarilla, u otro objeto cualquiera, sea capaz de recordar, en conexión con aquella flor, miles de hechos semejantes y contrastar lo que de una u otra manera relaciona la flor con otras cosas.

UN SABIO QUE SABE POCO Y UN NECIO QUE SABE MUCHO

Entonces el hombre recuerda algún hecho tocante a otra flor enteramente diferente, que quizá ha visto en otra parte o ha oído hablar de ella, y los dos hechos asociados le revelan una verdad. El hecho de la otra flor ha podido estar también en la mente de otro hombre; pero no se le ocurrió nada, y aquí está la diferencia.

Para todos los usos de la mente, este género de memoria es la mejor posesión del mundo. De nada sirve acumular cosas en la cabeza, si no sabemos recordarlas en el momento oportuno. Un hombre puede ser una enciclopedia andando y ser un necio. Su cerebro está relleno de hechos, pero no sabe asociarlos debidamente, no se le presentan en sus verdaderas relaciones y, por consiguiente, son enteramente inútiles. Otro hombre puede tener la milésima parte de conocimientos y ser mil veces más sabio, porque los hechos grabados en su mente están justamente dispuestos, unidos, arreglados y clasificados, y puede compararlos. En una palabra, están asociados.





ANIMALES DESCONOCIDOS

COLOCANDO una gota de agua bajo la lente de un poderoso microscopio, vemos que en ella bulle un mundo de corpúsculos vivos, y nos sorprende, en verdad, que en una gota que parecía tan limpia y exenta de vida, se agiten en tanto número seres de distintas formas y tamaños; cosa casi increíble y que difícilmente admitiríamos, a no revelárnoslo aquel instrumento. Y si esa pequeña gota encierra tales misterios, ¿qué no habrá en todo el mundo, del cual es una partícula insignificante?

En un jardín, si se recorren sus cuadros y céspedes, no parece que entre aquellas plantas y aquellas flores se oculte misterio alguno. Fuera de los pájaros, al pronto no se ven otros seres vivientes. Pero, luego, el salto de alguna rana denuncia la presencia de estos batracios, con lo que se empieza a sospechar que la soledad del jardín no es tanta como al principio pudiera presumirse. Y, en efecto, a poco que se detenga el observador, se convencerá de que allí la vida animal es tan interesante como podría serlo la de un parque zoológico. Los ratoncitos, que huyen presurosos al ruido de las pisadas; las lagartijas, corriendo veloces por las paredes y por las ramas y los troncos de árboles y arbustos; las mariposas, que vuelan de flor en flor; las industriosas hormigas, y miriadas de insectos y gusanos, animan aquel espacio que antes parecía desposeído de vida animal. Al entrar en el jardín, acaso creía el visitante que iba a estar solo, y, a poco de permanecer allí, se encuentra acompañado de más seres vivos que personas hay en todo el género humano, puesto que en cada centímetro cúbico de terreno hay más de 100.000 microbios, los cuales, por cierto, son en su mayoría beneficiosos para las plantas.

Las especies y variedades de insectos y de formas vivas microscópicas son tantas que, aun prescindiendo de las que aun no han clasificado los naturalistas, superan en mucho a las de todos los animales vertebrados: mamíferos, aves, reptiles, anfibios y peces.

Lo cual puede tenerse por cierto, sin embargo de no conocerse aún todas las especies de vertebrados, como lo prueba el hecho siguiente: Durante centenares de siglos ha podido vivir en África, enteramente ignorado, un hermoso animal llamado okapi. Hace pocos años, cualquier zoólogo eminente hubiera dicho que tenía noticia de todos los mamíferos del Viejo Mundo; y, sin embargo, había uno por descubrir, un animal mezcla de jirafa y gacela. Algunos europeos han ido a África expresamente a buscar el okapi en los bosques en donde se sabe que habita; pero no han logrado ver ni un ejemplar vivo.

Se tuvo noticia de este animal por primera vez, de un modo algo novelesco. Los cuentos infantiles y los relatos de viajes fantásticos mencionan frecuentemente a los pigmeos; pero nadie creía que tal pueblo existiese.

No han faltado nunca enanos en el mundo; mas esto no era prueba de que hubiese una raza cuyo distintivo fuese su corta estatura. Sin embargo, tal raza se descubrió en el corazón de África, y un oficial inglés, el mayor Powell Cotton, quiso hacer su viaje de bodas por esas regiones, para que viera su joven esposa aquellos raros tipos de tan exiguo tamaño. La señora era valiente; la expedición no la asustó, y cuando su marido hubo de internarse en las selvas para cazar animales raros, ella se quedó sola entre los pigmeos. Este curioso pueblo era el único que tenía noticia del extraño animal, en cuya existencia no creían los naturalistas. Los pigmeos conocían perfectamente las costumbres del okapi. Sabían que el alimento especial de que se nutre no se encuentra fuera de aquellos bosques. Érales, además, bien conocido que es un animal tímido, silencioso y solitario, que al olfatear desde muy lejos al hombre, se apresura a ponerse en salvo, huyendo a lo más espeso de la selva, a donde ni aun los pigmeos pueden seguirle. Pero aquellos hombrecillos no ignoraban que hay momentos en que es posible aproximarse al animal y herirlo mortalmente, disparándole una flecha envenenada de las que ellos usan.



El okapi, descubierto en 1899.

Este fué el conducto por donde atrevidos cazadores se enteraron de que los sabios no conocían aún todos los secretos de la Naturaleza.

Merece también recordarse que este mismo viajero permaneció algún tiempo entre hombres que viven en las cavernas africanas. Halló una clase de trogloditas agrupados en tribus de cuatro o cinco familias, vestidos de pieles y que habitan en las grandes excavaciones naturales, como los antiguos pobladores de la Europa salvaje, que compartían el suelo con el mammut, el oso y la hiena.

Todo esto demuestra que aun no se han borrado todos los vestigios del mundo primitivo y que todavía hay cosas dignas de verse y conocerse: animales selváticos de los que nunca se había sabido nada; hombrecillos en los bosques, como los pigmeos de los libros de cuentos; familias que habitan en cavernas, como los primitivos representantes del género humano, y otras que, en compañía de sus animales domésticos, viven entre los hielos eternos, como vivieron los hombres de la Edad Glacial.

Los hechos citados permiten suponer que todavía quedan por descubrir muchas reliquias de lo pasado, que, profundamente escondidas en parajes apartados de todas las vías usuales en los distintos países del globo, jamás han sido vistas por los viajeros ni por los cazadores. Y aun se podría preguntar si ciertos monstruos antediluvianos, que se suponen extinguidos, no viven actualmente en algún escondrijo inaccesible.

Existen en la actualidad escorpiones enteramente análogos a los más antiguos de que se tiene noticia.

El ornitorrinco, curioso mamífero de cuerpo cubierto de denso pelaje, pico de ave y extremidades provistas de membranas natatorias, que también le

sirven para excavar la tierra, vive hoy en Australia y conserva la misma forma de sus antepasados, que fueron de los primeros que aparecieron en el globo. Muchos años transcurrieron hasta que los blancos dieron crédito a la historia que los indígenas australianos contaban de este ovíparo animal; y cuando, al fin, un europeo lo encontró y pudo conocer sus costumbres, apresuróse a cablegrafiar la noticia a Europa y América, con idéntico entusiasmo con que pudiera haber anunciado el descubrimiento de un nuevo continente.

Tenemos también la *tuatera* (*Hatteria punctata*), reptil como un lagarto, que habita en las islas del nordeste de Nueva Zelanda y que no ha cambiado en el transcurso de las edades su forma primitiva, en tanto que otros lagartos se han modificado considerablemente. Hay más diferencia entre la tuatera y el lagarto ordinario, que entre éste y la serpiente. La tuatera es el único animal del mundo que tiene aún tres ojos. En la parte superior de la cabeza, bajo un pliegue o arruga que le inhabilita para la visión, se encuentra ese tercer ojo que, según se dice, tuvieron todos los animales en otro tiempo.



Mrs. Powell Cotton, que vivió durante algún tiempo entre los pigmeos.

Y los naturalistas se preguntan: Si esos dos animales, junto con el equidna u hormiguero espinoso (otro animal que, en realidad, tampoco ha variado), han podido conservar sus primitivas formas a través de tantos millones de años, ¿no habrán sobrevivido hasta nuestros días otras especies de las edades pasadas? Y en la esperanza de que así sea, envían a las regiones inexploradas viajeros encargados de registrarlas, o ellos mismos abandonan sus libros y se ponen en camino. Una de las más interesantes entre estas expediciones, fué la emprendida hace algunos años en busca del perezoso gigante de Patagonia.

El cuerpo de esta curiosa bestia era tan grande como el del elefante, y cuando se sentaba sobre sus fuertes patas traseras—para doblar las ramas altas de un árbol y comer,—medía más de cuatro metros de altura. Era el rey de la fauna sudamericana en la época en que el mastodonte y el mammut imperaban en la América del Norte. Nadie sabe por qué se extinguieron. Algunos lo han explicado por el enorme número de guanacos que existían entonces en Sudamérica, los cuales, a fuerza de devorar los renuevos de los árboles, acabaron por destruir todos los bosques en que habitaba el perezoso. Las cabras aniquilaron los árboles de las montañas de Grecia y de las llanuras cercanas al Mediterráneo, convirtiéndolas en eriales. Lo mismo pudieron hacer los guanacos en las regiones sudamericanas en que vivía el perezoso. Sin embargo, no se explicaría de igual modo la desaparición del caballo. En otro tiempo hubo en el Nuevo Mundo un número muy considerable de animales parecidos a los caballos actuales. Pero cuando desembarcó allí el primer hombre blanco, el noble bruto era desconocido. Se trata de uno de tantos misterios que por ahora no podemos desentrañar.

Como quiera que sea, los naturalistas enviaron una expedición, creyendo que

el perezoso gigante existiría aún en algunas partes remotas de Sudamérica. No tuvo buen éxito esta tentativa; pero ahora sabemos que estos grandes monstruos vivían en las cavernas con el hombre, el cual los criaba y cuidaba, como hoy lo hace con los animales domésticos, pues se han encontrado en varias guaridas los residuos de la hierba que el hombre de aquellos tiempos cortaba para mantener a los monstruos.

Las primeras noticias de los animales desconocidos suelen adquirirse por conducto de los indígenas del país en que aquéllos viven. Por consiguiente, se debe prestar mucha atención a todas las historias de los bosques, desiertos, etc., que refieran los habitantes de las distintas regiones de una gran comarca. Durante mucho tiempo no se hizo caso de los cuentos indígenas relativos a los pigmeos, a los hombres de las cavernas, al okapi y al ornitorrinco; pero, según hemos visto, no eran invenciones. Estos hechos dan la razón a los que sostienen que hay visos de posibilidad en las historias maravillosas que se refieren de un monstruo horrendo que vive actualmente en los pantanos de Rodesia, en África. Menges, un viajero fidedigno, fué el primero que, hace ya muchos años, oyó este relato de boca de los indígenas africanos. Volvió a hablarse de ello algunos años después, cuando un gran importador de fieras, Herr Carlos Hagenbeck, recibió noticias del mismo monstruo por dos conductos diferentes: llegaron éstas a oídos de uno de sus cazadores, que había visitado a Rodesia; e, igualmente, fué informado del caso un viajero inglés que había atravesado el mismo país, por un camino diferente del seguido por el representante de Hagenbeck. Según la descripción de los indígenas, trátase de un monstruo corpulento, « medio elefante y medio dragón », que vive en las grandes ciénagas del interior, cuya superficie es de algunos centenares de kilómetros cuadrados. Además, ciertos dibujos que pueden verse en las cavernas de Rodesia, demuestran, o que los naturales poseen una rica imaginación, o que han visto positivamente al monstruo. Sabemos que en las pasadas edades se dibujaban en la roca, en el marfil y en las paredes de las cavernas, muchos y variados perfiles de rengíferos, osos, mammutes y otros animales contemporáneos de aquellos hombres, y se han encontrado esqueletos de todos estos animales, mezclados con los restos de los autores de los dibujos.



EL PEREZOSO GIGANTE

Hace algunos años, una partida de cazadores ingleses salió en busca de este monstruo de Patagonia, pero no pudo dar con él.

Herr Hagenbeck cree que, en efecto, ese animal existe al presente, en las extensas y silenciosas lagunas africanas; y envió una expedición con la misión de capturarle. Pero estos viajeros sucumbieron víctimas de las fiebres endémicas y de los furiosos ataques de los salvajes sedientos de sangre, y la empresa fracasó. A pesar de ello, Hagenbeck, en un libro que ha escrito, titulado *Los Animales y el Hombre*, dice que espera aún demostrar la existencia del monstruo. A su juicio, éste debe ser semejante al

REPTIL GIGANTESCO, QUE QUIZAS EXISTA ACTUALMENTE

Algunas tribus africanas creen en la existencia de una espantosa bestia, mitad dragón, mitad elefante, y dicen que habita en los inmensos pantanos de Rhodesia septentrional. En Europa hay también quien afirma que ese animal debe ser el monstruo prehistórico llamado brontosaurio, y que acaso viva aún en dicha extensa y despoblada región. El grabado representa un brontosaurio (nombre que en griego significa « lagarto del trueno »), el cual hace muchos siglos habitó también en las Montañas Rocosas, en América.

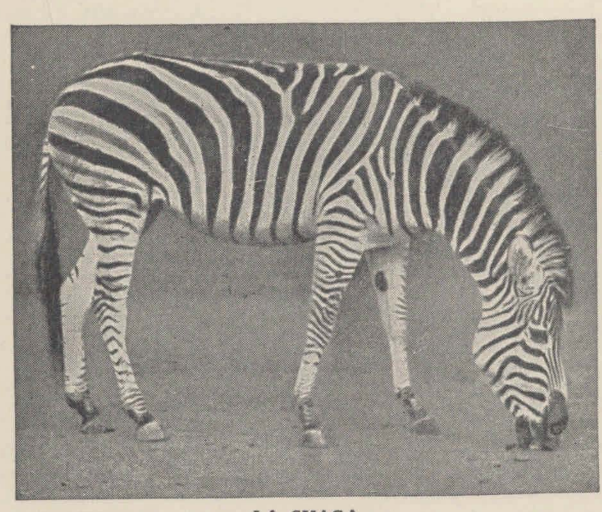
extinguido brontosaurio, que tenia más de veinte metros de largo, y su peso era superior a treinta y cinco toneladas. Se alimentaba de plantas lacustres y vivía parte del tiempo en el agua y parte en la tierra; datos que, por supuesto, concuerdan con las noticias facilitadas por los indígenas de Rodesia.

Hay quien cree que la *cuaga*, un pariente de la cebra, cuya especie se supone extinguida, vive aún; que existen algunos ejemplares que se ocultan para esquivar a los cazadores, sin dejarse jamás sorprender. Se busca todavía fatigosamente a los últimos representantes del *moa* (*Dinornis*), ave gigantesca de Nueva Zelanda, en la firme creencia de que los indígenas de aquellas islas dicen la verdad al asegurar que estos animales recorren aún las montañas del interior. Igual esperanza anima a los que admiten que en alguna de las islas menos frecuentadas del Océano Índico, quedan, con seguridad, uno o dos *didos*, pájaro de figura bastante extraña, y del que no se ha visto ninguno vivo desde fines del siglo XVII.



El takín, desconocido hasta hace poco.

Los cazadores indios hablan aún, de vez en cuando, de una manada de mammutes que vive y prospera en Alaska, en los confines del Océano Glacial Ártico. Y tal vez se compruebe la verdad del hecho. Hace muy poco tiempo, se vió por primera vez en Europa el *takín*, animal entre el antílope y la cabra. Dado su tamaño, no se hubiera dicho que pudiera pasar inadvertido. Tiene algo más de un metro de altura, y está armado de astas poderosas y suficientes para matar a un hombre. Pero se ha ignorado hasta ahora su existencia, a causa de haber vivido retirado en las montañas del Tibet, país que siempre fué poco seguro para los europeos.



LA CUAGA



Creían los antiguos que Atlas sostenía sobre sus espaldas la bóveda celeste.

¿PODRÍA HUNDIRSE EL FIRMAMENTO?

El firmamento no es posible que se hunda, porque en realidad no existe. A menudo nos hace la impresión de que vivimos dentro de una inmensa bóveda, animada de un movimiento aparente de rotación. En todas las edades han tenido los hombres esta idea, y aun nos referimos a ella, cuando decimos « la bóveda celeste ».

Pero, cuando se estudiaron con más escrupulosidad los cuerpos celestes, se supuso que había varias esferas a diferentes distancias de la tierra. En nuestro claro clima podemos formarnos idea más precisa del cielo, en la forma de una esfera inmensa, que no en otras partes del mundo.

Si el firmamento fuese algo semejente a una cúpula grandiosa, nos preguntaríamos con razón qué fuerza lo sostiene. Pero lo que vemos es sólo la luz reflejada por la atmósfera de nuestro propio planeta. Esa aparente bóveda azul, aunque tan apartada nos parece, sólo dista de nosotros de ochenta a cien kilómetros, que es la mayor distancia a que el aire refleja la luz hasta nuestros ojos; y al efecto de esta reflexión es a lo que llamamos firmamento o cielo.

¿QUÉ ES LO QUE HACE ARDER AL SOL?

El sol no arde, en la verdadera acepción de la palabra, como nos lo demuestran dos razones. Es la primera que, a la elevadísima temperatura que existe en el sol, la combustión no es posible, por raro y extraño que a primera vista nos parezca; y, segundo, porque puede demostrarse que haría ya mucho tiempo que el sol se habría consumido, si su calor y su luz se debiesen a la combustión. Es posible calcular la cantidad de energía que el sol produce; pero tenemos que atribuirla a algo, que no sea la combustión. El conocimiento de la procedencia de la energía del sol es de la mayor importancia.

Es preciso desechar toda idea de combustión; el calor debe ser producido por el choque de unos átomos contra otros, al contraerse el sol bajo la acción de su propia gravedad; la luz y el calor que recibe de otras estrellas, deben también influir algo; y se cree hoy en día que probablemente la mayor parte del poder del sol procede del interior de sus propios átomos, los cuales lo recibieron, antes que nada, del Autor de todo poder en el universo.

¿CÓMO SABE EL NAVEGANTE EL RUMBO QUE DEBE SEGUIR EN ALTA MAR?

Durante muchos siglos, el marino que se aventuraba en el mar hasta perder de vista las costas, no tenía más guía que las estrellas. Mientras se ven las estrellas, sirven de orientación al

navegante. Desde todo el hemisferio Norte de la tierra, donde ha habitado siempre la parte más numerosa de la humanidad y existieron las naciones más grandes de los tiempos pasados, puede verse siempre, si el cielo está despejado, la Estrella del Norte, o Estrella Polar, que ambos nombres recibe, que indica la situación del Polo Norte; y claro es que, una vez sabido esto, todas las demás direcciones nos son ya conocidas.

Hay poderosas razones para suponer que, como en otros muchos casos, la Estrella Polar ha cambiado de posición, aun dentro de la veintena de siglos, aproximadamente, que hace que la observan los hombres. Hoy no marca precisamente el Norte, pero debió señalarlo con exactitud algún día. Todo el mundo sabe además que al presente se sirven los marinos de la brújula para orientarse en el mar.

¿TIENE ALGÚN SIGNIFICADO LA FORMA DEL CEREBRO?

El hecho de que la forma de la cabeza no corresponda a la del cerebro es una objeción fatal para la frenología. Pero existe otra más seria todavía, cual es que las diferencias entre las meras formas exteriores y aun entre los tamaños y pesos de los cerebros son probablemente de escasa o ninguna importancia. Las diferencias entre los distintos cerebros entrañan gran importancia; pero estas diferencias hay que buscarlas sólo en la substancia gris de sus diversas partes y en el número, forma y disposición de las células que constituyen esta materia. Estas diferencias sólo pueden apreciarse cuando se secciona cuidadosamente el cerebro en finas rebanadas y se las examina de un modo escrupuloso y completo por medio del microscopio.

¿ES CIERTO QUE NO PODEMOS DESANGRARNOS MÁS QUE HACIÉNDONOS UN AGUJERO EN LAS VENAS?

Es verdad que nuestra sangre está contenida en una serie de tubos cerrados a los cuales damos el nombre de arterias, venas y vasos capilares; y no podemos desangrarnos, ni aun de un modo sumamente leve, como, por ejemplo, cuando nos cepillamos los dientes, sin que de una manera u otra, se haya hecho un agujero en la pared de uno de esos tubos. No es probable que un rasguño hecho en la piel alcance ninguna arteria, pues éstas suelen hallarse a cierta profundidad, ni siquiera alguna vena, pues a pesar de que muchas de ellas están debajo de la piel y de que sus paredes son mucho más delgadas que las paredes de las arterias, son demasiado espesas para que pueda atravesarlas un ligero rasguño.

Entre las arterias, por las cuales sale la sangre del corazón, y las venas por donde vuelve a él, dicha sangre corre por unos tubos sumamente pequeños, como cabellos, a los que se conoce con el nombre de vasos capilares, término derivado de la palabra que en latín significa cabello. Estos vasos capilares se encuentran en todas partes, excepto en una o dos en donde conviene que no los haya, como la parte delantera transparente del ojo. Aunque se pinche o se rasgue un punto de éstos, no saltará sangre. En todo el resto del cuerpo, el más leve rasguño puede alcanzar un vaso capilar, por hallarse dichos vasos junto a la piel, y hacer que nos desangremos.

En los vasos capilares no se perciben las pulsaciones, de manera que la sangre no hace más que rezumarse, por decirlo así; pero si se corta una arteria, como la que sentimos latir en la muñeca, la sangre sale a borbotones.

La sangre no tendría utilidad si se limitase a circular continuamente por esos tubos cerrados, sin que sucediera nada hasta que se les cortase. Pero hay muchísimas cosas, excepto las células rojas, que entran y salen sin cesar por las paredes de los vasos capilares; y por eso es útil la sangre.



EL SUEÑO DE GIOTTO Y EL CAMPANILE

En este grabado, el artista ha querido mostrarnos al joven Giotto dibujando una oveja en una piedra, con un tosco pedazo de yeso por lápiz, cuando Cimabúe lo encontró; y ha imaginado a Giotto soñando en la bellísima torre que más tarde había de levantar en las calles de Florencia. Nos imaginamos a Giotto diciendo: « Edificaré una cosa magnífica », y cuando miramos a la torre, con sus líneas tan puras y tan esbeltas, acude a nosotros algo de aquel mismo sentimiento que Giotto hubo de experimentar cuando cincelaba sus mármoles. El pie de esta torre, dice Mr. Ruskín, es el único lugar fuera de Palestina, donde sentimos la aurora de la mañana del mundo.

FLORENCIA A VISTA DE PÁJARO



Florencia se extiende bellísima por el risueño valle del Arno, coronada de verdes colinas, detrás de las cuales aparecen, más altas, y a veces nevadas, las cimas de los Apeninos. Cuenta la tradición que la primitiva ciudad se levantaba sobre la colina de Fiésole, en que, efectivamente, se conservan ruinas de construcciones romanas, y que algunos monjes bajaron al llano para edificar un convento, en torno del cual, poco a poco, la ciudad creció, se ensanchó y embelleció, hasta ser Florencia, ciudad de serena y exquisita belleza.

En el grabado inferior, la estupenda catedral, toda de mármol blanco y negro, con la maravillosa cúpula del Brunellesco; el campanile de Giotto, blanco, esbelto y fino como un encaje: abajo, apiñados, alrededor de estas preciosas obras del luminoso genio italiano, los rojos tejados de las casas; en el fondo, el templo de la Santa Cruz, donde duermen el sueño eterno Maquiavelo, Galileo, Fóscolo y Rossini.



DONATELLO GHIBERTI CIMABUE BRUNELLESCHI DELLA ROBBIA GIOTTO

FLORENCIA Y SUS CONSTRUCTORES

MUCHOS y célebres han sido los pintores, escultores y arquitectos de Roma, Venecia y Florencia, hombres en su mayor parte de humilde nacimiento, enamorados del arte a que consagraron sus vidas, y cuyo oficio cotidiano fué construir y decorar bellos templos y esculpir artísticas estatuas y monumentos. En su trabajo desplegaron las energías de su talento, con sencillez, sin ambición ni ansias de gloria; sin darse cuenta del esplendor de sus obras, quizás muy lejos de soñar en el asombro que las futuras generaciones habían de sentir al contemplar sus producciones de arte.

Si es grande la admiración que en nosotros despiertan las ciudades de Italia, mayor ha de ser aún, cuando conozcamos de qué mode vinieron aquellas bellezas a la existencia.

Vivían las viejas ciudades italianas, tristes y sin ornato, cuando sus habitantes soñaron borrar su fealdad, vistiendo sus calles y plazas de belleza y esplendor. Laudable y natural deseo, pero de ardua realización, ya que para ello se necesitaban artistas idóneos que tradujesen en bellas obras de arte los ideales de aquel pueblo, en quien la sed de belleza era cada día mayor. Surgieron, no obstante, arquitectos y escultores cuyos trabajos no han tenido igual en la historia, artistas nacidos en la pobreza y de humildes y desconocidos principios.

CÓMO ARNOLFO DI CAMBIO EMPEZÓ A EMBELLECER A FLORENCIA

Uno de estos hombres fué Arnolfo di Cambio, nacido próximamente en 1232. Muy joven aún, pudo vérsele confundido con otros artífices, trabajando en la catedral de Siena.

Acompañábale un tal Lapo, a quien unas veces solía llamarle su padre y otras su maestro. Todos aquellos hombres eran hábiles artistas, que iban por Italia, de ciudad en ciudad, embelleciendo edificios o levantando otros nuevos. Muy pronto llegó el joven Arnolfo a ser famoso, como arquitecto y escultor; y mientras sus colegas trabajaban en diversas ciudades italianas, él emprendió con ardor la artística tarea de adornar a Florencia con algunos monumentos, que la han hecho célebre hasta nuestros días.

Ciñó la ciudad con soberbias murallas, construyó la magnífica catedral, dos iglesias de las más suntuosas, y trazó los planos del famoso palacio viejo, hoy especie de Casa Consistorial, en que los gobernadores de Florencia celebraban sus sesiones; en una palabra, fué el padre de la arquitectura florentina.

Murió en 1300, sin haber podido dar remate a sus grandes obras maestras, de las que se encargaron artistas posteriores.

CIMABÚE EL PADRE DE LA PINTURA MODERNA Y EL PASTOR GIOTTO

Mientras Arnolfo hacía brotar maravillas de la piedra, un florentino, de nombre Giovanni Cimabúe, nacido en 1240, decoraba Florencia con bellísimas pinturas. Por aquel tiempo había decaído sensiblemente el arte pictórico en Italia. Manos extranjeras, simples copistas de malos modelos, eran los directores de la pintura. Cimabúe, con otros artistas noveles, empezó su carrera artística copiando tan defectuosos modelos, mas su originalidad no tardó en desviarle de aquel camino, y así se dió a pintar al natural hombres, mujeres y cuanto alcanzaba su vista, por lo cual se le apellidó con el honroso sobrenombre de padre de la pintura moderna.

Antes de su muerte, que ocurrió en 1302, había adiestrado en su arte a un discípulo que llegó a ser mejor que él. Fué este Giotto di Bondone, conocido vulgarmente por Giotto.

Nació Giotto hacia el año 1266 y era hijo de un pobre campesino de Vespignano, pueblo cercano a Florencia. Durante su niñez ganábase ya el sustento, custodiando con otros pastores los rebaños de su padre; pero al diligente pastor le gustaba el arte más que su campestre ocupación, y así solía aprovechar sus ocios trazando dibujos sobre las rocas, sin haber recibido lección alguna. Dícese que Cimabúe le sorprendió cierto día haciendo un ingenioso dibujo de una oveja. Admirado el gran artista de la destreza y talento del muchacho, le cobró afecto y le preguntó si le gustaría irse con él a su casa, en donde le enseñaría a pintar. Con el consentimiento de su padre partió Giotto a Florencia a recibir las lecciones de su nuevo amigo. El joven pastor fué un discípulo aventajado, que aprendió de su maestro todo cuanto éste le pudo enseñar y llegó a ser superior a él.

LA ALEGRE RESPUESTA QUE EL RISUEÑO PINTOR GIOTTO DIÓ AL REY

Cimabúe habia abierto el camino a los nuevos métodos del arte, y Giotto fué realmente el primero que dió expresión a esta innovación. No contaba aún veinticuatro años, cuando recibió el encargo de pintar una gloria en la bóveda de un altar. Cuéntase a este propósito que por aquel entonces vivía en Florencia, su ciudad natal, el Dante, quien no tardó en trabar amistad con el joven artista. Un día que Giotto estaba pintando la bóveda de la iglesia, sentado en el andamio colgante, recordó la benignidad del Dante para con él y se le ocurrió demostrarle su gratitud trazando un exquisito retrato del gran poeta florentino, entre los rostros de los ángeles de su obra. Ese es el retrato más bello que del Dante tenemos, pues fué hecho antes que el dolor y la desgracia alterasen las nobles facciones del poeta.

Muy pronto se difundió la fama del talento de Giotto. Suyas son las pinturas de la iglesia, en que San Francisco de Asís está sepultado; las de otros templos de Padua, Verona, Nápoles y otras ciudades y especialmente de muchos santuarios de Florencia.

Por doquiera iba, era siempre el risueño y sencillo pastor convertido en artista, y tenía un oportuno e ingenioso dicho para todos, reyes o aldeanos. Una vez, un rey que le había llamado para que pintase algo, le dijo:

Yo en tu lugar no estaría trabajando en ese andamio con el calor que hace.

—Tampoco estaría yo si estuviera en el vuestro,—le respondió sonriente el artista.

DE CÓMO GIOTTO TRAZÓ UN PLANO PARA EL PAPA Y FUÉ A ROMA

Paseaba en cierta ocasión con un magistrado, cuando les sorprendió tal temporal que los dejó empapados en agua y cubiertos de fango.

El jurisconsulto se volvió a Giotto, riendo al ver su cómico aspecto.

—¿Quién creería, al verte así, que eres el pintor más célebre del mundo?

—¿Quién lo creería—le respondió el pintor—el mismo que al veros así, creyese que sabéis el alfabeto.

Una vez el papa mandó a una persona de su confianza a recorrer las ciu-

LA MARAVILLOSA «PUERTA DEL PARAÍSO»

Esta puerta de bronce del baptisterio de San Juan, en la plaza de Santa María del Fiore, es obra de Lorenzo Ghiberti, y una de las más famosas puertas del mundo. Se tardaron 30 años, aproximadamente, en su construcción. Es tan bella, que se dice que Miguel Ángel Buonarrotti dijo de ella que era digna de ser la « Puerta del Paraíso ».

dades de Italia, para recoger bocetos de diversos artistas; aquel, cuyo trabajo agradase más al pontífice, sería llamado para pintar en el Vaticano. Los otros artistas estaban ansiosos de mostrar las mejores cosas que habían hecho; pero Giotto no tenía tal intención. Tomó un pincel, lo mojó en color rojo y trazó un círculo, tan perfecto, que parecía hecho a compás.

—¡He aquí mi diseño!—dijo, alargándoselo al enviado del papa.

—¿Solamente esto?

—Sí, esto, y es más que suficiente. Enviadlo con los otros y ya veréis cómo será comprendido.

Y así fué, en efecto, porque el papa mandó llamar a Giotto, y le encargó que pintase en la basílica de San Pedro.

EL CAMPANILE DE FLORENCIA

Era ya viejo Giotto, cuando fué nombrado maestro de obras públicas en Florencia y recibió el encargo de terminar la catedral, cuyas obras habían quedado interrumpidas por la muerte de Arnolfo. Era su tarea, no sólo dirigir los trabajos de los demás artífices, sino también crear con el martillo y el cincel, de la misma suerte que lo había hecho con el pincel y los colores.

Se entregó a esta empresa tranquilamente, como si fuese cosa de todos los días; y diseñó uno de los más bellos *campaniles* del mundo, una de las maravillas de Florencia; los forasteros y extranjeros no olvidan llevarse pequeños modelos de bronce. Y no se contentó con diseñarlo solamente, sino que trabajó directamente con el martillo y cincel en algunas de las esculturas que le adornan.

En el bajo relieve hay entallado un perrito al que Giotto había tenido particular afecto cuando era un muchacho y guardaba las ovejas; ya viejo e ilustre, se acordó de su fiel compañero de antiguos días e inmortalizó su recuerdo en el mármol.

Giotto murió en 1337, dejando a excelentes artistas, aunque no tan famosos como él, la prosecución de sus trabajos. Más tarde, en la historia artística de Florencia, leemos tres célebres nombres: Filippo Brunelleschi, nacido en 1377; Lorenzo Ghiberti, en el 1378; y Donato di Betto Bardi, llamado el Donatello, en 1386.

LORENZO GHIBERTI Y LA «PUERTA DEL PARAÍSO»

Ghiberti era de familia pobre. Nada se sabe de su padre; pero sí que su padrino, un buen hombre llamado Bartoluccio, primeramente le enseñó su oficio de orífice, y después tuvo la feliz idea de hacerle viajar para que enriqueciese sus conocimientos artísticos, ganándose la vida al mismo tiempo. Ghiberti era inteligentísimo: pintaba, modelaba en cera, fundía figuritas de bronce, hacía joyas y pequeños adornos. Regresó a Florencia precedido de la fama conquistada por ciertos magníficos frescos con que había decorado el palacio de Pandolfo Malatesta, en Rímini.

Trabajaba en Pésaro, cuando recibió una carta urgente de su padrino anunciándole que se había abierto un concurso, entre los mejores artistas italianos, para el diseño de las puertas de bronce del baptisterio de San Juan, donde eran bautizados todos los niños de Florencia. Era esta una buena ocasión para Ghiberti, y así no se hizo rogar para aprovecharla; tal fué su deseo y prisa de volver a Florencia, que el viaje le pareció eterno. Apenas llegado, emprendió solícito su trabajo, y sus diseños fueron presentados a tiempo, con otros de los más famosos artistas de aquellos días.

LA SUERTE DE GHIBERTI Y CÓMO SE MOSTRÓ DIGNO DE ELLA

Entre los concurrentes estaba también el joven Filippo Brunelleschi, hijo de un notario, a quien su padre quería hacer también notario; mas Filippo era apasionado por el arte de orfebrería. Cuando fueron expuestos al público los proyectos de las puertas, Filippo fué con su amigo Donatello a verlos; y se convenció de que sus diseños eran los mejores, después de los de Ghiberti, que superaban a todos. Tal fué el

UNA CALLE DE FLORENCIA

Es ésta la calle Degli Ufficii, la más interesante de Florencia. Los dos edificios que la forman, contienen la más rica galería de cuadros que existe en el mundo. En el fondo, el maravilloso « Palazzo Vecchio », cuya construcción data de varios siglos. En una celda, en lo alto de la torre, pasó Savonarola su última noche. A lo largo de las fachadas, simétricos nichos encierran estatuas de varones ilustres florentinos.

juicio del tribunal, el cual encomendó el trabajo a Ghiberti: no tenía más que veinticuatro años, cuando ganó este concurso, en el cual figuraban artistas de edad madura y sólida fama Las dos primeras puertas le costaron veinte años de trabajo y las otras aún más, si bien es cierto que atendía al mismo tiempo a otras obras, y modelaba estatuas y hacía trabajos bellísimos de orfebrería.

LAS PUERTAS DEL PARAÍSO, COMO LAS QUISO LLAMAR MIGUEL ÁNGEL

Ghiberti fué también llamado a ayudar a Brunelleschi en los trabajos de la catedral, mas en ellos no se mostró buen arquitecto. Sus obras maestras son las dos puertas, que no tienen igual en el mundo, por la gracia y vigor de su dibujo.

El trabajo de estas puertas era lento, pero toda Florencia se interesaba en él. Por aquel tiempo no había en la ciudad alumbrado público; por la noche se usaban antorchas de mano para alumbrar el camino; y a menos de tener un permiso especial, los ciudadanos debían recogerse apenas obscurecía. Mas la consideración que se tenía a Ghiberti, no obstante su humilde origen, en consideración a la excelente labor artística que estaba ejecutando, hacía que él y sus operarios, pudieran salir de noche con faroles por las calles de Florencia, sin que ninguno les hiciese la menor observación. Ghiberti murió a la edad de ochenta años.

En cuanto a Filippo Brunelleschi, amigo y rival de Ghiberti, hombre de mezquino aspecto y admirable inteligencia, aunque no de excelente carácter, diremos que su nombre va unido a una obra de mayor grandiosidad.

CÓMO BRUNELLESCHI CONSTRUYÓ LA MARAVILLOSA CÚPULA DE LA CATEDRAL DE FLORENCIA

Disgustado por no haber vencido en el concurso de las puertas, Brunelleschi, que ya había hecho diseños y bocetos de los mejores edificios de Florencia, y deseaba vivamente trazar un proyecto de cúpula para completar la gran catedral de Arnolfo, fué a Roma a estudiar; allí diseñó y anotó las particularidades de las construcciones romanas, observó cómo en ellas la belleza se asociaba a la fuerza y la ligereza a la majestuosidad.

Para poder vivir, trabajaba de día como orífice y por la noche se dedicaba a dibujar planos y proyectos.

Finalmente, en el año 1407, a los treinta de edad, tornó a Florencia y sometió al juicio de las autoridades sus proyectos para la construcción de la cúpula.

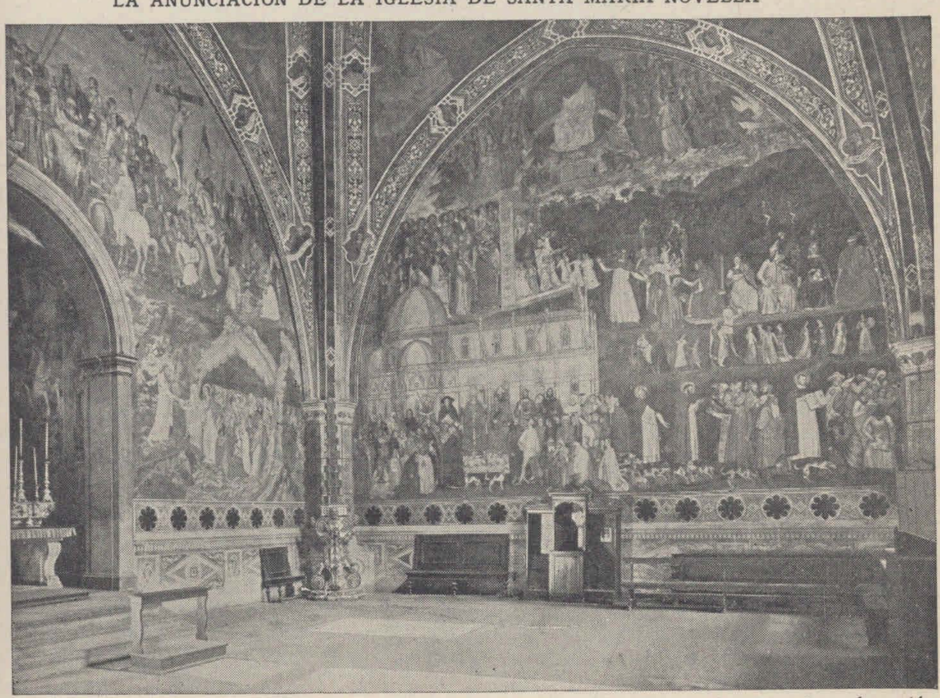
Aquellas personas, autorizadas y competentes, tardaron trece años en tomar una decisión, y fácilmente podemos imaginarnos cuántas objeciones y críticas serían hechas al proyecto en aquel tiempo. Después de reñidas proposiciones, venció y fué encargado de los trabajos, según su proyecto. Celoso de su propia obra, y pesaroso de deber compartir los honores con Ghiberti, que había sido nombrado colaborador suyo, hizo tanto, que hubo de conseguir ver a éste privado de intervenir en la obra.

Cuarenta años fueron necesarios para levantar la maravillosa cúpula y Brunelleschi descansaba ya bajo tierra, hacía quince años, cuando se terminó. Mas los diseños que de ella dejó eran tan perfectos y su método tan excelente, y su ejecución, durante los últimos veintiséis años de su vida, tan notable, que sus fieles operarios pudieron proseguir y terminar sin vacilaciones ni errores, aquella soberbia cúpula que corona espléndidamente la catedral, comenzada 150 años antes. La cúpula de la catedral de Florencia es una de las mayores y la más bella del mundo.

DONATELLO Y SUS ESTATUAS DE MÁRMOL

Donatello había sido un buen muchacho, hijo de un comerciante en lanas; tenía diez años menos que Brunelleschi, y parece ser que también aprendió del padrino de Ghiberti el arte de la orfebrería. Fué a Roma con Brunelleschi, y mientras éste estudiaba arquitectura clásica, Donatello a la vez que trabajaba hábilmente los metales para ga-

LA ANUNCIACIÓN DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA NOVELLA



Las riquezas artísticas de Florencia son infinitas e inestimables. Estatuas y pinturas estupendas están repartidas por doquier. La fotografía no puede dar más que una escasa y mezquina idea de su magnificencia. No obstante, como ejemplo, podemos deducir de este grabado al profusa riqueza de colores de esta capilla llamada « de los españoles », en Santa María Novella.

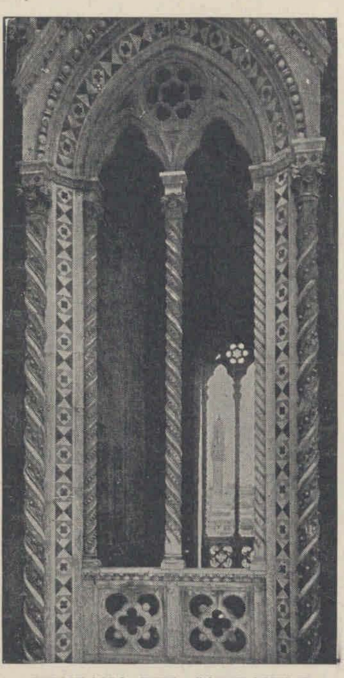
narse el sustento, estudiaba estatuaria. No tenía el genio grandioso de Brunelleschi, pero esculpía estupendamente; alegre y burlón, y tal se mantuvo toda la vida, estaba también destinado a ser el mayor pintor italiano de aquellos tiempos, y padre verdadero de la escultura moderna.

Tenía apenas quince años cuando esculpió un crucifijo en madera; una estatua de María Magdalena y otra de San Juan, en mármol; estas tres obras pueden verse aún en Florencia. Cuando volvió de Roma a los veintiún años, ya era un escultor consumado.

LAS MARAVILLOSAS ESCULTURAS DE DONATELLO Y SU ESTATUA DE SAN JORGE EN EL «CAMPANILE»

Trabajó Donatello en la decoración del magnífico *campanile*, adornándolo de artísticas estatuas.

Refiérese que él mismo, después de haber terminado una figura llena de expresión, llamada Zuccone, la contemplaba satisfecho, y dándole amigables golpecitos con el martillo, le decía: —¡Habla!—



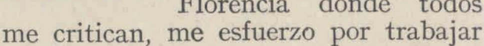
VENTANA DEL CAMPANILE

Miguel Angel, nacido nueve años después de la muerte de Donatello, se paró un día, lleno de admiración, delante de una estatua debida al cincel de este artista, la cual representaba a San Jorge, vestido de armadura, en actitud de bajar del pedestal para combatir con el horrible dragón; y recordando lo que Donatello dijo a su estatua, exclamó mirándola: —«¡Anda!»— ¿Qué mejor elogio?

Todas las obras de Donatello son famosas, no sólo por su belleza, sino también por su expresión de vida y verdad. Había estudiado las bellísimas esculturas de los antiguos y resucitado sus métodos; pero con toda la frescura de su propio ingenio. En su tiempo los escultores se contentaban con decorar edificios por medio de frisos, cornisas y aun estatuas, que no eran más que accesorios de la arquitectura. En cambio Donatello dió vida a figuras, por todo extremo bellas que eran verdaderos retratos, sin que le preocupase el sitio que hubiesen de ocupar, ya que eran admirables por sí mismas.

LA MODESTIA DE DONATELLO Y LA FAMA DE LA FAMILIA DE LOS DELLA ROBBIA

Se podría pensar que Donatello fué un vanidoso ya que tanta confianza tenía en la excelencia de sus obras, que llegó a decir a una estatua suya: —¡Habla!— Todo lo contrario; no sólo era modesto, sino que le molestaban los elogios y huía de ellos. Cuando en Padua le felicitaron por su trabajo, declaró que se volvería a Florencia. —«Si sigo aquí—dijo— a fuerza de oir tantos elogios, creeré que no me queda nada más que aprender. Al menos en Florencia donde todos me critican, me esfuerzo por trabajar cada vez mejor».



Estaba siempre contento, pronto a la broma, y le bastaba con poco dinero. Pero un día que un tacaño encontró caro el precio de 30 francos, fijado por Donatello a una grande y bella cabeza esculpida, tomó el martillo y la hizo pedazos. No es que él fuese avaro, y se diese una vida fastuosa; nada de eso: a menudo tenía en su taller una cesta, en la cual echaba lo que ganaba, y donde todos, amigos y operarios, podían meter la mano, sin previo permiso. Donatello vivió tranquilamente hasta los ochenta años.

UN RINCÓN DE FLORENCIA

Un paseo por las calles de Florencia es de lo más admirable. El que siente lo bello y el misterio de lo pasado, andando por Florencia experimentará cuantos sentimientos suscita la poesía. Allí, sumidos en hermoso ensueño, se nos figura que estamos fuera del mundo de la realidad. Este grabado nos muestra la maravilla que se ofrece a nuestra vista en ese rincón de Florencia. Nos encontramos en el punto de convergencia de las calles del barrio de la Catedral, llamado el « corazón » de una ciudad que ha llegado a tal grado de esplendor por el concurso de muchos hombres, durante mil años.

De cuanto hasta aquí hemos dicho, habremos colegido que el embellecimiento de Florencia fué continuado sucesivamente por los mejores artistas y artífices, consagrados todos a hacer obras de belleza tal, que ni tuvieron ni tendrán quizás igual.

Un discípulo de Ghiberti, Luca Della Robbia, escultor, nacido en Florencia en 1400, había demostrado desde niño, como Giotto, innata pasión por el arte. Famoso más tarde, se le encomendó completar la serie de bajorrelieves de un lado del *campanile* de Giotto, y fué tan perfecto su trabajo, que no era posible distinguirlo de los de Giotto.

Donatello había esculpido también bajorrelieves en una parte de la catedral, y Luca fué el encargado de hacer otros semejantes para otra parte del mismo templo. Eran figuras de ángeles cantores y de niños danzantes, tan bellos como puede idearlos mente de artista. No fué ésta la única vez que Donatello y Luca fueron rivales. Tenía que hacer aquél una puerta de bronce para una capilla de la catedral, mas quizás porque sus ocupaciones eran muchas, se le retiró el encargo dándoselo a Luca. En él trabajó Luca veintiún años, y ejecutó una obra digna de la existencia entera de un artista. La puerta está dividida en diez paineles, y las figuras parecen vivas. Pero lo que especialmente confirmó la fama de Luca Della Robbia, fueron sus terracottas de colores; estatuas, altos y bajos relieves, frisos, rosetones modelados en creta, y luego barnizados mediante un procedimiento especial inventado por él, de forma que, después de cocidos, aparecían lúcidos y resistentes como mármoles de colores.

Esta clase de barniz había ya sido usada en Persia 200 años antes; pero nada nos induce a pensar que Luca lo supiese. Las obras de Luca Della Robbia, han conservado aún a través de los siglos toda su brillantez, esplendor y vivacidad de colorido y tienen hoy un valor inmenso.

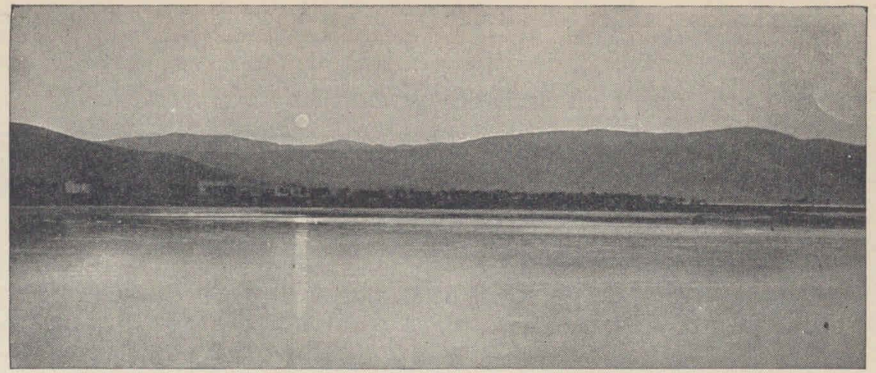
Han existido varios Della Robbia. Un sobrino de Luca, llamado Andrea, fué discípulo suyo; Andrea enseñó a cinco hijos suyos de los siete que tenía; uno de ellos, Giovanni, fué el más famoso después de Luca y Andrea. Dos hijos de Andrea se hicieron monjes para seguir a Savonarola, y fueron más tarde compañeros de Fray Bartolomeo, el cual, nacido en 1475, llegó a ser uno de los pintores más renombrados de Florencia y trabajó en el monasterio de San Marcos, donde también ejecutó trabajos Fray Angélico, otro fraile y famoso pintor, tan enamorado de su arte, que cuando pintaba *Madonnas* se ponía de rodillas y oraba mentalmente.

La obra iniciada por Giotto, y tan notablemente perfeccionada por sus discípulos y sucesores, fué continuada más tarde por otros grandes artistas, entre los cuales citaremos los nombres de Rafael Sanzio, Miguel Ángel Buonarrotti, Verochio y Benvenuto Cellini.

Con todo, estos eximios artistas no lograron superar en perfección a los primeros a quienes la religión de la belleza pura dió una potente fuerza de fantasía.

De alguno de estos últimos, como Miguel Angel, que aun cuando nacido en Florencia, trabajó principalmente en Roma, donde dejó sus magníficas obras, hablamos al tratar de la Roma de los papas.





Esta fotografía del sol brillando a media noche fué tomada en Noruega.

SUECIA, NORUEGA, Y DINAMARCA

EN tiempos antiquísimos las islas Británicas formaban parte del continente europeo, y las elevadas alturas de los Alpes se unían con el Mar del Norte mediante un río mucho más largo y caudaloso que el Rin en la actualidad, puesto que su desembocadura estaba entre Escocia y el sur de Noruega.

Con el transcurso de las edades levantáronse las tierras, aunque no mucho, como lo vemos en la historia de Holanda y Bélgica; pero sí lo suficiente para dar al Mar del Norte, poco más o menos, la forma actual, entre las costas de la Gran Bretaña, Holanda y Dinamarca.

Dinamarca es una de las pocas penínsulas que miran hacia el Norte; su superficie es llana, y en algunos sitios se la defiende contra las incursiones del mar mediante diques, como ocurre en Holanda. Las islas situadas en su parte Oriental forman las gradas de la gran península del Norte de Europa, o sea de la península escandinava, que se extiende hacia el Sur, en su unión del Norte con el continente, por más de 1.600 kilómetros, hasta tocar casi con las islas de Dinamarca. Una gran cordillera de montañas corre todo a lo largo de la península, y muchas de las eminencias de los Alpes escandinavos tienen una altura, que oscila entre 1.500 y 2.500 metros. Al Este, hacia el Báltico, hay una pendiente larga y suave con muchos ríos y lagos que desaguan en este mar; y al Oeste, hacia el Atlántico, hay otra pendiente, pero corta y empinada. El Báltico ha sido llamado el Mediterráneo del Norte, por lo útil que siempre fué, como vía de comunicación, entre los pueblos que viven a sus orillas. Las montañas dividen la península en dos países distintos: Suecia al Este y Noruega al Oeste; echada esta última, por decirlo así, como un saco sobre la espalda de Suecia.

En los museos nacionales se conservan restos del servicio doméstico de los viejos escandinavos, cuya antigüedad se remonta a miles de años. En los referidos museos se pueden ver conchas, huesos de aves, cuchillos de piedra muy gastados y otros en buen uso. Esta colección de utensilios, que tantas enseñanzas encierran para la prehistoria, pertenece, indudablemente, a los primeros habitantes del Norte de Europa. Otros han dejado huellas de su paso por la tierra en las armas y utensilios de piedra, descubiertos en diversos lugares, y en sus montículos funerarios; y otros, finalmente, pertenecientes a tiempos posteriores, nos han legado, como testimonio de su industriosa existencia, objetos de metal y piedras talladas, que constituyen materia interesante de estudio; por lo cual se los colecciona cuidadosamente.

Algunos siglos antes de Jesucristo y procedentes del corazón de Asia, lle-

garon a Europa las grandes familias de los pueblos teutónicos o germánicos. Algunas se establecieron en el centro de Europa; otras avanzaron hacia las penínsulas e islas del Norte, rechazando poco a poco a los antiguos moradores de las regiones que invadían—fineses y lapones—hacia los países más septentrionales, donde actualmente se hallan sus descendientes, en Finlandia y Laponia, entre la cabeza del Báltico, o golfo de Botnia, y el Océano Ártico.

CÓMO LOS PUEBLOS DE ESCANDINAVIA RECIBIERON SUS ACTUALES NOMBRES

Los nuevos inmigrantes, llamados escandinavos, del nombre de la provincia Scanea, se establecieron en lo que es hoy el extremo Sur de Suecia; y los nombres de suecos, daneses, y otros muchos, se derivan de los de las principales tribus que se fijaron en otros sitios. La palabra *noruegos* derívase de la posición del país en que aquellos pueblos se establecieron en el *Norte*, entre el mar y las montañas.

Ya hemos visto que los romanos sólo llegaron, en sus conquistas, a las bocas del Rin; y por tanto, si en Escandinavia se hallan algunos restos romanos, fueron indudablemente llevados allí por el comercio. De modo, pues, que, mientras los romanos civilizaban las Galias, Bretaña, Germania, dejando en estos países vestigios de su vida, los pueblos escandinavos se desenvolvían libre y espontáneamente, a su propio modo, en los fértiles campos de Dinamarca, en la península de Jutlandia y en las islas próximas, a orillas de los inmensos lagos, ríos y bosques del Sur y del Centro de Suecia y en torno de los brazos de mar de Noruega, llamados *fiordos*.

LOS NORUEGOS CREÍAN QUE EL TRUENO ERA EL RUIDO DEL PASO DE SU DIOS

Creían los escandinavos que el arco iris era el puente por el cual los dioses iban en carroza a su morada, Asgard; y para ellos el ruido del trueno era el producido por el fortísimo Thor, al pasar con su carro, o al golpear con su gran martillo. Creían que el gran Odín recibía a cuantos sucumbían en los combates y los llevaba a gozar de un perpetuo festín en el Valhalla. La guerra era su más favorita ocupación; y los jefes de las tribus guerreaban unos con otros por la posesión de pequeños territorios, que poco a poco convirtiéronse, unidos, en reinos. Por fin, hacia fines del siglo VIII, los moradores de los fiordos y algunos de sus vecinos de Dinamarca y Suecia, desplegaron repentina actividad; pues, como si estuvieran fatigados de luchar entre sí y ansiasen más vasto campo para sus aventuras, se unieron y lanzaron como un huracán contra las tierras que estaban entonces algo civilizadas y convertidas al cristianismo; las costas de Irlanda y Escocia, de Inglaterra y Francia, de España y del Mediterraneo.

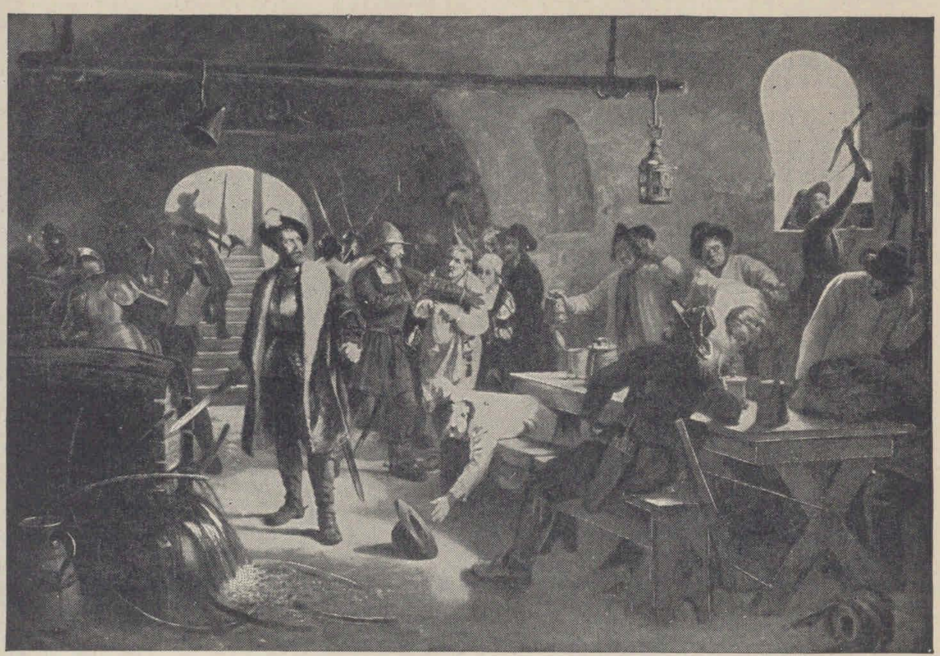
En aquel tiempo, tal era el temor que inspiraron estos normandos, que en todas partes se hizo costumbre rogar a Dios pidiéndole: «Del furor de los normandos líbranos, Señor»; y con razón, porque donde quiera que desembarcaban los *vikings*, incendiaban los pueblos, mataban o esclavizaban a los habitantes, lo saqueaban todo, y se llevaban el botín adquirido a sus moradas de los fiordos.

EMOCIONANTES HISTORIAS E INSPIRADAS CANCIONES DE LOS VIKINGS

Durante algún tiempo, contentáronse con el fruto de tales rapiñas, aunque cada año hacían sus excursiones a países más remotos; y poco a poco comenzaron a establecerse en los países que invadían. En la historia de Francia vemos que Rollón fundó la Normandía, y que Carlomagno sintió profunda tristeza al ver a los normandos en el Mediterráneo. Otros normandos se establecieron en Islandia, en las islas del Norte de Escocia, y en Irlanda, donde aun hoy son conocidos los escandinavos por su nombre y aspecto.

Aparte haber navegado una vez Támesis arriba, parece que los normandos dejaron a los daneses que operaran en Inglaterra. La historia de aquellos tiempos refiriéronla poetas historiadores, cuyos escritos, o *sagas*, que se han

LOS REYES HÉROES QUE ENGRANDECIERON A SUECIA



Gustavo Vasa, el libertador de Suecia, fué coronado en 1523. Fué buen rey, enemigo de la embriaguez y de la glotonería, y trabajó mucho por el progreso de su pueblo. Este cuadro del celebrado artista sueco Saloman, lo representa sorprendiendo a varios de sus súbditos que se hallaban embriagándose. De un mandoble el rey ha roto un barril de licor.



Pocos monarcas han existido tan notables como Gustavo Adolfo de Suecia. Hablaba y escribía ocho idiomas; era prudente estadista y general valiente. El cuadro le representa pidiendo al cielo la victoria antes de trabar combate.



conservado hasta nuestros días, se coleccionaron cuidadosamente y estudiaron con detenimiento. En ellas se encuentran tantas particularidades de vívidas escenas, de pintorescas conversaciones entre los héroes, de sus vestidos y canciones, de su bravura y de sus fiestas, que parecen revivir los antiguos tiempos en que las mohosas espadas y lanzas que vemos en los museos, eran nuevas y brillantes, y los cuernos que no podían dejarse mientras no estuviesen vacíos, se llenaban una y otra vez en los banquetes donde « se regocijaban tumultosamente los guerreros ».

LOS TERRIBLES NORMANDOS QUE INFUNDIERON NUEVA VIDA A LOS PUEBLOS ANTIGUOS

Con ser tan terribles los normandos y sus descendientes para con los países que atacaban, no dejaron de infundir a algunos de ellos nueva vida que ha continuado hasta hoy. Tenían una maravillosa virtud para adaptarse a las maneras y lenguaje de los pueblos, entre los cuales se establecían, llegando en breve a no diferenciarse de los naturales del país, como por ejemplo en Normandía, donde se convirtieron en francos.

Entretanto, en las grandes y pequeñas penínsulas y en las islas situadas entre ellas, los tres reinos fueron progresando lentamente, y durante cuatro siglos, desde el *X* al *XIV*, se mantuvieron independientes entre sí; aunque los reyes de Dinamarca, Sweyn y su hijo, Canuto el *Poderoso*, fueron realmente emperadores del Norte, gobernando no sólo sobre Dinamarca, Noruega y parte de Suecia, sino también más allá del mar, en Inglaterra.

El padre de Sweyn había covertido Dinamarca al cristianismo. Por aquel mismo tiempo hubo en Noruega dos reyes llamados Olaf, cuyos hechos de virtud ejemplar contribuyeron a que sus reacios súbditos abrazasen el cristianismo. El segundo Olaf, de la barba roja, es San Olaf, el gran héroe noruego de aventurera vida, y de trágica muerte, y por una y otra de imborrable memoria entre sus bravos compatriotas.

OLAF, EL REY HÉROE DE NORUEGA, QUE HIZO FRENTE A LOS IRRITADOS CAMPESINOS

Después de socorrer a Etelredo de Inglaterra contra los daneses, esperó que le llegase la ocasión de hacer valer sus derechos sobre el trono de su padre. Haciendo frente a los irritados campesinos, que se oponían a sus reformas, derribó su ídolo con un golpe de maza, y tras muchas maravillosas aventuras, murió peleando desesperadamente al frente de los suyos, el 31 de Agosto de 1030 entre los gritos guerreros de: « ¡Adelante, hombres de Cristo, Cruzados, hombres del Rey! » « ¡Adelante, adelante, campesinos! » Sábese la fecha exacta, porque al morir el rey, hubo un eclipse total de sol, lo cual aterró a los campesinos; pues lo creyeron señal de la ira de Dios. San Olaf fué enterrado en Nidaros, junto a la desembocadura del Nid, en el fiordo Trondhjem.

En tiempo de Olaf, Leif *el Afortunado* se hizo a la vela hacia Occidente y descubrió el primero la Groenlandia y las costas de Norteamérica, próximas a la desembocadura del río San Lorenzo.

Otro de los nombres célebres de aquel tiempo es el de Sverre, que por la sucesión hereditaria del trono, combatió valerosamente contra la aristocracia y el clero. La bravura de Sverre y sus partidarios fué admirable; venció a los nobles que oprimian al pueblo, y tras muchas sangrientas batallas por tierra y por mar, entre las antiguas ciudades de Bergen, y Nidaros, murió en 1202.

EL JEFE PRISIONERO QUE REFIRIÓ AL MORIBUNDO REY LAS MARAVILLAS DEL ORIENTE

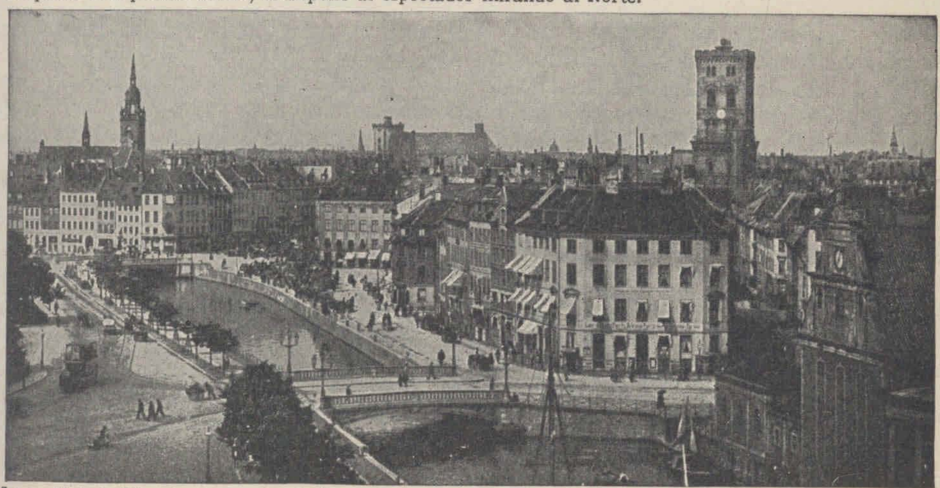
El último jefe de las tropas de la nobleza y el clero, contra quien había peleado Sverre, estuvo en 1107, en Tierra Santa, en la Cruzada en que Balduino tomó a Sidón; y cuando ambos, que estaban enfermos, yacían uno junto al otro en la cubierta del navío que los conducia a Bergen, y contemplaban las nubes, que impelidas por el viento corrían por el espacio, refirió a su vencedor Sverre las aventuras maravillosas que le habían acontecido en el Oriente y los esplendores de Bizancio. Después de



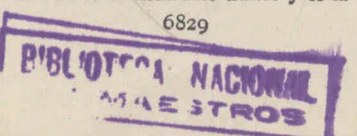
Cristiania, la capital de Noruega, llamada así por el nombre del rey Cristián IV, que la fundó en 1624, está pintorescamente situada, y su importancia crece de día en día. Esta vista está tomada desde el palacio real.



Estocolmo, capital de Suecia, se levanta sobre unas islas, y su nombre significa « isla en un *sund* (o estrecho) ». Durante varios meses del año el puerto está bloqueado por el hielo. En este grabado, en que se ve el puente *Sluice*, se supone al espectador mirando al Norte.



La capital de Dinamarca es uno de los puertos más hermosos del Báltico, y su nombre Copenhague, significa « puerto de los mercaderes ». Tiene considerable tráfico y es la única plaza fuerte de Dinamarca.



oir esta narración y al desembarcar, fué cuando murió Sverre, uno de los más grandes reyes de Noruega.

Dos siglos después de su muerte, uniéronse los tres reinos bajo la supremacía de Dinamarca; unión que duró más de 150 años. Sin embargo, este tiempo se señaló por frecuentes y encarnizadas luchas entre los tres reinos y por guerras contra la Liga Hanseática, que había llegado a ser muy poderosa. Además de sus estaciones en Alemania, la Liga poseía otras varias en Escandinavia.

Las epidemias de 1349, 1360 y 1371 hicieron disminuir en una tercera parte la población, y hubieron de pasar muchos años antes de que el país se recobrase por completo de las pérdidas que en el comercio, agricultura y general progreso había sufrido. La unión de los tres reinos se llamó la unión de Calmar, y de ella separóse Suecia cuando subió al trono su gran rey Gustavo Vasa. La unión entre Dinamarca y Noruega continuó aún por espacio de otros 300 años, y durante este período puede decirse que Noruega carece de historia; pues estuvo reprimida e impotente, debido a que, en Dinamarca, durante bastante tiempo, el rey fué juguete de los nobles, que hacían lo que querían en ambos reinos. En 1588, subió al trono de Dinamarca y Noruega el rey Cristián IV, y con su largo reinado mejoró mucho la situación.

Este rey fué muy enérgico y recorrió, en varias visitas de inspección, todo su reino, llegando hasta los límites más septentrionales del mismo y castigando a los funcionarios culpables. Fué también gran favorecedor de las edificaciones y fundó Cristiania, la actual capital de Noruega, y Cristiansand, puerto muy concurrido en el Sur del mismo país.

LOS OPULENTOS MAGNATES QUE SE NEGARON A PAGAR SUS TRIBUTOS

Tuvo grandes contiendas con los nobles de Dinamarca, que, aunque muy ricos, negábanse a pagar tributo. Al subir su hijo al trono, disolvió el Consejo Real, compuesto en su mayoría de nobles ineptos, pasando así el monarca a ser rey absoluto y gobernando sin constitución alguna. Aquel mismo año, 1660, perdió Dinamarca los territorios que poseía en el Sur de Escandinavia.

El ducado de Schleswig, danés en su mayor parte, y el de Holstein, alemán en una gran extensión, ambos al Sur de la península de Jutlandia—que durante muchos años habían pasado de uno a otro poseedor—se unieron entonces por completo a la corona de Dinamarca. Este período en que Dinamarca y Noruega estuvieron unidas fué el de mayor gloria para Suecia, seguido desgraciadamente, de otro en que casi se perdieron por completo todas las conquistas hechas por sus reyes heroicos. Gustavo Vasa abrazó el luteranismo, y aunque, con el cambio de religión, algunos católicos perdieron la vida violentamente, no obstante, este paso de una religión a otra, se operó en los países del Norte con menos disturbios que en ninguna otra parte. El nieto de Gustavo Vasa, Gustavo Adolfo, el célebre rey de la Guerra de los Treinta Años, batió a los alemanes, y les ganó territorios tanto en el Báltico como en el mar del Norte. En el reinado de Carlos XI, Suecia conquistó la Livonia a Polonia y extendió sus límites hasta el extremo Sur de la península escandinava con la cual hizo llegar su dominio más allá de la estrecha entrada del Sund al Báltico.

EL REY SUECO QUE BATIENDO TRES NACIONES ASOMBRÓ AL MUNDO

Carlos XII ganó victorias que sorprendieron al mundo entero. Atacado por Dinamarca, Polonia y Rusia a la vez, batió victoriosamente a estas tres naciones juntas, aunque al fin fué derrotado por los rusos. Todo su reinado fué una guerra continua; y para sostenerla, el reino se vió gravado en más de lo que podían resistir sus fuerzas, en tributos de sangre y dinero. Con todo, a pesar de que en campañas posteriores, perdió gran parte de sus territorios, los que poseía en el extremo Sur de su propia península escandinava, ganados a Dinamarca, los ha conservado siempre. Siguiéronse guerras con

LOS ESCANDINAVOS EN EL TRABAJO



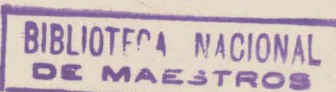
Los fiordos de Noruega, con sus aguas profundas y orillas altas y rocosas, son abundantes en pesca; es muy común ver a los pescadores en un puesto como el que muestra el grabado, desde el cual vigilan sus redes.



Los suecos hacen el pan en forma de tortas planas, o galletas, que en muchos sitios es el principal alimento del pueblo. En el grabado de la izquierda vese como extienden la masa, y en el de la derecha, cómo la cuecen.



En Noruega la agricultura ocupa un lugar secundario, pues las industrias principales son la extracción de madera y la pesca. No obstante, en los últimos años, ha progresado bastante la agricultura, y el grabado representa un grupo de labriegos noruegos recogiendo heno.



Rusia y revoluciones interiores promovidas por la aspiración rival de los reyes y de los nobles al dominio absoluto.

En las guerras napoleónicas, Dinamarca se puso de parte de Francia; y en 1802 los ingleses bombardearon sin previo aviso a Copenhague y se apoderaron de la flota danesa. Suecia siguió el partido de los aliados, y el príncipe heredero de la Corona, Bernadotte, uno de los generales de Napoleón, guió las tropas suecas contra su antiguo jefe, cuando, en 1813, toda Europa luchaba por reconquistar la libertad. Al firmarse la paz de Kiel, en Enero de 1814 convínose en que Noruega no siguiese bajo el poder de Dinamarca, sino que Suecia y Noruega se uniesen bajo el gobierno de un solo rey. Opusiéronse a esto los noruegos, que eligieron un monarca y establecieron una constitución, tan libre como podía serlo bajo el régimen monárquico. Por fin hubieron de aceptar la unión con Suecia, pero se incorporaron como reino independiente, que había de gobernarse según su propia ley fundamental

CÓMO SE APODERÓ PRUSIA DE DOS PROVINCIAS QUE PERTENECÍAN A DINAMARCA

Dinamarca seguía conservando su monarquía absoluta; mas en el año 1848, célebre por las revoluciones que en él ocurrieron, Federico VII dió a su pueblo una constitución. Se habían registrado interminables disputas sobre los dos ducados de la base de la península; y por fin Prusia se apoderó de ellos, y a través de Holstein, abrió el canal que comunica el Báltico con el Mar del Norte.

La corona sueca ha continuado en la familia de Bernadotte, que fué rey con el nombre de Carlos XIV; y en la constitución sueca se han introducido notables mejoras, otorgando amplia libertad en materia de religión.

SEPARACIÓN DE LAS TRES NACIONES ESCANDINAVAS

Noruega ansiaba siempre su independencia, y en 1905 consiguió separarse de Suecia, escogiendo para rey a un príncipe danés llamado Haakón, nombre célebre en la antigua historia de Noruega, el cual casó con una hija de Eduardo VII de Inglaterra.

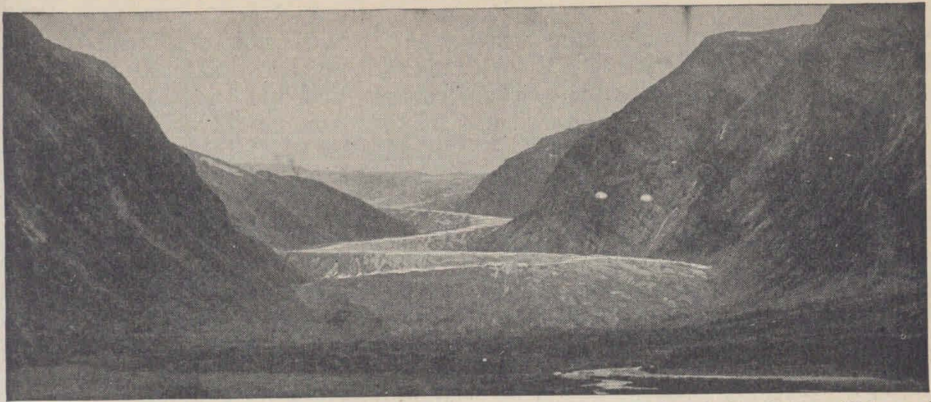
Actualmente las tres naciones escandinavas son tan independientes entre sí como lo eran en los comienzos de su historia. La unión de Calmar duró 125 años; cerca de trescientos la de Dinamarca y Noruega, y un siglo aproximadamente la de Suecia y Noruega.

A seiscientas millas marinas de Noruega, se encuentra Islandia, isla mucho mayor que Dinamarca, a la cual pertenece. Descubierta y poblada por los noruegos, era junto con Groenlandia y las islas al norte de Escocia, posesión de Noruega al unirse este país con Dinamarca. Cuando Noruega se unió a Suecia, Dinamarca conservó la isla. Esta es tan fría y poco fértil, que tiene poquísimos habitantes, quienes se ocupan principalmente en la pesca. Durante el verano acuden a Islandia muchos turistas para contemplar el hermoso volcán Hecla y los manantiales hirvientes o géyseres, a él contiguos.

El paso o estrecho o principal para entrar desde el mar del Norte, es el llamado Sund; y otros muy importantes también, son el Gran Belt y el Pequeño Belt, por los cuales y entre las islas y la costa alemana, navegan constantemente numerosos vapores, lo mismo que por el gran canal, desde la bahía de Kiel a la desembocadura del Elba.

Dinamarca es uno de los países más famosos del mundo en cuanto concierne a la industria lechera; los pastos son excelentes y los habitantes observan concienzudamente los mejores y más adelantados métodos, de modo que obtienen excelente mantequilla, que exportan en grandes cantidades. Muchos daneses emigran a Siberia, donde la industria lechera adquiere gran desenvolvimiento.

Copenhague, el «puerto de los mercaderes» tiene hermosa dársena y muelles y desde hace muchos siglos es la capital de Dinamarca. El popular rey Cristián IV contribuyó mucho a su engrandecimiento, y en ella se encuentran interesantes museos y galerías de pintura. En el Museo Danés hay coleccio-



El glacier de Jostedal, después de deslizarse serpenteando, como se ve en el grabado, vierte su hielo en el fiordo de Sogne, y se calcula que mezclado con el hielo, vierte cada día unas mil toneladas de grava y piedra.



En el grabado de la izquierda, vemos el glaciar sobre el lago Olden, brillando entre las nubecillas que se levantan; en el de la derecha, la senda que sube serpenteando a Griotlid; en el de en medio turistas jugando con nieve en pleno estío en las montañas de Kaukeli.



Noruega es notable por sus fiordos o frondosas rías, que penetran mucho en tierra. Este grabado representa el fiordo de Geiranger, muy pintoresco y por el que navegan grandes vapores entre sus elevados y enhiestos acantilados. La cascada que se ve a la derecha, en el fondo, es la llamada de las « Siete hermanas », porque la constituyen siete corrientes.



nes de objetos antiquísimos que ilustran toda la historia del país.

UN AUTOR DANÉS CUYOS CUENTOS SON EL DELEITE DE LOS NIÑOS DE TODO EL MUNDO

La industria de la porcelana danesa es famosa por sus hermosos productos. Entre las estatuas de hombres célebres a quienes honran los daneses, tales como Cristián IV y Federico VII, que otorgó la constitución, figura la de Hans Cristián Andersen, el amigo de los niños de todo el mundo, cuyos cuentos se han traducido a muchos idiomas.

No podemos dejar Dinamarca sin hacer una visita a Roskilde, su antigua capital, que hoy es importante centro ferroviario. La única reliquia de su antigua gloria es la catedral, donde se conservan las tumbas de los reyes daneses que han existido desde el siglo X.

La de Cristián IV está en una hermosa capilla. Se encuentra a cinco o siete kilómetros del paraje más estrecho del Sund, hacia la parte de Suecia, por tanto tiempo dominada por los daneses. En la costa sueca y a simple vista, desde el mar, se distingue una columna erigida sobre una colina, la cual se cree sea la tumba de Hamlet. Shakespeare sacó de la historia de este príncipe el argumento para uno de sus mejores dramas.

FAMOSO CANAL SUECO ABIERTO EN LAS ROCAS GRANÍTICAS

Cruzando de Helsingor a Helsingborg es posible pasar por la entrada del canal de Gota, en Godemburgo, junto al Kategat, principal puerto occidental de Suecia, y navegando por él y los grandes lagos de Wéner, Wetter y Meler, por el Sur de Suecia, se llega a Estocolmo, saliendo luego al Báltico. El viaje por ferrocarril puede hacerse en doce horas; en vapor dura de dos a tres días, pero es interesante y delicioso. Los grandes reyes de Suecia, Gustavo Vasa, Carlos IX y Carlos XII, idearon y cooperaron a la construcción de los diversos trayectos de este canal, muchas de cuyas secciones fueron abiertas en el granito. El ingeniero que contribuyó en gran parte a terminarlo fué Tomás Telford, escocés.

El Sur de Suecia es la parte más fértil y mejor poblaba de la nación. Cultívase centeno, cebada, avena, tubérculos y trigo, y la industria lechera hállase muy adelantada. Al Norte de los lagos Wéner y Melar, se encuentra el gran distrito minero de hierro. El hierro sueco es muy adecuado para la fabricacón del acero; el cobre abunda mucho en el país, además de otros metales útiles.

ESTOCOLMO, LA VENECIA DEL NORTE, CIUDAD EDIFICADA SOBRE ISLAS

Estocolmo, la capital de Suecia, está muy bien situada sobre unas islas unidas por puentes en el corto río formado por el desagüe del lago Maelar. Llamásela la Venecia del Norte, y aunque lo primero que atrae en ella la atención del turista son los inmensos muelles en que los barcos cargan y descargan sus mercancías, con todo, más interesante y pintoresco es el movimiento de los vaporcillos de pasajeros que cruzan incesantemente por los canales, como en nuestras ciudades los tranvías. Los Museos de Estocolmo son preciosos; y en uno de ellos se conserva la camisa que Gustavo Adolfo vestía en Lützen, y otras reliquias del rey héroe. De gran interés son el sólido palacio; la iglesia, cuya aguja de hierro alcanza la altura de 93 metros, que ha sido el panteón de los reyes de Suecia y de los héroes nacionales, desde los tiempos de Gustavo Adolfo.

El Parque Deer es el más hermoso de cuantos hay en sus cercanías, por las cuales, como también por las del lago Maelar, las excursiones son verdaderamente deliciosas. Dalicarlia, distrito famoso por sus minas de cobre y por las relaciones que guarda con la romántica historia de Gustavo Vasa, es también muy celebrado por los trajes pintorescos de los campesinos, cuyas mangas blanquísimas y negros vestidos, con fajas de brillantes colores en los corpiños y delantales, ofrecen un aspecto alegre cuando se reúnen aquéllos en gran número, como sucede en los domingos y días festivos.

Upsala, al Norte de Estocolmo, es famosa ciudad universitaria, que pre-

senta animadísimo aspecto en los días de exámenes, pues a centenares se ven por sus calles los graduados con sus gorras blancas.

DONDE EL SOL BRILLA DURANTE TODA LA NOCHE

Las canciones de los estudiantes son magníficas. Gustavo Adolfo fué quien dotó a esta universidad con su fortuna privada, y en esta ciudad tan amada de los suecos existen muchos e interesantes vínculos de lo presente con los tiempos antiguos, desde los días del paganismo.

La educación está muy adelantada en Suecia, que es famosa en todo el mundo por sus preciosos métodos gimnásticos.

En el sur del país, y desde el 17 al 21 de Junio, no hay verdadera oscuridad nocturna y sólo un crepúsculo que dura cosa de unas tres horas.

Bellísima es la excursión por vapor al Norte del Golfo de Botnia, en la que se emplean tres días, desde Estocolmo hasta la región donde el sol brilla durante toda la noche. Cuando el viento procede de la costa sueca, arrastra consigo las fragancias de los pinares y de las praderas pobladas de innumerables granjas. Se ven muchos pescadores a lo largo de la costa y entre las islitas, y llegan tantos ríos transparentes al mar, después de su pintoresco viaje desde las nevadas montañas, que el agua del mar casi es dulce, razón por la cual el Báltico se hiela tan fácilmente, tanto, que aun en Junio flotan grandes trozos de hielo. Vense de cuando en cuando talleres de serrar, granjas, pueblos; y el vapor se detiene en muchos atracaderos para recibir carga y pasaje. El crepúsculo se abrevia cada vez más, según se avanza hacia el Norte, y por fin, al llegar al Círculo Polar ártico, el sol permanece sobre el horizonte durante toda la noche. Es un extraño espéctaculo ver revolotear las mariposas, oir el canto del cuclillo y recoger violetas y otras florecillas silvestres, todo a un tiempo, a la luz del sol y a las doce de la noche.

Para los naturales del país que tiene el sol de media noche es importantísima la época del año en que aquél permanece sobre el horizonte, esto es, el verano, en que se verifica el deshielo, porque entonces pueden comunicarse con las regiones del Sur. Además, los ríos deshelados les llevan los árboboles cortados durante el largo crepúsculo invernal, cuando no brilla el sol y sólo tienen las luces de la luna y de las estrellas, y las maravillosas auroras boreales.



DINAMARCA

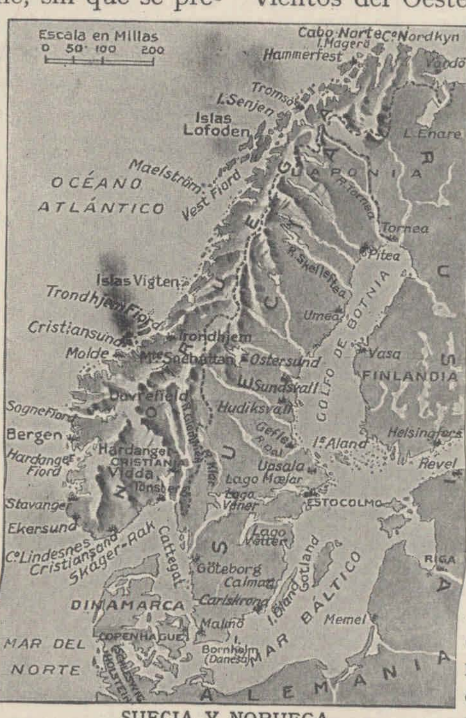
Hay muchos ferrocarriles, especialmente en el Sur de Suecia, y también en algunos sitios, atraviesan éstos la cordillera y comunican con Noruega; pero quien desee internarse mucho en el país debe servirse de los pequeños vehículos de dos ruedas de los campesinos, o seguir en bote alguna de las numerosas vías fluviales, pues casi todos los ríos son navegables. Siguiendo la curva del golfo de Botnia, hacia Suecia, hállase Laponia y Finlandia, donde moran los descendientes de los pueblos impelidos hacia el Norte por los teutones escandinavos.

Los fineses son agricultores; siembran a fines de Mayo, y las mieses maduran tan rápidamente bajo la acción constante del sol, que en siete u ocho semanas se pueden recoger, antes de que aparezcan las primeras sombras del temprano invierno. Los lapones dedícanse a la caza y pesca y al pastoreo nómada de renos; algunos de los lapones ricos poseen 3.000 de estos útiles animales, que prestan grandes servicios durante el invierno como bestias de tiro, arrastrando sobre la nieve y el hielo los trineos, en los que se trasladan los naturales a sus granjas y mercados, aun en los dias de

tormentas en las altas y monótonas llanuras.

Mas si nosotros quisiéramos hacer una excursión, escogeríamos lo más culminante del hermoso verano ártico, y nos encaminaríamos al Cabo Norte, en la isla de Mageroe, la tierra más septentrional de Noruega y Europa. Suponiendo que hayamos cruzado el estrecho y subido a la roquiza meseta, a unos 600 metros de altura, podremos contemplar a media noche, sin que se presente ningún obstáculo ante nosotros, el mar Ártico, azul oscuro y la frígida región del Polo Norte, oculta tan sólo por un muro de hielo, que lo esconde como un palacio encantado.

Detrás de nosotros dejaríamos yacer en profundo sueño Europa: las penínsulas del Norte, las tierras bajas, Alemania, Francia, Austria y las tres penínsulas del Sur, con su Mediterráneo y costas áureas.



SUECIA Y NORUEGA

Desde el cabo Norte volvamos en bote a Hammerfest, la ciudad más septentrional del mundo, edificada toda de madera, con iglesias, escuelas, iluminación eléctrica y telégrafo. El extraño olor a pescado que allí percibiríamos procede del aceite de hígado de bacalao que se fabrica en grande escala; y para suministrar materia a esta industria, numerosos barcos pesqueros están ocupados, a lo largo de la costa, muchos meses del año. En Hammerfest no se pone el sol desde el 13 de Mayo al 29 de Julio, y no sale desde el 18 de Noviembre al 23 de Enero. En estas regiones, por la escasez de pasto, las vacas y ovejas se acostumbran a alimentarse con pescado.

Hacia el Sur, se pasa junto a los roquedales de las islas Lofoden, siguiendo la gran costa, rasgada por numerosas hendiduras, producidas por los glaciares descendentes de las grandes montañas del interior. Por esas cortaduras de la costa penetra el agua del Atlántico; y con la lluvia que acarrea su evaporación, el paisaje hácese más fértil y animado. Aun en el invierno los puertos están libres de hielo, a causa de los templados vientos del Oeste, que soplan a través del Atlántico desde el Golfo de México. Entre los bellos e innumerables fiordos de la larga costa noruega, desde los cuales los habitantes se hacen al mar, hay cuatro que por su magnitud revisten histórico interés y son los de Trondhjem, Sogne, Stavánger, y el de Cristiania. El de Trondhjem es hermoso por su rica vegetación y por la ciudad de su mismo nombre, antiguamente llamada *Nidaros, a la que hoy se la considera* como la cuna del reino de Noruega, ya que en ella se coronan sus reyes. En ella tuvo lugar la célebre *Thing* o asamblea; en ella dióse sepultura a San Olaf, a cuya tumba acuden innumerables peregrinos. La catedral de Trondhjem es el templo mayor de Escandinavia.

En las costas de Nidaros, o Trondhjem, y Bergen, fué donde se peleó más enconadamente cuando la guerra de Sverre. El fiordo de Sogne, situado un poco más al Norte de Bergen, es el más largo de todos los fiordos noruegos y tiene más de 1600 kilómetros de longitud. En sus orillas alternan los acantilados de 1300 metros de altura con estrechos bancos bajos de campos sonrientes

y fragantes huertos; desde los acantilados se precipitan varios ríos al fiordo. El glaciar mayor de Europa se encuentra en el extremo interior del fiordo de Sogne.

Bergen—el pasto entre los montes—aparte de su celebridad por su historia y sus relaciones con la liga hanseática, es célebre por ser el mercado pesquero mayor de Noruega. En ella se ofrece un pintoresco espectáculo cuando arriban a su puerto, procedentes del Norte, los primeros mercaderes de pescado y aceite de bacalao.

Stavánger es otro grandioso fiordo con vistas tan magníficas como las de Hardanger. La ciudad de Stavánger es muy antigua y tiene una hermosa catedral dedicada a San Swithin. Junto a sus muelles vense buques de Newcastle, Hull, Roterdam, y Hamburgo, aparte de numerosos vaporcillos de cabotaje entre los pueblos de la costa y fiordos. En esta parte de Noruega y a causa de esta facilidad de comunicaciones marítimas, hay pocos ferrocarriles. Los habitantes van a la iglesia, al mercado y a la escuela en botes.

Cristiania, la capital de Noruega, está en la cabeza del hermoso fiordo del mismo nombre, cerca de la frontera sueca, y fué fundada por Cristián IV, cerca del emplazamiento de la antigua ciudad de Oslo. El tráfico de Cristiania da una idea de los recursos y trabajos del país. De sus muelles se despacha madera, hielo, papel de envolver, adoquines, arenques y cerveza. Talleres de maquinaria, fábricas de clavos, astilleros, fábricas de tejidos de algodón abundan alrededor de la capital y están en actividad constante. Entre otras muchas cosas dignas de verse en Cristiania y que ilustran la historia noruega, se cuentan los dos barcos *Vikings*, en los que los antiguos jefes reposaron con sus armas y tesoros, como los reyes germanos eran sepultados en sus carros de guerra. Contemplando esos barcos, en cuyo mástil se izaba la cuadrada vela mediante una polea y viendo los agujeros para los remos, es fácil imaginarse el dragón áureo de cabeza de ave que llevaban en la proa, y los aguerridos hombres de flotante cabellera y relucientes escudos y lanzas, al salir de los pintorescos fiordos.

¿Y las madres y esposas que los contemplaban al marchar? Todavía en las playas encuéntranse piedras erigidas por ellas con inscripciones dedicadas al hijo o al esposo que « se dió valientemente a la vela, pero que no volvió ».



EL TEATRO REAL DE COPENHAGEN



LA NIÑA EN LA FUENTE—CUADRO DE LEÓN BONNAT

CANTILENA

El labriego que arrebata su nido al pajarillo, mientras éste revolotea y pía con lastimero acento en torno del despiadado que se lleva a sus hijuelos, trae a la memoria escenas análogas, en que muchos niños y adolescentes suelen hacer el papel de actores. Esta poesía es una de las que más han popularizado el nombre de Esteban Manuel de Villegas, poeta español (1595–1669).

YO vi sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo
Viendo su nido amado
De un labrador robado.
Vile tan congojado
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento
Para que el cielo santo
Lleve su triste llanto.
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el aliento.
Mil quejas repetía;
Y al nuevo sentimiento
Ya cansado callaba,
Ya sonoro volvía,
Ya circular volaba,
Ya rastrero corría,
Ya, pues, de rama en rama
Al rústico seguía,
Y, saltando en la grama,
Parece que decía:
« Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía; »
Y que le respondía
El rústico: « No quiero.»

LAS VIRTUDES CARDINALES

En estas dos redondillas satiriza el poeta italiano Pedro Pariati (1665–1733) los defectos y vicios de su época.

NO fía ya la *Prudencia*
Entre la humana malicia,
Porque va tras la *Justicia*
Acusada la inocencia.

Hoy domina la vileza,
Bien que llena de *Templanza;*
Y a quien a servir se lanza
Dan premios de... *Fortaleza.*

LETRILLA

Es conocidísima la siguiente composición satírica del poeta español José Iglesias de la Casa (1748–1791). El autor luce en estos versos su facilidad, gracia e intención.

¿VES aquel señor graduado,
Roja borla, blanco guante,
Que *némine discrepante*
Fué en Salamanca aprobado?
Pues con su borla, su grado,
Cátedra, renta y dinero,
Es un grande majadero.

¿Ves servido un señorón
De pajes en real carroza,
Que un rico título goza,
Porque acertó a ser barón?
Pues con su casa, blasón,
Título, coche y cochero,
Es un grande majadero.

¿Ves al jefe blasonando
Que tiene el cuero cosido
De heridas que ha recibido
Allá en Flandes batallando?
Pues con su escuadrón, su mando,
Su honor, heridas y acero,
Es un grande majadero.

¿Ves aquel paternidad,
Tan grave y tan reverendo,
Que en prïor le está eligiendo
Todo su comunidad?
Pues con su gran dignidad,
Tan serio, ancho y tan entero,
Es un grande majadero.

¿Ves al juez con fiera cara
En su tribunal sentado,
Condenando al desdichado
Reo que en sus manos para?
Pues con sus ministros, vara,
Audiencia y juicio severo,
Es un grande majadero.

¿Ves al que esta satirilla
Escribe con tal denuedo,
Que no cede ni a Quevedo
Ni a otro ninguno en Castilla?
Pues con su vena, letrilla,
Pluma, papel y tintero,
Es mucho más majadero.

A LA PIÑA

Las galas de la imaginación y el entusiasmo patrio entran por igual en esta poesía de Manuel de Zequeira y Arango, para cantar las excelencias de la anana.

DEL seno fértil de la madre tierra
En actitud erguida se levanta
La airosa piña de esplendor vestida,
Llena de ricas galas.
Desde que nace, liberal Pomona
Con la muy verde túnica la ampara,
Hasta que Ceres borda su vestido
Con estrellas doradas.
Aun antes de existir, su augusta madre
El vegetal imperio le prepara,
Y por regio blasón la gran diadema
La ciñe de esmeraldas.
Como suele gentil alguna ninfa
Que allá entre sus domésticas resalta,
El pomposo penacho que la cubre
Brilla entre frutas varias.
Es su presencia honor de los jardines,
Obelisco rural que se levanta
En el florido templo de Amaltea
Para ilustrar sus aras.
Los olorosos jugos de las flores,
Las esencias, los bálsamos de Arabia,
Y todos los aromas de Natura
Concentra en sus entrañas.
A nuestros campos desde el sacro Olimpo,
El copero de Júpiter se lanza,
Y con la fruta vuelve que los dioses
Para el festín aguardan.
En la empírea mansión fué recibida
Con júbilo común, y al despojarla
De su real vestidura, el firmamento
Perfumó con el ámbar.
En la sagrada copa de ambrosía
Su mérito perdió: con la fragancia
Del dulce zumo del sorbete indiano
Los númenes se inflaman.
Después que lo libó el divino Orfeo,
Al compás de la lira bien templada,
Hinchiendo con la música el empíreo,
Cantó sus alabanzas.
La madre Venus, cuando al labio rojo
Su néctar aplicó, quedó embriagada
De etéreo placer, y en voz festiva
A Ganimedes llama.
«La piña, dijo, la fragante piña
En mis jardines sea cultivada
Por manos de mis ninfas; sí, que corra
Su bálsamo en Idalia.»
¡Salve, suelo feliz, donde prodiga
Madre Naturaleza en abundancia
La odorífera planta fumigable!
¡Salve, feliz Habana!
La bella flor, en su región ardiente
Recogiendo odoríferas substancias,
Templa de Cáncer la calor estiva
Con las frescas ananas.
Coronada de flor la primavera,
El rico otoño y las benignas auras
En mil trinados y festivos coros
Su mérito proclaman.
Todos los dones, las delicias todas
Que la Natura en sus talleres labra,
En el meloso néctar de la piña
Se ven recopiladas.
¡Salve, divino fruto! y con el óleo
De tu esencia mis labios embalsama:
Haz que mi musa, de tu elogio digna,
Publique tu fragancia.
Así el clemente, el poderoso Jove,
Jamás permita que de nube parda
Veloz centella que tronando vibre,
Sobre tu copa caiga.
Así el céfiro blando en tu contorno
Jamás se canse de batir sus alas,
De ti apartando el corruptor insecto
Y el aquilón que brama.
Y así la aurora con divino aliento
Brotando perlas que en su seno cuaja,
Conserve tu esplendor, para que seas
La pompa de mi patria.

A NISE BORDANDO UN RAMILLETE

Es ingeniosa y poética la hipérbole final de este soneto de Manuel Justo Rubalcava, poeta cubano (1763–1805), en que pondera el bordado de Nise.

NO es la necesidad tan solamente
Inventora suprema de las cosas,
Cuando de tus manos primorosas
Nace una primavera floreciente.

La seda en sus colores diferente
Toma diversas formas caprichosas,
Que aprendiendo en tus dedos a ser rosas
Viven sin marchitarse eternamente.

Me parece que al verte colocada
Cerca del bastidor, dándole vida,
Sale Flora a mirarte avergonzada;

Llega, ve tu labor mejor tejida
Que la suya de Abril: queda enojada
Y sin más esperar, vase corrida.

EPIGRAMAS

Francisco Acuña de Figueroa luce la agudeza de su ingenio mordaz y festivo en los siguientes epigramas, que son verdaderos modelos del género.

MADURECES

—ANSIOSO un higo comía—
Cuenta a Gil el viejo Arbelo,

—Y ¡tris! saltó un diente al suelo
De sólo tres que tenía.
—Es bien raro este accidente
Estando maduro el higo.
—Y aquél contestóle:—Amigo,
Más maduro estaba el diente.

Un Viejo y un Labrador

Un viejo a un labrador
Díjole con cara adusta:
—¡Pasto al mulo, y del mejor!
Y él contestó:—Sí, señor;
Tengo del que a usted le gusta.

Proposición de un Gastrónomo

Para poderse comer
Un pichón a cualquier hora—
Decía Bruno a Isidora—
Dos al menos deben ser.
—¿Para tan parca ración
No es muy bastante con uno?
—Dos deben ser—dijo Bruno:—
El que come y el pichón.

EPIGRAMAS ITALIANOS

El ingenio italiano se ha distinguido siempre por su agudeza para el epigrama. Los que siguen pertenecen a varios autores, entre ellos Hugo Fóscolo, que compuso el último.

I

Un borrachón padecía
Fiebre y sed; y en el recargo
A su médico decía:
—Quíteme la fiebre usía,
Que de la sed yo me encargo.

II

Con ceño bastante adusto,
Por Dios y Santa María
Un joven sano y robusto
Me pidió limosna un día.
—Vete a cavar, dije yo.
Y arrugando el entrecejo:
—Limosna, me contestó,
Le pido a usted, no consejo.

III

Un servil adulador
Al Rey se atrevió a decir:
—No hay más remedio, Señor,
Todos hemos de morir.
Mas de aquellos francos modos
Temiendo un mal resultado,
El hombre añadió turbado:
—Quiero decir, casi todos.

IV

En tiempo de las bárbaras naciones
Pendían de las cruces los ladrones;
Pero ahora en el siglo de las luces
Del pecho del ladrón penden las cruces.

LAMENTOS DE UN POETA

Bretón de los Herreros maldice jocosamente de su mala estrella, que le llevó a dedicarse al cultivo de la poesía en lugar de seguir otra profesión más beneficiosa.

Reniego del astro pésimo
Cuya influencia recóndita
Me aficionó a la poética,
Que ya maldice mi cólera.
Harto más valido hubiérame
Estudiar forenses fórmulas,
Y henchir mi mente del fárrago
De jurisprudencia lóbrega.
O alistarme en el ejército;
Que si en las batallas hórridas
A muchos abren el Báratro
La bayoneta y la pólvora,
Otros sin valor ni táctica
Labrando fortunas sólidas
Lucen entorchados áuricos,
Si no en el campo, en la ópera.
Basta adular a los próceres
Y saber cobrar la nómina
Ya del pueblo, ya del príncipe,
Ya de facción aristócrata,
Y antes imitar a un sátrapa
De la gente babilónica
Que el denuedo de Temístocles,
De Cimón y de Pelópidas.
Es verdad que eternas páginas
Prestó a las antiguas crónicas
Aquel espartano célebre
Que feneció en las Termópilas;
Mas ¿quién es hoy el estúpido
Que aspirando a fama póstuma
De su vida anhela el término,
Que ya es demasiado prófuga?
O estudiara terapéutica
Y nociones fisiológicas,
Y empuñara desde párvulo
La cimitarra anatómica.
Hoy asesinando al prójimo
Mi suerte sería próspera,
Ducho en la ciencia de Hipócrates
A los profanos incógnita.
O fuera yo farmacéutico,
Y por medicinas óptimas
A peso de plata un tósigo
Vendería en cada pócima.

O, aunque antes mano quirúrgica,
Mejor dijera antropófaga,
Me dejase como a Orígenes,
Que no es desventura módica,
¡A Dios pluguiera que en Nápoles
Nacido, en Turín o en Módena,
Dado me hubiera a la música,
Que en Madrid manda despótica!
Mas ¿qué digo? Sastre, acólito,
Maestro de baile, hipócrita,
Histrión, cocinero, dómine,
Cochero, alguacil, apóstata...
Todo es mejor, oh Teótimo,
Cualquiera industria es más cómoda
Que hacer versos para el pábulo
En esta edad macarrónica.
¿Qué vale de las Pïérides
Sentir la inflüencia próvida?
La inopia y el arte métrica
Ya son palabras sinónimas.
Aunque, cual Homero célebre,
Cantes el luto de Andrómaca,
Y excedas al alto Píndaro
Y al autor de las Geórgicas,
Ni de la imprenta los tórculos
Te han de adquirir una almóndiga,
Ni tener capa te es lícito
Que te guarde de la atmósfera.
Ni aun si canto epitalámico
Produce, o farsa alegórica
Do vean su panegírico
Padres, consortes y prónuba,
Logra un coplero parásito
De su hambre acabar la prórroga,
Aunque hinchado y metafísico
Veinte veces más que Góngora.
¿Qué son ya las glorias épicas?
¿Qué las dulzuras eróticas?
¿Qué son los ejemplos trágicos,
Y qué, en fin, las sales cómicas?
Pides protección leyéndolas
A un señor de sangre gótica,
Y oye tus endecasílabos
Como si fuera un autómata.
Te sometes a la férula
De algún erudito cócora,
Y mide los raptos líricos
Con el compás de un geómetra.
Si con inocente júbilo
En sencilla anacreóntica
Cantas el vino y los céfiros
Y el arrullo de la tórtola,
Adormecen tus versículos
Como bebida narcótica,
O desaparecen rápidos
Cual las ilusiones ópticas.
Mordaz se llama a la Sátira,
A la Epopeya monótona,
Al Idilio sandio y rústico
Y a la Elegía platónica.
¿Y qué hace el triste dramático
Entre cabezas tan cóncavas
Cuando huella el orbe escénico
La manía filarmónica?
¿Quién no arrolla al vate indígena,
Ya con calumnias anónimas,
Ya con silbidos horrísonos,
O ya con risa sardónica?
Y en tanto al gorjeo lánguido
De una cantarina nómada,
Plebe rutinaria y frívola,
¡Cuál victoreas atónita!
¡Qué de riquezas a un músico!
¡Qué de honores, santa Mónica!
¡Y en tanto a mi triste estómago
Aqueja gazuza crónica!
Y en tanto al terrible tránsito
Mi vida veo muy próxima
Si no renueva algún síndico
La antigua sopa económica.

EL VERANO EN LA HABANA

Arrebatado de lírico entusiasmo canta Francisco Muñoz Delmonte (1800–1865) el abrasador estío de Cuba y sus galas tropicales. El amor que Delmonte tenía a la isla hace que la llame su patria en esta poesía, pero nació en Santo Domingo.

I

ESE denso vapor que se levanta,
Opaco, blanquecino, amarillento,
Y sube en perezoso movimiento
Desde el bajo horizonte hasta el cenit,
Es la respiración ardiente y seca
De la tierra de Cuba en el verano;
Abrasado suspiro con que en vano
Llama del Norte la estación feliz.

El sol en Cáncer sus caballos lanza
Por las llanuras del desierto cielo,
Y su aliento de llama enciende el suelo
Y lo tuesta su soplo abrasador.
Y arde el monte, y la loma, y la sabana,
Y la radiosa palma llama al trueno,
Y en la flecha que nace de su seno
Hunde el rayo su fuego aterrador.

Y mustio, y palpitante, y requemado,
Exhala el árbol un chirrido agudo,
Y entre el denso espesor del bosque mudo
Corre tibio el arroyo soñador.
Y la tímida flor su cáliz cubre
Cerrando su corola perfumada,
Como virgen que oculta avergonzada
Con sus manos el pecho encantador.

Y el hombre en esta atmósfera de llama,
Entre estas lavas de un volcán latente,
A par que el alma arrebatarse siente
Siente el cuerpo abatirse en proporción.
Y sus flexibles nervios se liquidan,
Y sus músculos duros se distienden,
Y sus entrañas trémulas se encienden,
Y se quema su débil corazón.

¿Quién alumbra los fuegos que en la noche
Cruzan el aire transparente y puro?
¿Quién en los ojos de cocuyo obscuro
Nutre y mueve la lumbre sideral?
Y en la pálida faz de la habanera
¿Quién pone esos carbones encendidos,
Esos ojos eléctricos y fluidos,
Embeleso y tormento del mortal?

II

Es el sol claro y fulgente
Que en el trópico candente
Vierte su inmenso torrente
De fuego y luz inmortal;

Es el sol que engendra y luce;
El sol que mata y seduce;
El sol que abrasa y produce
En un contraste eternal.

¡Es el sol!—Su lumbre pura,
Ya fecunda, ya madura,
Los cafetos en la altura,
En llano el cañaveral.

Dora del *mango* la yema,
Cuece en el *anón* la crema,
Da a la piña su diadema,
La lanza a la *palma real.*

Y es rosa en el horizonte,
Verde esmeralda en el monte,
Melodía en el sinsonte,
En la alta caña cristal.

Y en el hombre es chispa ardiente
Que le infunde un estro ardiente,
Cuando casi adolescente
Se lanza al mundo ideal.

Y en la doncella cubana
Es la gracia sobrehumana,
Que une la hurí musulmana
A la ondina del Fingal.

III

Julio en tanto ardoroso se levanta
Y hacia el rugiente can se precipita,
Y una fiebre exterior el cuerpo agita,
Y otra fiebre interior el alma quebranta.

¡No más, oh sol! ¡no más! Tu fuego intenso
La masa cerebral volatiliza,
La medula transforma en vapor denso
Y en las venas la sangre carboniza.

¡Ah! ¡Dadme hielo, y cabe el hielo lumbre;
Dadme el cierzo a beber del Somosierra,
O dadme del Pirene la alta cumbre,
O de Granada la nevada sierra!

Dadme hielos, salones alfombrados;
Que en la nieve glacial mi pie resbale,
Y del cuello y del seno, en piel forrados,
Su grato aroma la belleza exhale.

Dadme hielo, y carámbanos, y frío,
Que enrojezcan mi rostro macilento,
Y el fuego apaguen en el pecho mío,
Y en mi sangre el ardor calenturiento.

IV

¡Mas no! dejadme en Cuba, mi patria idolatrada,
Dejadme en esta zona bendita en que nací,
En donde por las brisas mi infancia fué arrullada,
En donde el sol naciente por vez primera vi.
Dejadme entre las ondas del plácido Almendares,
Bordado de aguinaldos, sombreado de palmares,
Templar la calentura que siento arder en mí;
Dejadme por la siesta burlar el sol radiante,
Mirando entre las hojas del plátano sonante
Mecerse los racimos cual ramos de alelí.

Dejadme que respire la brisa encantadora
Que viene del Oriente rizando el ancho mar,
Cargada de perfumes robados a la aurora,
Bañada de frescura que el fuego va a templar.
Dejadme que refresque las llamas de mi frente
Con el terral nocturno que sopla del Poniente
Trayendo los suspiros del cándido azahar.

Dejadme ver la luna cubierta de celajes,
Que en torno de su disco figuran los encajes
De virgen desposada que marcha hacia el altar.
Dejadme, sí, en la Habana: la tierra de las flores,

La tierra del deleite, del fuego y del amor.
¡Tu sol yo quiero, oh patria! Tus vientos bramadores,
Tus negros huracanes, tu cielo y tu calor.
Tus bosques son un velo bordado de esmeraldas,
Que flota en tu garganta, que cubre tus espaldas,
Y templa los ardores del astro abrasador.

Tus palmas son las plumas que ondulan en tu frente:
Tu mar la azul alfombra do duermes muellemente;
Tu sol rica diadema que anuncia tu esplendor.

La Habana aun es muy joven. No existe aquí el pasado.
Su gloria es el presente, su anhelo el porvenir.
¡Poeta de recuerdos!—Tu canto es excusado.
¡Poeta de esperanzas!—Tu canto deja oir.

Dejadme, sí, dejadme que cante lo presente,
Que cante lo futuro del suelo por quien siente
Mi pecho estremecido sus músculos latir.
Dejadme, sí, que viva, dejad que muera en Cuba;
Dejad que cuando mi alma de Dios al trono suba,
Mi tumba entre palmares se pueda en Cuba abrir.

¡Mas ay! que en vano quiero, ardiendo en patriotismo,
Poner en mi sepulcro las palmas por dosel;
Un hado inexorable, más fuerte que yo mismo,
De España a las riberas empuja mi batel.
Acaso helado un día al pie del Guadarrama,
Del sol que aquí me tuesta, del sol que aquí me inflama,
La acción vivificante mis labios pedirán,
Y entonces del recuerdo la lágrima quemante,
Surcando tristemente mi pálido semblante,
Caer helada al suelo mis ojos la verán.

ESCENAS MEJICANAS

Es tan vigoroso el realismo de esta bella composición de José Joaquín Pesado, que el lector se figura estar asistiendo al espectáculo descrito.

La Lid de Gallos

DEL pueblo en la opuesta parte
Tosco palenque aparece
Cercado en torno con arte,
Que lid de gallos ofrece
Al vulgo, que a verle parte.

Y al punto que con presura
La circunferencia llena,
Saltan, llenos de bravura,
Iguales en apostura
Dos gallos sobre la arena.

Los cuellos tornasolados
Con erizado plumero,
Los penachos inflamados,
Los ojos de fuego hinchados,
Los pies armados de acero.

En torno primero giran
Bizarros, luego delante
El uno al otro se miran,
Y con ojo centelleante
Se acercan o se retiran.

Hasta que en un punto, luego,
Arrebatados de ciego
Enojo, parten furiosos,
Como centellas de fuego
En nublados tempestuosos.

Se acometen denodados,
Se ataoan enfurecidos,
Cada vez más alentados,
Los pechos todos heridos,
Los flancos despedazados.

Cuando en el choque se allegan
Violentos, con iras sumas,
Cuando a la muerte se entregan,
El suelo de sangre riegan,
El aire llenan de plumas.

Vence a su rival odiado
El que fortuna prefiere;
En el polvo derribado
Queda aquél, éste a su lado
Canta la victoria y muere.

El concurso, a la armonía
De la música sonora,
Rompe en vivas de alegría,
Renovando hora por hora
Los combates de aquel día.

De estas sangrientas escenas
La vista a Elisa no agrada,
Que son de su gusto ajenas,
Y por las huertas amenas
Sola y divertida vaga.

EL DESIERTO

Este admirable cuadro del desierto argentino es de Esteban Echeverría, ilustre poeta nacido en Buenos Aires en 1809, y que, condenado por Rosas al destierro, murió en Montevideo en 1851.

ERA la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes.—El desierto,
Inconmensurable, abierto
Y misterioso, a sus pies
Se extiende;—triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
Del ave y bruto guaridas,
Doquier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas,
Que él sólo puede sondar.

A veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa; o su toldería
Sobre la grama frondosa
Asienta; esperando el día
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas
Sublimes y a par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí!—¡Cuánto arcano
Que no es dado al mundo ver!
La humilde hierba, el insecto,
La aura aromática y pura;
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer,

Las armonías del viento,
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto a porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas,
Sin deslucir su belleza?
¡Qué lengua humana alabarlas!
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor;
Sereno y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcía, misteriosa
Sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas
Sus olas de aroma llenas,
Entre la hierba bullía
Del campo que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí o allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz:
O las nubes contemplando,
Como extático y gozoso,
El yajá, de cuando en cuando,
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía:
La silenciosa llanura
Fué quedando más obscura,
Más pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula, brillaba
Una que otra estrella, y luego
A los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entre tanto,
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió;
Mientras la noche bajando
Lenta venía, la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta a veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió... y luego violento,
Como baladro espantoso,
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoroso
Dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba,
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Víanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y crüel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve a hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino;
¡Mirad!—Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿de dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar alrededor?
¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer,
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando:—« Ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo a nuestro poder.

» Ya los ranchos do vivieron
Presas de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
A libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

LAS TARDES DE ABRIL

El poeta guatemalteco Juan Diéguez (1813–1865) hace sentir en esta composición las bellezas de las tardes tropicales de lluvia y sol, en las pintorescas campiñas centroamericanas.

¡OH, qué dicha es vagar por las campiñas,
Apagado el hirviente pensamiento,
En dulce libertad al fresco viento,
Cuando toda la tierra es un pensil,
Y alegre el inocente conejillo
Con los truenos y lluvias tempraneras
Gusta salir del soto a las praderas
En las tardes bellísimas de Abril!

Tardes de encanto y de inefable dicha,
De verdor, de armonías y de flores,
En que velan del sol los resplandores
Las nubes con suntuoso pabellón;
En que retumba en lontananza el trueno,
Con voz doliente que exhaló Natura,
Que se escucha con plácida tristura,
Que trae algún recuerdo al corazón;

Tardes en que, cual lágrimas de amores,
Ricas gotas despréndense del cielo,

Que refrigeran el sediento suelo,
Que al lozano verdor dan brillantez:
Tardes ricas de vida y de belleza,
De reclamos y trinos de las aves,
De frescas auras y de olores suaves,
Tardes de amor y muelle languidez;

Tardes de lluvia y sol, de luz y sombras,
De diáfanos vapores y nublados,
De negros nubarrones perfilados
De oro y azul y espléndido arrebol;
En que trasciende la regada tierra,
De las *rozas* el humo al cielo sube,
Y se ve sobre el fondo de la nube
Caer la lluvia dorada por el sol.

Cuájanse los cafetos de jazmines,
De escarlata el granado se salpica,
La pasionaria de verdor tan rica
Tiende a Flora fresquísimo dosel;
Y la columna del esbelto dátil
Tapiza la *pitahaya* trepadora:
Con lujosos florones la decora,
Pendientes del crinado capitel.

Tiende el prado su alfombra de azucenas
Las auras enriquécense de aromas,
Del tierno césped la llanura y lomas,
De verde *chilca* de amarilla flor:
La madre tierra al fecundante arado
Sus campos cede ya, los más floridos,
Con sus lirios, de púrpura vestidos,
Que a Ceres sacrifica el labrador.

En las rociadas copas de los árboles
Soñolientas las auras se adormecen:
A los pimpollos lánguidos remecen
De cuando en cuando y a compás igual:
Y si el nublado sol sus velos rasga,
Los campos dora, la arboleda brilla,
Y una luz temblorosa es cada hojilla,
Destilando su gota de cristal.

Y el plátano sus lábaros tremola,
Sus anchos abanicos la palmera,
Y sacude la verde cabellera
El desmayado lánguido saüz:
Se ostentan las pomposas *floripundias*,
Que cual ebúrneas campanillas penden,
De albura rica y de olor trascienden,
Y el *trébol* y las *flores de la cruz.*

Y en balsámicas ráfagas envía
Blanda esencia más suave que la rosa,
Como la rubia miel blanca y sabrosa,
El melifluo silvestre *suquinay*;
Y el colibrí de lindos tornasoles
De flor en flor revuela susurrando,
Y en torno de ellas con rumor más blando
Mil abejillas vagarosas hay.

Apíñanse en las ramas los insectos
Que de la tierra humedecida brotan:
Caen, vagan, se agitan, se alborotan
En mil revuelos con susurros mil;
Y con rudos conciertos los reptiles
Aturden incansables los pantanos,
La fresca lluvia saludando ufanos,
Festejando el regreso del Abril.

Seguido de su alígero serrallo
Con marcial arrogancia y donosura,
Brota el joven sultán de la llanura,
El alazán de belicoso ardor:
La grey balando por la verde falda
Baja en tropel al son del caramillo,
Y el estropeado tierno corderillo
Bala también en brazos del pastor.

El ganado matiza el verde césped,
Los montes atronando brama el toro;
Su voz los ecos, cual clarín sonoro,
De monte en monte repitiendo van;
Y enarbolando las pintadas colas
Saltan los becerrillos por los prados,
A otros balar se escuchan encerrados,
Y a las madres mugir con tierno afán.

Hincha el viento la orquesta de los *tordos*,
Silba la codorniz, canta el *triguero*,
Y a las nubes saluda el *clarinero*,
Esponjando el plumaje de turquí.
¡Con qué ternura los *cenzontles* trinan!
¡Cuán blandos se querellan y se duelen!
Y en la arboleda lamentarse suelen,
Ya brincan por el suelo aquí y allí.

Con no menor dulzura están cantando
Que esos tiernos alados trovadores
Las silvestres palomas sus amores,
Repitiendo: *mi amor sólo eres tú.*
Y con inquieto afán y amable anhelo,
Perdidas en lejanas soledades,
Responden las tiernísimas mitades:
Mi amor sólo eres tú, sólo eres tú.

Himno de amor, divino epitalamio
Del pomposo himeneo de Natura
Es el Abril, de rica galanura,
Fiesta nupcial de la inmortal Creación:
Lira de Dios, modelo de belleza
Que admira el vate y remedar nó sabe,
Porque en su lira no hay la voz del ave
Ni es aura del vergel su inspiración.

¡Oh, qué dicha es vagar por las campiñas
En dulce libertad al fresco viento,

Y apagado el hirviente pensamiento
Tanta fiesta gozar! ¡sólo gozar!
¡Oh, cuán ledo a su choza el pastorcillo
Por lluvia del Abril vuelve bañado!
Pensando lo que piensa su ganado...
¡Oh, qué dicha, qué dicha es no pensar!

EL CÓNDOR

Después de hacer una bella descripción del cóndor y de su atrevido vuelo a las alturas supremas del espacio, Vicente Coronado compara al « ingenio peregrino » con esa maravillosa ave, pues también el hombre de genio se encumbra hasta las más sublimes regiones. (A Coronado se le suele considerar como uno de los más notables poetas venezolanos, aunque nació en Puerto Rico, en 1830.)

EN la empinada roca
Que los valles domina
Y con su frente hasta las nubes toca,
He allí el águila andina,
El soberbio condor, rey del espacio,
Pisar con altivez la excelsa cumbre,
Medir la inmensidad, bañarse en lumbre
Del etéreo palacio.
Alza el desnudo cuello
Y cresta y corvo pico luce ufano,
Y con ojos de vívido destello
Penetra la extensión, el bosque, el llano.
Bate las alas de potencia suma,
Arrójase a escalar el firmamento,
Devora espacio y a través del viento
Lleva rizada la morena pluma.
Atrás deja la nube
Donde el rayo se forja y brama el trueno,
Y en ondulante giro sube y sube
A las regiones del azul sereno.
Ni el aire enrarecido, ni la llama
Del astro abrasador—candente hoguera
Que los mundos inflama,—
Parar pueden un punto su carrera.
Nada ataja este ardor, esta osadía;
Inmensidad y luz busca en su anhelo,
Y luz e inmensidad le brinda el cielo
Y hacia el cráter del sol el rumbo guía.
Allá se cierne en estupenda altura,
Por los desiertos del espacio avanza,
Y un leve punto en la extensión figura
Que humano ser a distinguir no alcanza;
No más pronto del mar por lontananza
Alígero bajel corta la espuma
Y se disipa entre lejana bruma.
Ya el fuego aspira de la ardiente zona
Y su ambición la intrepidez corona:
Ve de cerca los vivos resplandores
Con que se ciñe el luminar del día,
Y debajo los mares luchadores,
Y por doquiera la región vacía.
En esta soledad goza su pecho,
Rey de los seres que el espacio encierra,
Todo el azul para volar estrecho,
El sol delante y a sus pies la tierra.
Tal se encumbra el ingenio peregrino
Y a la gloria inmortal se abre camino.

EL OTOÑO

En armoniosas y clásicas liras pinta aquí Ramón Isaac Alcaraz, poeta mejicano, la felicidad de su hogar campesino, donde impera el amor de la familia.

TRAS las nocturnas lluvias
Risueña se levanta la mañana,
De mil espigas rubias
Coronando galana
Del otoño la frente soberana.

Los huertos deliciosos
Doblan sus verdes ramas bajo el peso
De frutos abundosos,
Y al regalado beso
Del aura, mueven su follaje espeso.

Y las gotas brillantes
Trémulas penden de hojas y de flores,
Cual límpidos diamantes,
Del sol a los fulgores
Reflejando del iris los colores.

Veloz se precipita
De la alta sierra el bramador torrente,
Como corcel que irrita
La espuela, e impaciente
Arrastra cuanto estorba su corriente.

Las verdinegras cañas
Del crecido maíz cubren los prados
Y ocultan las cabañas,
Y sus frutos granados
Los labradores ven alborozados.

La hacendosa aldeana
Que en su campestre hogar no envidia el oro,
La vaca ordeña ufana,
Y suelta al buey y al toro,
Del pobre labrador rico tesoro;

Y al campo con presteza
Baja y teje, del lago a las orillas,
Corona a su cabeza,
Y al cuello gargantillas
De alba ninfea y rojas maravillas...

Sentémonos, Teresa,
Bajo el dosel que forman los manzanos
De la aromada fresa
Junto a los rojos granos,
Que codician los pájaros galanos.

Flores vimos primero
Olorosas y frescas en los prados,
Cuando, tras cierzo fiero,
Los céfiros alados
Volaron por los bosques perfumados.

Al calor del estío,
Y de las puras lluvias fecundantes
Al plácido rocío,
Cayeron las brillantes
Flores, dejando frutos abundantes:

Los frutos sazonados
Que orgullosa la tierra hoy nos presenta
Maduros y dorados,
Cual madre que contenta
El dulce fruto de su amor ostenta...

Así, Teresa mía,
Vemos huir primero los amores;
Y viene luego el día
En que vemos sus flores
Caer de la pasión a los ardores.

Pero tras ellos vienen
Los dulces frutos, que de amor los lazos
Unidos siempre tienen:
Los hijos, que en los brazos
Estrechamos, del alma cual pedazos.

Esposa idolatrada,
Contempla a nuestros hijos inocentes.
¿La vida duplicada
En tu interior no sientes,
Al besar con amor las puras frentes?

¿No palpita tu pecho
Al mirar su candor y su inocencia?
¿No te parece estrecho
El mundo a su existencia,
Al verlos sonreír en tu presencia?

Lámpara siempre viva
Son los hijos, que el fuego sacrosanto
Del casto amor aviva;
Del alma son encanto
Cuando la agobia matador quebranto...

Venid, hijos queridos;
De vuestra madre en el regazo amante
Que os vea reunidos:
Mirar vuestro semblante
Siempre risueño, es mi anhelar constante:

Que nunca adversa suerte
Hinque en el pecho vuestro el diente agudo;
Que en el combate fuerte
De la vida, sañudo
Nunca el destino os dé su golpe rudo;

Que la ignorada senda
Sigáis de la virtud; que cuantas veces
Alcéis, cual pura ofrenda,
Al cielo vuestras preces,
El buen Dios vuestros amor pague con creces.

Y tú, mi dulce esposa,
Tú que formas sus tiernos corazones
Y alumbras cuidadosa
Sus débiles razones,
Y diriges sus tiernas sensaciones,

Múestrales siempre el cielo,
Y diles que hay un Dios que galardona
De la virtud el celo,
Que la bondad corona,
Y en medio del dolor no la abandona.

Repíteles que hermanos
Somos los hombres, y que a todos amen;
Y diles que sus manos
El bien siempre derramen,
Y que su pecho en caridad inflamen...

¡Oh si me fuera dado
Crecer mirarlos, como aqueste tilo
Crecer hemos mirado!
Entonces yo tranquilo
Ya descansara en mi postrer asilo...

Ven, mi esposa querida;
Venid, mis tiernos hijos, que no otros
Placeres en la vida
Tenemos ya nosotros:
La mies de nuestro otoño sois vosotros.

A LA REINA DE ITALIA

Josué Carducci elogia en estas estrofas a la reina de Italia, Margarita de Saboya, esposa de Humberto I.

¿CUÁL es tu origen? ¿qué nobles épocas
Nos dan tan suave, tan bella dádiva?
¿En dónde te vi, Reina, un día,
Entre cantos de sumos poetas?

¿Fué en arduas rocas, cuando tostábase
Al sol del Lacio la blonda y áspera
Germania, y las armas lucían
Entre lampos de amor, en el verso?

Siguiendo el ritmo triste y monótono,
Vírgenes rubias los ojos húmedos
Entonces al cielo elevaban
Impetrando favor para el fuerte.

¿Fué cuando en tiempos de Italia, rápidos,
De caballeros sólo formábanse
Los pueblos, y un mayo era toda
Y triunfaba el amor entre almenas,

Y por las plazas ricas de mármoles
Y sol de flores. Dante en sus cánticos
—« ¡Oh nube que pasas—cantaba—
Cual visión amorosa, sonríe! » ?...

Como la estrella de Venus cándida
Cuando abril nace, surge del vértice
Del Alpe, y su plácido rayo
Va a quebrarse en las mieses que dora,

Y a la apartada cabaña mísera
Leda sonríe y al valle ubérrimo,
Palabras de amor, ruiseñores
Despertando so el álamo umbroso;

Así tú pasas, rubia y espléndida,
Bajo la regia corona fúlgida,
Y el pueblo te mira orgulloso
Como a virgen que a nupcias camina.

Te mira uniendo risas y lágrimas
La doncellita; te mira, y trémula,
Tendiendo los brazos, te nombra
Como a hermana mayor:—« ¡Margarita! »

Y a ti volando la estrofa alcaica,
Hija de fiero tumulto, indómita,
Tres veces tu frente rodea
Con el ala que el rayo conoce.

—¡Salve—te canta,—Princesa altísima
Que coronaron las Gracias próvidas,
Princesa por quien tan suave
La piedad gentilmente razona!

¡Salve, piadosa, mientras aéreas
Sombras de Sanzio pueblen los vésperos
De Italia, y suspire amorosa
La canción de Petrarca entre lauros!

AL SOBERBIO ORINOCO

Fervoroso adepto de la novísima escuela literaria, el poeta venezolano contemporáneo Ismael Urdaneta canta en sonoras rimas y con imágenes nuevas y atrevidas el magnífico curso del Orinoco.

GIGANTE lira
Que das tu armonía al Atlántico,
Suspira
El caudal armonioso de mi cántico:
De tu Delta en el triángulo grandioso,
Donde cada raudal es como un nervio
Vibrante, caprichoso,
Orinoco soberbio,
Te destrenzas cual una cabellera.
El viejo Oceano te espera
Como un enorme y milenario abuelo
Que, ansiando tu caricia larga,
Halla en tus frescas linfas un consuelo
Para el hastío de su linfa amarga.
¡Atlético Tenorio
Que a las inmarcesibles Primaveras
De tus verdes riberas
Vas haciendo la corte,
Por mi venezolano territorio,
Desde el sur hasta el norte!
Majestuoso en tu lánguido transcurso
Que apenas deja adivinar tus giros,
Se ve en la transparencia de tu curso
Copiado el cielo azul; y los zafiros
Vagos, con que la noche te abrillanta,
Y la pálida luna que te alegra,
Gloria trascienden en tu linfa; tanta
Que tu agua, alegre y negra,
Bajo la noche, es un cristal radioso,
Un cristal que en las márgenes se quiebra
Cristal que ondula, turbio y luminoso,
Como una culebra.
El sol en los crepúsculos te adorna
Con un violento rojo o azul exiguo;
Tu agua fecunda se torna
Color de grana, o de zafir o de oro antiguo.
Los pájaros recorren tus selváticas
Ribas y cantan en concurso vario,
Y de las garzas níveas el rosario
Se disemina con el alba.
Acuáticas
Macollas lame tu fluvial caricia.
Y pasas con la pompa soberana
De una primicia
Sobrehumana.
A veces, caudaloso,
Agigantas el paso,
Y eres entonces más grandioso
Que un sol que no tuviera ocaso.
Te he visto luminoso
Tranquilo y en concéntricos andares.
Mis ojos hechos a las suaves cosas
—Fulgores de rosas,
Blancor de azahares,—
Te vieron suave y te encontraron grave
Y enorme y lúcido... como si fueras
Un Hércules vetusto que por causar asombro
Y en un empeño de ser suave,
Se echase de una vez la carga al hombro
Frondosa y clara de las Primaveras.

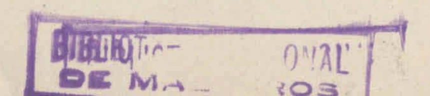




MEDIO DE TRANSPORTE INTERINSULAR—CUADRO DE W. H. BARTLETT

EL CAÑÓN SE PRECIPITÓ SÚBITAMENTE SOBRE EL ARTILLERO

Esta lucha no podía durar mucho tiempo. Al arrojarse el cañón sobre el artillero, éste le dejó pasar dándole un quiebro y le gritó sonriente: «¡A ver otra vez!» . . . De pronto, el cañón, furioso, se lanzó sobre él, pero el cabo evitó el choque.



Historia de los libros célebres

VÍCTOR HUGO, admirado por los franceses como su más excelso poeta y dramaturgo, es famoso en el mundo entero, principalmente como gran novelista; pero, aun así, sus cuentos y novelas pertenecen de lleno a lo que se llama poesía, puesto que es tan exuberante en ellos la imaginación, que transporta la mente del lector fuera de las realidades de cada día para elevarla al dominio de las cosas imaginarias. Victor Hugo, en suma, es un poeta, aun al escribir en prosa, ya que todas sus novelas encierran un elemento de grandeza que es verdaderamente poético. Su gran novela intitulada « El Noventa y tres », es una narración del más dramático carácter, en la que se describe el año terrible de 1793, cuando la Revolución Francesa llegó al paroxismo de su furor. Ningún otro escritor ha reflejado tan bien la agitación de aquel período; y, al leer « El Noventa y tres », cualquiera diría que el autor vivió en el tiempo a que se refiere, pues, en efecto, la imaginación del poeta novelista le capacita para vivir de nuevo en el pasado e imprimir su visión en las mentes de los lectores. La siguiente vívida descripción de una pieza de artillería que se ha desamarrado en la batería de un buque de guerra, en alta mar, está tomada de dicha famosa novela.

EL COMBATE DEL CAÑÓN

POR VÍCTOR HUGO

BOISBERTHELOT no tuvo tiempo para contestar a La Vienville, porque antes de que éste terminase de hablar, fué interrumpido bruscamente por un grito desesperado. Al mismo tiempo se oyó un ruido, en nada semejante a ninguno de los ruidos ordinarios; aquel grito y aquel ruido salían del interior del buque.

El capitán y el teniente se precipitaron hasta el entrepuente, pero no pudieron introducirse en él; todos los artilleros subían asustados.

Acababa de suceder una cosa espantosa.

Una de las carronadas de la batería, pieza de a veinticuatro, se había desprendido de sus amarras.

Este es, sin duda alguna, el más terrible acontecimiento que puede ocurrir en el mar; nada tan horrible puede suceder a un buque de guerra en alta mar y en plena marcha.

El cañón que rompe sus amarras se transforma bruscamente en una especie de bestia sobrenatural; es una máquina que se convierte en monstruo; es una masa que se agita sobre sus ruedas, que tiene movimiento de bola de billar, que se inclina al trasladarse de un punto a otro, que se clava cuando choca, que va, viene, se detiene, parece que piensa, recobra su carrera, atraviesa como una flecha el buque de un extremo a otro, salta, huye, se encabrita, choca, destroza, mata, extermina. Es un ariete que bate a su capricho la muralla, con la diferencia de que el ariete es de hierro y la muralla de madera. Es el ingreso en la libertad de la materia, y parece que ese esclavo eterno quiere vengarse; parece que la malicia que posean los que llamamos objetos inertes, se subleva y estalla de pronto; parece que pierde la paciencia y toma extraño desquite. Es forzosa la cólera de lo inanimado. Ese trozo de hierro forjado da los saltos de la pantera, tiene la pesadez del elefante, la agilidad del ratón, la dureza del hacha, lo inesperado de las oleadas, la velocidad del rayo, y el silencio del sepulcro. Su peso es enorme y salta como una pelota o tuerce bruscamente, cortando en ángulo recto la línea que antes trazó. ¿Qué hacer? ¿Cómo educar a ese monstruo? La tempestad termina, el ciclón pasa, el viento se apacigua, el mástil roto puede sustituirse, la vía de agua se tapa, el incendio se apaga; ¿pero qué hacer con ese enorme bruto de bronce? ¿de qué medios valerse? Se puede hacer entrar en razón a un perro de presa, espantar a un toro, matar a un tigre, fascinar a una boa, enternecer a un león, pero no hay ningún elemento contra ese monstruo que se llama cañón desamarrado. No le podéis matar, porque está muerto; no obstante vive, vive con una vida siniestra que le hace destruirlo todo. Tiene bajo de él el piso que le balancéa y le hace mover el navío,

al que mueve el mar, cuando al mar le mueve el viento. Este exterminador no es otra cosa que un juguete del buque, de las olas y de los vientos; de todo esto, enlazado, nace su pavorosa vida. ¿Cómo librarse de semejante máquina? ¿Cómo maniobrar en ese mecanismo monstruoso del naufragio? ¿Cómo es posible calcular sus idas y venidas, sus vueltas y sus choques? ¿Cómo adivinar cada uno de sus golpes, que pueden hundir el buque? ¿Cómo evitar un proyectil que varía de dirección, que se mueve, avanza, retrocede, choca a la derecha y a la izquierda, corre, pasa, desconcierta la previsión, atropella el obstáculo y mutila a los hombres? Lo terrorífico de la situación depende de la movilidad del suelo; no es posible combatir a un plano inclinado que tiene caprichos. El barco contiene, por decirlo así, dentro del vientre el rayo prisionero que trata de evadirse, una especie de trueno que rueda sobre un temblor de tierra.

En un momento se puso en pie toda la tripulación; la falta la cometió el cabo de cañón al olvidarse de echar el clavo de la cadena de amarra, y ató mal las cuatro ruedas de la carronada, lo que hizo mover la plantilla y el batidor y terminó por dislocar la braga. Rompió el tiro, de manera que el cañón no quedó ya firme en el ajuste. La braga fija, que impide el retroceso, no se empleaba en aquella época. Un golpe dado en la porta de la batería, había hecho que la carronada, mal amarrada, retrocediese y destrozase su cadena, empezando a rodar de un modo formidable por el entrepuente. En el instante en que se rompió la amarra, los artilleros estaban en la batería, unos agrupados y otros separados, ocupados en los trabajos del mar que efectúan los marineros en la previsión del zafarrancho de combate. La carronada, arrojada por el cabeceo del buque, penetró en uno de los grupos y aplastó a cuatro hombres del primer golpe: después, favorecida por el balanceo, partió por el medio a otro infeliz y fué a dar en el muro de babor con una pieza de la batería y la desmontó. Esto produjo la exclamación de angustia que acabamos de oir. Toda la tripulación corrió a la escalera y rápidamente la batería quedó vacía de gente.

La enorme pieza quedó sola, entregada a sí misma, y podía hacer lo que quisiera: era dueña de la corbeta. La dotación, acostumbrada a reir durante las batallas, temblaba llena de espanto.

El capitán Boisberthelot y el teniente La Vienville, que eran dos valientes, se estacionaron en lo alto de la escalera, y mudos, pálidos y vacilantes, miraban hacia el entrepuente. Un hombre les separó con el codo y bajó; era el pasajero, el paisano, de que estaban hablando momentos antes. Éste, al llegar al pie de la escalera, se detuvo.

El cañón iba y venía por el entrepuente como si fuese el carro viviente del Apocalipsis; el farol, oscilando bajo la roda de la batería, agregaba a esta visión, vertiginoso balanceo de sombra y de luz. La forma del cañón extinguíase en la violencia de la carrera, y ya se le veía negro en la claridad, ya reflejando blancura vaga en las tinieblas.

Seguía causando averías en la corbeta: había ya destruído otras cuatro piezas y abierto en los costados del buque dos hendiduras que, por fortuna, caían sobre la linea de flotación, pero por las que entraría agua si sobreviniese una borrasca. Abordada con frenesí contra los costados del buque, resistía la madera, pero la hacía chasquear aquella masa desmesurada, que chocaba con una especie de ubicuidad insoportable por todas partes a la vez. Un grano de plomo agitado en una botella, no tiene percusión tan incesante ni tan rápida. Las cuatro ruedas pasaban y volvían a pasar sobre los hombres fallecidos, los aplastaban, los cortaban y los despedazaban, y de los cinco cadáveres habían hecho veinticinco pedazos, que rodaban al través de la batería, y arroyos de sangre corrían por el suelo. Los costados averiados del buque se entreabrían en numerosos lugares y en todo él reinaba un pavor indescriptible.

El capitán recuperó al momento la serenidad y ordenó arrojar al entre-

puente todo lo que podía amortiguar y evitar la carrera desenfrenada del cañón, los colchones, las hamacas, los repuestos de velas, los rollos de cabos, los sacos de equipaje y los paquetes de asignados falsificados, de los que la corbeta conducía todo un cargamento, porque esta infamia inglesa se consideraba como un ardid de la guerra.

Nada impidieron todos esos trapos, porque nadie se atrevió a bajar y a organizarlos convenientemente; en pocos minutos quedaron reducidos a hilas.

El mar estaba bastante alborotado para que este desgraciado accidente fuese lo más completo posible. Si hubiera sobrevenido una tempestad, ésta tal vez derribara al cañón sobre su caña, y permaneciendo en el aire las cuatro ruedas, se hubiera podido evitar el peligro. Esto no sucedió, y el estrago continuaba; veíanse desolladuras y hasta fracturas en los mástiles que, empotrados en la madera de la quilla, atraviesan los pisos de las naves y que desempeñan el papel de grandes pilares redondos. Los golpes convulsivos del cañón habían agrietado el palo de mesana; el palo mayor, asimismo, había sufrido mucho; la batería se dislocaba. De treinta piezas, diez estaban fuera de combate; las brechas aumentaban y la corbeta empezaba a hacer agua.

El pasajero anciano que había bajado al entrepuente, parecía un hombre de piedra colocado bajo la escalera; dirigía la mirada tranquila a aquella escena de devastación; estaba inmóvil.

Cada movimiento de la carronada libre, hacía prever el hundimiento del buque; si seguían los estragos, el naufragio era inevitable; era preciso ya, o contener el desastre o morir, tomar una determinación, ¿pero cuál?... ¿Cómo apoderarse de aquel combatiente? Se trataba de contener a un loco furioso, de amarrar un rayo, de derribar a un monstruo.

Todos callaban presenciando el peligro. Por el exterior, las olas batían al buque, contestando a los golpes del cañón con golpes de mar, produciendo el efecto de dos martillos alternativos.

Repentinamente en aquella especie de circo inabordable, en el que saltaba el cañón, se vió aparecer a un hombre con una barra de hierro en la mano. Era el autor de la catástrofe, el culpable del abandono y causa del accidente el cabo de cañón encargado de la carronada. Había causado el daño y quería repararlo: llevaba una barra en una mano y una cuerda con nudo corredizo en la otra; armado de ese modo se colocó en el entrepuente.

En seguida comenzó un espectáculo titánico y feroz; el combate del cañón contra el artillero; la lucha entre la materia y la inteligencia; el duelo de la cosa contra el hombre.

El hombre se apostó en un ángulo, con la barra y la cuerda en las manos, inmóvil sobre sus piernas, que parecían dos pilares de acero, y lívido, tranquilo y trágico, esperaba, como si estuviese arraigado en el suelo. Esperaba que la carronada pasase cerca de él. El artillero conocía su cañón y confiaba en que éste le conocería también, viviendo con él largo tiempo; le había metido muchas veces la mano en la boca, era un monstruo familiar, y se puso a hablarle como a un perro.

—Ven—le decía.

Ansiaba que se dirigiese a donde él estaba, pero esto era echarse sobre él y perderse; porque, ¿cómo había de impedir ser aplastado? Todos los hombres del buque admiraban aterrados aquel espectáculo: nadie respiraba con libertad, únicamente el viejo, que estaba solo en el entrepuente como testigo siniestro de aquel combate, al alcance de la pieza de artillería, que podía triturarlo muy bien. Sin embargo, no se movía. Debajo de dichos hombres las olas movedizas dirigían el combate.

En el instante en que aceptando el espantoso desafío llegó el artillero a provocar al cañón, una de las casualidades del balanceo del mar, hizo que la carronada continuara un instante inmóvil y como estupefacta.

—¡Ven aquí!—le decía el hombre, y ella parecía comprenderle.

De repente cayó sobre el artillero

que esquivó el choque. Se entabló entonces la lucha inaudita del frágil atacando al invulnerable, del combatiente de carne atacando a la bestia de bronce; la fuerza está de parte de ésta y la inteligencia de parte del otro. Esto ocurría en la penumbra; era como la visión confusa de un prodigio.

Parecía que el cañón también tenía alma, pero alma ll de rencor y de rabia; parecía estar dotado de ojos aquel monstruo, que cualquiera hubiera dicho que acech a al hombre; había cierta astucia al parecer en aquella masa, porque escogía sus momentos de ataque; era algo como un insecto gigantesco de hierro que parecía tener endemoniada voluntad. Había momentos en los que aquella langosta colosal saltaba hasta el techo bajo la batería y después caía sobre sus cuatro ruedas, como un tigre sobre sus cuatro garras, y luego corría hacia el hombre; éste, flexible, ágil y experto, se retorcía como una culebra, esquivando los movimientos de aquel rayo: evitaba los encuentros, pero los golpes que él impedía los recibía el buque, y continuaba demoliéndose.

El extremo de una cadena rota había quedado adherido a la carronada; esta cadena estaba liada, sin saber cómo, en el tornillo del botón de la culata, y un extremo de ella se había fijado en el afuste, mientras el otro, libre, giraba alrededor del cañón, cuyos saltos exageraba. El tornillo la apretaba como una mano cerrada, y la cadena aumentaba los golpes del ariete con los suyos propios, formando un molinete terrible alrededor del cañón: látigo de hierro manejado por puño de bronce, que dificultaba el combate.

No obstante, el hombre seguía luchando, y algunas veces hasta atacaba al cañón arrastrándose a lo largo del costado del buque con la barra y la cuerda en las manos, y el cañón se retiraba, como si comprendiese que aquellos movimientos los hacía el artillero para tenderle un lazo. Entonces éste le perseguía.

Pero esta lucha no podía durar mucho tiempo. El cañón pareció que se decía a sí mismo: « Terminemos de una vez », y se paró. Los espectadores comprendieron que se acercaba el desenlace. El cañón parecía dotado de feroz premeditación. Súbitamente se precipitó sobre el artillero, pero éste le dejó pasar, dándole un quiebro, y le gritó sonriendo: « ¡A ver otra vez!... » El cañón, furioso, rompió una carronada de babor. Después se lanzó a estribor sobre el hombre, que esquivó otra vez el golpe. Rompió tres carronadas más. La pieza de artillería, ciega, y no sabiendo ya lo que se hacía, dió la espalda al artillero, rodó de atrás a delante, y fué o abrir una brecha en el muro de proa. El hombre se había amparado al pie de la escalera, a pocos pasos del anciano, teniendo siempre en las manos la barra y la cuerda. El cañón pareció verle, y sin tomarse el trabajo de volverse de frente, retrocedió sobre el hombre con la rapidez de un hachazo. La tripulación creyó que el hombre estaba perdido y lanzó un grito. El anciano pasajero, hasta entonces inmóvil, se arrojó con salvaje rapidez a asir un gran paquete de asignados falsos, y corriendo el peligro de ser aplastado, logró lanzarlo entre las ruedas de la carronada; este movimiento arriesgado y decisivo, lo ejecutó con tanta exactitud y con tanta precisión, como si fuese hombre diestro en todos los ejecicios escritos en la obra de Darosel sobre la *maniobra del cañón de marina*.

El paquete produjo el efecto de un tapón. Un guijarro detiene una rueda, una rama de arbol separa un alud. La carronada tropezó; el artillero, provechándose de aquella terrible coyuntura, metió la barra de hierro entre los rayos de una de las ruedas traseras, y el cañón se estacionó.

Estaba inclinado, y el hombre, con el movimiento de palanca que imprimió a la barra, le derribó; la pesada masa cayó, haciendo el ruido de una campana que se desploma, y el hombre, echándose sobre ella, cubierto de sudor, pasó el nudo corredizo al cuello de bronce del monstruo, tendido en el suelo.

Así finalizó el combate, quedando vencedor el hombre.

La hormiga triunfó del mastodonte, el pigmeo hizo prisionero al gigante.

Los soldados y los marineros aplaudieron: toda la dotación se precipitó con cables y con cadenas sobre el cañón, y en un momento le amarraron en su sitio.

LA CASA APESTADA

Por DANIEL DEFOE

DANIEL DEFOE, que fué el verdadero padre de la novela inglesa y cuyo estilo de narrador tan hermosamente claro, no ha sido nunca sobrepujado por nigún otro escritor británico, publicó muchos libros, pero quizá su « Diario del año de la peste », rivalice en popularidad con su inmortal « Robinsón Crusoe ». Es una abrumadora pintura de Londres durante la terrible visita de la peste que ocasionó muchos millares de víctimas entre los habitantes de la ciudad, el año 1665. El libro está escrito en el tono animado, propio de un testigo ocular; pues, aunque Defoe contaba seis años solamente a la sazón, pudo recordar por la fama pública cuanto se decía del terrible año. Puede considerarse la obra como una ficción, pero no hay ninguna historia de aquel tiempo que aventaje en verdad y exactitud a esta narración conmovedora, en la cual el más excelso arte literario ha creado una imborrable visión de aquellos terribles días. El extracto que hemos escogido, es uno de los más emocionantes, y aunque Defoe mismo reconozca que no habló con el pobre barquero, no por eso impresiona menos el realismo de la relación.

« SALÍ a los campos, que se extienden desde Bow a Bromley, y llegué, siguiendo por la Muralla Negra, a las escaleras del embarcadero. Allí vi a un pobre hombre que paseaba por el andén o muralla de mar, como era llamada. También me pasée yo, mirando las casas todas cerradas, hasta que, por fin, tropecé con el pobre hombre. Le pregunté cómo lo pasaba allí la gente.

—¡Ah! señor, dijo, todo el mundo está desesperado; todos han muerto o están enfermos; pocas familias hay en estos lugares, o en esa aldea (señalando a Poplar) en que no hayan fallecido la mitad, y los demás no estén enfermos.

Indicó luego una casa.

—Allí han muerto todos,—continuó,—y la casa ha quedado abierta sin que se atreva a entrar nadie. Un pobre ladrón se aventuró a robar, pero pagó caro el hurto, pues fué llevado al cementerio la noche pasada.

Señaló luego otras casas.

—En aquella,—siguió diciendo—han muerto todos: el padre, la madre y cinco hijos. Aquella otra está guardada, y podeis ver un vigilante a la puerta, y así de cien más.

—¿Cómo es que estáis solo?—le pregunté,

—Porque,—respondió—soy un pobre hombre desesperado. Aunque haya placido a Dios no verme atacado, lo ha sido mi familia: ha muerto uno de mis niños.

—¿Y cómo no habéis caído enfermo?

—Porque, ved, aquella es mi casa,—respondió señalando una especie de tugurio—y allí viven mi mujer y dos niños, si es que tan horrible situación puede llamarse vivir; mi esposa y uno de los hijos están enfermos, pero yo no he ido.

Y al decir estas palabras, vi que corrían las lágrimas por sus mejillas, y también yo le acompañé sin poderlo remediar.

—Pero,—le dije—¿cómo no vais? ¿cómo podéis abandonar así lo que es carne de vuestra carne y sangre de vuestra sangre?

—Oh, señor—respondió—Dios me libre. Yo no les he abandonado;trabajo para ellos tanto como puedo; y gracias sean dadas al Altísimo, no carecen de nada.

Y, al decir esto, el hombre levantó los ojos al cielo con un fervor que apartó de mí la idea de que aquel hombre fuera un hipócrita, y al contrario, le creí serio, religioso y bueno; su jaculatoria era una expresión de gracias porque en las circunstancias en que se encontraba su

familia estuviese al abrigo de toda necesidad.

—Está bien,—dije—sois un hombre honrado y deben estaros agradecidos esos pobrecitos. ¿Pero de qué vivis y cómo os preserváis de la tremenda calamidad que pesa sobre vosotros?

—Señor,—respondió—soy barquero; éste es mi bote, en el que tengo mi casa; en el trabajo de día, y duermo de noche, y en cuanto puedo subo sobre aquella piedra (señalándome una muy grande, al otro lado de la calle, camino de su casa) y los llamo a gritos, hasta que me oyen y entonces vienen y se llevan lo que he recogido.

—Bueno, amigo—dije—pero ¿cómo podéis ganaros la vida como barquero? ¿hay quien se embarque en medio de tal desolación?

—Sí, señor—respondió;—en eso me ocupo. ¿No veis allá cinco buques anclados?—interrogó señalando un lugar del río, buen trecho más abajo de la ciudad.—¿Y no veis allá lejos (señalando hacia arriba) ocho o diez buques amarrados y anclados también? Todos esos barcos transportan familias a bordo, de los comerciantes o de los armadores, y de allí no salen, como encerrados por temor a la infección. Y yo voy para llevarles cosas, recoger cartas y hacer lo necesario para que no tengan que bajar a tierra. Cada noche atraco mi bote junto a alguna canoa de esos buques, y allí duermo, habiéndome preservado hasta ahora, gracias a Dios. Aquí vengo rara vez y tan sólo para llamar a mi mujer y oir a mis niños, para entregarles el poco dinero que he cobrado la noche pasada.

—¡Pobre hombre!—repliqué;—¿y habéis ganado mucho?

—Cuatro chelines—respondió,—que son una crecida suma para las necesidades de los pobres; pero he traído también un saco de pan, pesca salada y algo de carne, y todo ayuda.

—¿Se lo habéis dado ya?—pregunté.

—No—respondió;—pero he llamado y mi mujer me ha contestado que no podía venir, aunque espero que venga dentro de media hora. ¡Pobre esposa mía! Está muy triste; ha tenido un tumor, pero ya se l reventó. Confío en que curará, pero temo que el niño se muera. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Callóse y se echó a llorar.

Por fin, después de un rato en que proseguimos nuestra conversación, abrió la pobre mujer la puerta y gritó: ¡Roberto! ¡Roberto! Respondió éste, y salió ella de la casa. El barquero bajó por las escaleras hacia su bote, recogió el sac en que estaban las provisiones que había traído del buque, subió y gritó de nuevo. Encaminóse entonces hacia la piedra que me había mostrado, vació el saco, lo dejó todo allí y se retiró; la mujer llegó con un chicuelo para llevarse las provisiones. El barquero le refirió a voces que un capitán le había dado muchas cosas, y terminó exclamando: «¡Dios nos lo ha enviado todo! ¡Gracias le sean dadas!»

Cuando la pobre mujer recogió lo que su marido ha'ía dejado sobre la piedra, se hallaba tan débil que apenas podía sostenerlo, aunque el peso no fuese mucho; dejó, pues, el saco de la galleta, y lo entregó al niño para que lo llevara.

—Bueno,—dije;—pero ¿les vais a dejar todos lo cuatro chelines que representan para vos la ganancia de cuatro semanas, según me dijisteis?

—Sí, por cierto,—exclamó;—Tal como lo oísteis.

Entonces volvió a gritar: «¡Raquel! ¡Raquel.»; que tal era al parecer su nombre. «¿Has recogido el dinero?» «Sí, respondió». «¿Cuánto había?» «Cuatro chelines y cuatro peniques». «¡Bueno, bueno! Dios te proteja», y se marchó.





CÓMO SE HACE UN SUBMARINO INFANTIL

LA mayor parte de los niños habrán visto un torpedero auténtico, al menos en fotografía.

Los torpederos son buques pequeños que corren casi con igual velocidad que un tren ordinario, dos veces mayor que la de los barcos de guerra que han de destruir. Lánzanse a toda máquina contra los grandes buques; y, cuando se hallan ya muy cerca, disparan uno de sus mortíferos torpedos, el cual nada debajo del agua como si fuese un pez hasta ir a chocar contra el casco del buque de guerra. Entonces estalla y produce un tremendo boquete en un costado del barco. Un torpedo, que llegue a chocar contra el casco de un acorazado debajo de la línea de flotación, lo hunde en un momento, por más poderoso que sea.

1. El submarino completo. Las letras indican: A. Torrecilla de observación.—B. Aleta curvada.—C. Aleta quilla.—D. Hélice.—E. Quilla de plomo.—F. Manivela.

Pero hay todavía buques más admirables que estos: son los *submarinos*, pequeños torpederos, capaces de navegar con la mayor facilidad debajo del agua, ocultándose así a la vista del enemigo. Los submarinos pueden sumergirse profundamente y disparar torpedos, hallándose debajo de los grandes acorazados.

Quizá no se habrá ocurrido a muchos que se puede construir un submarino juguete que navegue debajo del agua, exactamente como los verdaderos. No lo hallará difícil, quien lo intente, si antes ha leído esta descripción, y cuando lo haya ejecutado, verá que ha obtenido una de las cosas más fascinadoras que podía imaginar.

Colocado en un pequeño estanque, se sumergirá hasta el fondo y recorrerá veinte o treinta y cinco metros antes de volver a la superficie. Con este submarino se puede jugar a batallas navales con los amigos que tengan barquitos de madera ordinarios. Los buques a flote representarán los acorazados y entonces se procurará que el submarino navegue por debajo del agua. Si toca un barco, se puede considerar como destruído, porque esto es lo que sucedería en una verdadera batalla si un submarino se acercase bastante a él. Vamos ahora a ver el modo de construirlo.

Primeramente se necesita un trozo de madera blanda de unos veinte centímetros de espesor y de forma cilíndrica. Con un cuchillo recién afilado aguzaremos los dos extremos, dándole la forma de un cigarro; y luego alisaremos con papel de lija toda su superficie.

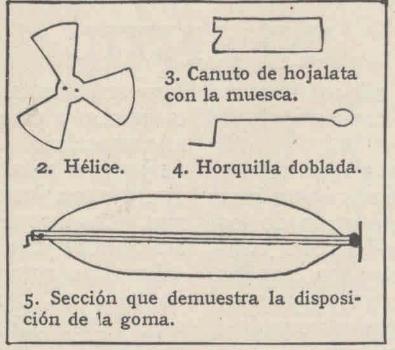
Ahora se taladra de un extremo a otro la madera, lo cual puede hacerse fácilmente con una barrena.

Cómprese luego en una tienda de juguetes una pistolita de hojalata, que costará sólo unos centavos; y después de quitar el cañón, y partirlo en dos mitades con una lima, se agrandará el agujero en ambos extremos de la madera para meter dentro los trozos de la pistolita. Cada uno de éstos debe destacarse un poco, como se presenta en el grabado número 5. Ahora vamos a hacer la hélice, destinada a mover el submarino; lo cual es muy fácil. Al efecto bastará quitar el fondo de una pequeña lata

y cortarlo en la forma que se reproduce en el grabado número 2. Los trozos de forma de abanico deben torcerse ligeramente, imitando la hélice de un buque.

Ábranse, luego, dos pequeños orificios en el centro, uno junto a otro; pásese por ellos un trozo de goma de la clase usada en los tiradores de goma. Tómese una cuenta de vidrio algo mayor que el diámetro del cañoncito de hojalata e introdúzcase en ella la goma, metiéndola después por el agujero del centro de la madera.

A continuación se limarán dos pequeñas muescas en el cañoncito de hojalata, tal como se representa en el grabado número 3. Tras esto se hace una especie de manubrio terminado en gancho con una horquilla doblada, como la del grabado número 4; estírese la goma hasta que quede bien tensa, sujétese al manubrio en la forma que muestra la figura 5, y aquí termina la parte mecánica de la labor.


3. Canuto de hojalata con la muesca.
2. Hélice. 4. Horquilla doblada.
5. Sección que demuestra la disposición de la goma.

Si se mantiene fija la hélice, y se da vueltas a la manivela, en el otro extremo, la goma elástica se retorcerá fuertemente. Entonces, cuando se suelte la hélice, producirá un zumbido rápido al girar, y naturalmente, cuando se ponga el buque en el agua lo moverá.

Pero ahora tropezamos con el inconveniente de que nuestro barco flotará. Para vencer esta dificultad, hay que procurarse un trozo de cañería de plomo; y después de machacarlo para dejarlo bien plano se le adapta y fija a la madera de modo que forme la quilla. Ésta tendrá el peso necesario, cuando al poner el buque en el agua sólo se vea la parte superior del mismo flotando sobre la superficie.

Para sumergirlo, es necesario clavar en él unas *aletas* que se obtienen fácilmente cortándolas de un trozo de hojalata, las cuales deben ponerse con un ligero toldo, tal como se representan en la figura 1. Completa el aparato una pequeña *aleta* colocada en la parte inferior. Ahora retuérzase la goma elástica, aguantando la hélice con la mano izquierda; póngase entonces el submarino en el agua, teniendo todavía sujeta la hélice; aguántese el barco con fuerza a unos veinte centímetros de la superficie y déjese que la hélice se ponga en movimiento. Al principio, el submarino hará esfuerzos para levantarse, pero como empieza a navegar cada vez más aprisa, las aletas lo mantendrán debajo de la superficie y seguirá su carrera como un pez. Si se quiere que tenga un aspecto elegante se puede hacer una *torrecilla de observación* con un trozo de madera, y fíjese en la parte superior.

Cuando se ha probado ya y se está seguro de que navega bien, désele una capa de pintura gris, y parecerá realmente un submarino como aquellos de los cuales hemos oído hablar tanto.

Si se hace navegar en un estanque, no hay que temer que se pierda, porque sólo permanecerá debajo del agua mientras funcione la hélice. Cuando ésta se para, el barco flota en la superficie del estanque.

EL DIABLILLO CUYA CABEZA DESAPARECE

El aparato para este juego consiste en un trozo de cartulina que mide 10 por 7,50 centímetros y tiene pintados 6 diablillos, como se ve en el grabado número 1.

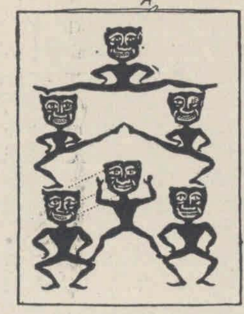
El operador explica a su auditorio que esta cartulina, la cual se sostiene en la mano y descuidadamente se deja ver del derecho y del revés, representa la celebrada tropa de acróbatas de Cafreclous trabajando en su maravilloso número.

—Observen ustedes la finura y esbeltez de sus formas. Ahora verán ustedes sus estupendas habilidades, que todavía les asombrarán más.—Los dos caballeros que se hallan en la fila de en medio darán un puntapié a la cabeza del caballero que está solo, debajo de ellos precisamente. Si tienen ustedes buena vista y los observan con cuidado, verán cómo se mueven sus piernas.

Aguantando la tarjeta entre el índice y el pulgar, estando el grabado de cara a los espectadores se le da una rápida ondulación de derecha a izquierda, retrocediendo a la izquierda y nuevamente hacia atrás. Los espectadores no verán que los acróba-

tas muevan las piernas, aunque algunos de ellos se persuadirán probablemente de que lo han hecho; pero de cualquier modo que sea no hay *engaño* respecto del objeto principal prometido. La cabeza de la figura indicada ha desaparecido maravillosamente y entonces la imagen aparecerá como se representa en el grabado número 2.

Claro está que no conviene dejar al desgraciado diablillo en situación tan desairada como la de estar sin cabeza. Al auditorio se le dice que su cabeza ha sido arrojada al aire de un puntapié, y que en el aire flota todavía.

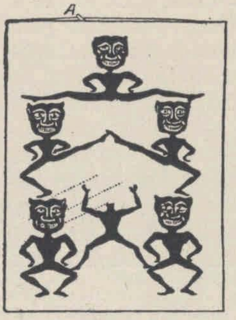


1. Primera posición del naipe.

—Ya procuraré yo cogerla por el interesado, o mejor, dejaré que su propietario la coja por sí mismo, —se dice.

Sosteniendo la cartulina, como antes, se le da esta vez un movimiento rápido de arriba abajo. Los espectadores no habrán perdido jamás de vista las figuras, pero la cabeza aparece como al principio.

La carta, aunque según todas las apariencias es una simple cartulina, en realidad se compone de un mecanismo muy ingenioso, que está formado por dos trozos de igual forma, unidos por los bordes. Entre ambos funciona una pequeña palanca de latón, que proyecta su extremo exterior en la parte superior de la imagen, como se ve en A. La *cabeza* es movible y funciona sobre tres crines muy finas y muy blancas, como queda indicado por la línea de puntos.



2. Segunda posición del naipe.

Estos tres hilitos mirados a la luz artificial son imperceptibles a corta distancia. Cuando A está como en el grabado número 1, la cabeza se halla en su posición normal, pero si empuja la palanca hacia la izquierda, como en la figura número 2, la cabeza del diablillo, del centro caerá encima de la del diablillo de la izquierda inferior, produciendo el efecto de haber desaparecido enteramente.

Ahora se comprenderá sin dificultad la manera de ejecutar el juego. Bajo de la cubierta de los lados, el operador empuja la palanca hasta hallar la posición que representa el grabado número 2, con lo cual la cabeza desaparece. Ayudándose del movimiento vertical para disimular, la vuelve a empujar atrás y la cabeza reaparece de nuevo.

LAS MUÑECAS EN LOS DIFERENTES PAÍSES

COMPAÑERAS DE JUEGO EXTRANJERAS Y MODO DE VESTIRLAS

TODAS sabemos que nuestras amiguitas del extranjero no visten como nosotras. La adjunta lámina en colores nos permite ver sus diversos trajes.

Basta echar una ojeada a los vestidos que usan los niños de cada país, para que podamos afirmar si éste es cálido o frío; porque los de los países en que predominan las bajas temperaturas van muy abrigados, y los de las regiones en que sucede lo contrario llevan trajes ligeros de algodón y muselina, y frecuentemente andan descalzos.

En los países cálidos, el sol tuesta la piel, que adquiere por tal razón un color moreno intenso, mientras en los fríos, el color del cutis es más pálido. Asimismo, puede asegurarse que, por regla general, en los países primeramente nombrados los habitantes tienen el cabello negro, mientras en los segundos lo tienen rubio. Por ejemplo, en la India, los habitantes tienen cabellera negra ; en Suecia y en Noruega la tienen intensamente rubia, casi amarilla.

Estas diferencias no son las únicas, también las hay en las costumbres y en los trajes. Supongamos que tenemos doce muñecas y que las hemos de vestir de modo que representen a otras tantas amiguitas nuestras del extranjero. Empecemos por vestir a una francesita.

ENRIQUETA.—LA MUÑECA FRANCESA

Las francesas son célebres por su elegancia en el vestir, y las niñas francesas, aunque sean pobres, siempre van muy limpias

y arregladas. Las familias ricas gustan de vestir muy bien a sus niñas, cuyos trajecitos cuestan a veces un dineral. Por eso vestiremos elegantemente a nuestra muñeca francesa con un tejido de seda azul abrillantado para el traje, y muchas puntillas para las prendas interiores; se le hará el cuerpo largo y la falda corta, de mucho vuelo; las mangas cortas, y de farol, con vueltas rizadas; y cinturón ancho de seda a cuadros blancos y rojos, con un gran lazo por detrás. El dibujo a cuadros se emplea mucho en los vestidos de niñas francesas, las cuales suelen llevar faldas muy cortas, hasta la rodilla, aun cuando sean muy crecíditas.



Los calcetines son blancos y calados; las botitas negras en los bajos y de color o blancas en los altos, abrochadas con botones a los lados. Finalmente, lleva una bonita sombrilla de seda negra con puntilla blanca en el borde.

Enriqueta debe llevar al cuello un collarito de perlas, o de cuentas de coral rosa pálido; una o dos pulseras doradas en los brazos, y en el cabello un lazo de seda negra o azul.

La muñeca debe ser fina, de tez pálida y cabello negro.

GRETCHEN.—LA MUÑECA ALEMANA

Echemos una ojeada a Alemania para ver cómo visten las niñas campesinas. Hemos de penetrar en el interior del país, y recorrer la campiña, porque las niñas que viésemos en Berlín y otras populosas ciudades del imperio, están trajeadas como nosotras. Pero las campesinas alemanas se apartan mucho de este tipo de vestido y tienen el suyo peculiar para el trabajo y los días de fiesta.



Lo más característico es su gorro blanco, que muestra la parte anterior recta y la copa abolsada hacia atrás. Mirando la figura de Gretchen, podremos sacar perfectamente el gorro, cuya parte de atrás abolsada es de género blanco, y la anterior recta que rodea la cabeza de un género azul pálido, orlado de una puntillita blanca.

Antes de vestir la muñeca debemos peinarla, dejándola dos trenzas atadas en los extremos con dos lacitos de cinta encarnada. Por consiguiente, al escoger la muñeca cuidaremos de que tenga pelo abundante y rubio, casi amarillo, y que la figurita sea robusta, pequeña y de color sano.

La blusa se corta holgada, de modo que forme bolsitas sobre el corpiño; y el cuello se deja corto. El corpiño se hace de terciopelo negro, de forma recta, y sostenido por dos tirantes del mismo género y de una pieza con el corpiño, los cuales pasan sobre los hombros, y se sujetan por detrás.

La falda es de paño o algodón; el color preferible es el azul oscuro. Se la hace ancha y se la une a un ceñidor sencillo. Se pone después de la blusa, y antes del corpiño, el cual sirve como de corsé, y se ajusta perfectamente sobre el ceñidor o cintura de la falda.

El delantal no tiene babero, pero en cambio, lleva dos bolsillos, uno a cada lado; se hace de muselina blanca, y lleva una orla de puntilla que por los lados sólo sube un poquito, como puede verse en el grabado.

Las medias son blancas, los zapatos negros o castaños, de forma sencilla y tacón bajo; y las mangas cortas, terminadas con puños anchos que llegan justamente al codo.

Si nos parece bien, le pondremos a Gretchen un rastrillo de madera en la mano para figurar que acaba de llegar del trabajo del campo.

GRETA.—LA MUÑECA SUECA

Vamos a ver cómo debe vestirse una muñequita sueca. Ante todo debemos saber que el clima de Suecia es frío, lo cual explica por qué los suecos usan tantas prendas de abrigo. Las mujeres y jóvenes son muy aficionadas a las labores finas de aguja. Hacen deliciosos recamados para adorno de sus casas, y exornan los trajes de sus niños con encantadores bordados de seda y lana en colores. En los sombreros y gorritos de los niños hacen verdaderos primores, y no se les da nada de bordar todo un vestido, peto, espalda y mangas. Sus manteles y todas las cosas domésticas están siempre hermosamente trabajados. Cuando salen visita, tienen la costumbre de llevarse consigo alguna labor. Muchas de nosotras nos avergonzaríamos de ver cuánta labor ejecutan las muchachas suecas.



Cuando una joven está para casarse, sus

MUÑECAS CON TRAJES TÍPICOS NACIONALES



Cada país tiene de ordinario su modo peculiar de vestir. Las muñecas—juguete que en ninguno de ellos falta a las niñas—suelen ser vestidas con el traje nacional. Aquí están representadas varias muñecas con trajes típicos de distintos países.

Enriqueta	Francia.	Iván	Rusia.	Panna . . .	Hungría.	Flor de Loto .	Japón.
Gretchen	Alemania.	Greta . . .	Suecia.	Filomena . .	Italia.	Sara	Armenia.
Pedro y Guillermina .	Holanda.	Dolores . .	España.	Chandi . . .	India.	A-jui	Groenlandia.

amigas se reunen para hacerle una colcha. Cada una toma un trozo cuadrado, de género acolchado rico, borda en él su nombre; y cuando todos los trozos están bordados, se unen para formar la colcha, que es para la novia un hermoso recuerdo de sus amigas.

Ya se comprenderá que esta costumbre ha de variar, según las diversas regiones de Suecia; pero el traje que hemos descrito merece ser conocido.

Lleva esta muñeca el nombre de Greta; viste una camisa blanca de fina muselina con cuello bajo, en el que se reunen los pliegues; chaleco encarnado, con botones dorados, hecho de seda encarnada con franjas negras. Si no se tiene a mano este tejido de seda, se hace con un trocito de seda encarnada, en la que se cosen unas tiras negras de estambre. La chaqueta se hace de paño verde oscuro, y se borda bien con triángulos y líneas; los triángulos van llenos y las líneas los contornean; el bordado se hace con lana negra. Lo más fácil es cortar primero el género y bordarlo, y luego, coserlo. El forro puede ser de muselina o seda. La falda se hace de paño negro con una orla de paño también, encarnado.

El delantal es de paño azul oscuro, y en él se advierten una rayas blancas que pueden figurarse con una hebra de algodón de dicho color, pasadas casi por la superficie del paño.

El bolso.

El bolso es un primor. Por detrás tiene el color azul oscuro o encarnado, y lleva un delantero blanco, que forma la parte del bolsillo, adornado con trozos de paño encarnado cortados en diversas formas, y cosidos con hilo blanco. Las puntadas van al descubierto y forman puntos blancos o cruces a lo largo del borde de las formas redondeadas.

El gorro es de raso encarnado con flores amarillas y azules y hojas bordadas. Por delante es puntiagudo, y por detrás abierto, para dejar ver bien el pelo. Los suecos tienen gran afición a los bordados, como puede verse en este traje, tan cargado de ellos.

Los zapatos son negros, con lengüetas y hebillas; y las medias blancas.

FILOMENA.—LA MUÑECA ITALIANA

En la bella Italia, hay naturalmente, diversos pueblos; pero trajes típicamente italianos sólo se ven entre la gente del campo. La de las grandes poblaciones viste el traje común a todos los habitantes de la ciudades modernas del mundo; el de



nuestro grabado es el que visten las muchachas pescadoras. La que nuestras lectoras pueden ver en la lámina se llama Filomena. La muñeca que compremos para vestirla a la italiana ha de tener el pelo y los ojos negros, y el color atezado, porque debe de representar a una joven curtida por el aire y el sol; así es que, además del tinte moreno de la tez, convendrá que tenga los carrillos encarnados.

Empecemos por el tocado, que consiste en un pañuelo cuadrado, blanco o de cualquier color alegre. Se puede escoger uno rojo, con cenefas amarilla y azul. Se dobla por las puntas y se pone en la cabeza, de modo que dos puntas queden detrás, y dos a cada uno de los lados; éstas se recogen hacia arriba y por dentro y se sujetan con alfileres. Luego se le ponen pendientes de coral y collar de lo mismo.

Para la blusa de Filomena emplearemos hilo blanco y le pondremos por cuello un ligero dobladillo. Las mangas son anchas y holgadas y terminan en un puñito estrecho. La falda se hace de lo mismo, hasta media pierna, holgada, y con dos franjas encarnadas en lo bajo del vuelo. El pequeño corpiño, típico de la gente del campo en Italia, se hace de terciopelo negro, y se ata con cordones encarnados. La labor, que no es difícil, haremos que le venga bien a la muñeca; y, si le estuviera ancho, se mete por detrás una costura; el modo de que resulte algo rígido el corpiño es hacerle a lo largo, de arriba abajo, varias costuras a máquina. Los cordones se pasan por ojetes que se hacen en los lados que cierran por delante. Las medias son de algodón ordinario, y las botas de cuero sin teñir.

DOLORES.—LA MUÑECA ESPAÑOLA

A España se la llama frecuentemente la Tierra del Sol, por la brillantez con que en ella luce el astro del día y por la limpidez de su cielo.



Los habitantes de los países sombríos y fríos gustan de colores apagados; los de países de sol, gustan de colores fuertes; así, pues, buscaremos para esta muñeca española colores llamativos, un poco chillones. Ne-

cesitamos una muñeca altita y graciosa; las mujeres españolas son célebres por su belleza y tienen ojos negros y brillantes, de modo que hemos de procurarnos una muñeca de estas cualidades. Además, debe tener abundante cabellera, para peinarla con moño alto.

Aquí repetiremos que este traje sólo se usa entre los campesinos de algunas regiones; es el que llevan en los días de fiesta las muchachas de trece a quince años. Lo más característico es el chal de colores vivos, y con fleco de seda negro.

Tómese un pedazo de seda de chillones colores, estampada, por ejemplo, de fondo naranja con flores encarnadas y verdes, o de fondo rosa con flores carmesí, granas y azules. Se cose el fleco de seda alrededor, y tendremos hecho el chal. Se dobla en punta y se le pone a la muñeca sobre los hombros cruzándoselo por delante y atándoselo flojamente por detrás. El fleco es espesito y largo, en proporción al tamaño del chal, y cada hebra de él lleva un nudo o dos por la parte de la orla.

La desnuda garganta debe adornarse con uno o dos hilos de cuentas rojas. La falda debe dejar al descubierto los tobillos; es de vuelo, con un volante de frunces.

Las medias son blancas; los zapatos negros, sujetos por la: ›s lindamente cruzados en las tibias, y qu‹ pueden figurarse con cintillas negras de seda o terciopelo. Se fija una en cada lado del zapato, y luego se cruzan sobre la pierna dos veces, y quedarán como se ve en la lámina.

El delantal de algodón es de listas de diversos colores, blancas y encarnadas, o verdes y rojas, o bien rosas y moradas.

El peinado es un detalle importantísimo; se le hace un moño alto, y se le sujeta con una gran peineta de concha, visible por delante.

Si no halláramos una peineta a propósito, la haremos nosotros fácilmente; se toma una peineta vieja que se haya desechado por faltarle alguna púa; se la corta con un cortaplumas afilado, se alisa el corte con papel de lija, y ya está lista para ponérsela a la muñeca.

Inútil nos parece añadir que la mantilla, prenda genuinamente española, no se le puede poner a esta muñeca pueblerina; la mantilla no se lleva con el traje que viste Dolores.

PANNA.—LA MUÑECA HÚNGARA

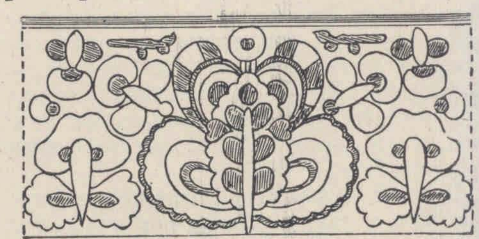
Repetimos aquí también la observación de que en Austria y Hungría el traje típico se ha de buscar asimismo entre la gente del campo. El traje de la muñeca húngara, que representamos, es de la parte de Hungría llamada Croacia. La muñeca tiene por nombre Panna. Su rostro debe ser redondito, su color sano, su pelo oscuro y sus ojos risueños. Su gorro es uno de los tocados más hermosos que pueden imaginarse. Hácese de algodón o lino tejido a mano, de color blanco o crema, y se le borda profusamente con seda roja, verde y violeta de tonos brillantes. La forma es muy sencilla, pues se requieren sólo dos piezas rectas del género.



El bordado de la chaquetilla y del gorro es típico, por lo cual se le debe trabajar esmeradamente; y esta tarea se facilita con el modelo ampliado que damos en esta página.

El gorro se hace con dos tiras de género de color geranio, una escarlata brillante y otra de rosa intenso. Ambas pueden hacerse, empero, del mismo tono. Las partes oscuras, que se ven en el grabado, se obtienen con seda gruesa y brillante de color violeta o verde grisáceo. La parte de detrás se rellena de rojo, de modo que no se vea el género entre el bordado.

El diseño se aplica una vez a la tira posterior, y dos a la anterior. Se juntan las piezas por el sitio donde las letras coinciden



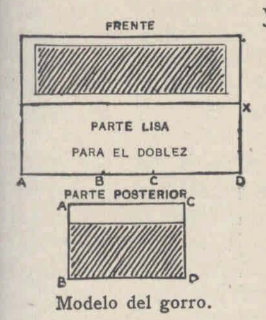
Dibujo para el bordado.

A B en la de atrás con A B en la de delante; el agujero que queda se llena a punto de encaje y el efecto es muy semejante al que antes hemos obtenido.

El pormenor más curioso del gorro es el doblez. La parte de X a D se dobla hacia atrás, llevando la mitad bordada del frente a encontrar la parte posterior del gorro, y ocultando al mismo tiempo, la mitad lisa del frente.

El encaje de los lados es de hilo tejido de un color más o menos claro, y se pone ligeramente apretado.

Para la blusa y falda se emplea algodón blanco, todo bordado con un solo dibujo a punto de cruz, con rojo y negro. Nótese bien la forma del bordado, y la de la blusa y falda. Las mangas terminan con una puntilla en la muñeca, y la falda lleva frunces en la cintura.



Modelo del gorro.

La chaquetilla, muy sencilla y sin mangas, se hace con paño azul oscuro, forrada de raso encarnado. Lo orilla es una tira de paño blanco calada, cosida sobre el paño de la chaquetilla y doblado por el borde por debajo del forro. El calado es muy fino. Las dos hileras de botones son de botoncillos de color de plata y muy brillantes. El delantal es del mismo género, color y dibujo que la falda, excepto una cenefa que los contornea y que se repite al interior; como se ve en la figura.

El ceñidor de lana o de algodón de color brillante El collar de Panna es de cuentas encarnadas y negras, alternadas.

SARA.—LA MUÑECA ARMENIA

El color de los armenios es algo aceitunado; el pelo negro; los ojos oscuros y de largas pestañas en las mujeres.



Aunque de facciones algo alargadas, son tenidas por hermosas. La armenia que representamos en la lámina es una jovencita aguadora, que acarrea el agua en el bonito cántaro que, colgado de una cuerda, lleva a la espalda.

En Armenia hace calor; por eso el traje de Sara, es de algodón y la falda holgada y de grandes plegados en su ancho vuelo. Queda algo corta y deja ver los pies descalzos y los tobillos.

El género es sencillo, negro con rayas blancas cruzadas; el corpiño, del mismo género y unido a la falda, es también sencillo y tiene mangas anchas y largas, que terminan en las muñecas con puños lisos. No tiene cuello y se abrocha por delante con unos cuantos botones.

Encima del traje lleva una especie de túnica de una pieza, de la misma hechura que el traje, pero con las mangas cortas hasta el codo, y la falda más corta que la del traje. Tanto las mangas como la falda de esta ropa, que es de color azul oscuro, terminan con un ribete del mismo género. Encima lleva un delantal que tiene mucha tela, pero con tan apretados frunces que apenas cubre el delantero del vestido; es de algodón blanco, y lleva alrededor una cenefa ancha de género azul o negro estampado.

El tocado es muy sencillo; un pañuelo encarnado que se hace con un trozo de tela del mismo color, liado a la cabeza en la forma que se ve en la figura.

A-JUI.—LA MUÑECA GROENLANDESA

Groenlandia es, como sabemos, un país situado muy al Norte, donde hace siempre frío, y donde los inviernos son largos y sin sol; por consiguiente, fácil es adivinar cómo visten sus habitantes. Efectivamente, van cubiertos de pieles, porque no hay cosa que como ellas conserve tanto el calor. Los groenlandeses son pequeños y muy robustos; tienen manos y pies menudos; rostros anchos y aplastados; color pajizo y ojos rasgados, a semejanza de los japoneses.



Lo más curioso del traje de los groenlandeses o esquimales es que tanto hombres como mujeres usan la misma vestimenta; unos y otros llevan pantalones, botas y polainas. La única diferencia consiste en que a veces la mujer lleva algunas cuentas.

Las prendas de vestir se distinguen por su extraordinaria sencillez, y por todo adorno lucen una piel blanca cosida en la parte de delante y terminada en punta o en un pequeño apéndice, que puede ser un trocito de la cola o de la cabeza del animal. Los puños son de la misma piel blanca que adorna el delantero.

El capirote se ajusta bien a la cabeza alrededor del rostro y termina en punta por detrás.

La muchachita A-jui viste pantalones para preservar sus piernas del frío. Los pantalones están metidos dentro de las amplias polainas de cuero unidas a las recias botas que tienen gruesa suela para aislar

de la humedad el pie. Los guantes son también de cuero y tienen sólo dedil para el pulgar, como los guantes de bebé.

El pelo, que debe ser muy negro, se le trenza en dos coletas por detrás; por delante sólo le asoma un flequillo corto sobre la frente, y de intento se hace que unos pelos sean más largos que otros. Los niños esquimales llevan el pelo por detrás como las niñas; pero el flequillo les llega casi a las cejas, está igualado en línea recta y les cubre toda la frente.

PEDRO Y GUILLERMINA.—MUÑECOS HOLANDESES

Antes de vestirlos nos fijaremos bien en las figuras. Empezaremos por el muñeco.



Su traje cómodo y abrigado, es bien fácil de hacer. Sus pantalones anchos, que le llegan hasta el tobillo, se cortan muy holgados, de paño azul oscuro. La chaqueta es de color gris oscuro, abotonada hasta el cuello, por donde se ve salir el del chaleco de listas encarnadas que lleva debajo. En la cintura usa como adorno dos botones de plata de gran tamaño, a veces tan grandes como platillos; pero los niños no los llevan mayores que medio peso.

El chaleco encarnado se sujeta en el cuello con dos botones dorados; los de la chaqueta son plateados. Los botones son las alhajas de los muchachos holandeses, y parte muy importante de su vestimenta.

El gorro de Pedro es de fieltro o paño, redondo y bastante alto, sin ala. Para hacerlo de modo que le venga bien, se corta un trozo redondo de paño para la copa y una tira recta tan larga como el círculo estirado, cosa que se puede medir con una cinta; y se cose la tira recta a la pieza redonda, procurando que la costura se vea lo menos posible. El gorro queda completo y tiene forma de dedal, algo recogido por la parte superior.

Los zuecos de madera, si no los encontramos de muñeca, que suele haberlos, los haremos de cartón, pegándolos con engrudo.

Pedro lleva el pelo corto, es rubio y tiene color sanote.

El gorro de Guillermina se hace de encaje blanco o de muselina bordada. Se ajusta bien a la cabeza y tiene alas laterales levantadas. Los llevan muy almidonados, para conseguir esta rigidez de las alas; si los hacemos de encaje pondremos en la orilla un alambre fino para sujetar el ala.

El corpiño, bastante ajustado con mangas hasta el codo, es de algodón estampado, excepto el peto cuadrado y rodeado de cenefa que se hace de encaje y deja ver por debajo otra pieza interior blanca, que puede ser una camiseta. Guillermina se adorna con hermoso collar de perlas, de muchas vueltas, que por delante le cubren la garganta, unidas por un gran sujetador dorado.

La mujer holandesa, para parecer realmente elegante, debe estar muy gorda; y, si no lo está ha de parecerlo, lo que consigue poniéndose refajo sobre refago, en crecido número. La falda llega a los tobillos, y lo mismo los refajos, cuyas fimbrias se ven al andar. Cuanto más rica es la mujer, más refajos se pone; por esto le vestiremos muchos a la muñeca, y encima una falda de paño oscuro, que, como los refajos, va muy ajustada a la cintura.

El delantal es blanco y tiene en la parte superior un refuerzo, como se ve en el grabado; carece de peto y tirantes, y se sujeta por detrás con una cinturilla mediante un ojal y un botón. Guillermina es morena o rubia y lleva zuecos como los de Pedro.

No estará de más indicar que, aunque en Holanda se ven trajes de colores y hechuras distintos de éstos, todos tienen un aire común con los aquí descritos; de todos modos los trajes holandeses son quizá de los más raros del mundo.

IVÁN.—EL MUÑECO RUSO

Como Rusia es un país tan extenso tiene regiones cálidas y frías; pero en conjunto



se la clasifica entre los países fríos, y en Petrogrado los inviernos son tan rigurosos, que el río se hiela y sobre su superficie helada transitan coches y caballos. En esta época los habitantes caminan sobre el hielo con sus trineos, *esquíes* típicos y patines, la mayor parte de los cuales tienen debajo una plancha vertical de acero que penetra en el hielo y hace las veces de ruedas, con los cuales se puede viajar a gran velocidad.

Fácilmente se comprende que para estos viajes se ha de ir abrigado; y por eso todos los rusos que pueden van vestidos de pieles.

Lo que abriga no sólo es la piel, sino también el cuero de que nace; vestiremos, por tanto, de pieles a Iván.

Escójase un muñeco de pelo corto, vístasele de marinero y se le ponen gruesas y altas botas, como las que se ven en el grabado, las cuales pueden hacerse de cabritilla o de otro cuero blando.

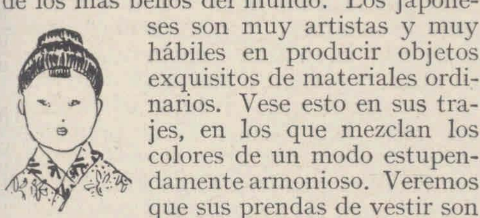
Después se hace la pelliza, guerrera parecida a las chaquetas ordinarias, pero forrada de pieles, con cuello y bocamangas de lo mismo. Los botones se sujetan con alamares de trencilla negra, dispuestos como aparecen en la figura. Para la pelliza es bueno cualquier género grueso. La piel de los puños y cuello es de pelo largo, y la del forro de pelo corto.

El gorro, pequeño y redondo, se ajusta bien a la cabeza y se hace de la misma piel que los puños y cuello.

El traje del pequeño Iván no estaría completo sin guantes, pues en clima tan frío las manos deben taparse cuidadosamente.

FLOR DE LOTO—LA MUÑECA JAPONESA

El vestido de la joven japonesa es uno de los más bellos del mundo. Los japoneses son muy artistas y muy hábiles en producir objetos exquisitos de materiales ordinarios. Vese esto en sus trajes, en los que mezclan los colores de un modo estupendamente armonioso. Veremos que sus prendas de vestir son sencillas, hechas así con trozos de género y no muy grandes, y que en ellos los colores están muy bien ordenados.



Veamos cómo hacer el traje para Flor de Loto, que así se llama nuestra muñeca, pues los japoneses dan a sus niños nombres de flores, y no contentos con esto los visten con telas de flores estampadas.

Tal vez podamos comprar una muñeca japonesa, de ojos rasgados y oblicuos y cabello negro.

El vestido se parece bastante a nuestras batas, aunque las mangas difieren un poco. Son largas, holgadas, y abolsadas en las extremidades, de modo que cuelgan bastante por detrás. En uno de estos abolsados lleva la muñeca su pañuelo, y detrás de éste puede guardar otras muchas cosas.

Supongamos que hemos comprado un género gris pálido con flores rojas, grises, y con grecas de negro y oro.

Un doblez pequeño de seda purpúrea—de un matiz algo más intenso que el de las flores—indicará el sitio donde la bata se cruza en el cuello. La faja es de género más rígido de tisú de oro.

La joven japonesa pone sumo cuidado en la elección de la faja y en el lazo con que por detrás la sujeta. La faja queda bien lisa por delante, y se empieza a fruncir por detrás, quedando el gran lazo con las orejas a uno y otro lado bien extendidas hacia arriba, y los extremos largos y caídos.

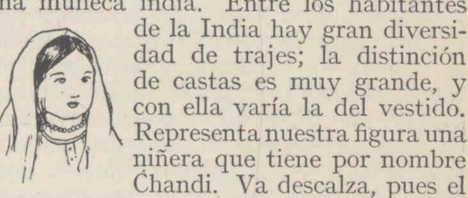
Los zapatos de Flor de Loto son de madera, con unas tiritas de correa por encima, bajo las cuales pasa los pies para sujetar el calzado.

El peinado de una japonesa tarda en hacerse unas dos horas; por consiguiente no es maravilla que le hagan durar dos o tres días.

Usan gran variedad de peines y pomadas para alisar el cabello y darle la forma final muy elegante, pues es el adorno que usan las que llevan el traje indígena, el cual no admite sombrero. Las japonesas suelen salir a la calle con una sombrilla de papel.

CHANDI—LA MUÑECA INDIA

No estará de más en nuestra colección una muñeca india. Entre los habitantes de la India hay gran diversidad de trajes; la distinción de castas es muy grande, y con ella varía la del vestido. Representa nuestra figura una niñera que tiene por nombre Chandi. Va descalza, pues el andar calzada por casa lo reputaría ofensivo para su ama. Del mismo modo que entre nosotros las personas bien educadas se quitan el sombrero al entrar en una casa, en la India se descalzan antes de penetrar en la vivienda. En la calle, Chandi calza zapatillas de cuero de punta curva hacia arriba, sin tacones y sin nada que las sujete.



El vestido se hace de un género de algodón de color amarillento y tejido blando. El corpiño es de forma de túnica; cae por encima de la falda y pasa siete o diez centímetros de la cintura.

Es de forma sencilla, abrochado por delante con tres filas de botoncitos, cada una con dos de éstos. El corpiño se corta por ambos lados, y se le añade una pieza por cada uno para darle vuelo. Las mangas son sencillas y ajustadas, y sólo llegan al codo. El cuello, mangas y orilla del corpiño lucen

una cenefa menuda de color escarlata. A las indias les gusta sobremanera adornar su traje con colores chillones.

La falda se hace del mismo género, muy holgado y con muchas tablas que se reunen en la cintura, y corta lo suficiente para dejar el tobillo al descubierto

El resto del traje se compone de una tira ancha de género, con una cenefa encarnada; esta tira se pone en torno de la figura y sobre la cabeza, sirviendo así de manto y de sombrero. Se la sujeta por un extremo en la cintura, se la pasa por la espalda hasta llevarla a la cabeza, y de ésta desciende sobre el hombro izquierdo, y sobre el pecho, donde lo sostiene Chandi con la mano izquierda.

Chandi lleva muchos brazaletes, y ajorcas en los tobillos, las cuales tintinean cuando anda. En el cuello lleva una alhaja de esta clase, sujeta con un resorte y cierre en los extremos. Sus pendientes son tan pesados que se los sujetan con unas cadenillas colgadas a las orejas; se hacen con grandes aros de arcilla y mientras ésta está blanda se le incrustan gran número de cuentas de colores brillantes, siguiendo dibujos circulares o diamantinos.

La cabellera de Chandi es negra brillante y lisa; se le parte en dos y se le baja en ambos lados por detrás de la cabeza, hasta sujetarla en la nuca sin ponerle horquillas. El color de Chandi es moreno, casi rojizo terroso; sus ojos tienen color negro.

CÓMO SE PROCEDE EN CASOS APURADOS

CUERPOS EXTRAÑOS EN LOS OJOS

CUANDO en los ojos se nos introduce un grano de tierra o una pajita, y no tenemos nadie que pueda sacárnoslo, podemos quitarlo de diversas maneras. Si notamos que la partícula introducida se mueve, cerremos el ojo durante unos momentos, y saldrá tal vez sonándose fuertemente las narices o con lágrimas. Si el cuerpo extraño se nos ha quedado adherido, podemos probar a quitarlo levantando el párpado superior con el pulgar y el índice de una mano, y pasando con la otra por encima del ojo la punta humedecida de un pañuelo fino, dirigiendo nuestros movimientos mediante un espejo. La inflamación se hace desaparecer bañando el ojo con agua fría, y también mediante compresas de agua, a la misma temperatura. Si lo que ha entrado en el ojo es una chispa o ceniza encendida del cigarro, el dolor se calmará con una gota de aceite de oliva o de castor. El frotar y restregar es malo.

CUERPOS EXTRAÑOS EN EL OÍDO

Si ha penetrado un insecto en un oído, lo mejor es acercar la oreja a un sitio de mucha luz, y el insecto saldrá por sí mismo. Si se trata de un objeto sólido, es peligroso empeñarse en sacarlo con otro objeto cualquiera, pues habría peligro de empujarlo contra el tímpano. Podemos sumergir el lado de la oreja en agua. Lo más sencillo es tumbarse de este mismo lado y tirar del lóbulo de la oreja. En caso que esto no diese resultado, debemos buscar quien nos introduzca en el oído un poco de agua templada con una jeringuilla, éstando nosotros echados del lado de la oreja a que se aplica sobre un plato para recibir el agua. Si no sale tampoco el cuerpo introducido, se ha de acudir al médico.

CONTENCIÓN DE LA HEMORRAGIA NASAL

Si la hemorragia es ligera podemos aspirar por la nariz agua fría, empapar un pañuelo en aquélla, y aplicarlo al nacimiento de la nariz, sentarnos con la cabeza echada atrás, y ponernos una llave o un trozo de acero en la nuca. *Nunca nos inclinaremos sobre una jofaina.* Si la hemorragia fuese grande y continua, se debe mandar por hielo; el paciente ha de tenderse a lo largo y tener las fosas nasales tapadas con algodón o un tapón de trapo mojado, hasta que venga el médico. Se le debe desabrochar el cuello, hacer que respire aire puro, para lo cual se abren las ventanas si está en sitio cerrado; las manos se le levantan encima de la cabeza y se le aplica a los pies una botella de agua caliente.

TRATAMIENTO DE LAS LESIONES

Un golpe o una caída pueden ocasionar una lesión interna dolorosa, que produce al exterior lo que conocemos con el nombre de cardenales, que al principio son rojos, luego negros, grises y por fin amarillentos, debido al color de la sangre que se agolpa en el sitio herido. Uno de los remedios que existen es aplicar un cuerpo frío al sitio lesionado, por ejemplo, la hoja de un cuchillo de mesa o una venda mojada con agua fría. Si se trata de la pierna se debe mantenerla en descanso. Cuando no hay escoriación en la piel, se calma el dolor con una

mezcla de agua y árnica, una cucharadita de árnica por jícara de agua. Si hay escoriación, primero se lava para quitar el polvo o arenilla que se pudiera haber adherido y luego se aplica caléndula. Si la escoriación es grande es preferible vendar el sitio herido, para evitar el contacto del aire. A veces un baño con agua bien caliente produce rápido alivio.

DISLOCACIONES Y TORCEDURAS

La dislocación ocurre cuando un hueso se sale de su lugar, y la torcedura cuando una coyuntura se distiende violentamente, por torsión o de otro modo.

Un esguince del tobillo puede mantenernos inhábiles para andar durante varios meses sucesivos, y no hay que intentarlo siquiera, mientras no esté completamente curado.

En dislocaciones y esguinces es conveniente aplicar excitantes calientes, esto es, poner en el sitio lesionado paños empapados en agua tan caliente como podamos resistir; luego se aplican compresas de agua fría, una untura de aceite batido con agua y se venda con gasa, dejando el miembro en reposo.

FRACTURAS

Cuando se rompe el hueso, el miembro queda inservible; por consiguiente, tratándose de la pierna son vanos cuantos esfuerzos se hagan para moverla. Se traslada el paciente en una camilla, y en defecto de ésta sobre una tabla suficientemente grande, poniendo debajo de las piernas con mucho cuidado una sábana o un paño doblado, o una almohadilla baja. Para evitar que el hueso roto se clave con el movimiento en la carne, se ata suavemente el miembro dañado a un palo o a un paraguas. Cuando se trata del brazo se hace un cabestrillo con un pañuelo grande para descansar el brazo en él; además, tentando suavemente, se puede precisar el sitio de la fractura y sujetar los extremos rotos tanto como se pueda.

MORDEDURAS Y PICADURAS

Si un gato, perro o cualquier otro animal nos muerden, su saliva puede envenenarnos la sangre, especialmente si nos ha mordido en sitio no protegido por la ropa. Si la mordedura es en el dedo, se ata fuertemente el nacimiento de la mano, se chupa después y se escupe la saliva. En cuanto sea posible, nos lavaremos con agua caliente la mordedura, y si ésta sangra, tanto mejor. Después nos la haremos cauterizar, y a falta de la cauterización propia sirve un fósforo encendido. Las mordeduras de los insectos se calman untándose con amoníaco líquido o frotándose con un poco de jabón mojado.

La picadura de la avispa se alivia, apretando la parte para que salga el aguijón clavado o comprimiéndola con un anillo que igualmente lo hace salir.

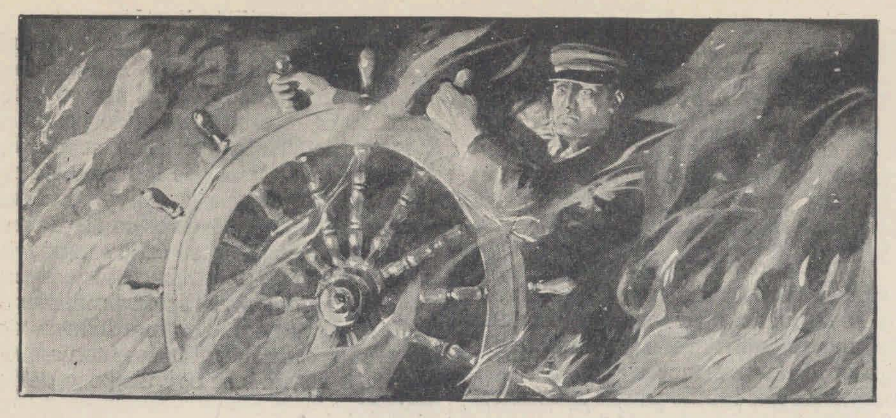
ESPINAS EN LOS DEDOS

Si no podemos asir la astilla o espina entre el índice y el pulgar o con unas pinzas finas, tomaremos una aguja, *nunca* un alfiler, y abriremos un poco la piel en el sitio por el que la espina ha penetrado. Cuando la encontramos la empujamos hacia arriba, y apretando y chupando si es preciso, conseguiremos extraerla.

CAÍDAS AL AGUA

Si nos acontece caer al agua, casi es seguro que lo primero que haremos será agitar los brazos, intentar respirar bajo el agua, gritar con todas nuestras fuerzas; y todo esto son desatinos. Si no sabemos nadar, tengamos por lo menos presencia de ánimo para recordar que si nos ponemos de espaldas, el agua misma nos sacará a flote. Así tendidos con las manos hacia abajo, pediremos socorro; si nos echan una cuerda, o nos tienden un remo o palo, nos cogeremos bien; pero si una persona acude nadando en nuestro socorro, cuidaremos mucho de no asirla por el cuello, hombros ni cintura ni de arrastrarla hacia nosotros.





EL PILOTO JUAN MAYNARD

BAJO las densas tinieblas de la noche, un soberbio vapor se deslizaba por las aguas tranquilas, pero peligrosas, del océano, ya próximo al fin de su viaje. Dormían pasajeros y la mayor parte de la tripulación en sus literas, y el capitán disfrutaba de bien merecido descanso en su camarote. Allá arriba, en el puente, el piloto Juan Maynard, que había dejado a su mujer e hijo, a quienes amaba más que a su propia vida, conducía el majestuoso barco al puerto de destino.

Era la noche, una de aquellas tan tenebrosas, en que en vano luchan los ojos por ver el vasto mar que rodea la nave. Ni una estrella brillaba en el cielo. La misma luz de los fanales se estrellaba, moribunda, contra las negras murallas de aquella oscuridad que circundaba el barco. Tan sólo se oía en la inmensa soledad el chapotear de las ruedas y el grave y ronco murmurio del tranquilo mar.

Era tal la placidez de las ondas, que hubiese sido un despropósito soñar en un desastre y la noche era sin igual, para el feliz término de la peligrosa travesía, y para gozar de la alegría de un venturoso regreso al hogar.

Mas de pronto, se eleva un terrible grito de angustia sobre la oscura masa del vapor, el grito de « ¡fuego! »

Minutos después, las tinieblas habían huído; y la rojiza y siniestra luz de las llamas alumbraban los horrorizados rostros de los pasajeros. Ya no era sólo el murmullo de las aguas y el voltear de las ruedas entre la espuma de las olas; el sordo mugir y el estridente silbido de las llamas que se erguían en retorcidas nubes de centellas, aumentaban aquel singular concierto.

De pie sobre cubierta, gritó el capitán enérgicamente:

—Escuchad, diez minutos de paciencia y habremos llegado a tierra. No desesperéis. Nuestra salvación está en manos del piloto. Si éste puede permanecer en su puesto, pronto desembarcaremos.

Volvióse entonces y llamó.

—Juan Maynard, ¿estás ahí?

Desde el puente llegó la rápida respuesta.

—Sí, señor, en mi puesto.

Como por maravilla la desesperación tornóse en calma, pues la respuesta había sido tan pronta y tan segura. Diez minutos aún y todos estarían en salvo.

Pegado a su rueda, veía Juan Maynard a las madres riendo y besando a sus hijos que sonreían acariciados por sus padres.

En tanto el barco, convertido en ingente llama, surcaba la engañosa llanura del mar en marcha veloz, ¡era una carrera de fuego!

¿Tendrían tiempo de tocar tierra? Cada vuelta de las ruedas era un paso hacia la salvación y a cada momento crecía la furia del incendio.

¿Qué era del piloto? ¿Continuaba ante la rueda?

—¿Estás ahí, muchacho?—le voceó el capitán.

No hubo respuesta.

General abatimiento se posesionó de los ánimos de aquellas gentes y ya, acosados por el terror, se entregaban todos a la desesperación, cuando llegó una voz tan débil, tan lenta y sofocada, que parecía venir de muy lejos.

—Resisto cuanto puedo—decía Juan Maynard.

En un momento, apartáronse del piloto los pensamientos de los pasajeros. Allá ante su vista, brillaban las luces de la costa. Un grito de júbilo ascendió de la cubierta. Finalmente, estaban salvados. La carrera con el fuego estaba ganada. La tierra se acercaba, ya las casas eran visibles, las torres de las iglesias, los letreros de las tiendas y las luces de las calles.

En el puerto, varios botes avanzaban en su busca.

Desde el puente veía Juan Maynard, cómo las madres estrechaban a sus hijos contra el pecho, y pensó en su hijito querido que a aquellas horas dormiría tranquilamente en su casa tan lejos de allí.

Finalmente, el vapor, semejante a una inmensa hoguera, entró en el puerto. Arrojáronse los pasajeros a los botes y ni uno solo tuvo un pensamiento para el abnegado piloto.

Al borde del puerto una compacta muchedumbre contemplaba el imponente espectáculo que ofrecía el barco en llamas.

No bien se había puesto en salvo la última persona, cuando hicieron explosión las calderas de vapor con ensordecedor estruendo y Juan Maynard fué lanzado a las regiones de la muerte.

Su recuerdo vivió perenne en muchos de los que habían pasado tan angustiosas horas en el siniestro barco, y la más vívida impresión de su vida, fué el aspecto del rostro de Juan Maynard, manejando heroico la rueda entre los torbellinos de humo y la furia de las llamas.

EL SILENCIO DEL CAZADOR FURTIVO

HACE unos cuarenta años fué asesinado en cierto país un guardabosque y detenidos como presuntos autores del crimen dos cazadores furtivos que fueron procesados. Celebrado el juicio, no cupo la menor duda de la culpabilidad del asesino, pues uno de los cazadores confesó que él solo había cometido el asesinato. Mas fué tal su confesión que por una u otra razón hubo un presentimiento general de que aquel hombre era inocente, lo cual despertó el interés por la causa.

Por último, pronunciado el veredicto y leída su sentencia de muerte; los amigos del condenado determinaron hacer todo lo posible para que fuese revocada, y así alegaron que el prisionero sufría de una deformidad en el cuello que le causaría en el patíbulo horrible tortura. El resultado de sus gestiones fué el aplazamiento de la ejecución.

Cuando acabó la prórroga, el condenado fué sometido a un examen pericial, después del cual los doctores declararon que no había impedimento alguno para que aquel hombre subiese al cadalso.

Así, pues, el reo fué condenado a muerte por segunda vez.

Perduraba entre sus amigos el convencimiento de su inculpabilidad, y por consiguiente formularon nuevas peticiones para obtener la suspensión de la ejecución de la sentencia.

Fueron ellas tantas y tales, que la ley otorgó nuevo aplazamiento y la sentencia de muerte fué conmutada por la de cadena perpetua.

Dos palabras muy breves, pero de terrible significado. El condenado a esta pena cesa de ser hombre para convertirse en un número; su hoy y mañana son de desoladora monotonía; nadie le tiende una mano amiga y toda su existencia gira dentro de los muros del presidio.

Más de una vez suspiró el infeliz por la horca a que había sido primeramente condenado, pues durante treinta años, los días, semanas y meses eran una eternidad en la prisión. Al fin, purgada su pena, fué puesto en libertad.

Era antes de su condena un hombre fuerte y vigoroso, de cabellos negros, ojos brillantes y tez sana, mas al dejar el presidio su cabeza estaba cubierta de canas, encorvada la espalda, y su rostro llevaba para siempre la palidez gris de la celda.

Su compañero de correrías había fallecido, y al saberlo contó la historia de su crimen. No había sido él, sino el muerto el asesino del guardabosque. Refirió cómo aquel le había herido con la culata de su escopeta, arrojando después el cadáver a un pantano. Él no había tenido parte alguna en el hecho.

¿Por qué, pues, se declaró culpable? ¿Por qué quiso oirse condenar a muerte por dos veces y gustó de ir, siendo inocente, a vivir treinta horribles años de sufrimiento y tortura en un presidio?

Su respuesta nos enseña que aun en los hombres más malvados hay un resto de bondad. Este inculto ladrón había guardado silencio, porque el verdadero asesino tenía mujer e hijos a quienes mantener, mientras él era solo. Este hombre sencillo y de rudo corazón, había sacrificado su vida por aquella pobre familia.

DESGRACIADO FIN DE UN MAL MINISTRO

ELIOS eyano, favorito y ministro de Tiberio, era hombre ambicioso y tan ávido de mandar, que llegó a poner los ojos en el poder supremo. Todos sus actos se inspiraron siempre en la más refinada hipocresía. Simuló fidelidad al emperador y ejerció toda clase de intrigas, engañando a quien le había elevado al alto grado de jefe de los pretorianos.

Poco a poco fué asumiendo el mando de todas las tropas y rodeándose de las atribuciones y honores de viceemperador, a los que añadió la investidura de sacerdote romano. En medio de todas estas distinciones puso gran empeño en hacer pasar por virtudes los mismos vicios que afeaban su manera de proceder, así en política como en religión, y logró, con sus malas artes, ser el ídolo del pueblo, que llegó a colocar su busto junto al del emperador.

Pero el hijo de éste, Druso, conociendo la doblez y falsía de Seyano, le cobró gran odio, y disputando con él acaloradamente, un día cruzóle el rostro de una bofetada. El ofendido, entonces, sin acordarse para nada de su condición de soldado, no desprovisto de valor, apeló al más ruin de los medios para vengarse; y al efecto, con la mayor hipocresía del mundo, procuró atraerse poco a poco la voluntad de Livia, la esposa de Druso, fingiendo estar locamente enamorado de ella; y habiendo logrado su propósito, la indujo a envenenar a su marido. Así lo ejecutó, en efecto, la perversa mujer, y para coronar su infamia, llamó después a Seyano a su casa, y le mostró el cadáver de Druso.

Desde este momento, los cómplices del asesinato comenzaron a sufrir las consecuencias de su horrible crimen; y aunque no se descubrió por entonces, tales fueron los remordimientos que se levantaron en la conciencia de ambos que no podían gozar un instante de reposo.

Desde entonces la estrella de Seyano se fué eclipsando gradualmente, hasta que al fin se descubrieron todos sus actos; el hipócrita quedó desenmascarado, y aunque intentó realizar nuevos actos de venganza, sólo consiguió aumentar su descrédito. Tras no pocas humillaciones y contratiempos dolorosos, se le condenó a muerte; y sus estatuas fueron arrancadas de los pedestales y pisoteadas por el pueblo romano.

La Historia de la Tierra

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

EN él leeremos algo acerca del poder misterioso del magnetismo y de la electricidad, dos grandes enigmas de la naturaleza, que todavía están por descifrar. Pero, si bien es muy poco lo que se sabe actualmente de la esencia verdadera de esas fuerzas, el hombre se vale de ellas en mil formas distintas, cuya descripción no cabe en estas páginas. Lo que debemos aprender aquí son las leyes de la naturaleza y los métodos que siguen. Llenaríamos un sin fin de tomos, si a continuación de la Historia de la Tierra intentásemos referir de qué modo la humanidad ha aplicado esas leyes y métodos de la naturaleza. Entre las aplicaciones ideadas en el transcurso de las dos últimas generaciones, y que se fundan en los descubrimientos de los primeros electricistas, figuran el timbre eléctrico, las varias clases de alumbrado eléctrico, el telégrafo y el teléfono, con hilos o sin ellos, y las máquinas que, aprovechando las propiedades magnéticas y eléctricas, convierten la electricidad en movimiento y el movimiento en electricidad. En el presente capítulo trataremos tan sólo de lo poco que se sabe acerca de las leyes a que obedecen aquellas dos fuerzas.

MISTERIOS DE LA NATURALEZA

LAS MARAVILLAS DE LA ELECTRICIDAD Y DEL MAGNETISMO

ELECTRON es el nombre que los griegos daban al ámbar; se sabe desde hace mucho tiempo que si se frota un trozo de ámbar, adquiere la propiedad de atraer objetos pequeños; y a ese estado del ámbar o electron, se le llama electricidad. Por ser efecto del frotamiento, se le daba el nombre de electricidad de fricción. Se observó que otras muchas cosas adquirían, al ser frotadas, esa misma propiedad; y lo curioso y divertido del fenómeno hizo que se le estudiara con alguna detención. Andando el tiempo, se averiguó que, si se disponen ciertas mezclas de substancias químicas en lo que se llama un pila eléctrica, un alambre será recorrido por algo que se conoce con el nombre de corriente eléctrica.

Este ramo de la electricidad también ha sido objeto de estudios muy detenidos, pues la corriente que pasa por un alambre, puede utilizarse para muchos fines; es capaz, en efecto, de hacer sonar un timbre siempre que se quiera; de calentar una parte del alambre y hacerle despedir luz; o de transformarse en movimiento y servir para impulsar tranvías o trenes.

No es necesario que la corriente sea producida por pilas o baterías eléctricas; pero, sea cual fuere el modo de producción, siempre cabe emplearla de maneras diversas. Mediante esas corrientes que recorren un alambre, podemos enviar telegramas o hablar. Hemos descubierto últimamente que los alambres no son indispensables y que los despachos son transmitidos sin la ayuda de ellos, y, en tiempos todavía más recientes, que tampoco son necesarios para poder hablar; de manera que tenemos la telefonía « sin hilos » además de la telegrafía. Hay otra ciencia, llamada magnetismo, cuyos comienzos, como los de la electricidad, fueron sumamente sencillos. Ciertas clases de hierro atraen al mismo hierro o al acero; cuando un pedazo de hierro posee esta propiedad, se dice que es magnético o que está imanado, y si se frota suavemente con él otro trozo de hierro éste se imanará, convirtiéndose a su vez en lo que se llama un imán.

Si se imana o magnetiza un pedazo de hierro recto y estrecho, tenemos lo que puede llamarse una aguja imanada; y, si la suspendemos o equilibramos de manera que gire libremente, se observará que uno de sus extremos señala siempre una misma dirección, que es, aproximadamente, la del polo norte de la tierra, mientras que el otro extremo señala el polo sur.

Sea cual fuere la causa de este fenómeno, es de suma utilidad, pues gracias a él, tenemos—la brújula—que puede llevarse fácilmente a todas partes y que nos indica siempre la dirección del

Norte, aun cuando las estrellas estén ocultas. Del mismo modo que el descubrimiento de las propiedades del ámbar ha dado origen a otros de importancia mucho mayor; el estudio de un simple imán es el punto de partida de una serie de descubrimientos a cual más maravillosos. Empezando por la aguja de la brújula, la única explicación que puede darse de su manera de obrar es que la tierra misma es un inmenso imán, y que un extremo de la aguja señala un polo de dicho imán y el otro extremo señala el polo opuesto—del mismo modo que ocurre tratándose de limaduras de hierro situadas cerca de un imán pequeño. Cabe preguntar ¿en qué se parece la tierra a uno de esos imanes comunes en forma de herradura? Ante todo debe tenerse cuenta con que sólo se da esta forma curva a ciertos imanes por razón de comodidad; pero de hecho todo imán no es más que una barra de hierro, cuyos extremos corresponden respectivamente a los polos norte y sur de la tierra.

Se observa que el magnetismo de la tierra no está orientado exactamente según la línea que une los dos polos. El polo norte magnético de la tierra no se halla, pues, en el mismo polo norte geográfico, si bien no dista mucho de él; y el polo magnético sur, aunque muy próximo al polo geográfico, no coincide tampoco con éste. La brújula no señala, por tanto, sino el polo magnético norte, que no se halla exactamente en la misma dirección.

DE QUÉ MODO EL MAGNETISMO DEL SOL INFLUYE EN EL TIEMPO QUE HACE EN LA TIERRA

Ahora bien, ya es un gran adelanto el hecho de que el magnetismo, después de haber sido una mera curiosidad científica, haya llegado a enseñarnos que la tierra misma es un gran imán; pero no es eso todo. Así como nuestros conocimientos relativos a la electricidad han ido ensanchándose hasta que hemos averiguado que existe en todo el universo; nuestro estudio del magnetismo ha adquirido un desarrollo que no abarca ya sólo nuestro globo sino también el sol.

Desde hace tiempo se sabe que existe cierta relación entre lo que ocurre en el sol y el estado de nuestra atmósfera. Sabemos igualmente que las manchas del sol tienen alguna relación con las brújulas que hay en la tierra. Por otra parte, se ha descubierto recientemente que esas manchas proceden de una acción magnética. Si se estudia detenidamente, mediante el análisis espectral, la luz de las manchas del sol, se observan en ella ciertas particularidades, indicadoras de que se hallan sometidas a la influencia del magnetismo. Esto contribuirá a que nos hagamos cargo de la relación entre las manchas del sol y las perturbaciones de las agujas imanadas en la tierra. Así vemos cómo se van formando nuestros conocimientos del magnetismo; y el último descubrimiento que se ha efectuado tocante a este asunto, ofrece especial interés, porque se refiere a lo que hace poco averiguamos acerca de la luz, del impulso de radiación, y del hecho de que la tierra es un imán. Este descubrimiento es el relativo a las auroras boreales. Veamos ahora qué otras cosas se desprenden del estudio de la electricidad y del magnetismo.

LA CORRIENTE ELÉCTRICA CONSISTE EN ONDAS DEL ÉTER

Sabemos que la luz está formada por ondas del éter; sabemos también que existen ondas parecidas, que originan, por decirlo así, una gama o escala, más allá y más acá de la parte visible de esa escala luminosa. Sabemos, por último, que todas esas varias ondas vienen a ser realmente una especie de corriente eléctrica; que se propagan todas con igual velocidad, y que están sujetas a las mismas leyes. Se propagan a través del éter; y conviene tener presente que también las corrientes eléctricas son transmitidas por el éter. Estas corrientes son ondas etéreas, tanto si se transmiten sin hilos traspasando el aire, como si se transmiten por medio de los alambres, que tan útiles resultan para guiar las corrientes.

Uno de los inconvenientes del progreso de las ciencias es que los nombres antiguos adquieren un significado nuevo

muy distinto; lo cual ocasiona ciertas confusiones. Así sucede en el caso de la electricidad. Esta palabra se aplica, entre otras cosas, a las corrientes u ondulaciones que se producen en el éter, y es preciso que nos demos cuenta clara de este hecho; pero ahora se emplea en otro sentido, a consecuencia de dos descubrimientos muy recientes, y conviene que no los confundamos. Dándole a la palabra ese nuevo sentido, será lícito decir que hay átomos de electricidad, siempre que tengamos presente los significados modernos de « átomo » y de « electricidad ».

EL MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO DE QUE TODAS LAS COSAS SE COMPONEN DE ELECTRICIDAD

El sentido que antiguamente se daba a la palabra átomo es aplicable a esas partículas conocidas por los químicos, y de las cuales se componen los elementos, como por ejemplo, el oro, el carbono o el oxígeno. Lo que se ha descubierto recientemente es que estos elementos se componen de algo más, y este algo de que se componen produce la electricidad, y como posee todas las propiedades que caracterizan a esa electricidad, no es posible darle otro nombre. La materia, por lo tanto, considerada desde este punto de vista, viene a ser una especie de fuerza. Ya hemos visto que se llaman electrones las partículas que componen los átomos. Lo que les caracteriza es su potencia eléctrica, y que, por decirlo así, contienen electricidad. Todos los electrones son iguales, sean cuales fueren los átomos de que procedan y contienen cantidades idénticas de electricidad. Al estudiar su velocidad, su dimensión y su masa, así como todas sus demás propiedades, realizamos un descubrimiento estupendo y maravilloso, a saber, que si ha de darse crédito al resultado de los experimentos, todas las distintas propiedades que poseen los electrones dependen de la electricidad que encierran. Todas esas propiedades son eléctricas, y todos los fenómenos que se observan pueden atribuirse a la electricidad.

Por lo tanto, no hay motivo para suponer que contengan otra cosa. Esas partículas consisten en electricidad y nada más que en electricidad, de lo cual se desprende, lógicamente, que la materia está hecha de electricidad.

Esos átomos eléctricos dispuestos de cierto modo, o sea, formando sistemas parecidos al sistema planetario o a las agrupaciones de estrellas, tales como las Pléyades, constituyen los átomos y moléculas de la materia, tal como los conocemos; y no hace falta suponer que exista ninguna cosa más. La electricidad, según hemos visto, consistió, pues, en un principio, en los fenómenos producidos al frotar un trozo de ámbar y de ahí sacó su nombre; pero ha llegado ahora a demostrarse que la misma materia no es sino una forma sencilla de electricidad.

LAS DOS CLASES DE ELECTRICIDAD QUE SIEMPRE SE ATRAEN

Sabido es, desde hace tiempo, que la electricidad se presenta algunas veces en una forma que hace suponer que existen dos clases opuestas de dicha electricidad, llamadas respectivamente positiva y negativa. Se ha observado asimismo que difieren entre sí los dos polos o extremos de un objeto magnetizado. Ahora bien, las dos clases opuestas de electricidad se atraen, mientras dos cuerpos cargados de la misma clase se repelen o rechazan mutuamente. De igual o parecido modo, el polo norte de un imán es atraído por el polo sur de otro; pero los polos magnéticos del mismo género se repelen como lo hacen las electricidades, cuando son de la misma clase. Lo que llamamos polo norte del índice de una brújula debería, pues, llamarse propiamente « polo que busca el norte », ya que es de género opuesto al polo magnético norte de la tierra, cuya dirección señala.

Estos hechos, conocidos desde hace mucho tiempo, relativos a las dos clases de electricidad, deben aplicarse al nuevo descubrimiento de que la materia es de naturaleza eléctrica.

Las electricidades similares o del mismo nombre se repelen. Esos electrones que hemos estudiado, de que se com-

ponen los átomos y que son despedidos por dichos átomos, están todos cargados de aquella electricidad, a la cual, para darle un nombre, llamamos electricidad negativa. Por lo tanto, según la clásica ley conocida desde hace siglos, esos átomos deberían repelerse, y así sucede efectivamente.

LAS MARAVILLAS QUE SE HAN DESCUBIERTO A CONSECUENCIA DE FROTAR UN PEDAZO DE ÁMBAR

Pero ¿cómo se explica en este caso, el hecho de que las partículas de electricidad negativa puedan juntarse para formar átomos? La contestación a esta pregunta es que los átomos deben de contener cierta cantidad de electricidad positiva, que atrae a los electrones negativos, los cuales se mantienen unidos por virtud de esa fuerza de atracción. El átomo puede compararse a un sistema planetario en que la electricidad positiva representa el oficio del sol, mientras la negativa corresponde a las partículas de los planetas.

Nuestros conocimientos no alcanzan por ahora más allá, y es todo cuanto podemos decir acerca de la electricidad positiva que contienen los átomos.

Ya es cosa bastante maravillosa el haber empezado por observar las curiosas propiedades que adquiere el ámbar cuando se le frota y acabar estableciendo una nueva teoría relativa a la constitución de la materia, en la que están comprendidos no sólo el ámbar, sino el aire, las estrellas y todos los demás cuerpos. Pero así y todo no hemos agotado el tema de las maravillas de la electricidad, dejando a un lado sus aplicaciones prácticas, de las cuales no nos hemos de ocupar ahora. Se está tratando actualmente de averiguar si la electricidad no podría ser la clave de otro gran misterio. Si preguntásemos a quien se ocupe en estudiar la Historia de la Tierra, cuál es el mayor problema que queda por resolver y cuál el descubrimiento más importante que pudiera hacerse, contestaría seguramente que es el misterio de la fuerza de gravitación. Es una fuerza que ejerce su acción por todos los ámbitos del universo de una manera regular y conformándose a leyes invariables.

Durante el largo espacio de tiempo que ha transcurrido desde que un ilustre joven de origen inglés, llamado Isaac Newton, descubrió la ley de gravitación universal, todo lo que se ha hecho ha sido sencillamente comprobar que esta ley es efectivamente tan constante, como él lo había afirmado. La exactitud de la ley, tal como la formuló, no hubiera podido comprobarse debidamente en los tiempos en que vivía. La acción de la gravedad no es alterada por ninguna clase de pantalla, no la alteran tampoco la temperatura ni los cambios químicos, ni ninguna otra cosa que sepamos. Hemos demostrado que es exacta la ley de Newton; pero en todo ese tiempo no hemos logrado descubrir las causas a que se debe la gravitación. No sabemos mucho más de lo que sabría Newton respecto de la forma en que obra esta fuerza.

Únicamente puede decirse que ha de obrar en el seno del éter, y que tenemos más pruebas que Newton de la existencia de ese éter.

POR QUÉ SE CREE QUE LA ATRACCIÓN DE LA TIERRA ES DEBIDA A LA ELECTRICIDAD

Existen infinidad de teorías relativas a la gravitación, pero todas son deficientes. Lo notable del caso es que los hombres de más clara inteligencia empiezan a convencerse de que la gravitación, como todo lo demás, es obra de la electricidad. Debe de ser una fuerza eléctrica, cuya acción se ejerce a través del éter. No tenemos todavía, por supuesto, prueba alguna de que esto sea cierto; pero cuanto más se averigua acerca del éter y de la electricidad, mayor es la inclinación que manifiestan los sabios a admitir esa teoría; y el estudio de la electricidad adquirirá aún más vuelo e importancia de la que ya tiene, si algún día se llega a demostrar que la fuerza de gravitación es un fenómeno eléctrico.

Será más fácil que nos hagamos cargo de por qué se imponen esas ideas, si nos fijamos por un momento en lo que se cree acerca del éter. La existencia del

éter—o éter del espacio, como se le llama algunas veces—fué admitida, en un principio, para explicar la transmisión de la luz. Ningún hombre de ciencia puede creer, en efecto, que un cuerpo obre sobre otro sin que medie alguna cosa entre ellos; no es posible que una fuerza se ejerza desde cierta distancia, sin que haya algo que la transmita. Si hay una cosa cualquiera que se propaga del sol a la tierra, es que ha de haber algo entre esos dos astros, y este algo es el éter, propagador de la luz.

DE QUÉ MODO PUEDEN ATRAERSE MUTUAMENTE EL SOL Y LA TIERRA

Ahora bien, el otro hecho de gran importancia tocante a la relación entre la tierra y el sol es el de que se atraen mutuamente; y nadie que se haya dedicado al estudio de la naturaleza podrá figurarse que la atracción se ejerce desde tal distancia, sin que exista cosa alguna que transmita dicha atracción. De manera que aun cuando el éter no hiciera falta para transmitir la luz, su presencia sería necesaria, para que pudiese ejercerse la acción de la gravedad.

Hemos visto que la luz viene a ser una perturbación eléctrica que se produce en el éter; y hemos averiguado que es posible ocurran en este éter otras muchas perturbaciones eléctricas de carácter esencialmente parecido al de la luz, aunque se dé el caso de que no impresionen nuestros ojos. Sabemos, pues, que todas las propiedades del éter son de naturaleza eléctrica, excepto en lo que se refiere a la gravitación.

Pero fijémonos bien en el problema. Esas fuerzas eléctricas que existen, según sabemos, en el éter, son capaces de tirar y de empujar. Hemos visto, por otra parte, al tratar de lo que se llama impulso de radiación, que es posible que mediante el éter se ejerzan ciertas clases de presión; pero también es posible que por medio de ese éter se dejen sentir tensiones. Cuando un cuerpo ligero se mueve hacia un trozo de ámbar que acaba de ser frotado, no hay duda de que al través del éter se manifiesta alguna clase de atracción. El magnetismo y la electricidad son partes distintas de una sola y misma ciencia; y, cuando un imán atrae una aguja de acero, es que también se está transmitiendo una acción a través del éter.

¿LLEGAREMOS A DESCUBRIR EL GRAN SECRETO DE LA NATURALEZA?

Tenemos, por tanto, pruebas de que existen dos clases de atracción—la eléctrica y la magnética—que se ejercen por medio del éter. Hay aún otra que es la atracción química, en la cual los átomos de un elemento se unen a los de otro para formar un compuesto, acaso con gran violencia y desprendimiento de calor o luz. Todos los químicos saben que esa atracción química, cuya fuerza llega a ser tan poderosa, es realmente de naturaleza eléctrica. También obra mediante el éter.

Si nos vemos, pues, forzados a admitir que en el éter se producen atracciones eléctricas a las cuales han de atribuirse los efectos de la electricidad positiva y negativa, los fenómenos del magnetismo y la misma afinidad química; con sólo dar un paso más, puede suponerse que también es eléctrica otra clase de atracción que llamamos gravedad y que ha de ejercerse por medio del éter. Nos atrevemos a pronosticar que muchos de los que lean estas páginas vivirán lo bastante para ver cómo le es revelado al hombre en el sentido que acabamos de indicar el gran misterio de la gravitación.

LA FUERZA TREMENDA DE QUE ALGÚN DÍA PODRÁ DISPONER EL HOMBRE

No es posible prever qué fuerzas llegará a tener en su mano el hombre cuando se haya efectuado ese descubrimiento, pues si se logra descubrir en qué forma obra la gravedad, es presumible que tarde o temprano se llegará a dominarla; lo cual abriría un campo ilimitado al progreso de la humanidad. Conseguimos diariamente contrarrestar la gravitación valiéndonos de otras fuerzas, pero otra cosa sería el adquirir sobre ella un dominio que nos permitiera suprimirla o modificarla, según se nos antojase. Este descubrimiento sería el más importante de cuantos se hubieran efectuado.

Hemos estudiado ya las principales páginas de la Historia de la Tierra; hemos visto cómo la humanidad tuvo que empezar por el gran descubrimiento de que esa tierra, al parecer tan llana e inconmovible, es realmente una bola redonda que da vueltas sobre sí misma y va rodando por el espacio. Hemos averiguado de qué manera y por qué se mueve esta bola, y que sólo es uno de los varios cuerpos que componen nuestro sistema, el cual, a su vez, no es más que uno de tantos entre los innumerables sistemas que existen en el espacio.

El estudio de las estrellas y del sol ha contribuído a hacernos comprender lo que es en realidad la tierra, y el lugar que ocupa en el universo. Hemos aprendido algo tocante a la corteza terrestre, y sabemos que encierra las huellas, no sólo de la historia de la vida, sino del desenvolvimiento de la inteligencia.

QUÉ NOS ENSEÑA LA HISTORIA DE LA TIERRA

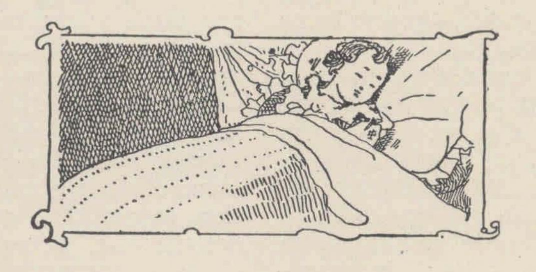
Hemos tenido que estudiar las substancias de que se compone la corteza de la tierra, así como el océano de gases que recubre esta corteza y en cuyo fondo vivimos, y sabemos que esas substancias son las mismas que componen el sol y todas las demás estrellas. Hemos expuesto algunos de los innumerables cambios, producidos principalmente por la potencia del agua, que ocurren constantemente en la corteza terrestre, y también los que ocurren en el cuerpo de los seres vivientes, de los cuales esa corteza es la cuna, a la vez que la tumba. Hemos examinado, por último, las grandes fuerzas que obran incesantemente por todos los ámbitos del universo, algunas de las cuales ejercen su acción sobre la tierra y hacen que en ella sea posible la vida. Hemos explicado además las leyes de la gravedad y las leyes del movimiento; el sonido, el calor, la luz, el magnetismo, y la electricidad, y hemos averiguado siquiera los hechos más importantes que la inteligencia del hombre ha podido descubrir acerca de ellos, tras siglos de labor perseverante.

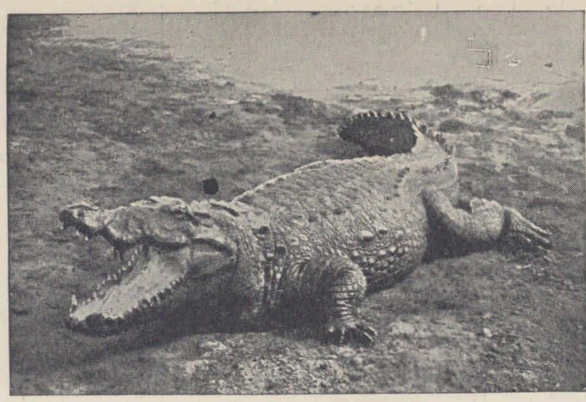
Por encima de todos esos hechos, y de los principios que de ellos se deducen, se alzan dos hechos y dos principios, que por su importancia han de imperar en la mente de todo ser racional. De la historia que hemos aprendido se desprende que el universo, con todas sus diferencias y sus diversos aspectos, constituye una gran unidad. Las leyes que lo rigen son las mismas, si se trata de lo grande, que si se trata de lo pequeño; lo que es cierto refiriéndose a una época lo es igualmente en lo que se refiere a otra, sin que en todo el universo haya un hecho tan sólo que esté en contradicción con otro, sea cual fuere el tiempo o el lugar en que se haya realizado.

EL PRINCIPIO FUNDAMENTAL DE QUE «NADA SE PIERDE»

También hemos aprendido que todo se transforma sin cesar; pero aunque todo se transforme, nunca se pierde nada ni hay acción que no produzca su efecto.

Si bien ocurren constantemente nuevos hechos, estos hechos son siempre consecuencia de otros anteriores, sin que nunca salga cosa alguna de la nada.







A nadie le gusta encontrarse con un cocodrilo, como éste, pero nadie tiene reparo en llevar en el bolsillo su piel en la forma que muestra el segundo grabado.

NADA TAN BUENO COMO EL CUERO

LA mayoría de los refranes son verdades de sentido común, y están basados en una larga experiencia.

En Inglaterra hay uno que dice: «nada como el cuero», y, aunque no sepamos quién fué el primero que lo dijo, sabemos, sin embargo, que es verdad. No hay nada como el cuero, y en vano han trabajado mucho sabios para encontrar un sustituto a este útil material.

La demanda crece continuamente y ha excedido siempre a las ofertas.

El cuero, como es sabido, es la piel de los animales convenientemente curtida y preparada.

Esta última operación tenía gran importancia en el antiguo Egipto, sobre todo en Tebas, donde los curtidores habían llegado a formar un distrito. Tan grande era ya entonces la demanda, que no podía atenderse completamente a ella.

Por eso, uno de los tributos que imponían los egipcios a los países conquistados era la entrega de cierto número anual de pieles. Podemos todavía observar en los museos correas y guarniciones de los egipcios, perfectamente conservadas, que se ponía a las momias en tiempo de Salomón. También algunas veces se ha encontrado a las momias envueltas por completo en largas tiras de cuero. Además, era empleado este material en la confección de sandalias, correas, escudos, armas, velas, almohadas y asientos de silla. De los egipcios aprendieron los israelitas a curtir el cuero; y, aunque en la Biblia no se nombra éste más que dos veces, se hacen muchas referencias a las pieles, lo que evidentemente quiere decir cuero.

Griegos y romanos conocieron también el cuero, y difícilmente se hallará una nación antigua o moderna que no lo haya conocido. Los romanos tuvieron monedas de cuero, y algunos de los primeros cañones fueron hechos de este material. El curtido de las pieles se hace de varios modos, pero todos difieren poco. Los procedimientos empleados por los egipcios, hace tres mil años, eran muy semejantes a los de hoy en día. Mientras a otras industrias las ha transformado el actual progreso, el arte de curtir permanece estacionado.

LOS ANIMALES QUE NOS PROVEEN DE CUERO

Pueden ser curtidas las pieles de todos los animales, pero la que principalmente se emplea es la de buey, oveja, cabra y cerdo. En la actualidad empieza a extenderse el uso de la piel de foca.

Las pieles de cocodrilo, serpiente y rana, se emplean solamente para la fabricación de bolsas y carteras.

La piel del caballo da un cuero excelente para las botas de agua. La piel

de ballena es también muy fuerte. Las pieles de elefante, rinoceronte, hipopótamo dan un cuero pesado y grueso. Las pieles de tiburón, búfalo, antílope, ciervo, canguro, asno y gamuza, se emplean asimismo, pero, dada su escasez, su importancia en el comercio es relativa.

UN ESTAQUEADERO CON MILES DE CUEROS

Al cuero se le llama producto secundario, pues a los animales se los cría más bien por su carne que por aprovechar la piel.

¿QUE HARÁ EL MUNDO PARA OBTENER CUERO?

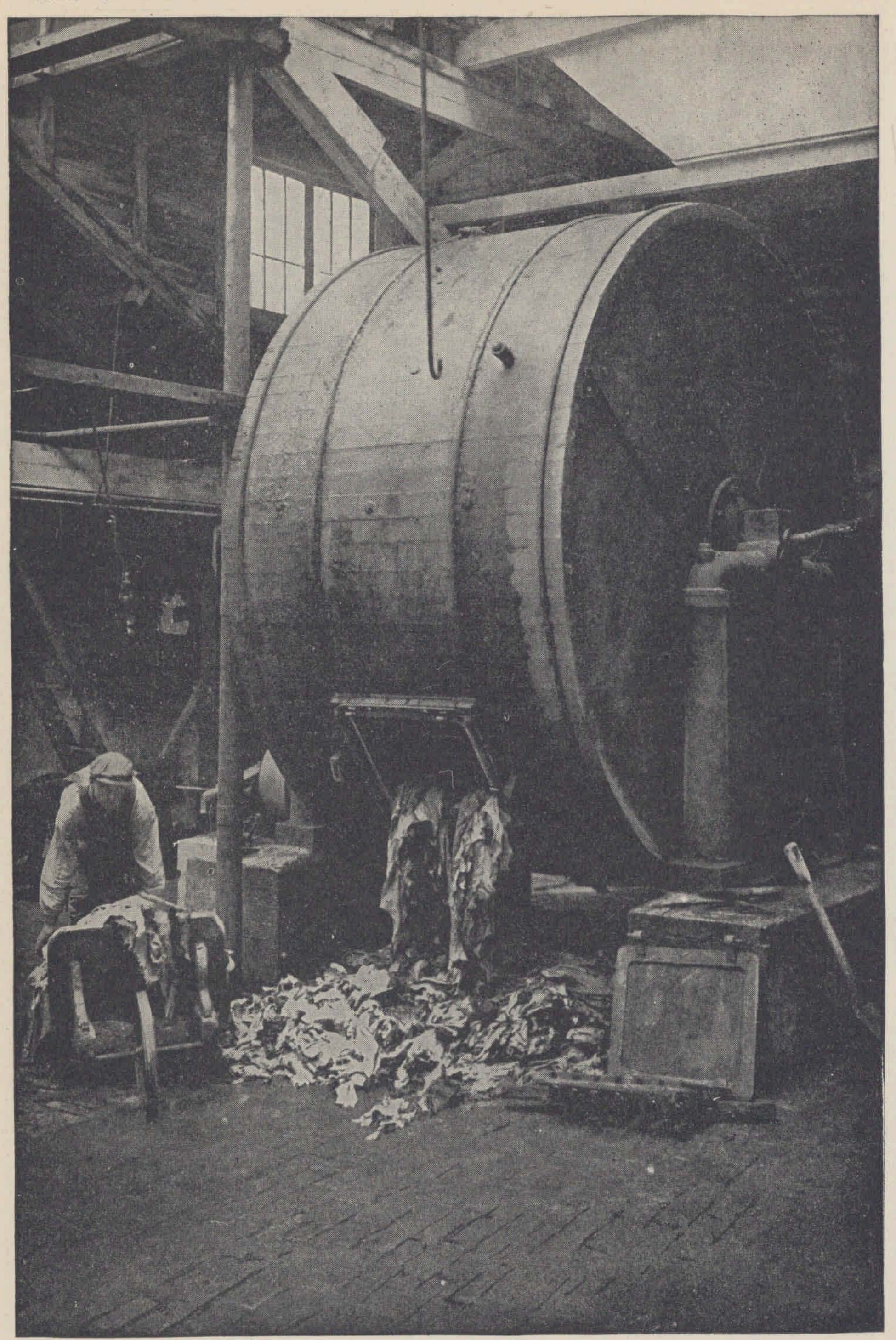
Durante los últimos quince años el precio de algunos cueros se ha duplicado y algunas clases se han encarecido en 50% más que doce años antes. También es verdad que el uso de este material ha aumentado considerablemente. Se emplea en los correajes para máquinas, en los automóviles, y en otras muchas manufacturas. El calzado moderno ha substituído en muchos países a las alpargatas, sandalias y zuecos. Naturalmente la demanda supera a la oferta.

Hemos dicho antes que el cuero es la piel de los animales, principalmente de los que se crían para nuestra alimentación; pero ahora se come menos carne y por tanto ha disminuído la matanza de ellos. Combinada la menor producción con la mayor demanda, da por resultado el encarecimiento de los artículos de cuero, especialmente en los calzados.



La fabricación del cuero aumenta cada día en importancia. Nuestro grabado representa una tenería moderna.

Además del cuero de los animales que se sacrifican para nuestra alimentación, se emplean las llamadas pieles secas, las cuales son ablandadas en fosas especiales.



Después de ablandadas se colocan las pieles en la tina que representa el grabado, en donde se ablandan aún más por medios químicos.

PREPARACIÓN DE LAS PIELES



Comiénzase por pelarlas, para lo cual se las extiende en el suelo y se las cubre con cal; luego se doblan y colocan en fosas.

Una vez sin pelo, se colocan las pieles extendidas sobre planchas y se las rasca con un cuchillo.

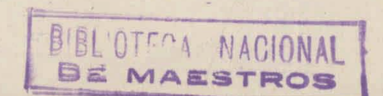
El pelo de cabra, después de seco, se vende a las fábricas de paños.

La piel, antes de curtirla, se limpia de diferentes maneras. La máquina de nuestro grabado quita toda la suciedad de la piel. Puede limpiar hasta 3600 pieles diarias.

CÓMO SE CURTEN LAS PIELES

Después de limpias se hallan las pieles dispuestas para el curtido, del que existen varios procedimientos. Nuestro grabado reproduce el curtido al cromo, para lo cual se meten las pieles en una tina llena de ácidos.

Obreros extendiendo las pieles para un segundo baño. Obsérvese que casi todos llevan guantes para preservarse de los ácidos.



RASPADO DE LAS PIELES PARA IGUALAR SU GROSOR

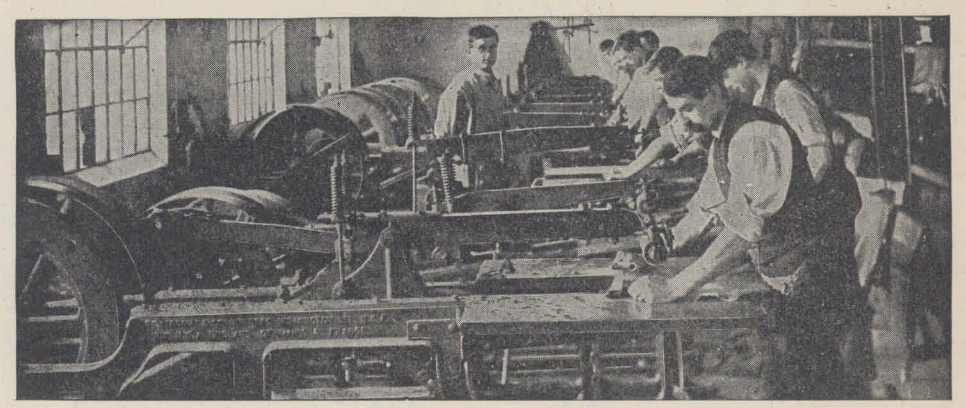
Es ésta una operación muy delicada. Por la máquina pueden pasar diariamente mil pieles.

Después de muchas manipulaciones se engrasan las pieles para impermeabilizarlas. Luego se secan en estufas.

EL PULIDO DE LA PIEL



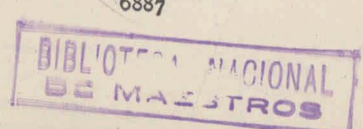
Una vez secas las pieles, se humedecen nuevamente colocándolas para ello entre capas de serrín mojado. Los jóvenes obreros que se ven en el grabado son tan diestros y ejecutan con tal rapidez esta operación que pueden colocar del modo dicho varios miles de pieles al día.



Hecho lo cual se practica con las pieles otra operación, que consiste en pasarlas por una máquina como la representada en el grabado. Dicha operación se repite dos veces y las pieles quedan después de ella suaves y flexibles y con la extensión debida.



La piel está teñida y antes de que se le pueda dar brillo, ha de extenderse sobre su superficie una o más capas de una mezcla especial que la disponga para recibir dicho brillo. Esta operación encomiéndase generalmente a obreras que la ejecutan con más habilidad que los hombres.



LUSTRANDO Y RECORTANDO LAS PIELES

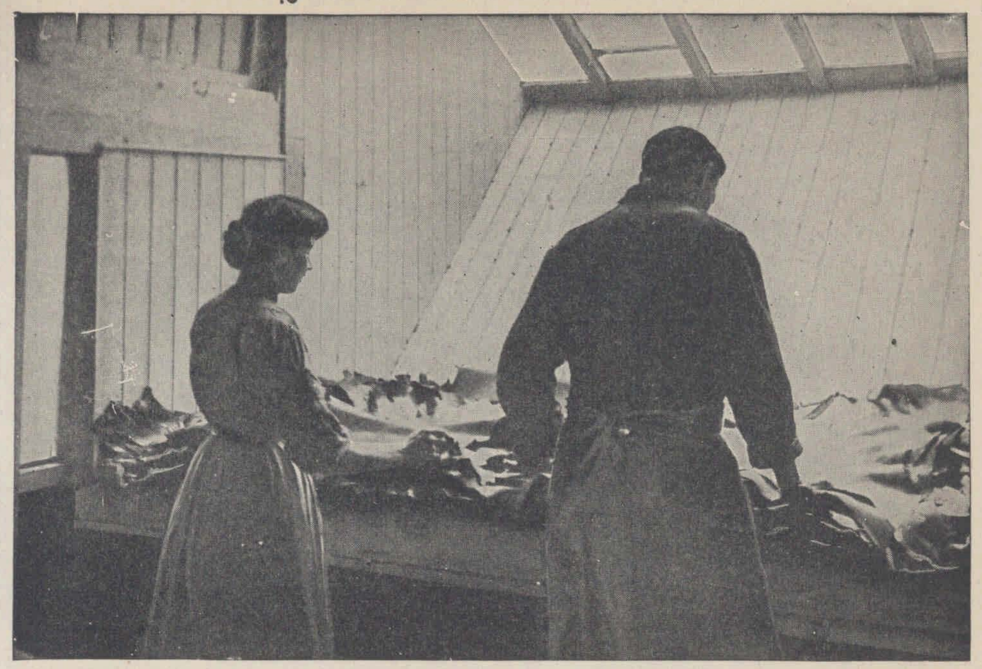




Clasificación de las pieles. Este trabajo requiere gran práctica.

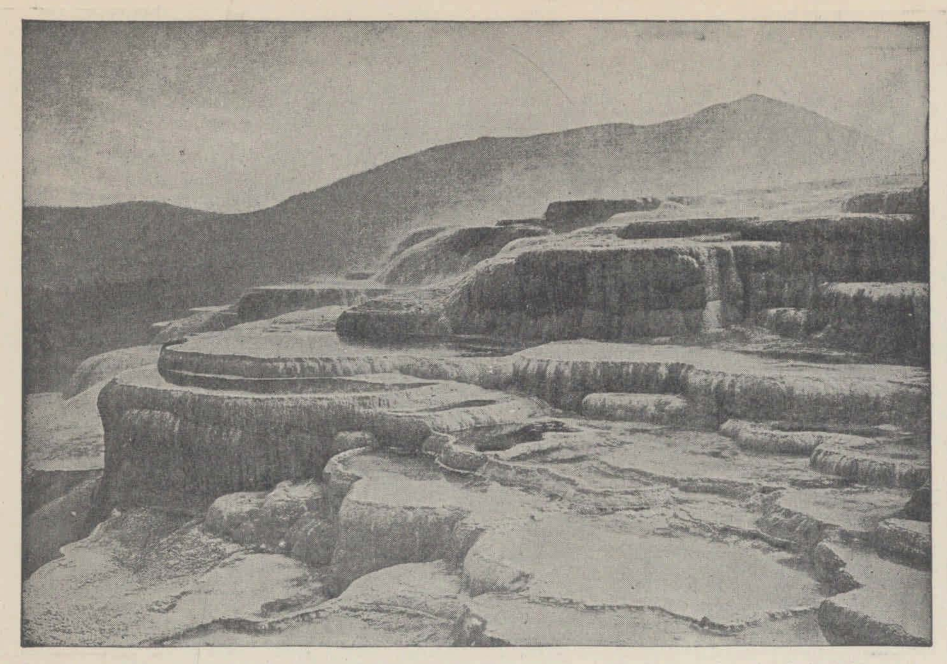


MÁQUINA DE MEDIR PIELES

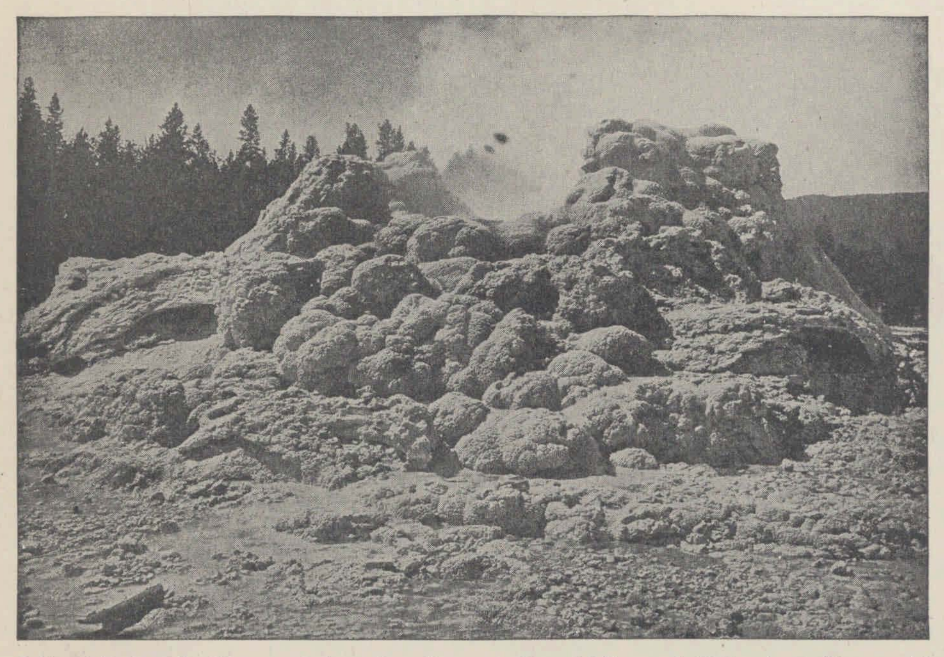


Separación de las pieles por su color. Este trabajo ha de hacerse con la luz septentrional.

Antes de ser almacenadas se miden las pieles. Cada máquina mide diariamente más de dos mil pieles.



Las Fuentes Termales del Mammut, del Parque de Yellowstone. Obsérvese cómo las balsas hirviendo se levantan unas sobre otras, formando escalones. El agua de las fuentes es de un azul intenso en el centro, y donde fluye sobre los bordes de los estanques presenta mil colores, irisados por la luz del sol. Sobre los escalones se cierne una neblina de vapor y más allá, en el fondo, se destacan las colinas.



Cráter del géiser Castillo, uno de los más antiguos y activos del Parque de Yellowstone. El cono del Castillo es el mayor de toda esta región. Sus erupciones ocurren, aproximadamente, cada veinticuatro horas, y en ellas arroja agua hirviendo hasta una altura de más de 22 metros, y van acompañadas de grandes rugidos y de enormes columnas de vapor.

EL PARQUE DE YELLOWSTONE

VAMOS a recorrer con la imaginación una de las maravillas de la tierra: el Parque Nacional de Yellowstone, de los Estados Unidos. Este parque fué declarado nacional por ley del 1° de Marzo de 1872; tiene un área de 9240 kilómetros cuadrados, y se llama «parque» porque ha sido destinado exclusivamente para entretenimiento del público; visítanlo anualmente millares de turistas. Es muy probable que en ningún terreno de igual extensión se encierre tan gran número de fenómenos naturales capaces de causar tanta admiración, entusiasmo y respeto.

LAS FUENTES TERMALES DEL MAMMUT

Entramos en el Parque situado en los Estados de Wyoming, Montana e Idaho, por el Norte, y atravesamos en un ómnibus una región montañosa cubierta de bosque en un trayecto de 8 kilómetros, hasta que llegamos a las Fuentes Termales del Mammut, donde descendemos y tomamos un guía.

—¡Qué colores! ¡Qué colores tan maravillosos!—exclamamos atónitos al pasar nuestra vista del transparente azulado de la neblina que se cierne sobre los estanques, a los gastados bordes de un color rojizo y anaranjado, verde y castaño, sobre los cuales el agua caliente fluye lentamente, y de estos colores a la deslumbradora blancura de la capa terrestre del fondo, tan pura y clara como la nieve de los Alpes.—El hermoso matiz de los estanques de la terraza se debe a una especie de organismo, parecido a las plantas, que vive en el agua caliente—nos dice nuestro guía.

De las Fuentes Termales del Mammut pasamos, yendo en coche, por etapas lentas y fáciles, a través de un paraje extraño y salvaje, llamado los «Aojadores», o Tierra del Duende, el cual, según la tradición india, fué formado por el demonio, al resbalar él por una montaña, y la esposa de su Majestad Satánica por otra, resultando de ahí los «Aojadores». Y, en realidad, esta horrible región debió formarse por una montaña que se desmoronó y llenó el abismo que existía junto a su base. Durante los últimos años el gobierno norteamericano ha construído una carretera a través de la Tierra del Duende; pero, debido a las profundas simas sobre las cuales pasa, algunas veces ocurren hundimientos, con el consiguiente peligro para los viajeros.

19 kilómetros más allá de las Fuentes del Mammut pasamos por una carretera formada de vidrio sólido, junto a la base del Risco de Obsidiana. A uno de nuestros lados yace el Lago Beaver o del Castor, reflejándose en sus tranquilas aguas las colinas de la ribera opuesta, cubiertas de pinos; mientras que, a la izquierda se levanta, como un espejo reluciente, una montaña de cristal bruñido, color de azabache. Junto a la base de esta montaña de cristal la construcción de la carretera ofreció una gran dificultad; como no podía usarse la pólvora, se hacían fuegos alrededor de los ingentes bloques, y cuando el cristal se dilataba por el calor, se arrojaba contra su superficie agua fría, rompiéndose luego los bloques en pequeños pedazos.

Continuando nuestra marcha llegamos, por fin, al Estanque del Surtidor Norris, donde lo primero que atrae nuestra mirada es un vasto manantial hirviente de agua azul pálido, el ruído de cuyas rugientes y embravecidas masas llegaba a nuestros oídos tres o cuatro kilómetros antes. Es llamado la Balsa del Congreso, y se cree que se convertirá en géiser, dada la violencia de su empuje. Desde la Balsa del Congreso hacemos a pie un corto camino para visitar el géiser principal del Estanque Norris. Descubrimos su boca (de la cual surgen bocanadas de vapor y pequeños chorros de agua hirviendo), situada al pie de una colina de rocas de color brillante; pero no

está en actividad, y sus erupciones ocurren sólo cada seis horas, por lo cual volvemos al coche y nos apresuramos a ir hacia los Estanques del géiser Inferior y del géiser de la Mitad del Camino.

EL MEDIO ACRE DEL INFIERNO

Aquí nos apeamos y visitamos un sitio llamado con razón el Medio Acre del Infierno. Son tan horribles, tan temerosos los abortos de la Naturaleza en el Parque de Yellowstone, que sugieren casi inconscientemente en el espíritu la idea del diablo y su morada, según puede observarse por los nombres dados a ciertos sitios del Parque, tales como el Pulgar del Diablo, la Cocina del Diablo, la Ponchera del Diablo, la Sartén del Diablo, y el Medio Acre del Infierno. En realidad, este último paraje hace pensar en el lugar cuyo nombre lleva, pues densas masas de vapor se ciernen sobre la tierra, y un intenso olor de azufre nos sofoca; el aire está lleno de sonidos estridentes y el propio suelo que uno pisa es caliente. Seguimos al guía, marchando cautelosos sobre la costra volvánica, hasta que llegamos a una loma con pequeños estanques que se hinchan y proyectan substancias pastosas de todos los colores imaginables—precioso crema, anaranjado vivo, azules brillantes, morados y rojos: « Los potes de pintura del Diablo ».

Nos volvemos con un sentimiento de alivio para visitar el mayor géiser del mundo: « Excélsior ». Las erupciones son muy poco frecuentes y sólo vemos una gran abertura rebosante de aguas de un azul claro circuída de muros con incrustaciones de un blanco perla.

Otro géiser, de gran interés para los turistas, se halla cerca de allí y tiene una boca de unos 6 metros de circunferencia, y su agua, de un azul claro, es tan transparente, que podemos ver hasta 5 metros de profundidad, por lo menos, mirando subir desde el fondo las burbujas y deshacerse en la superficie.

LA FUENTE DE « LA GLORIA DE LA MAÑANA »

Pero la más admirable de todas las fuentes termales, es la de « La Gloria de la Mañana », que descubrimos cuando llegamos al Estanque del géiser Superior. Es verdaderamente maravillosa, por la riqueza y variedad de su colorido. « Imagínese, si es posible, una balsa de cerca de 60 centímetros de diámetro formada a manera de la flor llamada « gloria de la mañana », o « maravilla ». Imagínense aquellos mismos colores, de un tono algo más pronunciado, transferidos a esta balsa, o más bien, quizás, imagínese a la Naturaleza mojando su pincel en los delicados tintes de una puesta de sol otoñal y pintándolos sobre los lados de la balsa. Luego imagínese todo esto realzado por el líquido cristal, que no podemos llamar agua por ser demasiado clara, de modo que parece aire sólido, y tendremos delante de nosotros la Fuente de « la Gloria de la Mañana », del Parque de Yellowstone.

Pero las fuentes termales, con sus súbitas y ofuscantes bocanadas de vapor y las delgadas e inseguras costras de sus bordes engañosos para una vista poco experta, son tan peligrosas como bellas. A lo largo de las riberas del Lago Yellowstone hay muchas de estas balsas de agua hirviendo, y sus ondas incoloras y claras pasan a veces inadvertidas sobre el fondo gris de la incrustación. Un escritor refiere una tragedia lastimosa que ocurrió entre los animalitos del Parque. « Paseándose un día »—dice—« a lo largo de la ribera el polluelo de una gallineta, sin pensar en peligro alguno, cayó en la traidora balsa, donde pió débilmente a su afligida madre, y en un instante salió a flote muerto, convertido en una pelota diminuta de mullidas plumas ». Esos animales no son los únicos que han sufrido por causa de estas balsas hirviendo, pues se conocen casos de gente que ha caído en ellas y han sido dañados gravemente, y, algunas veces, muertos.

Hay muchas fuentes dignas de ser vistas en el Estanque del géiser Superior,

porque es la región mayor y más activa de géiseres que hay en Yellowstone, y aun quizás en el mundo. No tendremos tiempo para visitarlas todas, pero debemos ver la Giganta, una de las más importantes del Parque. Sus erupciones ocurren cada diez y seis o veinticinco días, y las describiremos sirviéndonos de las palabras de un turista que presenció el espectáculo. « La noticia de la próxima erupción circuló rápidamente. Todos corrieron hacia el borde de la gran balsa, que estaba entonces hirviendo, y moviéndose sus aguas como si mil furias las agitasen locamente. A veces la tierra sufría sacudidas y temblaba; y del centro de la balsa brotó una masa de agua, elevándose algunos palmos y luego volvió a caer en la insondable sima. Por instantes el agua se agitaba con más violencia, y fuertes rugidos, como de un gigante torturado, rompían la quietud casi solemne. Por fin llegó el momento. Más rápidamente de lo que puedo referirlo, toda la balsa se levantó materialmente en el aire; subió más alta cada vez, y luego la gran masa lanzóse al espacio desde la tierra, como columna solitaria, cuyo extremo superior no llegábamos a distinguir. El estruendo era ensordecedor; las nubes de vapor giraban por el espacio hacia los bosques; arroyos de agua hirviendo corrían precipitados hacia el cercano río. La escena era de una belleza que infundía espanto, imposible de ser descrita, no pudiéndose ni siquiera imaginar su terrible fascinación ».

Tratamos de representarnos esta escena cuando estamos junto a la boca de la Giganta, pero sólo vemos el gorgoteo del agua caliente que se repliega contra los lados del fuerte cráter, y llegan a nuestros rostros bocanadas de vapor, impelidas por el viento. Mas, aunque no podemos ver a la Giganta en erupción, hay otros muchos géiseres en el estanque superior que están en actividad constante. Por ejemplo, el « Antiguo Fiel » es digno del nombre que lleva, pues a intervalos de cosa de una hora, con pequeña variación, arroja una poderosa columna de agua hirviendo y de vapor, y luego la aspira de nuevo en su cavidad sin fondo, para volverla a rrojar una vez más. Permanecemos a distancia y contemplamos los rayos del sol, jugando con los colores del arco iris, en la nube de vapor que se eleva hacia el cielo azul, y en los bordes del cráter, delicadamente teñido con matices de rosa, azafrán, naranja, pardo, gris plateado y blanco perla.

Después de ver el « Antiguo Fiel », nos apresuramos a visitar otros varios géiseres notables—el Castillo, el Gigante, la Colmena, el León, la Leona y los Cachorros—, cerniéndose en todas partes en el aire un vapor pesado, caliente y húmedo. Los constantes rugidos y gruñidos de estos géiseres, combinados con el gorgoteo y los resoplidos de las fuentes de agua hirviendo, acaban por infundirnos espanto; el pensamiento de nuestra impotencia y pequeñez nos ahoga, y bajo esta impresión volvemos súbitamente nuestros ojos a las distantes colinas, admirables, sonrosadas y plácidas, bañadas por la luz indecisa del crepúsculo vespertino. Cuando la tarde va cerrándose a nuestro alrededor en una vaga neblina de color, llegamos finalmente a la Cascada Superior del Yellowstone, cuya altura es dos tercios de la del Niágara, y que se estrella contra las rocas en poderosos chorros de agua y espuma, reflejando al chocar con las piedras del fondo mil matices irisados a la luz del sol poniente. A su vista enmudecemos; no tenemos palabras para expresar el sentimiento de la grandeza y hermosura del lugar, sentimiento que penetra hasta el fondo de nuestra alma. Un poco más allá llegamos a la Cascada Inferior, cuyas aguas, descendiendo de una altura, dos veces igual a la del Niágara, truenan sobre el precipicio en una rugiente y espumosa avenida verde y ámbar. Trepamos por el Cañón y nos colocamos por fin de pie sobre un borde rocoso para ver a la noche descender sobre la Tierra Maravillosa. Bajo nuestros pies, entre muros de roca, corre el río Yellowstone varios kilómetros hasta que se con-

vierte en una estrecha cinta verde que se pierde a lo lejos.

«Apenas cae la sombra sobre los muros del Cañón»—tan insensiblemente cierra la noche a nuestro alrededor—; la rigidez de la roca esculpida se matiza con indescribible delicadeza y hermosura de tintes, pasando por todos los tonos de color, anaranjado, castaño, amarillo y gris oscuro. Otros cañones pueden ser más profundos, sus muros de roca más escarpados, más sorprendentes sus temerosas alturas y profundidades; pero el Gran Cañón de Yellowstone, a la vasta grandeza que impresiona el ánimo, añade esta gloria del colorido delicado y harmonioso». Ningún sonido rompe el silencio de la soledad, a excepción del distante rugido de las cascadas, y el súbito ruído de gigantescas alas al remontarse un águila en el aire debajo del mismo borde en que nos hallamos. Llega la noche; nos cubre con su manto, haciéndonos perder de vista el Gran Cañón, y pone término a nuestra visita al Parque de Yellowstone.



EL LEÓN, EL LOBO Y LA ZORRA

Trémulo y achacoso,
A fuerza de años, un león estaba:
Hizo venir los médicos ansioso
Por ver si alguno de ellos le curaba.
De todas las especies y regiones
Profesores llegaban a millones;
Todos conocen incurable el daño,
Ninguno al rey propone el desengaño.
Cada cual su remedio le procura,
Como si la vejez tuviese cura.
Un lobo cortesano,
Con tono adulador y fin torcido,
Dijo a su soberano:
«He notado, señor, que no ha asistido
La zorra como médico al congreso;
Y pudiera esperarse buen suceso
De su dictamen en tan grave asunto».
Quiso Su Majestad que luego al punto
Por la posta viniese.
Llega, sube a Palacio, y como viese
Al lobo su enemigo, ya instruída
De que él era el autor de su venida,
Que ella excusaba cautelosamente,
Inclinándose al rey profundamente,
Dijo: «Quizá, señor, no habrá faltado
Quien haya mi tardanza acriminado;
Mas será porque ignora
Que vengo de cumplir un voto ahora,
Que por vuestra salud tenía hecho;
Y para más provecho,
En mi viaje traté gentes de ciencia
Sobre vuestra dolencia:
Convienen, pues, los grandes profesores,
En que no tenéis vicio en los humores;
Y que sólo los años han dejado
El calor natural algo apagado;
Pero éste se recobra y vivifica,
Sin fastido, sin drogas de botica,
Con un remedio simple, liso y llano,
Que Vuestra Majestad tiene en la mano.
A un lobo vivo arránquenle el pellejo,
Y mandad que os le apliquen al instante:
Y por más que estéis débil, flaco y viejo,
Os sentiréis robusto y rozagante,
Con apetito tal, que sin esfuerzo,
El mismo lobo os servirá de almuerzo».
Convino el rey; y entre el furor y el hierro
Murió el infeliz lobo como un perro.

Así viven y mueren cada día
En su guerra interior los palaciegos,
Que con la emulación rabiosa, ciegos
Al degüello se tiran a porfía.
Tomen esta lección muy oportuna,
Lleguen a la privanza, enhorabuena;
Mas labren su fortuna
Sin cimentarla en la desgracia ajena.

SAMANIEGO.

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

SABEMOS que la porción pensante de nuestro ser, la inteligencia o intelecto, que forma ideas generales y las combina en las operaciones de *juzgar* y *raciocinar*, elabora sus conocimientos partiendo de las noticias suministradas por los sentidos; y tampoco ignoramos que existe un progreso gradual, desde la mera sensación que nos permite experimentar, por ejemplo, la diferencia entre la luz y la obscuridad, hasta la elevada ciencia que supone el enfilar un telescopio hacia determinada región del firmamento para descubrir en ella un astro, previamente adivinado por el cálculo, como lo hizo el gran astrónomo Leverrier con el planeta Neptuno.

La facultad que poseemos de pensar es lo que verdaderamente nos distingue de los animales inferiores. La memoria intelectual y la facultad de evocar impresiones sensibles es lo que nos permite reproducir ideas, hechos e imágenes de épocas futuras y pretéritas. Esta facultad funciona siempre en combinación con la que tenemos de hacernos cargo de nuestra propia existencia, de pensarnos a nosotros mismos, lo cual se llama conciencia o sentido íntimo, y es el principal signo distintivo del ser racional. Pero es un error suponer, como hacen muchos, que el intelecto decide por sí mismo nuestras acciones, y en estas páginas podrá ver el lector cuán equivocados están los que tal creen.

PRINCIPIOS Y CAUSAS DE NUESTROS ACTOS

CREÍASE antes que el saber constituía el carácter de los hombres, y que, por consiguiente, con enseñar a todo el mundo a leer y escribir y contar, se tenía lo bastante para hacer ciudadanos dignos y probos. Pero hoy en día se tiene por indudable que, aun cuando no sea posible prescindir de la instrucción, ésta por sí sola no hace a los hombres ni honrados ni juiciosos. Y la razón es porque el saber y el intelecto, aunque ilustren y guíen nuestras decisiones, no son su causa inmediata y directa; éstas dimanan principalmente de la voluntad, la cual no siempre sigue los dictámenes de la recta razón, sino que aun mostrándole ésta lo mejor y más conveniente, elige a veces lo que más le agrada, en uso y abuso de su libre albedrío.

La persona que aprende a escribir puede hacer un buen empleo de este conocimiento dando a la estampa algo que mejore la condición de los hombres en los tiempos venideros; o valerse, por el contrario, de dicha habilidad para componer perniciosas ficciones o para falsificar la firma de alguien.

Existe otra parte de la personalidad humana, que todo educador debe tener muy en cuenta, porque influye en la producción de nuestros actos de una manera más decisiva, y es la parte afectiva de orden inferior y superior, las pasiones y los sentimientos de amor, de odio, ira, tristeza, valor, cobardía, ternura, crueldad, etc., etc. Estos movimientos, agitaciones y estados del ánimo, que hoy se designan muchas veces con el nombre de emociones, son los que a menudo arrastran a la voluntad y determinan nuestras decisiones, siendo por esto una parte importantísima de nuestro ser moral. Conviene no perder de vista que lo más importante de todo son los actos; ellos hacen a los hombres y a las naciones; ellos escriben la historia.

Todo esto no quiere decir que deba desatenderse el saber, como si para nada afectase a nuestros actos, porque, en realidad, en cada momento de nuestra vida obramos de un modo distinto, conforme a lo que sabemos, o creemos saber y no sabemos. Así, por ejemplo, el que falsifica un cheque, lo hace utilizando el arte y conocimiento que posee para imitar la letra ajena, y guiándose por principios de una moral errónea o mal interpretada.

Esto es perfectamente cierto y nos lleva derechos al gran punto, origen de tantos errores. A no dudarlo, el saber altera nuestros actos de mil modos distintos cada día. Obramos con arreglo al saber, o a lo que tomamos por tal; pero

esto no obsta para que sea verdad lo que dejamos dicho sobre la influencia predominante de las pasiones y sentimientos. El hombre que desea tomar lo ajeno, lo desea de igual modo, ya sepa escribir o no. El que no sepa hacerlo, tendrá que contentarse con sacarle el reloj del bolsillo al primer transeunte que encuentre distraído, en tanto que el que sepa falsificará un cheque; en ambos casos este hombre es un ladrón: desea robar. Robará por distinto procedimiento en cada caso; pero robará al fin; en las dos ocasiones su robo ha sido determinado por unos sentimientos que tiene y otros que no posee: movimientos pasionales de deseos de riqueza sin los de respeto a sí mismo o de consideración hacia la persona a quien roba, y tal vez sin temor alguno de ser descubierto.

Lo cierto es que la razón y el saber son los pilotos, cuya misión sabemos que se reduce a guiar la nave; pero es otro el que dispone a qué puerto debe dirigirse ésta. Tal vez sorprende al navío un terrible temporal, tal vez también, si el buque es el ser humano, se ve azotado por una ráfaga de pasión irresistible. El dueño de la embarcación llama al piloto para que lo conduzca al lugar que desea; y el ladrón, cuando quiere dinero, llama en su ayuda a los conocimientos que posee para descerrajar una puerta, para falsificar documentos, para hacer trampa en el juego, a fin de salir con su intento. Por regla general, el móvil de todas las acciones, así buenas como malas, es la sed de felicidad, unas veces para sí propio, otras para los demás. La razón y el saber no hacen desear la dicha, pero dicen de qué modo podremos más fácilmente adquirirla, y en sus dictámenes sufren el influjo de las pasiones y sentimientos.

Este influjo de la parte afectiva sobre la intelectual hace que los hombres muden con frecuencia de modo de pensar sobre un mismo asunto, aun permaneciendo invariables todas las circunstancias. El siguiente relato nos lo hará ver palpablemente.

Érase una hermosa mañana de abril; Eugenio se había levantado muy temprano, había extendido maquinalmente el brazo a su librería, y con el tomito en la mano, pero sin abrir, se había asomado al balcón que daba vista a una risueña campiña. ¡Qué día más bello! ¡qué hora tan embelesante! El sol se levanta en el horizonte matizando las nubecillas con primorosos colores, y desplegando en todas direcciones madejas de luz, como la dorada cabellera ondeante sobre la cabeza de un niño; la tierra ostenta su riqueza y sus galas, el ruiseñor gorjea y trina en la cercana arboleda, el labrador se encamina a su campo, saludando al luminar del día con cantares de dicha y de amor. Eugenio contempla aquella escena con un placer inexplicable. Su ánimo tranquilo, sosegado, apacible, se presta fácilmente a emociones gratas y suaves. Goza de completa salud, disfruta de pingüe fortuna; los negocios de la familia andan viento en popa, y cuantos le rodean se esmeran en complacerle. Su corazón no está agitado por ninguna pasión violenta; anoche concilió sin dificultad el sueño, que no se ha interrumpido hasta rayar el alba; y espera que las horas se adelanten para entregarse al ordinario curso de sus tranquilas tareas.

Abre por fin el libro: el autor pinta con negros colores la perversión general de las costumbres, el cruel egoísmo que se ha apoderado de los espiritus, el rebajamiento de los caracteres y el desenfreno de toda clase de vicios. « Esto es exagerado, dice con impaciencia Eugenio; en el mundo hay mucho malo, pero no lo es todo. La virtud no está todavía desterrada de la tierra; yo conozco muchas personas que sin atroz calumnia no pueden ser contadas entre los criminales. Hay injusticias, es cierto; pero la injusticia no es la regla de la sociedad; y si bien se observa, los grandes crímenes son excepciones monstruosas. Esto es insoportable; esto es tan falso en filosofía como feo en literatura ». Así discurría Eugenio, y cerraba buenamente el libro, y apartaba de su mente aquellos tétricos recuerdos, entregándose de nuevo a la contemplación de la bella naturaleza.

Pasan las horas, suena la de comenzar sus tareas; y aquel día parece el de las desgracias. Todo va mal; diríase que le han alcanzado a Eugenio las maldiciones de un suicida. Muy de mañana corre por la casa un mal humor terrible; N ha pasado malísima noche, M se ha levantado indispuesto, y todos son más agrios que zumo de fruta verde. A Eugenio se le pega también algo de la malignidad atmosférica que le rodea; pero todavía conserva alguna cosa de las apacibles emociones de la salida del sol.

El día se va encapotando, el tiempo no será tan bueno como se prometía el espectador de la mañana. Sale Eugenio a sus diligencias, la lluvia comienza, el paraguas no basta para cubrir al viandante, y en una calle estrecha y cubierta de lodo, se encuentra Eugenio con un caballo que galopa, sin atender a que los chispazos de fango de sus cascos dejan al pobre pasajero pedestre hecho una lástima de pies a cabeza. Ya es preciso retroceder, volverse a casa, entre irritado y mohino, no maldiciendo, pero sí haciendo no muy piadosa plegaria para el caballo y el jinete. La vida no es ya tan bella; pero todavía es soportable; la filosofía se va encapotando como el tiempo, pero el sol no ha desaparecido aún.

Sobre una desgracia viene otra. Reparado Eugenio del primer descalabro, vuelve a sus diligencias, dirigiéndose a casa de su amigo, quien le ha de comunicar noticias satisfactorias, con respecto a un negocio de importancia. Por lo pronto es recibido con frialdad, el amigo procura eludir la conversación sobre el punto principal, y finge ocupaciones apremiantes que le obligan a aplazar para otro día el tratar del asunto. Eugenio se despide algo desabrido y receloso, y se devana los sesos para adivinar el misterio; pero una feliz casualidad le hace tropezar con otro amigo, que le revela la trama del primero, y le avisa que no se duerma si no quiere ser víctima de la perfidia más infame. La pérdida es crecida, y además irreparable: el pérfido ha tomado sus medidas con tanta precaución, que el desgraciado Eugenio no ha advertido la estratagema hasta que se ha visto enredado sin remedio. Acudir a los tribunales es imposible, porque el negocio no lo consiente; reprochar al pérfido la negrura de su acciónes, desahogo estéril; con tomar una venganza nada se remedia y se aumentan los males del vengador. No hay más que resignarse. Eugenio se retira a su casa, entra en su gabinete, se entrega a todo el dolor que consigo trae el frustrarse tantas esperanzas, y un cambio inevitable en su posición social. El libro está todavía sobre la mesa, su vista le recuerda las reflexiones de la mañana; y exclama en su interior: « ¡Oh! ¡cuán miserablemente te engañabas, cuando reputabas exageración las infernales pinturas que del mundo hacen esos hombres! No puede negarse: tienen razón; esto es horrible, desconsolador, desesperante, pero es la realidad. El hombre es un animal depravado, la sociedad es una cruel madrastra, mejor diré, un verdugo que se complace en atormentarnos, que nos insulta, y se mofa de nuestras angustias, al mismo tiempo que nos cubre de ignominia y nos da la muerte. No hay buena fe, no hay amistad, no hay gratitud, no hay generosidad, no hay virtud en la tierra; todo es egoísmo, miras interesadas, perfidias, traición, mentira ».

Aquí llegaba Eugenio, y como ven nuestros lectores, la dulce y apacible y juiciosa filosofía de la mañana, se había trocado en pensamientos satánicos, en inspiraciones de Belcebú. Nada se había mudado en el mundo, todo proseguía en su ordinaria carrera, y ni el hombre ni la sociedad podían decirse peores, ni entregados a otros destinos, por haberle sucedido a Eugenio una desgracia imprevista. Quien se ha mudado es él; sus sentimientos son otros, su corazón lleno de amargura derrama la hiel sobre el pensamiento, y éste, obedeciendo a las inspiraciones del dolor y de la desesperación, se venga del mundo pintándole con los colores más horribles. Y no se crea que Eugenio proceda de mala fe; ve las cosas tales

como las expresa; así como las expresaba por la mañana tales como a la sazón las veía.

Dejamos a Eugenio desahogando su pesimismo; pero he aquí que viene a interrumpir su monólogo la llegada de un caballero, que con libertad de amigo penetra en el gabinete sin detenerse en antesalas.

—Vamos, mi querido Eugenio, ya sé que te han jugado una mala partida.

—¡Cómo ha de ser!

—Es mucha perfidia.

—Así anda el mundo.

—Lo que importa es remediarlo.

—¿Remedio?... es imposible...

—Muy sencillo.

—Me gusta la frescura.

—Todo está en aprontar más fondos, aprovechar el correo de hoy y ganarle por la mano.

—Pero, ¿cómo los apronto? sus cálculos estriban sobre la imposibilidad en que me hallo de hacerlo, y como sabía el estado de mis negocios, efecto de los desembolsos hechos hasta aquí para el maldito objeto, está bien seguro que no podré tomarle la delantera.

—Y si estos fondos estuviesen ya prontos...

—No soñemos...

—Pues mira, estábamos reunidos varios amigos para el negocio que tú no ignoras; se nos ha referido lo que te acaba de suceder, y el desastre que iba a ocasionarte. La profunda impresión que me ha producido, puedes suponerla: y habiendo pedido permiso a los socios para abandonar por mi parte el proyecto, y venir a ofrecerte mis recursos, todos instantáneamente han seguido mi ejemplo; todos han dicho que arrostraban con gusto el riesgo de aplazar sus operaciones, y de sacrificar su ganancia hasta que tú hubieses salido airoso del negocio.

—Pero yo no puedo consentir...

—Déjate...

—Pero, y esos caballeros, a quienes no conozco siquiera...

—Tu desconfianza estaba ya prevista; aprovecha el correo; yo me voy, y en esta cartera encontrarás todo lo que se necesita. Adiós, mi querido Eugenio.

La cartera ha caído al lado del libro fatal; Eugenio se avergüenza de haber anatematizado a la humanidad, sin excepciones; la hora del correo no le permite filosofar, pero siente que su filosofía toma un sesgo menos desesperante. A la mañana siguiente el sol asomará hermoso y radiante como hoy, el ruiseñor cantará en el ramaje, el labrador se dirigirá a sus faenas, y Eugenio volverá a ver las cosas como las veía antes de sus fatales aventuras. En veinticuatro horas, que por cierto no han alterado nada ni en la naturaleza, ni en la sociedad, la filosofía de Eugenio ha recorrido un espacio inmenso, para volver, como los astros, al mismo punto de donde partiera.

UN ERROR COMÚN QUE AFECTA A TODOS NUESTROS ACTOS

El error que comúnmente se comete al olvidar la influencia del corazón en nuestros juicios y decisiones, condúcenos a pensar que con sólo instruir a las personas obrarán razonablemente. Afírmase con frecuencia que el hombre es un animal racional, es decir, dotado de razón. Cierto que el hombre posee esta facultad; pero con ésta sólo no haría nada jamás; nunca ejecutaría movimiento alguno voluntario y deliberado. El error de que hablamos es muy grave, porque afecta a cuanto hacemos en materia de educación.

Por regla general, demostramos muy escaso interés por los sentimientos o emociones de los jóvenes, a pesar de constarnos que son los principales impulsores de todos los actos humanos, y dedicamos, en cambio, toda nuestra atención al cultivo de su inteligencia, como si por el hecho de conocer el bien hubieran de seguirlo. Le enseñamos al niño que no se debe robar, y su intelecto comprende perfectamente lo que le queremos decir, a pesar de lo cual es posible que robe, causándonos con ello gran sorpresa y decepción. Esto ocurre, porque no nos hemos detenido a estudiar en primer término lo que podríamos llamar idiosincrasia de

la naturaleza humana. Lo que necesitamos al presente y lo que siempre se ha necesitado son hombres de buena voluntad; y el principal objetivo de una educación bien entendida, y el verdadero modo de formar a la juventud, es tratar de hacer de ella hombres y mujeres de buena voluntad. Esto es lo queremos significar cuando hablamos de formar el carácter de los niños; y la importancia de tal sistema de educación radica en el hecho de que ese carácter más que la inteligencia regula nuestra conducta. Todo el secreto estriba en infundir desde luego en los educandos hábitos de someter los movimientos pasionales a los dictámenes de la recta razón.

IMPORTANTE PAPEL QUE DESEMPEÑA EL TEMOR EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

Cuando estudiamos nuestras emociones o sentimientos, vemos que se hallan estrechamente relacionados con los movimientos impulsivos indeliberados, llamados comúnmente instintos. Este importantísimo descubrimiento ha sido recientemente hecho por un psicólogo inglés. Por ejemplo, todo el mundo sabe que existe el instinto de la fuga, y nadie ignora que ésta tiene gran relación con el temor.

Esta emoción del temor es una de las que de manera más poderosa determina los actos de los hombres. Unas veces tememos por nosotros mismos, otras por nuestros prójimos; en unas ocasiones nuestro temor se refiere a este mundo, y en otras a la vida venidera. Pero como quiera que fuere, es ésta una de las grandes emociones que trazan la historia del mundo. El miedo suele obrar impulsando a evitar lo que se concibe como gravemente dañoso; es una emoción represiva, y ha sido utilizada siempre por todas las personas constituídas en autoridad para evitar que se ejecuten acciones contrarias a lo dispuesto por las leyes.

Otra emoción importante es la repugnancia, que no es igual al temor, y proviene del instinto de la repulsión, moviéndonos a rechazar todo lo que consideramos como deforme, innoble y degradante.

EL SENTIMIENTO DE LA ADMIRACIÓN, QUE NO DEBEMOS PERMITIR QUE SE EXTINGA JAMÁS EN NOSOTROS

Mucho más importante es el instinto de la curiosidad, que se da la mano con el sentimiento de la admiración. La curiosidad se ha desarrollado mucho entre los animales superiores, mostrándose más intensa en los simios, que en las demás especies del reino animal, excepción hecha del hombre. Esta natural inclinación a registrar y curiosear todo lo que se nos presenta como nuevo y desconocido, ejerce una gran influencia en nuestra vida; pero, a decir verdad, en las personas adultas la curiosidad se halla restringida a sus justos límites. Prácticamente, puede decirse que todos los muchachos la poseen en alto grado, y a menudo les impulsa a efectuar diabluras, les hace víctimas de graves accidentes, etc.; pero, es a la vez un estímulo que les hace aprender muchas cosas.

En los adultos, el sentimiento de la admiración, correlativo del instinto de curiosidad, llega con mucha frecuencia a debilitarse extraordinariamente, y entonces aquéllos lo ven todo con la mayor indiferencia. Sin embargo, el instinto de la curiosidad y la emoción admirativa poseen inmensa importancia, y en los individuos en quienes persiste en todas las edades, constituye el móvil más poderoso de su esfuerzo intelectual. El instinto y sentimiento de que hablamos, han contribuído poderosamente a que los hombres realizaran descubrimientos e invenciones, y a que excogitaran las más curiosas teorías relativas al mundo y la humanidad. Cuando una persona combina las cualidades mencionadas con una privilegiada inteligencia que sabe utilizarlas como instrumentos propios, sin temor a equivocarnos podemos asegurar que será con el tiempo un hombre ilustre.

También son en extremo importantes el instinto de la lucha y la pasión de la cólera, que es su natural complemento, aunque no se hallen tan difundidas

como, por ejemplo, la emoción del temor, que poseen todos los hombres en una u otra forma, incluso aquellos que pretenden no saber lo que es miedo. Es digno de observar que el instinto de la lucha y la pasión de la cólera son mucho más poderosos en el hombre que en la mujer.

DE CÓMO LOS IMPULSOS DESORDENADOS DE LA IRA NOS ASEMEJAN A LOS BRUTOS IRRACIONALES

Entre los animales inferiores se observa generalmente que el instinto y emoción de que tratamos sólo se desarrollan entre las hembras cuando tienen que proteger a sus pequeñuelos; pero en estas ocasiones se manifiestan con terrible intensidad.

A nadie puede ocultarse la importancia que esto tiene, pues significa la protección del individuo joven para la conservación de la especie; y por eso el carácter de la hembra se nos presenta bajo un nuevo aspecto, que no habíamos podido sospechar, cuando se convierte en madre. Siempre nos imaginamos al tigre como un animal intrépido y terrible, y sin embargo, es muy raro que se atreva a atacar a un elefante joven cuando le protege su madre, a pesar de que es posible que se decida a atacar a ésta si la halla sola en cualquiera otra ocasión.

Cuando nos hallamos bajo de la influencia del instinto de la lucha y de la pasión de la cólera, se manifiestan a veces en nosotros ciertos signos demostrativos de que, a pesar de nuestra condición de seres racionales, no logramos sustraernos a las inclinaciones de la naturaleza animal. A veces levantamos el labio superior y nos reímos de un modo despectivo, profiriendo un sonido bronco; gesto que recuerda el de las bestias feroces cuando se disponen a morder. Como ocurre con los otros instintos, la época en que se manifiestan en su forma más pura es en la niñez. Criaturas hay que, sin haber visto el ejemplo o sugestión en otro ser, cuando están furiosas se abalanzan con la boca abierta a morder a la persona causante de sus enojos.

SENTIMIENTOS QUE SE DESARROLLAN EN NOSOTROS CON EL TRANSCURSO DE LOS AÑOS

Al paso que crecemos, la emociones o movimientos pasionales no desaparecen en nosotros, ni conviene que se extingan, porque son fuerzas impulsoras importantísimas, pero, bajo de la influencia de la educación y la experiencia, adquieren otra forma distinta y más elevada, siendo esto uno de los principales caracteres que distinguen a la humanidad. En los hombres bien desarrollados, la cólera y el instínto de la lucha adquieren la forma de valor, energía, tesón y perseverancia. Si en nuestra senda hallamos dificultades, no hacen más que excitar en nosotros el deseo y la firme resolución de vencerlas. Vemos, pues, que la pasión de la ira, de igual modo que las demás, puede presentar formas bajas o elevadas.

Y vamos a tratar ahora del más importante de todos nuestros instintos, sin el cual ningún ser humano podría sobrevivir más que unas cuantas horas al instante de su nacimiento. Este es el instinto propio de los padres, que se manifiesta con mucha mayor intensidad en las madres, aunque algunos padres lo poseen también en alto grado. Podemos llamarle instinto maternal, aunque su nombre más correcto debe ser *instinto paternal*, y, aún mejor, *parental*. A juzgar por lo que conocemos del mundo que llevamos dentro de nosotros y del que nos rodea, este sentimiento es la cosa más noble y elevada que existe, y no puede imaginarse nada que le supere; hasta el extremo de que no conocemos otra manera más perfecta de invocar a Dios que llamándole Padre, y decimos de Él que es Amor.

ORIGEN DEL AMOR DE LOS PADRES A LOS HIJOS

Este instinto tiene mucha mayor importancia para los seres humanos que para los demás animales, porque el hombre nace mucho más desamparado y necesita de amor y cuidado por espacio de mucho más tiempo que los hijos de las otras criaturas vivientes. El instinto que impulsa a la madre a

proteger a su hijo no se encuentra en los animales inferiores, pero sí en los superiores, y con intensidad creciente a medida que ascendemos en su escala.

El modo cómo una abeja obrera cuida a las pequeñitas es digno de llamar la atención. Ignoramos cuál es la antigüedad de las sociedades de las abejas; pero en todo caso, algunos peces, desde los tiempos más remotos, cuidan de sus huevos y alejan a los enemigos que pudieran destruirlos. A partir de este grado hacia arriba, la prole necesita de protección paternal durante tanto más largo período cuanto más nos remontamos en la escala animal.

Por fin llegamos al hombre, que por sí solo forma como un reino aparte, donde la multiplicación es relativamente limitada, y en el cual los recién nacidos reciben desde el primer momento tan solícitos cuidados, que viven la mayoría de ellos. « En semejantes casos », dice una autoridad en la materia, « la protección y cuidado de los niños es la constante y absorbente ocupación de las madres, que les consagran todas sus energías, sufriendo por ellos privaciones y dolores y aun arrostrando la muerte. Este instinto llega a ser mucho más poderoso que otro alguno y puede dominarlos a todos, incluso al miedo mismo; porque afecta directamente a la conservación de la especie, a diferencia de los otros instintos que tienden sólo a proteger la vida del individuo, la cual, como se comprende, tiene menor importancia ».

MANIFESTACIONES DEL AMOR DE LA PROLE EN LOS SERES IRRACIONALES

Si estudiamos este instinto, que es el más noble de todos los que se observan en los animales, vemos que donde se nos manifiesta más pujante es entre los simios. En cierta ocasión observóse en un jardín zoológico a una mona de mediano tamaño, que había rodeado con uno de sus brazos a su hijo cuando nació y no lo soltó, para nada, ni despierta ni dormida, en varios meses.

No es posible dudar de que este instinto va inseparablemente unido a la emoción del amor maternal. Lo vemos entre los gatos que alegran nuestros hogares, y a veces se observa también en las aves. Durante diez y seis horas, en un día de verano, una pareja de paros, macho y hembra, trajeron sin interrupción dos mil bocadillos de comida a sus hijos. Sólo un poderoso instinto pudo darles vigor para realizar tan ardua tarea. Hoy día se admite por los que estudian este asunto, que dicha inclinación natural se distingue enteramente de todas las demás. En la especie humana, el amor de los hijos reviste un carácter mucho más elevado, es un sentimiento capaz de los más admirables sacrificios; pero a semejanza de las demás emociones humanas, puede adoptar otras formas, como ya iremos viendo. Llama la atención el hecho de que sólo en estos últimos años haya sido reconocida la existencia y la importancia de este sentimiento; y que no pocos pensadores de los tiempos pasados afirmasen que todos los sentimientos altruistas que experimentaban los seres humanos eran consecuencia exclusiva de su educación. La verdad es todo lo contrario, es decir, que existen en nuestra misma naturaleza y en ella tienen su raíz.

INTENSIDAD DEL AMOR QUE LOS PADRES TIENEN A SUS HIJOS

Es muy cierto que entre muchas tribus salvajes, y aun entre algunos pueblos semicivilizados, como, por ejemplo, el chino, es costumbre matar a las criaturas recién nacidas y especialmente a las hembras; y de este hecho no ha faltado quien deduzca que entre tales gentes no se hallaba desarrollado el sentimiento del amor paternal. Pero esto no es cierto; porque si los chinos dan muerte a las criaturas recién nacidas, lo hacen para evitarles una vida trabajosa o el que mueran más tarde de hambre, practicándose tan espantoso y repugnante acto de barbarie en las horas inmediatas al nacimiento. Si una criatura sobrevive un día o dos, su vida es respetada, pues ya se despiertan en sus padres los sentimientos de amor y ternura.

El sentimiento de amor que los padres tienen a sus hijos es mucho

mayor que el que los hijos tienen a los padres; lo que demuestra que este sentimiento no es hijo de la gratitud ni de la esperanza de derivar de él beneficios, sino perfectamente desinteresado. Si, como se sostenía en otro tiempo, los padres cuidasen a sus hijos para que éstos a su vez los atendiesen a ellos, la experiencia los habría sacado muy luego de su error. Pues desde tiempo inmemorial está perfectamente demostrado que, aun cuando los hijos se lo deban todo a sus padres, y la vida de éstos sea en muchas ocasiones una serie no interrumpida de dolores, sacrificios y ansiedades en beneficio de sus hijos, éstos no suelen corresponder en la misma medida, siendo el amor paternal mucho más intenso que el filial, porque tiene su fundamento y raíz en este gran instinto sin el cual la raza acabaría por extinguirse.

EL AMOR, DEL CUAL PROCEDEN TODAS LAS DEMÁS COSAS BUENAS

Vemos, pues, que de este instinto y del amor que le acompaña, proceden todas las cosas buenas de la naturaleza humana: generosidad, gratitud, piedad, abnegación, verdadero amor al prójimo. Cuando ejecutamos acciones meritorias guiados por otra razón que no sea el amor, nuestros actos no son de ordinario tan nobles, pues obedecen al temor del castigo o son hijos de la esperanza de obtener una recompensa. El instinto de la lucha, así como su emoción correspondiente de cólera, tiene por fin principal remover los obstáculos que se oponen a la satisfacción de cualquier otro instinto. Así vemos que hasta los seres dotados de carácter más benigno, se vuelven terribles y feroces cuando el instinto de protección al débil se suma con el de lucha, siendo en extremo importante esta relación existente entre la ternura y la ira.

Cuando se indignan los hombres ante la contemplación de alguna injusticia o crueldad, tales como la esclavitud, el maltrato de los niños y las mujeres, las matanzas de la Europa Oriental o las salvajes crueldades del Congo, el amor que a todos inspiran los seres desvalidos, juntamente con la cólera y el poderoso instinto de lucha, son los que hacen brotar en su pecho esta justa indignación.

LO QUE SIGNIFICA EL AMOR QUE SIENTEN LAS NIÑAS POR LAS MUÑECAS

Es interesante saber cuándo empieza a desarrollarse en los seres humanos el instinto paternal. Muy temprano, sin duda alguna. El amor que sienten por sus muñecas las niñas es la primera manifestación de él. No es cierto de ningún modo, como algunos aseguran, que las muñecas sean sólo para las niñas simples juguetes, y que la misma satisfacción sentirían poseyendo otro objeto cualquiera; las niñas, por el contrario, prefieren sus muñecas, como sabe perfectamente todo el que haya tenido ocasión de observarlas en sus juegos. El instinto paternal es en los niños innato y genuino. Una niña aficionada a esta clase de juguetes cambiaría con gran satisfacción su muñeca preferida por un niño real, de carne y hueso. En cierta ocasión vióse a una niña menor de dos años, que no había tenido ocasión de poder imitar a nadie, pues no había visto el ejemplo, besar a un recién nacido, acariciarle las manos y decirle palabras dulces y proceder, en una palabra, con él como su propia madre.

Existen algunos otros instintos de menor importancia, pero basta con lo expuesto para que nos hagamos cargo de la capital importancia que aquéllos tienen, para aprendar que a cada uno de los grandes instintos acompaña una clase especial de sentimiento, y, sobre todo, para convencernos de que éstos sentimientos e instintos son los que regulan y forman nuestro modo de ser y conducta.

EL GRAN PODER DE LA SIMPATÍA POR LA FELICIDAD O LA MISERIA

Hay en la parte afectiva de nuestra naturaleza otras operaciones que se designan con las palabras *simpatía*, *sugestión* e *intimidación*. Simpatía significa realmente « sentir con otro », y es un hecho que los signos exteriores de los sentimientos de una persona nos inclinan a participar de sentimientos análogos. Un niño se sonríe a la vista de un rostro sonriente, y llora casi

siempre que ve a otras criaturas llorar. Una cara placentera, parece que nos alegra el espíritu, en tanto que se contrista nuestro ánimo, cuando oímos a otra persona lanzar exclamaciones de horror. Nada hay que tanto excite nuestra ira como la contemplación de la cólera ajena. Nadie ignora qué diferencia tan grande existe entre la compañía de unos individuos y la de otros. En este sentido de la palabra no debemos suponer que la simpatía signifique siempre benevolencia o bondad: éstas son el resultado exclusivo de las emociones tiernas. Una persona que carezca de éstas puede, no obstante, sentirse profundamente afectada por las tristezas y miserias ajenas.

Se entiende por sugestión un extraordinario poder que poseemos sobre los demás, en cuya virtud podemos llevar el convencimiento al ánimo de otras personas, y hasta frecuentemente persuadirnos los unos a los otros a hacer toda clase de cosas sin ninguna razón real para ello. La sugestión se observa con mayor intensidad en los niños y en las personas aniñadas, siendo además mucho mayor el efecto que en aquéllos produce la edad y las apariencias de saber, fuerza y poder de las personas mayores.

DE CÓMO PUEDE DESAPARECER UN DOLOR DE CABEZA, SI HAY ALGUIEN QUE ASEGURE FORMALMENTE QUE HA PASADO

Fácil sería escribir un libro entero acerca de la sugestión, y, en efecto, muchas obras se han escrito sobre un caso particular de la misma, que se denomina *hipnotismo*, el cual es una especie de sueño en que caen ciertas personas, mediante determinados procedimientos, y en el que se hallan siempre dispuestas a obedecer cuantas sugestiones se les hagan. Esto es muy conveniente en ciertos casos, por ejemplo, cuando una persona ha estado padeciendo por espacio de varios meses fuertes dolores de cabeza, si la hipnotiza una persona respetable y le asegura que el dolor de cabeza ya ha desaparecido y que no le volverá más, es tan grande en estos casos la fuerza de la sugestión que, con frecuencia, cesan los padecimientos de la persona enferma.

También es una propiedad notable de nuestra naturaleza la imitación, viviendo en sociedad unos con otros, como de hecho vivimos, pues explica muchos actos de los hombres. Los efectos de esa inclinación natural se manifiestan en todas las edades, y muy en especial, en las primeras etapas de la vida, y es una de las cosas que no deben echar en olvido las personas que suponen que el hombre es un animal racional en el sentido de que jamás ejecuta una acción, sin tener para ello una buena razón lógica, perfectamente meditada de antemano.

LA ZORRA Y LA GALLINA

Una zorra cazando,
De corral en corral iba saltando.
A favor de la noche, en una aldea,
Oye al gallo cantar, maldito sea.
Agachada, y sin ruido,
A merced del olfato y del oído,
Marcha, llega, y oliendo a un agujero,
Éste es, dice, y se cuela al gallinero.
Las aves se alborotan, menos una
Que estaba en cesto, como niño en cuna,
Enferma gravemente.
Mirándola la zorra astutamente,
La pregunta: « Qué es eso, pobrecita?
¡Cuál es tu enfermedad? ¿tienes pepita?
Habla: ¿cómo lo pasas, desdichada? »
La enferma la responde apresurada:
« Muy mal me va, señora, en este instante:
Muy bien, si usted se quita de delante ».

¡Cuántas veces se vende un enemigo,
Como gato por liebre, por amigo!
Al oir su fingido cumplimiento,
Respondiérale yo para escarmiento:
Muy mal me va, señor, en este instante:
Muy bien, si usted se quita de delante.

SAMANIEGO.

PAN, CON LAS DULCES NOTAS QUE ARRANCA DE SU CARAMILLO, HACE SALIR DEL MAR A LAS SIRENAS.—CUADRO FANTÁSTICO



En este cuadro ha representado el artista una escena imaginada por los griegos y romanos de los más remotos tiempos, quienes poblaron el mundo de innumerables seres que sólo en sus imaginaciones existían. Uno de estos seres fué Pan, el supuesto dios de los pastores. Con el cuerpo de hombre, pero dotado de cuernos, piernas y pezuñas de cabra, tocaba el caramillo, instrumento del cual fué inventor, a cuyo compás bailaban las bellisímas sirenas. La repentina aparición de Pan suponíase que sumía a las gentes en el mayor terror y por eso designamos aún hoy con el adjetivo pánico al terror inopinado e invencible







Un caballo marino y dos cabezas de ballenas, tal como se las imaginaban los artistas de los tiempos remotos.

UNA FAUNA QUE NUNCA EXISTIÓ

ANIMALES CREADOS POR LA IMAGINACIÓN DE NUESTROS ANTEPASADOS

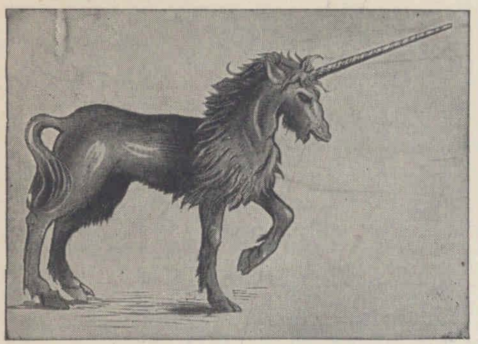
HABLANDO una persona doctísima acerca de la inteligencia de los animales, dice que se les ha atribuído mucha más de la que en realidad poseen. ¿Cómo es posible creer que el caballo se halle dotado de grande inteligencia, cuando, al cabo de millares de años de vivir en estado de domesticidad, sigue espantándose cuando encuentra una piedra blanca en medio de la carretera, y se encabrita y respinga, al ver un auto o un tren o al oir el fragor que producen?

No parece cosa fácil contestar a esta pregunta. Sin embargo, cuando reflexionamos sobre el asunto, a la vez que reconocemos la estupidez de los caballos que padecen esos terrores, no podemos menos de convenir en que la especie humana tampoco ha sido siempre tan discreta como en la época presente. En comprobación de lo cual, nos viene a la memoria que los hombres han creido en ciertas cosas evidentemente absurdas. El caballo domesticado desciende de un animal salvaje, a quien enseñó la experiencia que, mediante un repentino salto hacia un lado o hacia atrás, podía esquivar la acometida de los enemigos que le acechaban para atacarle; y por esta causa aun hoy, cuando algo le sorprende en su camino, se espanta y recula, porque no ha podido despojarse todavía del instinto del miedo y del deseo, instintivo también, de evitar todo peligro.

Una cosa análoga ocurre todavía hoy con muchos hombres. ¿Por qué en algunos países hay costumbre de tener una cabra en todos los establos? Porque los encargados de cuidar los caballos profesan la supersticiosa creencia de que el citado rumiante posee la virtud de inmunizar contra todas las enfermedades a los individuos de la especie equina. Los campesinos de algunas regiones creen que las aves nocturnas, llamadas chotocabras, roban la leche a las cabras, y designan aquéllas con el nombre de chupacabras. Otros creen que las inofensivas lagartijas acuáticas tienen un veneno mortal y que las ranas escupen ponzoña.

Entre los salvajes prevalecen las más extraordinarias supersticiones, y de ordinario adoran todo aquello que se les presenta como terrible e inexplicable. En algunas partes de la India, los naturales consideran la peste y el cólera como divinidades maléficas, a las que es preciso aplacar. Una tribu africana rendía veneración a las botellas, donde se guardaban las medicinas usadas para curar las enfermedades. Pero las creencias de los salvajes no son mucho más absurdas que algunas de las sustentadas por nuestros progenitores, aun en época de bastante cultura. Ahora nos reímos de ellas, pero no debemos desdeñar las lecciones que nos enseñan. Importa tener presente que nuestros antepasados creían en la

magia, de suerte que nada les parecía imposible; creían que los sapos tenían en la cabeza una piedra inestimable, que poseía la virtud de curar todas las enfermedades; y de aquí que en algún tiempo anduviera tan en boga el llevar

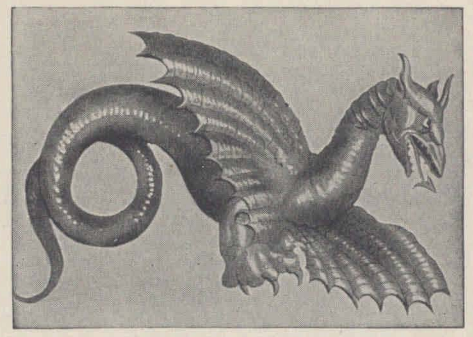


El unicornio tal como se suponía que era.

como amuleto la piedra llamada batraquita.

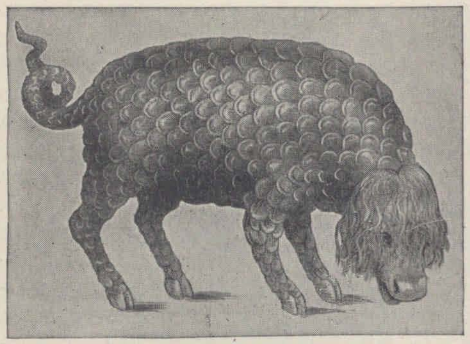
A la mitad de los animales que no existieron jamás, atribuyéronseles cualidades preternaturales. Así, del unicornio, que figura en el escudo de armas de algunas naciones, creíase que poseía un mágico poder en el cuerno. Los hombres emprendían largas peregrinaciones en busca de este animal que, según fama común, habitaba en la Arabia, en la India y en Marruecos. Nadie que usase vestidos propios de hombre podía acercarse a él; y para lograrlo era preciso disfrazarse de mujer joven, perfumarse los vestidos e instalarse en su guarida. Entonces el unicornio, atraído por el perfume, aproximábase y, seducido por la fragancia del olor, recostaba la cabeza en el regazo de la supuesta doncella y se quedaba dormido. Entonces el cazador no tenía más que asirle del cuerno y, dando un fuerte tirón, se quedaba con éste en la mano. A veces, sin embargo, se juzgaba esta operación demasiado arriesgada para un hombre solo; y entonces el cazador disfrazado atraía hacia sí al unicornio, y los otros, que se habían ocultado previamente, arrojábanse sobre el animal para arrancarle el codiciado apéndice frontal.

No hace a nuestro propósito exponer los medios de que se valieron los hombres de aquella época para hacer creer esta historia a sus oyentes; pero lo cierto es que tenían la osadía suficiente para referírsela y para mostrarles luego el supuesto cuerno del unicornio.



Un dragón alado imaginario.

Un escritor del siglo XVI hace mención de uno que vió en la corte de Isabel de Inglaterra, y cuyo valor, según asegura, era de 250,000 pesos oro. En el mismo siglo se conservaban en el archivo de Bayreuth, en el castillo de Plassen, cuatro de esos fabulosos cuernos; uno de ellos había sido dado a los margraves de Bayreuth por Carlos V en pago de una gran deuda, y por el mayor ofrecían los venecianos aun en el año 1559 la suma



La gorgona según se la imaginaron algunos países en la Edad Media.

de 30,000 zequíes (6000 pesos oro) sin que lograran que se les cediera a tal precio. ¿Qué era, en realidad, este cuerno del unicornio? ¡Simplemente un cuerno o colmillo de narval, que tiene una estría en forma de hélice! El rinoceronte suponíase que poseía algu-

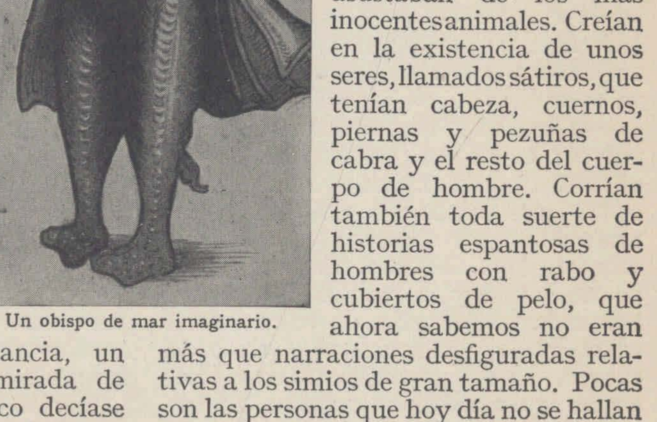
nas de las cualidades del unicornio; y el intrépido explorador Marco Polo dijo que no atacaba con el cuerno, sino que raspaba las carnes de su víctima, hasta llegar a los huesos con su temible lengua, toda cubierta de púas.

¿De dónde tomaron los hombres la idea de los dragones alados? Verdaderamente hubo un tiempo en que existían seres que presentaban una cierta semejanza con las cosas que las atemorizadas imaginaciones de los hombres pintaron; pero pertenecían a la época de los grandes reptiles, en la cual no existían aún los hombres. La existencia de estos seres no fué revelada a los hombres hasta mucho tiempo después de haber dejado éstos de creer en los dragones. Los dragones reales no echaban fuego por las narices y boca ni eran hijos de las águilas y los lobos, como nuestros antepasados creían. Cuando los verdaderos dragones caminaban sobre la tierra o surcaban el espacio, no existían aún los lobos ni las águilas. La idea del dragón llevaba siempre consigo toda suerte de terrores; y como se creía que los rinocerontes y unicornios purificaban el agua del veneno de los dragones, era mayor todavía el respeto en que eran tenidos estos últimos animales.

Pero nuestros antepasados no temían solamente a los dragones; creían que el basilisco era un animal mucho más temible aun. Considerábasele como el rey de los reptiles, y se suponía que era producto del huevo de un gallipollo, incubado por una serpiente, teniéndole ya, sólo por esta circunstancia, un supersticioso terror. Una mirada de los terribles ojos del basilisco decíase que era capaz de matar a un hombre, siendo tal la cantidad de veneno de que se le creía dotado, que infestaba de él el aire, de suerte que todos los seres que había dentro de su zona de influencia, plantas, hierbas, bestias y aves, morían sin remedio. Pero, en hecho de verdad, este espantoso monstruo no era más que un inofensivo lagarto que se alimentaba de pequeños insectos y seres que frecuentaban el agua y el follaje en que vivía, y tal vez la mayor parte de nuestros lectores hayan tenido ocasión de verle.



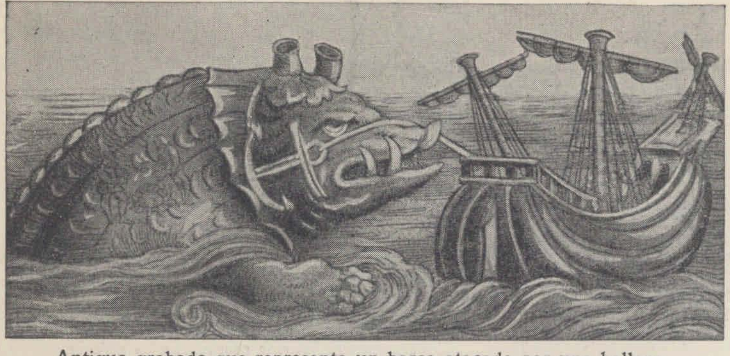
Dragón en el que creen mucho chinos.



Un obispo de mar imaginario.

Esto nos da una idea de la facilidad con que nuestros antepasados se asustaban de los más inocentes animales. Creían en la existencia de unos seres, llamados sátiros, que tenían cabeza, cuernos, piernas y pezuñas de cabra y el resto del cuerpo de hombre. Corrían también toda suerte de historias espantosas de hombres con rabo y cubiertos de pelo, que ahora sabemos no eran más que narraciones desfiguradas relativas a los simios de gran tamaño. Pocas son las personas que hoy día no se hallan familiarizadas con la idea de la esfinge;

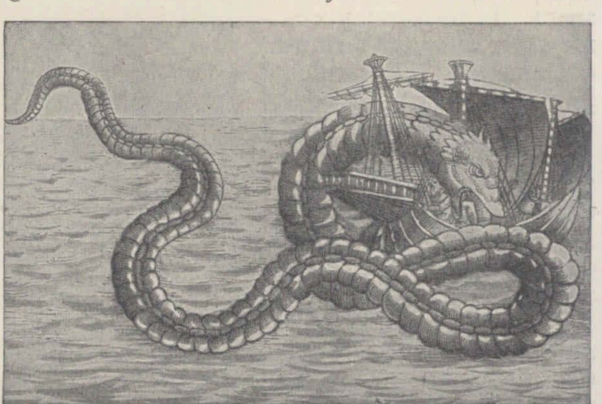
pero, cuando hablamos de la esfinge, acude al punto a nuestra mente la imagen de una cabeza colosal que se alza en los arenales de Egipto. En la antigüedad, sin embargo, era la esfinge un objeto que causaba verdadero terror a los hombres. La miraban como un ser viviente, como un animal que tenía la cabeza y el rostro de persona humana, el cuerpo de león, las alas de ave gigantesca y la cola de dragón. Pero el grifo era todavía más temible: su cabeza y cuello eran de águila, de tamaño cien veces aumentado, y su cuerpo de león, pero de proporciones ocho veces mayores que las del león ordinario. Las garras del grifo, según la vulgar creencia de tiempos pasados, alcanzaban las dimensiones de los cuernos de un buey, siendo tan enormes sus huesos, que de sus costillas se hacían arcos para los más corpulentos guerreros. No es de extrañar que si los pueblos de Europa creían en estos monstruos, creyesen los orientales en el roc, ave gigantesca, que se llevaba volando a muchos personajes de los cuentos de « Las Mil y una noches ». Mencionaremos demás el fénix, ave maravillosa que estaba consagrada al sol. Tenía el tamaño de un águila y se hallaba cubierta de hermosísimo plumaje, de color dorado en el cuello y púrpura en el resto del cuerpo. La cola se componía de plumas largas y de brillantes colores. Se trataba indudablemente del faisán dorado,



Antiguo grabado que representa un barco atacado por una ballena.

que se ve en la actualidad en casi todos los parque zoológicos. Cierto es que no tiene el tamaño del águila, ni renace de sus propias cenizas, ni vive 540 años, como contaban del fénix; pero, en cambio, coinciden sus señas con las que nos legaron de esta ave los antiguos naturalistas. Vieron un faisán dorado, entonces raro en Europa, y tejieron en torno suyo una historia de maravillas, de misterios y de mágia.

Inventaron también prodigiosas leyendas acerca de la zorra, del lobo, de la hiena, del león, etc. Llegaron a afirmar que los hombres se convertían en lobos, los cuales era más feroces que las fieras ordinarias. Los indios creen todavía que los hombres se convierten en tigres, y los naturales de Australia se imaginan que vive en ellos el espíritu de un animal, planta o árbol. Ideas semejantes descúbrense con frecuencia entre los salvajes de África. Las supersticiones creídas por nuestros propios abuelos en la Edad Media, tenían muchos puntos de contacto con las de los pueblos salvajes de hoy día.



Grabado antiguo que representa una serpiente de mar, cebándose en la dotación de un barco.

Ciertas expresiones usadas aún ahora nos demuestran cuán arraigadas esta-

COMBATE DE SAN JORGE CON EL DRAGÓN



Este combate se supone que representa el triunfo del cristianismo sobre el paganismo.



Combate fabuloso sostenido contra un dragón y unos toros que despedían fuego por narices y boca.

piernas y pies de cerdo y se hallaban recubiertos de grandes escamas. Su cabeza semejaba la de un buey, cubierta de tosco pelo, y sus ojos y su aliento, que eran lo verdaderamente temible, despedían un mortal veneno que mataba instantáneamente a los hombres o animales que trataban de atacarlos o tan sólo de aproximarse a ellos.

Hasta los niños pequeños se burlan y ríen al presente de estas historias ridículas que aterrorizaron un día las mentes de los hombres cultos y de los filósofos de la antigüedad. No nos extrañaría tanto que nuestros antepasados se hubiesen limitado a creer todos estos disparates, como los necios de hoy día creen aún en los brujas y espíritus; lo que mueve a risa y asombro es que escribiesen libros serios en los que se relataban terribles aventuras habidas con estos seres imaginarios. La relación de las cosas imposibles en que, en aquellas edades, creían las personas, no tiene casi fin.

Había un árbol que producía corderos; otro que se alzaba del fondo del mar, brotando de las maderas de los buques naufragados, y producía gansos. Admitíase la existencia de un animal espantoso, provisto de tres cabezas, una de león, otra de cabra y la tercera de dragón, conocido con el nombre de quimera, y la de otros seres fabulosos, llamados arpías y sirenas, que atraían a los navegantes hacia los bajos y escollos. Las arpías tenían la cabeza y el cuerpo de mujer y las garras de águila. Las sirenas de hoy en día son esos aparatos usados en las fábricas para señalar la hora a los obreros, o por los automovilistas para despertar en los caminos a los carreteros dormidos y por los vapores para avisar su salida y en tiempo de niebla; pero a las de la antigüedad se las suponía dotadas de

ban estas antiguas creencias. Todavía decimos de un movimiento que ha estado próximo a extinguirse y que vuelve a reanudarse otra vez, que «renace de sus propias cenizas como el ave fénix». A cierta clase de estufas las llamamos «salamandras», porque era generalizada creencia de que este animal podía vivir entre llamas. Todavía en lenguaje figurado se dice que alguien es más terrible que una gorgona. Los antiguos tenían sus gorgonas, monstruos cuyas cabezas hallábanse cubiertas de serpientes en sustitución del cabello. Pero nuestros abuelos tenían otras gorgonas de clases muy distintas. Eran éstos unos fabulosos animales, que habitaban en el continente africano, tenían el cuerpo de un gigantesco armadillo, cola de serpiente,

voces dulcísimas con las que lograban apartar a los navegantes de sus verdaderas rutas y estrellarlos contra las rocas.

No es de extrañar que el mar ofreciese a los antiguos amplio campo a sus fantasías, pues aun hoy los vastos y misteriosos océanos ejercen sobre nosotros indecible fascinación y terror. Todos conocemos el león marino, que no es sino una foca de grandes dimensiones; pero solía considerársele como un monstruo de los abismos, de forma parecida al león, cubierto de una cota de malla. La idea debió de partir de algún observador que advirtió que a esta foca, cuando está seca, le cuelgan largas crines que le dan el aspecto de un león, y alguién dedujo de aquí que este animal era realmente un león y añadióle la cota de malla al describirla, a manera de ornamento caprichoso. Tenemos también el elefante marino, una foca de aspecto repugnante y de grandes dimensiones, cuyo hocico recuerda la trompa de un elefante pequeño. En tiempos ya remotos escribieron los hombres acerca del elefante y lo representaron en sus cuadros como un animal con cabeza, trompa, comillos y piernas anteriores de elefante y el resto del cuerpo de pez.

El tamaño y la fuerza de la ballena ya son de por sí suficientes para dejar satisfecho al más descontentadizo; pero a nuestros antepasados, sin duda, no les parecían bastantes, por lo que le atribuyeron una longitud de 300 metros y una anchura de 150, con dientes de $3\frac{1}{2}$ metros de largo y ojos tan enormes, que en el espacio de cada uno de ellos podían acomodarse muy bien veinte hombres.

Asegurábase que la ballena poseía dos cuernos o tubos, a través de los cuales lanzaba grandes columnas de agua, capaces de hacer naufragar un buque. Decíase también que las ballenas se elevaban hasta las nubes y se dejaban caer después encima de los navíos, haciéndolos zozobrar. Su cabeza se hallaba, además, guernecida de un gran número de cuernos afilados. Por entre este cúmulo de extravagantes exageraciones vemos, no obstante, que alguien trató de describir una ballena provista de dientes, habiéndole sugerido la idea de los cuernos esparcidos por la cabeza las placas de barbas de ballena que poseen en la boca estos animales. Afirmábase que el monstruo subía a la



Hércules dando muerte a la hidra de muchas cabezas.

superficie del agua, trayendo gran cantidad de arena sobre sus lomos, ocurriendo en ocasiones que los navegantes se aproximaban a ellos con sus barcos y, tomándolos por islas, dejaban caer sus anclas sobre sus espaldas, desembarcaban y encendían sobre ellos candela para cocinar sus alimentos, hasta que la ballena sentía el calor del fuego sobre su piel y se sumergía de repente, arrastrando consigo buque y hombres.

Todavía queda un monstruo marino mucho más terrible que todos los anteriores y era el designado en algunos países septentrionales de Europa con el nombre de kraken. Creíase en la existencia de obispos y frailes marinos que se valían de mil medios para sembrar el terror entre los infelices navegantes, pero el que infundía mayor espanto era el kraken, monstruo cuyo dorso tenía milla y media de circunferencia, de suerte que, cuando flotaba sobre las crestas de las olas, los navegantes lo confundían con una isla, lo mismo que a la ballena. Pero el kraken hallábase dotado de brazos, cuya longitud igualaba a la de los más altos mástiles de buques, con los cuales podía apoderarse de los mayores navíos y sepultarlos consigo bajo las aguas del mar. Creíase que al sumergirse un kraken, producía tal remolino, que naufragaban indefectiblemente todos los buques que había en sus inmediaciones, ahogándose sus tripulantes. El primero que propagó la historia de este monstruo marino fué un obispo noruego. Sin duda lo que el buen prelado debió de ver fué en realidad un gran pulpo. Nadie sabe cuál es el tamaño de los mayores ejemplares de esta especie; pero podemos tener la certeza de que ninguno de ellos alcanza las dimensiones del descrito por el pusilánime obispo, ni son sus tentáculos capaces de hacer zozobrar un buque. Las narraciones relativas al kraken difundiéronse rápidamente; pero mezcladas con historias de serpientes de mar, de las que se refieren fábulas maravillosas. Es posible que existan serpientes de mar, pero, hasta el presente momento, ninguna de las historias que de ellas se refieren han tenido confirmación. Algunos peces de la familia del congrio han sido tomados por serpientes de mar, como también una especie de ballena cuyo lomo presenta una disposición especial, y otros animales marinos que han dado lugar a tan falsas, como peregrinas historias.

Había además las sirenas y tritones, siendo muchas las personas que aun creen que estos seres existen realmente. Los poetas han contribuído a mantener vivas estas leyendas. Las sirenas eran en la imaginación de los antiguos, hermosas mujeres con cola de pez, y los tritones los machos de la especie. Pero tanto las sirenas como sus galanes se reducían en puridad a manatíes de ambos sexos. Los poemas e historias nos pintan hermosisímas a las sirenas, pero los animales en sí son realmente espantosos y de aspecto repugnante y estúpido. Suelen tener unos tres metros de largo, y se hallan provistos de un notable hocico carnoso, que termina en una especie de disco. La madre se distingue por el amor con que cuida a su hijo; para amamantarlo yérguese en el agua, lo oprime contra el pecho y lo sostiene con una aleta, mientras nada con la otra; por eso los marinos, al verlos a cierta distancia, los han tomado a veces por una madre que nadase con su hijo en brazos. La leyenda relativa a sus cabellos no es probable que tenga por base las crines que les rodean la cara y la cabeza. Los manatíes se alimentan de algas marinas; y es casi seguro que esas algas se han tomado por melenas. A cierta clase de sirenas dióseles el nombre de obispo de mar, porque se supuso que tenía la cabeza en forma de mitra.

La lista de cosas absurdas, en que nuestros antepasados creían, dista mucho de hallarse agotada; pero por las que acabamos de ennumerar podremos comprender en qué mundo tan imaginario y fantástico vivían. No se crea, por eso, que somos tan superiores a ellos; pues en muchas aldeas, y aun en medio de ciudades populosas, prevalece todavía la más degradante ignorancia.

A UN MAL RETRATO DEL AUTOR, Y AL AUTOR DEL MAL RETRATO

Con su peculiar gracejo se burla aquí Bretón de los Herreros de un desdichado retrato suyo y del autor del mismo.

¡MIENTES! *Tú* no eres *yo*. ¡Mientes, bellaco!
Pudo ser el de Gestas ese gesto,
Pudo ser el de Judas o el de Caco;

¿Mío? ¡Jamás! Lo juro y lo protesto;
Y para dar mi nombre a tal blasfemia
Ni en la Instituta hay ley ni en el Digesto.

Pregunten en mi casa, en la Academia,
En el café, en el Prado, si mi cara
Espanta como el trueno o la epidemia.

No es que blasone yo, ¡Dios me librara!
De venusto, y donoso y pulcro y lindo;
Mas ¿figura de proa o de mampara?...

No a las deidades del sublime Pindo
Culto daría tan aciago busto
Que ruibarbo destila y tamarindo.

¿Cuándo fuí yo tan áspero y adusto?
¿Cuándo hubo en mí ese tinte ni esa tinta
Que exponga a nadie a enloquecer del susto?

¿Quién reconoce en tan aviesa pinta
Al que, si no presume de Narciso,
Tierno fué, y lo es aún, como un Aminta?

A hombre encarado así fuera preciso
Que Pedro, sin más trámite, la puerta
Tapiara del celeste Paraíso.

Y una vez la impostura descubierta,
¿Será mucho un porvida a cada rasgo
Y por cada facción una reyerta?

Español ó francés, suizo o pelasgo,
¿No he de llamar calumniador infame
Al que así me transforma en fiero trasgo?

¿He de sufrir sin que a los cielos clame
Que un temerario a engendro tan aleve
Manuel Bretón de los Herreros llame?

¡Cómo! ¿justicia habrá para el que leve
Injuria en una acción o en un vocablo
A inferir a su prójimo se atreve,

Y no para el que en público retablo
Tal a un vecino honrado desfigura,
Que no osaría prohijarle el diablo?

¡Feliz yo, si tan ruin manufactura,
Ya que mi cara no genuina y propia,
Fuese de ella mordaz caricatura!

Siquiera al troglodita de Etiopía
El maligno pintor me asimilase,
Pudiera brujuleárseme en la copia

Nadie contra el pintor pide un *ukase*,
Que, aun ridiculizándole en estampa,
Le distingue entre el vulgo de su clase;

Y hay más de un presuntuoso que se alampa
Porque su oscura faz caricaturen
Si así el mochuelo entre los cisnes campa.

Mis defectos propalen y censuren;
Lleven hasta la hipérbole la mofa,
Mas no, sin ton ni son, me desnaturen.

Pues no me juzgo de mejor estofa,
Y a un rey he visto convertido en pera,
Hagan de mí una col o una alcachofa;

Mas lo diga: he pintado una quimera,
O el pintor en la que haga a su capricho
Deje algo de mi cara verdadera;

Y no se diga de él lo que se ha dicho
Del que al pie de sus torpes mamarrachos
Ponía: este es un gallo; este es un micho.

Rían de mí en buen hora los muchachos,
Pero rían de mí cuando en petacas
Me vendan o aleluyas los gabachos.

Cuando a la feria mis facciones sacas,
Pintor, yo no te pido que me loes
Ni que indulgente seas con mis macas.

Tengo una que ni Celso ni Averroes
Pudieran corregir; la que siquiera
Me iguala en esto al inmortal Camoes:

Y el pincel detractor ¡quién lo creyera!
Hasta en la ausente luz me falsifica
Trasladando el eclipse a la otra acera.

Porque cargue en lo feo no me pica,
Que fuera necio y femenil orgullo,
Quien me forja esa faz con que trafica.

Esopo (es ya verdad de Perogrullo)
Romo, giboso y de infeliz pergenio,
No brindaba de amor al blando arrullo.

Lindos no fueron Alarcón, Celenio,
Ni otros cien que a la cumbre del Parnaso
Se alzaron en las alas de su genio.

Mas algo de ese genio nada escaso
Hubo de transpirar; algo el oculto
Fuego brilló a través del tosco vaso.

Yo, mediocre poeta, no en mi bulto
Pienso escrito llevar *Deus in nobis*;
Pero ni soy feroz, ni soy estulto;

Y tanto a mí semeja el *coram-vobis*
Con que cual *vera effigies* se me vende,
Como a Ataulfo, o Recesvinto o Clovis.

Pero el que tanto con su brocha ofende...
Al arte más que a mí, no es compatriota
Sino un extraño artífice de allende,
Merecedor de cárcel y picota.

EL MERCADO

Muy típico, a la par que original y poético, es el cuadro que con felices pinceladas traza José Joaquín Pesado en los siguientes versos.

LA lumbre del sol hermosa
Deja el imperio del cielo
A la sombra temerosa,
Pero la noche amorosa
Tiende su estrellado velo.

Muestra apenas su camino
La nueva luna en la esfera:
El lucero vespertino
Sobre el alta cordillera
Lanza su rayo divino.

Dibujan las llamas puras
De encendidas luminarias
Entre las sombras obscuras,
En bien marcadas figuras
Del pueblo las calles varias.

Las que desde el monte vistas
Por sorprendido viajero,
Forman a sus ojos listas
De trémulo reverbero
Y de fantásticas vistas.

Mientras el templo sagrado
Lleno de piadosa gente,
Brilla, de luz inundado,
Con las antorchas fulgente,
Con incienso perfumado;

Mientras el acorde coro
Hace que su voz concuerde
Con el órgano sonoro,
Y ora su acento se pierde,
Ora domina, canoro.

La multitud se derrama
Y a opuestos puntos camina,
Donde el placer la reclama,
O la novedad la llama
En cada calle y esquina.

En puestos y aparadores
Y de la plaza en las fuentes,
Brillan vasos de colores
Y botellas transparentes
Con embriagantes licores.

Junto al barnizado tarro
Que guarda dulce conserva,
Brilla un búcaro bizarro:
Agua helada, que reserva
El grato olor de su barro.

Vense en formas desiguales
De azúcar cándida y leve
Los esponjosos panales,
Y en porcelana y cristales
Los blancos grumos de nieve.

Acá en hileras tendidas
Están en limpias esteras
Naranjas de oro encendidas,
Limas cual cera, y teñidas
De vivo carmín las peras.

Allá, como la esmeralda,
Los limones aparecen,
Las manzanas como gualda,
Las fresas, que tiernas crecen,
Del monte en la húmeda falda.

También la encarnada guinda,
La nuez de dura cubierta,
La fruta del moral linda,
Y la granada, que abierta
Todos sus tesoros brinda.

En fin, a los ojos lucen
Cuantos de aquellos confines
Los huertos frutos producen,
Y las flores que relucen
En sus cerrados jardines.

Donde rosas y azahares
De aromas forman corrientes,
Y disipan los pesares
Las aves con sus cantares,
Con su murmullo las fuentes.

EL CAZADOR

DE la montaña yo soy el hijo,
Cual la gamuza, como las águilas:
Yo no desciendo nunca a los campos
Más que por pólvora, más que por balas;
Después regreso; desde mi nido
Al hombre veo cómo se arrastra,
Y estoy tan alto que el mismo trueno
Sin remontarse no me alcanzara.

Después, de caza, en mis dos manos
Tan sólo bebo del cielo el agua,
La senda estrecha por que camino
Del paso humano virgen se halla.
En mis pulmones ni un soplo inmundo:
El azul aire bebo a mis anchas,
Y ningún vivo cual yo en la tierra
A Dios se acerca ni a su morada.

EL GUARDADOR DE PUERCOS—CUADRO DE W. E. LOCKHART

Un nido de águila tuve por cuna,
Igual que un héroe, como un monarca;
Viví sin freno, viví sin reglas,
Que hombres y leyes vence mi alma.
Con su sudario sé ha de cubrirme
Tras de mi muerte fría avalancha,
Y blanca nieve sobre mi cuerpo
Ha de elevarse, tumba de plata.

TEÓFILO GAUTIER.

LAUDABLE TEMPLANZA

Aunque otra cosa rece el irónico título de este epigrama, no tienen por cierto nada de laudables las insaciables tragaderas de un huésped como el aquí aludido por Nicolás Fernández de Moratín.

AYER convidé a Torcuato:
Comió sopas y puchero,
Media pierna de carnero,
Dos gazapillos y un pato.
Doile vino y respondió:
—Tomadlo vos, por mi vida,
Que hasta mitad de comida
No acostumbro a beber yo.

LA ESTATUA DE COLÓN

Muchos son los poetas notables que han cantado con gran entusiasmo al inmortal nauta genovés, ensalzando su hazaña de descubrir el Nuevo Mundo, como uno de los hechos más portentosos que ha ejecutado el hombre. Rafael Pombo, ilustre vate colombiano (nacido en Buga en 1833), llega en su admiración hasta a llamar dios a Colón en estos hermosos versos.

NO era un hombre, era un dios el que, a despecho
De las tinieblas del error profundo,
Juego y escarnio de los hombres hecho,
Y armado de una idea contra un mundo,
Dijo a ese mundo, altivo y satisfecho:
«¡Yo, solo yo, vuestro saber confundo,
Yo en mi pobre locura os desafío
Con otro mundo inmenso, y nuevo, y mío!»

No era un hombre, era un dios el que, vagando
De nación en nación, de trono en trono,
Émulos miserables encontrando
Do hallar pensara liberal patrono,
Iba, bañado en lágrimas, rogando
Más tenaz cada instante en su abandono,
Que vieran lo que ver sólo él podía,
Que tuvieran la fe con que él creía.

No era un hombre, era un dios, el que agitado
Del rapto omnipotente del profeta,
Sin más luz que la luz del inspirado,
Y una alma audaz de abnegación repleta,
Viendo todo en su pérdida obstinado,
¡Y osando todo, fabuloso atleta!
Lanzóse en pos de un ignorado mundo,
A un ignorado mar, sordo y profundo.

¡Ay! ¿dónde irá? ¿quién ve, quién encamina,
Ese feble bajel, solo y proscrito,
Que va cual descarriada golondrina,
Perdido en el azul del infinito?
Parece una alma triste y peregrina
A quien empuja el dedo del delito...
¡No! ¡dejad! no temáis: Colón va en ella:
¡Medir la inmensidad! he allí su estrella.

En vano ruge el huracán, y en vano
La rabiosa borrasca se rebela
Y sacúdese hambriento el Oceano
Bajo la pobre y frágil carabela;
Y cual si Dios negárale la mano,
Huye la luna y la esperanza vuela,
Y a un grito de despecho y de venganza,
Contra Colón la turba se abalanza.

¡Vedlo! cruza los brazos, y sereno
Cielo y piélago y hombres desafía;
Vibra el ojo imperial y el noble seno
Reta el furor de la canalla impía:
Pero ésta vuelve atrás; y al son del trueno
Y al recio azote de la mar bravía,
Todo parece que a Colón ostenta
¡Rey del peligro, dios de la tormenta!

Mas...pasó la ocasión: la mar furiosa,
Cual de asombro y cansancio se adormece,
Sopla próspero el viento, y generosa,
Rauda la carabela le obedece;
La quebrantada multitud reposa
Y ya la virgen alba se estremece,
Mientras con ojo de águila altanera
Colón, siempre de pie, mira... ¡y espera!

¡Hubo luz... y hubo tierra! ¡Tierra! exclama
De súbito una voz; y en el momento
¡Tierra!... de popa a proa se proclama
En himno de frenético contento;
¡Tierra! es el grito unísono que inflama
La multitud en loco arrobamiento,
Y a los pies de Colón lánzase y llora:
Y, dios imaginándolo, ¡le adora!

Pero él, no ve, no escucha: entrambas manos
En humilde oblación levanta al cielo,
Vertiendo de sus ojos soberanos
Llanto de gratitud y de consuelo.
Vió, y midió su mirar dos oceanos;
Abrazó el mundo y lo encontró gemelo;
Y, creador como Dios, de su delirio
Brotó su creación...y su martirio.

¡Su martirio!... tal fué la recompensa
Que alcanzó al fin, cual Redentor de un mundo,
Al conquistarlo con audacia inmensa
Para la cruz que en él plantó fecundo;
Era para los hombres alta ofensa
Su excelsa fe, su adivinar profundo,
Y para hacer más grande su victoria,
Santificaron con su cruz su gloria.

Mas ¡ay! si, indigno de Isabel primera,
Tan mal el español te galardona,
¡Cuál tu irritada sombra álzase fiera
Colombia, hercúlea, espléndida Amazona!
Y en tu nombre es el triunfo su bandera
Y en tu nombre magnánima perdona;
Y en tu nombre la fábula realiza,
Y así segunda vez te inmortaliza.



Y hoy, en ese aderezo esplendoroso
De perlas y coral que entrelazaron
Dos mares en el cuello primoroso
De tu indiana gentil; do celebraron
Las bodas que al fortísimo coloso
Y a la virgen del mundo prepararon.
Hoy van tus hijos a la par dolientes,
A dar honra a tu imagen reverentes.

Allí do al sello de tu augusta planta
Uniéronse dos cuartos de la tierra;
Donde lloraste con angustia santa
La iniquidad que la ambición encierra;
Allí el ángel serás que armado espanta
Al que nos traiga servidumbre y guerra:
Guardián del paraíso que tú mismo
Con tu brazo arrancaste del abismo.

Álzate allí, para que el mundo veas
En incesante, hirviente torbellino
De amor y admiración ricas preseas
Detenerse a ofrendarte en su camino.
Allí con mano justa balanceas
De tus dos continentes el destino;
Y oyes, en cada ola, a cada instante,
¡Dos mares saludándote gigante!...

Pero ¡qué! ¿No te basta el monumento
Que te fundó Dios mismo cuando el
trazo
Hizo de la creación? Al firmamento
Amenaza en el regio Chimborazo:
Mide la tierra su estupendo asiento,
Y le equilibra su estupendo brazo.
¡Tú, genio de los genios sin segundo,
Pedestal de tu estatua hiciste un mundo!

LOS TREINTA DINEROS

Wáshington P. Bermúdez, poeta uruguayo nacido en 1847, y que se ha caracterizado principalmente por sus composiciones satíricas y festivas, zahiere aquí, comparándolos con Judas, a los políticos y escritores que por dinero defienden malas causas y aplauden a los que merecen censuras.

SI por treinta dineros, que a la cara
Le arrojaron los jueces con desprecio,
Vendió una noche el miserable Judas
Al sublime maestro,
Hoy seres viles, a la luz del día,
Titulándose apóstoles del pueblo,
Venden su pluma y su conciencia venden...
Quizá por mucho menos.

El cobarde judío, avergonzado
De su traición, y arrepentido luego,
Por propia mano se infligió el castigo
De su crimen horrendo.
¡Y los venales escritores nunca
Sienten rubor al recibir el precio
De sus aplausos; las monedas toman,
Impúdicos, riendo!

Protervo fuiste al negociar la sangre
Del venerando mártir galileo;
¡Esos que venden su conciencia y pluma
Son Judas más protervos!

¡Más probidad y más honor tuviste,
Vil Iscariote, en tan remotos tiempos,
Que honor y probidad en los actuales
Tienen los fariseos!
Tú, después de la infamia, te colgaste;
Los otros cuelgan una cruz al pecho,
Y se deleitan al sonoro ruido
De los treinta dineros.

SINFONÍAS DE LA NIEVE

Cual fantástica comitiva evocada por la musa de Leopoldo Díaz, va desfilando ante nuestros ojos la falange de dioses y héroes que creó la fantasía de los pueblos del Norte de Europa e inspiró a Wagner sus inmortales obras sinfónicas.

LARGA túnica de armiño
Ostenta el pálido invierno:
Un Burgrave taciturno que camina
Sobre el hielo.

Descendió de las montañas
En fantástico trineo,
Arrastrado por diez gnomos, que cabalgan
En diez renos.

Canta una canción extraña
El hosco y ceñudo viejo
Al compás de las plateadas campanillas
Del trineo.

Canta una canción del Norte:
(¡El mar brama! ¡Cruje el témpano!)
La Balada de las brumas, de las neblinas
Y el viento.

Es la ciudad triste y blanca, muda y blanca;
Es la ciudad muerta y blanca
Que un hondo lamento arranca...
Y las cúpulas enormes se levantan como
un grito
Congelado al infinito.

Y en las ateridas torres de las viejas
catedrales
Duermen taciturnos monjes de las épocas
feudales,
Rígidos bajo los pliegues de cenicientos
sayales:
Son los monjes taciturnos
De los siglos medioevales...
En las polvorientas criptas sueñan pálidos
ascetas
De manos enflaquecidas y de trágicas
siluetas.
Bajo el bárbaro cilicio sangran sus carnes
mezquinas
Y florecen en sus labios las azucenas
divinas...
Son los pálidos ascetas
De mejillas descarnadas y amenazantes
siluetas...
Doblan lentamente, doblan las campanas,
y los vientos
Les responden con gemidos soño-
lientos;
Doblan, doblan las campanas de los fúne-
bres conventos
Y las cruces retorcidas de los templos
Su perfil agudo erigen, como callados
ejemplos.

En sus túnicas, las sombras de los monjes adelantan,
Y sus descarnados dedos en el aire se levantan,
Bajo el cielo opaco y triste, blanco y triste, mudo y triste
Que a la ciudad muerta viste:
¡A la ciudad muda y blanca,
Que un hondo lamento arranca!
Sobre el cielo—en cuadratura—
Como una Ofelia sonámbula,
Está la Luna doliente,
Y sus luminosas lágrimas
Por el manto de la noche van cayendo
Como pétalos marchitos,
Como amarillas corolas de una gran selva de acacias.
Tiene el rostro de una muerta
La Luna doliente y pálida;—
Tiene el rostro de una muerta, de una exangüe
Desdémona estrangulada.
Un celaje la circunda como el velo
Sutilísimo de gasa:
Como el velo con que cubren a las Vírgenes
En el ataúd sin mancha.

¿Por quién suspiras, Princesa,
En el balcón inclinada
Del castillo negro y hosco de Elsinor; por quién suspiras;
A quién, en la noche, aguardas?
Tu corona de nenúfares se marchita en el silencio:
¿A Hamlet, acaso, llamas?
¡Pobre margarita mustia! ¡pobre lirio! ¡pobre anémona!
¡Flor caída entre las ondas que la locura arrebata!

¿Por qué nos mira la Luna,
La Luna doliente y alba—
La Luna doliente y triste,
Como una muerta sin flores en su cripta solitaria?
¿Por qué nos sigue de lejos
Con su pupila cansada
De llorar en los abismos,
De llorar en los abismos azules todas sus lágrimas?

Brilla el Sol de media noche
Sobre la estepa callada:
Sobre la estepa solemne donde sus muros exultan
Mil alcázares de llamas;—
Mil alcázares en donde los manes de los guerreros
De Walhalla
Beben hidromiel en rubias copas de ámbar:
Beben hidromiel y cantan.

Brilla el Sol de media noche
Y fulguran las espadas.
Y resplandecen los cascos de los fúnebres guerreros
Del Walhalla:
Con sus rojas cabelleras esparcidas
Como desnudas espadas,
Las Walkirias, en sus potros desbocados,
Adelantan;

Y con voces que parecen el rumor de cien clarines,
De cien clarines de plata,
Las Walkirias, con sus rojas cabelleras esparcidas,
Así cantan.

—«¡Impasible, Odín, sonríes en tu trono de rubíes
Recordando las frenéticas batallas,
Y el rugido de los bravos al caer bajo los golpes,
Y la sangre de las lanzas,
Y el rumor de los escudos, y el estruendo
De las hachas!...»

«Brilla el Sol de media noche
Sobre la nieve fantástica,
Donde yerguen mil alcázares la brillante pedrería

De sus domos atrevidos y sus almenas de ágata:
¡Y a la muerte alzan un himno
Los fatídicos guerreros moradores
Del Walhalla!...»

Bajan, en hueste bravía, los bizarros paladines
De San Graal:
Sobre sus yelmos de plata, un cisne tiende las alas,
En actitud de volar.

Y las armaduras brillan, bajo el sol, en las laderas
Del místico Montsalvá;—
Y los estoques fulguran, y las lanzas resplandecen
Como el oro de un trigal;

Y los ecos van diciendo, por los valles y los montes,
Como las olas de un mar,—
Y los ecos van diciendo, como un coro de trompetas:
«¡Parsifal!...»

Cantan las Vírgenes pálidas desde los Limbos obscuros,
Los salmos de la nostalgia, los salmos de la tristeza.—
Cantan las Vírgenes pálidas desde los valles profundos
De la Thule de las nieblas:

« La espuma levanta sus cándidas franjas,
Se escuchan errantes rumores que tiemblan,
Acordes ahogados de besos dormidos,
Preludios lejanos de tiorbas angélicas.
Parecen veladas campánulas de oro,
Parecen suspiros de blancas libélulas,
Parecen susurros de pétalos tenues,
Parecen gemidos de rosas enfermas...
Quizá son distantes lamentos de mundos,
Lamentos distantes de azules estrellas,
Quizá son estrofas de un canto divino,
De un canto celeste las rimas aéreas,
Salmodias perdidas de arcángeles mustios,
Perdidas plegarias que flotan y tiemblan...
Los grandes Querubes que pulsan las arpas,
Las arpas gigantes de múltiples cuerdas.
¡Oíd!... son los ecos de liras errantes,
Pulsadas por ángeles, allá en las esferas,
Lejanos acordes, arpegios, susurros,
Que cantan, que giran, que ondulan, que ruedan!... »
Cantan las Vírgenes pálidas, desde los valles profundos
De la Thule de las nieblas...

Cae la nieve en anchos copos silenciosos
Como lágrimas de arcángeles llorosos;—
Cae la nieve, cae la nieve taciturna
Cual fragmentos infinitos de una urna,—
De una urna gigantesca de alabastro:
Cae la nieve, cae la nieve dejando un gélido rastro...

Plumas dispersas de cisnes que un mudo viento arrebata,
Plumas de cisnes que ruedan en espirales de plata;
Plumas de pálidos cisnes, que el viento impulsa en la noche
O pétalos impalpables de lirios que abren el broche
En los jardines del Cielo—que cultivan los Querubes
Más allá de las montañas y más allá de las nubes:—
Pétalos desmenuzados, leves pétalos de lirios
Que deshojaron las Vírgenes en los bárbaros martirios
De las antiguas edades; pétalos inmaculados
Que la clámide sonora de los vientos arrojados,
Y que al caer de tan alto, de tan enorme distancia,
Fueron perdiendo en los Limbos del dolor toda fragancia...
Cae la nieve, cae la nieve en copos intermitentes
Como sollozos ahogados de lívidos penitentes,—
Cual gemidos congelados de dolorosas visiones,
Que vagan perpetuamente por solitarias regiones,—
Vagabundas formas blancas de dolientes agonías,
Amargadas por los sueños de las muertas alegrías...
Cae la nieve en ondulantes, en volubles, raudos giros,
Como plegarias errantes, como apagados suspiros,
Como murmullos ahogados de una letanía breve,
¡Cae la nieve!... ¡Cae la nieve!...

Una ciudad todo mármol, todo pórfido, todo ágata,
Donde van los Peregrinos del Ensueño
En teorías, como lentas caravanas;
Ábrense las puertas de oro
Al resonante clamor de cien trompetas de plata,
Que cien heraldos embocan
Desde las almenas áureas.

Una ciudad todo mármol, todo pórfido. Una magna,
Una misteriosa Eleusis interior, en donde cruzan
Como legiones calladas,
Con sus grandes liras de oro los egregios
Soñadores, los que sufren, los que cantan:
Los pálidos Caballeros del Ideal, y los tristes
Crucificados del Alma.

Una ciudad muy solemne. Una ciudad muy extraña,—
Donde las negras Esfinges de negro pórfido
Aguardan
Quien descifre el hondo enigma de sus ojos taciturnos,
De sus ojos sin mirada,—
De sus grandes ojos muertos que padecen las divinas

Ataraxias:
Como en los templos de Memfis y de Lúksor
Las estatuas...
Una ciudad todo mármol, todo pórfido, todo ágata.

LA CAPILLA

El famoso poeta y autor dramático francés Edmundo Rostand (nacido en Marsella en 1868), se complace en describir el aspecto y adornos de la capilla en que celebraría con gusto su boda, para terminar diciendo que su prometida vive sólo en las regiones de la Fantasía, donde florece la camelia azul. El asunto ofrece al poeta ocasión de lucir las galas de su rica imaginación.

SÉ de una capilla pulcra y elegante
Donde a media noche, feliz y triunfante,
Yo la condujera, trémulo de amor.
Luciría el ara transparentes blondas;
El incienso, al cielo subiría en ondas;
Cubriría el piso deshojada flor.

Sobre fondo de oro, las Madonas puras
Alzarían pálidas hacia las alturas
La mirada, en éxtasis de fe y de piedad;
Los parpadeantes, pequeñuelos ojos
De los blancos cirios, titilando rojos,
Resplandecerían en la obscuridad.

Resplandecerían entre las guirnaldas
Que, vistiendo el coro con flotantes faldas,
Gruta fingirían de fresco verdor;
Seto de azaleas y de rosal blanco
A los dos consortes dieran paso franco
Formando un florido y amplio corredor.

Serán las flores todas olorosas,
Nardos y violetas, jazmines y rosas,
Muchas azucenas, mimosas también.
Seguiría el órgano, sonando muy piano,
Cual soplo de brisa que se oye lejano,
De los incensarios el blando vaivén.

Un coro invisible lento cantaría
Una religiosa, dulce melodía
Que llegase apenas al sagrado altar;
Mezclando el incienso su esencia a las flores,
Perfumes nos diera tan embriagadores
Que nos causarían tierno desmayar.

Ella ostentaría, como nupcial velo,
Dando marco de oro a su faz de cielo,
Sueltos los cabellos, que yo aun no besé.
Para que se cumplan mis votos de amante,
Sé de una capilla pulcra y elegante...
Pero de la esposa que amo, nada sé.

Porque es un soñado país fabuloso
Donde mi adorada luce el rostro hermoso
De celeste Virgen entre olas de tul;
El país lejano de la Fantasía,
Al cual no ha llegado nadie todavía,
Y en donde florece la camelia azul.

PAISAJE AZUL

La exquisita sensibilidad de Ismael Urdaneta refleja poéticamente en esta descripción la serena y límpida calma de un bello paisaje.

AHORA sí está el paisaje cristalino
Porque la lluvia se ha alejado, y queda
Un cielo de color azul marino
Y una luna clarísima de seda.

En el barrio apacible y silencioso,
Es tan vivo el lunático reflejo,
Que hasta distingo el Ávila, rugoso
Como la piel de un elefante viejo.

Los árboles se ven como de plata.
Bajo el puente, con grave murmurío
Discurre una onda turbia y se dilata
Como cubierta de diamante, el río.

Paisaje azul y diáfano, suspiro
Tu radiosa quietud de aguas tranquilas;
¡Yo quisiera tu nota de zafiro
Para la decepción de mis pupilas!

EL TURCO

El poeta chileno Francisco Contreras (nacido en 1877) retrata en este soneto a un infeliz buhonero turco, a quien los azares de la suerte han reducido a extrema miseria, lejos de su patria, y que se transporta, en alas de la imaginación, a la región de los recuerdos, buscando lenitivo para su tristeza e infortunio.

SENTADO en un escaño, sentado en la Alameda,
La pipa entre los dientes, el pobre viejo está,
En tanto la azulosa neblina lenta y queda
De los escuetos árboles colgándose va ya.

Es turco. Es de Estambul. (El rojo fez le queda.)
Vendiendo baratijas se vino desde allá.
Mas hoy está arruinado: su kiosco de oro y seda
Diezmóle con el fuego la cólera de Alá.

Medita. Bajo el humo de su pipa moruna,
Medita transportándose... ¡Oh sueños de fortuna!
Bazares de Damasco, tesoros de Almanzor...

Y rápida la niebla más fúnebre y silente
Reduce el horizonte... Y más profundamente
Se hunde el pobre viejo en su íntimo dolor.

FACHADA DE LA CATEDRAL DE AMIÉNS

6922

DANZA Y CANTO DE LOS RATONES



LAS HADAS CONTEMPLABAN EMBELESADAS EL ESPECTÁCULO

LA FIESTA DE LOS RATONES

ERNESTO era un muchacho muy despejado, que tenía una gracia especial para contar cuentos, exornándolos con comentarios más o menos poéticos, de su propia cosecha. A su hermanita Elisa le gustaba mucho oirle, y no perdía ocasión de importunarle, pidiéndole alguna narración.

—Oye, Ernesto—le dijo un día;—ya hace tiempo que me has prometido el cuento de la fiesta de los ratones, y nunca cumples tu palabra.

—Bien, te la cumpliré ahora mismo, pero a condición de que no me interrumpas como sueles, pues te advierto que, si lo haces, a la tercera vez me callaré.

—Ya verás cómo te escucho sin chistar.

—Entonces, empiezo.

«Era una noche muy calurosa, de fines de verano, y Floralinda, le reina de las hadas, no podía conciliar el sueño. Estaba más pálida que de ordinario, y a cada instante llamaba a sus camareras de servicio, Esmeralda y Amatista.

—Señora—le dijo por fin ésta,—¿por qué no salir a gozar del agradable ambiente de la campiña? El blanco disco de la luna esparce en el horizonte una dulce y brillante claridad que compite con la del astro del día. La atmósfera está en calma; el cielo, límpido y azul; y es tan suave el aliento de la brisa, que apenas mueve las hojas de los árboles.

—Y bien, ¿adónde iríamos?—preguntó impaciente la soberana.

—A la floresta de los pinos—contestó Amatista.—Es un sitio delicioso; y precisamente allí se celebra hoy la gran fiesta de los ratones de las praderas, a la que hace tiempo estamos invitadas.

—Ea, pues; siendo así, no hay más que hablar.

Oyóse a poco un levísimo rumor de alas, y en breves momentos Floralinda y sus dos damas cruzaron invisibles el espacio y aparecieron sentadas alrededor de un grueso tronco de encina, recién aserrado. No bien las hadas estuvieron en sus puestos, surgió sobre la rústica plataforma que formaba la aserrada superficie, un gnomo estrafalario, provisto de un instrumento músico, mezcla de violín y mandolina. El gnomo hizo una reverencia, blandió el arco tres veces, marcando un compás, y preludió una sinfonía original, conjunto de rumores de pisadas furtivas sobre la yerba, craquear de roeduras, arañar de escarbo y estornudos ratoniles.»

—¡Vaya una música más rara que debía de ser ésa!—exclamó Elisa.

—Todos los ruidos tienen su música, cuando se sabe oir, dice el libro que nos regaló papá el día de su santo. Y advierte que ya me has interrumpido una vez. Pero prosigo.

«Luego el gnomo, con una voz cascada e indefinible, cantó:

Abandonad al punto las madrigueras,
Ratoncitos alegres de las praderas;
Y, de mis melodías al dulce son,
Celebraréis, tejiendo festiva danza,
Los sabrosos placeres que en lontananza
Os ofrece la pingüe recolección.

Obedeciendo al conjuro misterioso del canto, empezaron a llegar de aquí y allá, vestidos con moteados trajes azules, amarillos o grana, numerosos ratoncitos, que no tardaron en formar larga cadena. Cogidos de las manos, y danzando al compás de la música, la cuerda de bailarines empezó a describir un círculo, pasando por delante de las hadas y su reina, que los contemplaban embelesadas y boquiabiertas. Poco después, y a una señal del que iba el primero en la fila, entonaron a coro la canción de la fiesta:

Con sus rudas faenas
Pasó el verano;
Las trojes están llenas
De rico grano.
Bailad, ratones,
No temáis del invierno las amarguras,
Pues ya tenéis seguras
Las provisiones.

Buena cosecha ha habido
De cereales

Y gran fruto han rendido
Los legumbrales;
Bailad, ratones,
Pues sin andar rondando las alacenas,
Tendréis a manos llenas
Las provisiones.»

—Sí—interpuso Elisa;—pero no cuentan con los gatos y las ratoneras, que no los dejarán hacer de las suyas.

—Así les pasa a muchos, que se echan sus cuentas galanas, sin mirar a los inconvenientes... Y con esto me has cortado otra vez el relato. Anda con cuidado, porque a la tercera va la vencida.

« Bien, pues como decía, a cada nueva estrofa la danza se iba animando más, y las vueltas se sucedían con redoblado ardor. Cuando después de largo rato cesó el canto y el baile, los gnomos sirvieron un banquete, en que abundaron grajeas de todas clases, frutas y semillas confitadas, albondiguillas fiambres y embriagadores elíxires, extraídos del cáliz de las flores. En un principio sólo se oía el ruido de cascar y triturar las confituras secas, que eran devoradas con avidez por los bailarines fatigados y hambrientos; mas, al paso que el apetito de éstos fué saciándose, y sobre todo cuando las frecuentes libaciones dejaron expedito el camino a la expansión comunicativa, entabláronse mil conversaciones sobre diferentes asuntos. No tardaron en formarse numerosos corrillos, agrupándose los concurrentes según sus edades, aficiones y genios. En una parte se trataba de los procedimientos más eficaces y rápidos para la apertura de galerías subterráneas, perforación de muros, escalo de anaqueles y eliminación de obstáculos y trampas; en otra, un grupo de damas de la *crême* ratonil exponía y contrastaba opiniones sobre el valor alimenticio de embutidos y conservas; más allá la gente joven charlaba de modas o entonaba canciones del día; por doquiera reinaban la mayor animación y regocijo. Entre los ratones graves hubo quien se jactó de haber asistido al célebre congreso de *Ratópolis* y de haber rebatido y echado por tierra el descabellado proyecto de *poner el cascabel al gato*, defendido por algunos ilusos, logrando que se le sustituyera por el de *poner pies en polvorosa*, mucho más práctica y conforme a los instintos de la raza. Hubo también interesantes historias de proezas y aventuras de merodeo. Una de las ratonas más corpulentas y respetables refirió cómo había logrado penetrar en un almacén de perniles y cecinas, donde pasó tan guapamente una buena parte del año criando dos numerosas nidadas con todo el regalo apetecible. Pero uno de los individuos más jóvenes de la familia cometió la imprudencia de encaramarse a un jamón colgado del techo y roer la cuerda de que pendía; con lo que aquél cayó estrepitosamente sobre una gran orza, atrayendo con el ruido a los dueños, que armados de escobas y garrotes acabaron con toda la manada, sin que se salvara nadie más que la narradora, gracias a la tubería de un albañal en que pudo colarse a tiempo. Otro de los circunstantes contó cómo en una despensa había topado con un magnífico queso de bola, en cuyo interior pasó una temporada deliciosa comiéndose las paredes de su vivienda hasta dejarla convertida en original pelota de *foot-ball*. Y por el estilo siguieron otros relatos, mientras se sirvieron los postres con las últimas copas.

» Terminada la comilona, reanudóse la danza, prolongándose la fiesta hasta que la luna ocultó su plateado disco tras las lejanas masas de arbolado. De pronto rasgó el aire el clamoroso canto del gallo, anunciando la venida de la aurora, que silenciosa avanzaba por Oriente. Al punto, sumiéronse los gnomos en las entrañas de la tierra, y desaparecieron como por encanto las hadas, mientras la ratonil caterva se sepultaba en sus escondrijos.»

—Y ¿por qué, cuando cantó el gallo, desaparecieron las hadas y los gnomos? —preguntó Elisa.—¿Es que las hadas les tienen miedo a los gallos?

—No es por eso—contestó Ernesto,—sino porque los gnomos y las hadas se retiran siempre al llegar la luz del día. Y como es la tercera vez que me interrumpes, este cuento ya se acabó.

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

HAY una isla en medio de los mares, que por sus extraordinarias dimensiones, y por otras peculiaridades, es considerada como uno de los continentes. Esa isla es Australia, la tierra mayor del mundo marítimo u Oceanía. Su superficie es de unos 8.000.000 de kilómetros cuadrados, es decir, como tres veces la de la Argentina. Su territorio, por extremo raro, presenta una sucesión de fértiles campiñas y yermos eriales, de grandiosas montañas y vastos bosques; y, si en sus comarcas no hubiese trenes, telégrafos, periódicos y demás signos de civilización, podríamos muy bien pensar que Australia estaba empezando a vivir una vida prehistórica, ya que en ella se ven aun hoy día los más antiguos y extraños animales: pájaros con pelo en vez de plumas, aves que ríen, cisnes negros y zorras que vuelan.

AUSTRALIA, EL PEQUEÑO CONTINENTE DEL MUNDO NOVÍSIMO

HÁLLASE situada Australia en el hemisferio meridional, entre el Océano Pacífico y el Océano Índico, al S. E. de Asia, al E. del África meridional y al O. de la América del Sur. Los mares de Timor y de Arafura la separan de las islas orientales de la Sonda; el estrecho de Torres, de la isla de Nueva Guinea, al Norte; el mar del Coral, de las islas Salomón, Nuevas Hébridas y otras de la Melanesia, al N. E.; y el estrecho de Bass, de la isla de Tasmania, al S. E. La mayor distancia entre las tierras extremas de esta gran isla o continente, de E. a O., entre los cabos Sandy e Inscription, es de 3.800 kilómetros; su anchura, de N. a S., entre los cabos York y Wilson es de 3.000. Su superficie es de 7.933.400 kilómetros cuadrados.

No se sabe con absoluta certidumbre quién fué el primer navegante de los pueblos civilizados contemporáneos que arribó primero a Australia, pero cabe afirmar que, entre los primeros, se contó el español Torres, quien dió su nombre al estrecho situado entre el continente y la Nueva Guinea. Los holandeses verificaron repetidas expediciones en el siglo XVIII; y, durante ciento cincuenta años, la parte explorada del territorio australiano llevó el nombre de Nueva Holanda. Sin embargo, estos navegantes no fundaron colonias; y el mismo Tasmán, de quien proviene la denominación actual de la isla situada al sur del continente, no se detuvo ni siquiera en Tasmania.

Cincuenta años después de Tasmán, un inglés, Guillermo Dampier, exploró las costas occidentales, en la región que lleva su nombre; pero las noticias que dió del árido y arenoso país por él visitado, y de sus salvajes habitantes, no eran tales que animasen a otros a efectuar el difícil y largo viaje, pasando por el Estrecho de Magallanes, o alrededor del cabo de Buena Esperanza, para llegar hasta allá.

Hace siglo y medio, un joven oficial de la marina británica, que se había distinguido en el Canadá, practicando sondeos en el río San Lorenzo y ejecutando otros trabajos de importancia, recibió del gobierno de su país el encargo de dirigir una exploración en los mares del Sur. Este hombre fué el capitán Cook, cuya energía y perseverancia hicieron de él uno de los más grandes exploradores.

Cook llegó, navegando por el Pacífico, a Nueva Holanda, y desembarcó en una bahía, que llamó « Bótany Bay », esto es, bahía de la Botánica, a causa de la exuberante y extraña vegetación que allí se ofreció a los ojos del capitán y a los de un amigo suyo, naturalista, que le acompañaba en la expedición. El territorio explorado por Cook y sus compañeros fué llamado Nueva Gales del Sur.

La bahía Bótany debía recibir algunos años después a hombres bien diversos del generoso explorador, del entusiasta botanista, y de los audaces marinos que por primera vez allí habían desembarcado.

LOS PRIMEROS COLONOS INGLESES

El 26 de Enero de 1788, día que hoy se festeja como el natalicio de Australia, 700 deportados, reos de delitos comunes en Inglaterra, acompañados de las personas encargadas de su custodia, colocados en torno de un asta enclavada en la playa de la bahía Bótany, saludaban con vítores la enseña inglesa, que por primera vez ondeaba sobre el continente novísimo. El gobernador dirigió la palabra a aquellos desventurados, exhortándolos a llevar una vida honrada en el país que iban a ocupar.

Hasta entonces, Inglaterra había deportado a otros criminales análogos a las colonias americanas; pero cuando éstas se declararon independientes, hubo que pensar en las nuevas tierras descubiertas por Cook, para hospedar a los delincuentes. Esta primera expedición, conocida con el nombre de expedición de Bótany Bay, ocupó realmente la bellísima bahía de Port Jackson, que está algo más al norte, y en la cual ha surgido, en poco más de cien años, la magnífica ciudad de Sidney.

IMPORTACIÓN DE GANADOS Y SEMILLAS

En Australia no había ni los animales, ni las plantas útiles que nos suministran alimento o vestido. Sabiéndolo así, la pequeña flota que conducía a los deportados se había provisto en el Cabo de Buena Esperanza del ganado y de las simientes más indispensables para hacer frente a las primeras necesidades. Pero el corto número de bueyes, caballos, ovejas y demás animales llevados entonces, no podían bastar en los primeros tiempos para suplir la absoluta falta de todo aquello que sirve para la vida del europeo; y así, al principio, los nuevos colonos sufrieron bastante de hambre y de otras mil privaciones. A estas dificultades se añadían las creadas por la índole misma de los colonos, que eran ladrones, asesinos y malhechores de toda especie, y en quienes no podía pensar de modo especial la madre patria, ocupada por esa época en una terrible lucha contra Francia y Napoleón.

Por eso, durante muchos años, los progresos de la colonización fueron bastante lentos. A pesar de todo, no fueron pocos los que voluntariamente se trasladaron al nuevo continente y se establecieron en las fértiles llanuras orientales y en la bella isla de Tasmania, porque una áspera cadena de colinas les impedía pasar a las vastas regiones del interior.

EL GANADO, PRINCIPAL RIQUEZA DE AUSTRALIA

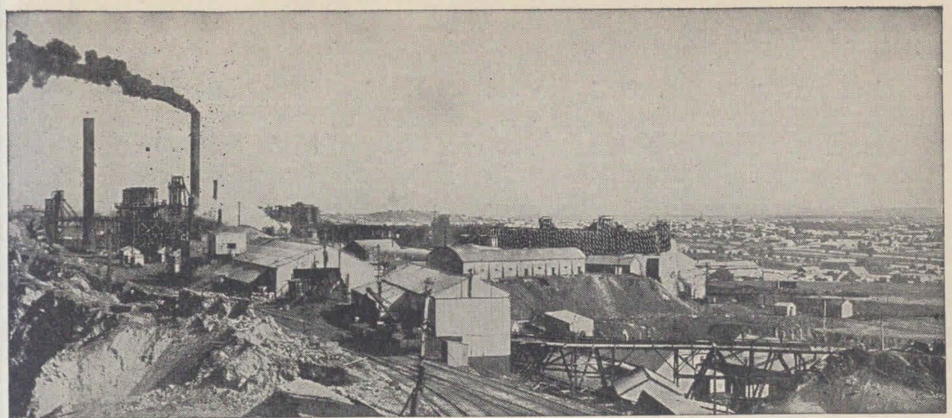
Entretanto, a principios del siglo XIX, una raza de ovejas y carneros, famosa por la excelencia de sus lanas, fué introducida en Australia, y se aclimató maravillosamente en el país. Casi al mismo tiempo, los colonos traspusieron las Montañas Azules, que les cerraban el paso hacia el interior del continente, y encontraron pastos abundantes, buenos para nutrir un número ilimitado de animales. Estos *pastos de ganado*, han sido llamados con legítimo derecho la fortuna de Australia.

Al aumento de la población contribuyeron los sucesos políticos, es decir, el fin de las guerras napoleónicas, por las cuales, después de Waterloo, muchos soldados se encontraron sin ocupación; y a éstos se unieron también numerosos operarios que quedaron sin trabajo por la introducción de las máquinas en los diversos oficios. Unos y otros emigraron, en busca de fortuna, a las más lejanas y recientes colonias.

Muchos de los nuevos colonos se hicieron pastores en las vastas llanuras del interior; otros compraron o tomaron en arriendo terrenos, y se dedicaron a la agricultura. Hoy día, sus descendientes viven en cómodas casas de madera, y a menudo son ayudados por indígenas, en los trabajos más pesados.

En algunas de las regiones más fértiles, al oeste de la Gran Cadena divisoria, se establecieron con éxito grandes plantíos de árboles frutales; pero la mayor riqueza del continente es el ganado ovino, cuya lana es embarcada en miles de buques, en Sidney, para ser transportada a los grandes centros industriales de Europa.

EL PAÍS DEL ORO Y DEL TRIGO



MINA DE ORO, EN NUEVA GALES DEL SUR



ARANDO LOS CAMPOS DE TRIGO, EN NUEVA GALES DEL SUR



SIEGA MECÁNICA DEL TRIGO, EN LOS MISMOS CAMPOS

El oro, la lana y los cereales son las principales riquezas de Australia. Los procedimientos científicos modernos, y su laboriosidad, permiten al minero obtener hasta la última partícula de oro contenida en las rocas de las tierras altas del sudeste y occidente, y al colono cultivar con gran provecho sus campos, haciéndoles rendir abundantes cosechas de trigo y de maíz.



LA FIEBRE DEL ORO

En el año 1839 se descubrió que las montañas australianas contenían oro. Temeroso el gobierno inglés de las consecuencias que tal hallazgo podía acarrear en un país donde vivían 45.000 deportados, número a que habían llegado éstos desde el primer desembarco de Bótany Bay, hizo cuanto pudo para que el feliz descubridor guardase silencio. Asimismo, otros varios, entre los que se contaba un mineralogista famoso, advirtieron la presencia del codiciado metal; pero la noticia se difundió tan sólo más tarde, por el casual hallazgo que hizo un pastor de ganado.

Sucedió que, custodiando éste sus ovejas mientras pastaban, encontró una pepita de oro, cuyo peso era de 40 kilos, y la llevó a Melbourne, que a la sazón era un pueblo de escasa importancia. No hay nada que más despierte la codicia y mayor agitación cause que la noticia del descubrimiento de algún yacimiento aurífero. Consiguientemente, hombres de todas clases y condiciones, arrastrados por el deseo de enriquecerse, abandonaron sus países, sus ocupaciones, sus familias, todo, para ir, armados de una pala y un azadón, en busca del dorado metal.

Propicia se les mostró la fortuna a los atrevidos aventureros, hasta el punto de que el valor del oro extraído en diez años llegó a exceder, según los cálculos, de quinientos millones de pesos.

Todas aquellas gentes que la nueva explotación había hecho afluir a Australia, tenían necesidad de alimentarse y vestirse, como es natural; y así, los granjeros hallaron medio de vender a alto precio los productos de sus ganados y de sus campos, y más tarde se estableció un importante comercio de importación con Europa.

Posteriormente, cuando las minas comenzaron a dar menores rendimientos, muchos de los buscadores de oro se convirtieron en agricultores o en ganaderos y se establecieron en la región.

VICTORIA

En la historia de Australia no se habla casi nunca de los indígenas. Éstos se hallaban representados, a la llegada de los primeros europeos, por escasa población de negros salvajes: y ni el contacto con la civilización ha valido para hacerlos progresar, pues se cuentan entre los pueblos más atrasados de la tierra y se van extinguiendo lentamente. Los mencionados indígenas jamás tuvieron ni tienen importancia alguna en el rápido desarrollo de las colonias australianas que, progresando, llegaron naturalmente a conquistarse un gobierno político propio.

En 1851 se separó de las colonias de Nueva Gales del Sur, Victoria, que es la más pequeña de las regiones de Australia, pero a la vez la más rica y poblada, gracias a sus distritos auríferos. Tres cuartas partes de la provincia están cubiertas de pastos; y el terreno dedicado al cultivo produce toda especie de cereales, frutas, legumbres y hortalizas, que, junto con la lana de los ganados, afluyen a Port Philip, gran centro de exportación.

La capital de Victoria es Melbourne, la admirable ciudad, cuyo origen se remonta al descubrimiento de las minas auríferas, y que produce hoy al visitante la impresión propia de una de las más adelantadas, ricas e industriales ciudades del globo.

NUEVA GALES DEL SUR

La colonia más antigua, Nueva Gales del Sur, es un país esencialmente agrícola, mas los labradores y ganaderos que lo pueblan tienen dos grandes enemigos: la sequía y los conejos. Desde el día en que un colono tuvo la desacertada idea de llevar al nuevo continente una pareja de dichos roedores, éstos se multiplicaron de tal modo, que se convirtieron en un verdadero azote, pues destruyen a menudo la hierba, sin que hasta hoy día se haya podido dar con el medio de exterminar animales tan prolíficos.

Hay también en Nueva Gales del Sur

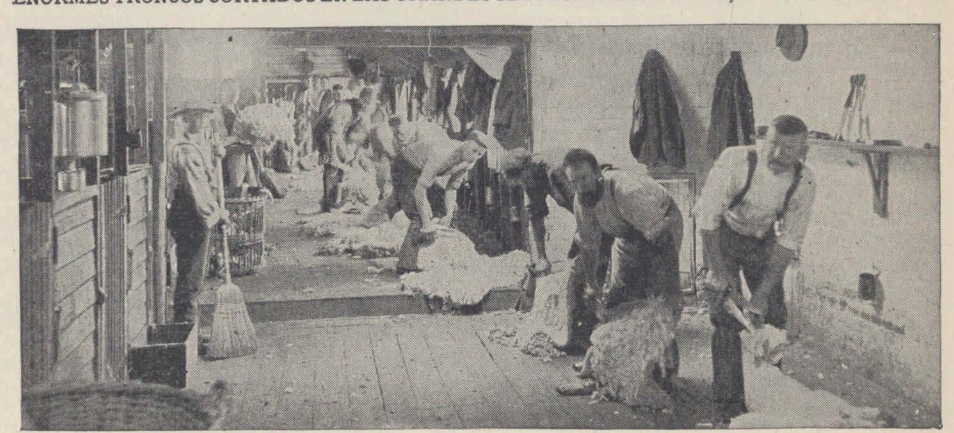
RIQUEZAS NATURALES DE AUSTRALIA



MAGNÍFICO HUERTO AUSTRALIANO, CON UNA VIÑA AL FONDO



ENORMES TRONCOS CORTADOS EN LAS GRANDES SELVAS DE AUSTRALIA, EN UN ASERRADERO



PREPARANDO LANA PARA SU EXPORTACIÓN A DIVERSOS PAÍSES

La riqueza del mundo está en su suelo. El hombre no tiene que hacer más que arrancársela. Los australianos han plantado y cultivado magníficos huertos y viñedos; han explotado la industria de la madera, y han criado abundantes rebaños, cuya excelente lana expiden a distintos países.

grandes plantíos de árboles frutales, especialmente de melocotoneros y naranjos. Fuente no menos apreciable de riqueza son las minas de plata, estaño y, particularmente, las de carbón, que se encuentran cerca de Sidney, bellísima ciudad construída en un espléndido puerto natural. Sidney es la ciudad más industrial de Australia, y su puerto, uno de los más activos del mundo.

LOS DESIERTOS AUSTRALIANOS

Al norte de Nueva Gales se extiende el vasto Estado de Queensland. En la parte más fértil de aquella región crecen plantas tropicales, como el algodón y la caña de azúcar. Pero, hacia el este, el clima es cada vez más seco, y el terreno tan árido, que solamente cavando pozos profundísimos se puede obtener el agua necesaria para la vida. Queensland es rica en minerales y maderas; y Brisbane, la capital, está emplazada en un distrito carbonífero.

La parte desierta de Queensland es llamada *Never-Never Country*, esto es, el *país del nunca jámás*, y se sobreentiende por ese nombre que nunca cae en tal región lluvia alguna. Mas ésta es sóla una pequeñísima parte de la zona desierta, que ocupa el centro de Australia, y no ha sido todavía explorada por completo.

EL TELÉGRAFO Y LOS FERROCARRILES— OTRAS REGIONES DE AUSTRALIA

No hace muchos años se ha tendido a través de todo el continente una línea telegráfica y telefónica que, desde Puerto Darwin, al norte, va hasta Adelaida; pero no se ha terminado aún el ferrocarril transcontinental que deberá seguir poco más o menos el mismo trazado.

Por otra parte, las líneas férreas que existen en la actualidad, y que unen las más importantes ciudades y más activos puertos, son escasas en proporción de la vasta superficie del continente.

Para formarse una idea de la poca actividad que domina en algunas de las líneas centrales, basta recordar que la del norte de Adelaida es recorrida por el tren, hasta la última estación, solamente una vez cada quince días. Y, naturalmente, dicha estación es objeto de envidia por parte de aquellas regiones que no disponen de tan precioso elemento de tráfico.

Adelaida, hermosísima ciudad, rica en parques y jardines, es la capital de la Australia meridional.

Broken Hill, en Nueva Gales del Sur, y distante 650 kilómetros de Adelaida, por ferrocarril, es uno de los distritos mineros más ricos de todo el mundo.

Hace apenas cincuenta años, era Broken Hill una solitaria *estancia*; pero el descubrimiento de los yacimientos argentíferos atrajo a gran número de mineros y dió un impulso asombroso a esa región, contribuyendo al mismo tiempo a beneficiar grandemente a Adelaida.

Con la Australia del Sur confinan la Australia septentrional y la occidental. Esta última es el mayor de los Estados del continente oceánico, pero está ocupado en gran parte por zonas desiertas, aun no enteramente exploradas. El Gran Desierto Arenoso ocupa asimismo una parte notable de la Australia septentrional.

LA BELLA ISLA DE TASMANIA

Los australianos ricos, especialmente los que residen en Queensland y en las regiones más solitarias, o menos provistas de bellezas naturales, acostumbran ir a pasar temporadas en Tasmania, grande, fértil y bella isla, que dista apenas un día de navegación de Melbourne. En ella no hay peligro de que falte la lluvia, y su clima es de los más agradables y sanos: la ciudad principal es Hobart.

Tasmania, junto con los cinco grandes Estados del continente, forma una Confederación que recuerda la del Canadá, y, a pesar de ser colonias inglesas, tienen un Parlamento propio, cuyos miembros son elegidos por sufragio popular, en el que toman parte hombres y mujeres. Un gobernador general representa al rey de Inglaterra.

La Constitución australiana es análoga a la del Canadá; y ésta es la sola semejanza entre las dos grandes colonias

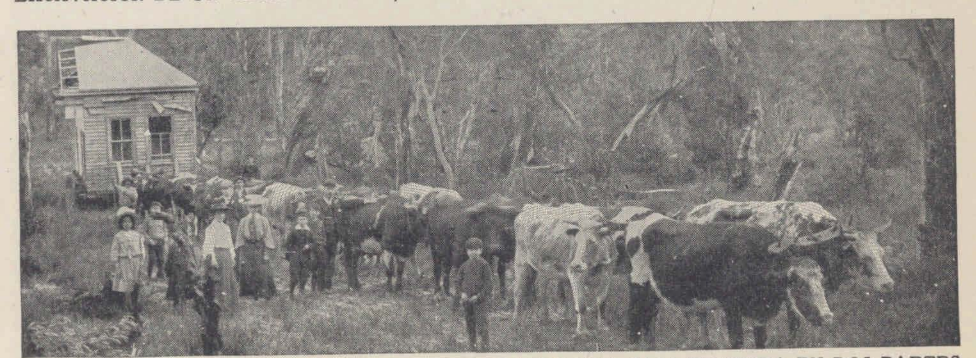
LOS COMIENZOS DE UNA CIUDAD



TALA DE UN BOSQUE, EN AUSTRALIA, PARA HACER SITIO A UNA CIUDAD



EXCAVACIÓN DE UN GRAN DEPÓSITO, PARA SUMINISTRAR AGUA A LA NUEVA POBLACIÓN



UNA REATA DE YUNTAS DE BUEYES, TRASLADANDO UNA CASA DIVIDIDA EN DOS PARTES

Para construir las ciudades australianas, los colonos suelen empezar talando el arbolado, a fin de preparar espacio libre para las casas; y mientras unos ejecutan ese trabajo, otros abren pozos y excavan grandes depósitos destinados a surtir a la nueva población del agua necesaria, y otros por fin, acarrean sobre ruedas, tiradas por bueyes, las casas de madera armadas y ya casi concluídas.



UNA CIUDAD, UN CASERÍO Y UNA ESCUELA, EN AUSTRALIA



ÉSTA ES UNA DE LAS MUCHAS CIUDADES QUE HAN SIDO LEVANTADAS EN LAS GRANDES LLANURAS AUSTRALIANAS



VISTA DE UN CASERÍO, EN NUEVA GALES DEL SUR



ESCOLARES APRENDIENDO JARDINERÍA, EN AUSTRALIA OCCIDENTAL

Cerca de las minas más importantes se han edificado muchas ciudades, como asimismo dondequiera que gran número de labradores australianos se han dedicado a trabajar la tierra. Los niños aprenden en las escuelas rurales el necesario arte de la agricultura, que ha dado a sus padres el bienestar de que hoy gozan.

inglesas. Así, en vano buscaremos en Australia las grandes arterias fluviales que son parte tan importante en la vida del Canadá; en el Continente Novísimo los ríos suelen secarse en verano, excepto el Murray y sus afluentes. Por lo demás, Australia es un país diferente de todos los otros, y ha sido llamado con razón la *tierra de las anomalías*. En lugar del nombre de *Continente Novísimo* que se le ha dado, merecería mucho mejor el de *antiquísimo*, pues ha conservado todo el aspecto que debían tener las tierras antes de ser habitadas por el hombre, y sus extraños animales y raras plantas nos obligan a pensar en la época geológica en que vivían por doquier los marsupiales.

EL PAÍS DE LOS CONTRASTES

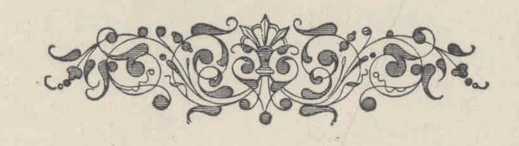
Todos hemos visto, en grabados, o, quizá, en algún museo o parque zoológico, esos peregrinos sobrevivientes de una fauna hoy casi desaparecida: los *canguros*, con su larga cola, sus dos grandes patas traseras, las delanteras muy cortas, en proporción, y una enorme bolsa en el vientre para guardar a sus pequeñuelos. Pero es preciso ver a los canguros cuando corren, o, por mejor decir, saltan a través de las vastas llanuras australianas, para formarse una idea de la rareza de tales animales. No menos extraño es el ornitorrinco, con su pico de ánade; el emú, ave de gran tamaño, que no puede volar, por tener atrofiadas las alas, y el kiwi, pájaro áptero, que en vez de plumas está vestido de pelo. Vagando por los bosques, parlotean millares de curiosos papagayos y cacatúas, que gritan de modo estrepitoso y original, y el dacelo gigante deja oir frecuentemente su voz, muy parecida a una carcajada burlona. Asimismo se encuentran en Australia peces con alas, cisnes negros, y hasta zorras que vuelan.

También los árboles y la mayoría de las demás plantas se diferencian de las de otros países; algunas mudan la corteza, en vez de las hojas; otras no dan fruto, pero, en compensación, sudan goma; y otras presentan al sol nada más que el borde de las hojas, en vez de ofrecerle éstas de frente, como sucede en general.

UNA PLANTA AUSTRALIANA MUY CONOCIDA

Una de las plantas australianas que ha llegado a ser conocidísima, es el eucaliptus, aclimatado en diferentes países y muy apreciado por sus cualidades aromáticas y desinfectantes. Los grandes bosques de Australia son también ricos en maderas preciosas, de las que se hace gran exportación; pero al lado de estas plantas provechosas hay muchas otras inútiles y dañinas, especialmente en las regiones no exploradas y en los territorios de negros.

Quien visite hoy día Australia, difícilmente creerá que hace tan sólo 150 años que los blancos llevaron allí la civilización. ¡Qué tesoros de energía y de perseverancia han prodigado, qué luchas contra toda clase de dificultades han debido arrostrar los colonos para obtener los resultados que hoy día podemos admirar! No sólo han aclimatado allí toda suerte de animales domésticos y de plantas útiles, sino que también han arrancado al suelo sus riquezas, han fundado ciudades, establecido los más modernos medios de comunicación, dado impulso al comercio y a las industrias, y colocado así a Australia en el número de los pueblos más civilizados y progresivos.





«LA GIOCONDA»—CÉLEBRE CUADRO DE LEONARDO DE VINCI



LEONARDO DE VINCI

CERCA de cuatro siglos han pasado desde que la tumba se cerró sobre los despojos de Leonardo de Vinci; y, a pesar de ser reducido el número de sus obras aun existentes, la memoria de hombre tan excepcional vive y es honrada por la humanidad entera. Artistas, ingenieros, hombres de ciencia, poetas, músicos, filósofos, anatomistas, botánicos, todos a una, le proclaman grande y glorioso en sus respectivas artes o ciencias, quejosos únicamente de que no se hubiese consagrado por entero a la de cada uno de ellos en particular.

Así Ruskin, en uno de sus escritos, dice con benévola indignación: « Leonardo de Vinci malgastó su vida en trabajos de ingeniería, sin dejarnos apenas pinturas firmadas con su nombre.» A su vez los ingenieros, menos afanosos por cuadros que por artefactos de hierro o acero, se lamentan de que uno de los más grandes genios de todas las edades haya desperdiciado tanto tiempo de su vida manejando los pinceles, en lugar de haberse dedicado a tender puentes, construir máquinas o levantar grandes obras.

Indígnase el escultor contra la ingeniería y demás artes y oficios a que de Vinci consagró tanto tiempo, siendo tan corto el que invirtió en modelar mármoles y bronces. Los hombres de ciencia e inventores, por otra parte, consideran unánimemente a este genio inmortal como a su mayor precursor: un ser en cuyo claro cerebro germinó el embrión de mil innovaciones científicas, que habían de sucederse en el transcurso de los siglos. En una palabra, Leonardo de Vinci es considerado por todos como un genio universal.

No hubo ramo del saber humano en cuyo conocimiento no sobresaliese; ni ciencia demasiado difícil, ni problema por demás complicado, que él con su preclaro ingenio no penetrase; ni empresa harto ardua que no llevase a feliz término. Pocos hombres le han igualado; antes bien parecía haber reunido en sí todas las dotes y energías de muchas claras inteligencias, si hemos de dar crédito a las sorprendentes noticias que sobre él nos ha legado la Historia. En él vivía el espíritu de originalidad con igual vigor que en muchos hombres célebres el de imitación. Fué en el arte y en la ciencia lo que Julio César en la estrategia y en la política, y Homero o Virgilio en la poesía.

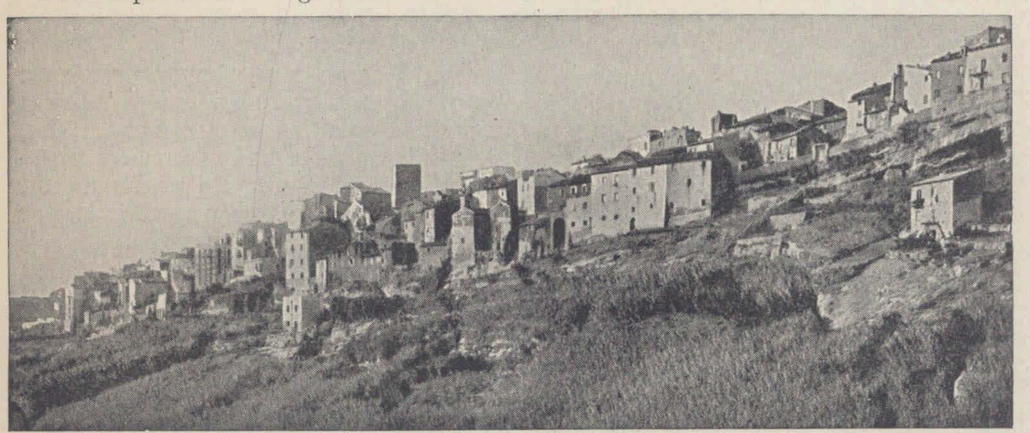
No obstante, y según ya hemos indicado, son muy escasas las obras que de tan insigne varón nos quedan. La mayor parte de sus pinturas se han deteriorado o han desaparecido por completo; sus estatuas quedaron sin terminar o se perdieron y extraviaron a consecuencia de las guerras. De sus obras de ingeniería resta sólo un glorioso recuerdo; los instrumentos músicos que

salieron de sus manos, quedaron reducidos a polvo; perdiéronse las maravillosas melodías que él compuso, con las vidas de los reyes y príncipes que las escucharon. Una sola cosa quedó intacta en medio de tanta ruina: su nombre, preclaro, sin sombras, inmortal; glorioso en el arte y la ciencia y poderoso en los dominios del invento científico. Los mismos sabios, al escribir del gran Leonardo de Vinci, confiesan unánimes que tan excelso genio rayaba en los límites de lo sobrenatural, sin que tuviesen parte en él las leyes de herencia.

Fué su padre un abogado de Florencia, y su lugar natal Vinci, aldea situada sobre una colina no muy distante de aquella ciudad. Nació Leonardo en el año 1452, en la época del renacimiento de las ciencias y de la cultura en Europa, después de la ignorancia y barbarie que habían reinado durante varios siglos; en una edad de oro, en la cual había de llegar a ser una de las más brillantes figuras. Aprendió las primeras letras en la casa paterna, y muy pronto viósele descollar sobre los otros niños de su edad, por su viva inteligencia. Con la misma facilidad que si se hubiera tratado de un juego, llegó a dominar la aritmética y la música, y por inclinación natural se dió al dibujo y a la pintura. Al observar tan extraordinarias facultades, dejóle su padre que las cultivara y desenvolviera a su albedrío, hasta que cumplió diez y ocho años, y entonces lo puso bajo la dirección v enseñanza de Andrés Verrocchio.

Era éste discípulo favorito de Donatello, y escultor célebre, que trabajó en la famosa puerta de la sacristía de la catedral de Florencia, por encargo de Lucca della Robbia. Verrocchio fué asimismo autor de la conocida y artística estatuita de David. La muerte le sorprendió esculpiendo el maravilloso Colleoni de Venecia, monumento ecuestre en que dejó sin terminar el caballo y sin empezar el jinete, que otras manos maestras habían de cincelar.

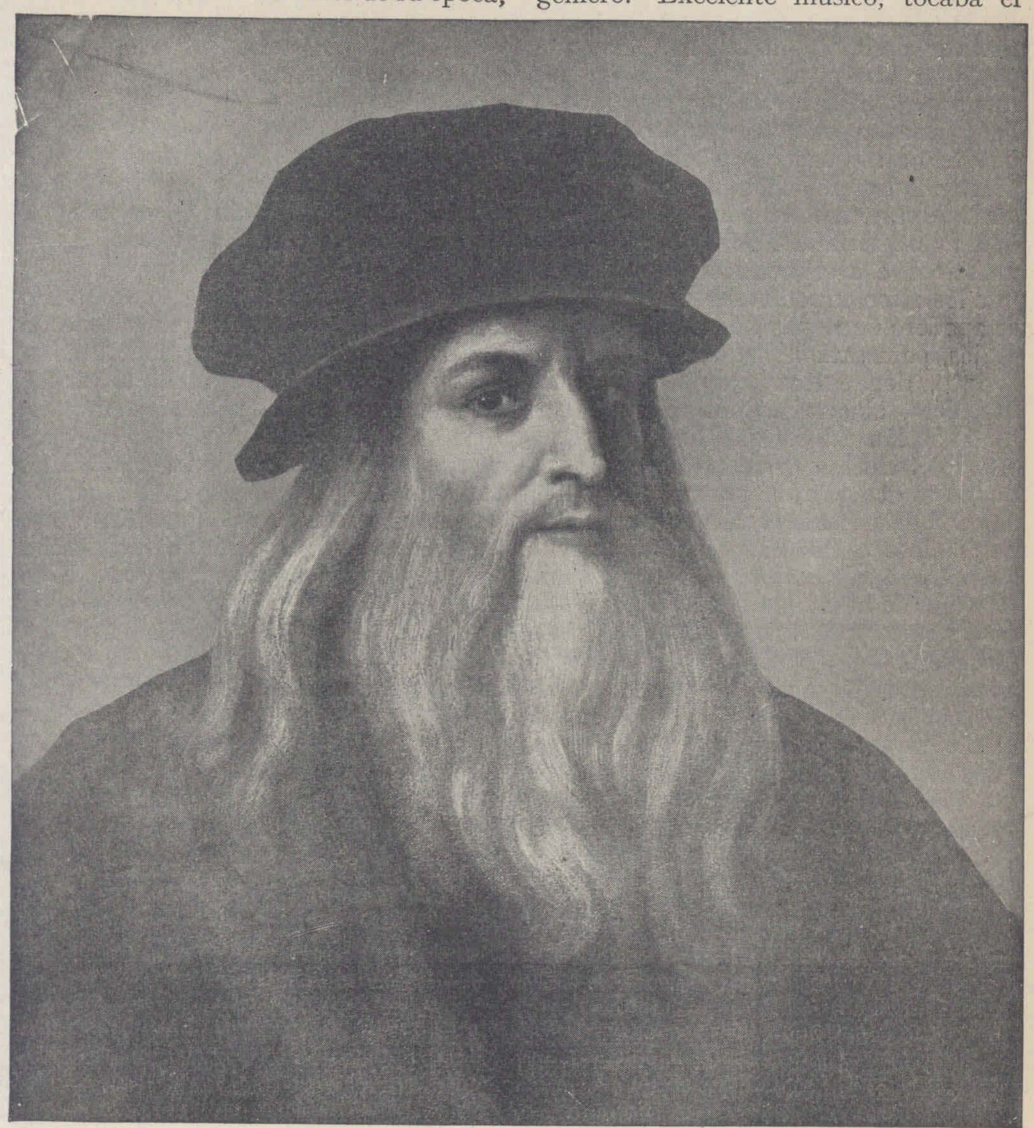
Verrocchio fué también excelente pintor, y de él nos ha quedado un notable cuadro que se conserva aún: *El Bautismo de Jesús*, obra estimadísima de los admiradores de Leonardo, pues tomó éste parte en su ejecución con arte y habilidad tal, que igualaba a su maestro, el cual le permitía por tal razón colaborar en sus obras pictóricas.



Vinci, pueblo cercano a Florencia, cuna de Leonardo.

No tardó en florecer el genio de Leonardo, y no satisfecho con el trabajo ejecutado en el estudio de su maestro, y sintiendo dentro de sí inmensas energías, dióles diversas direcciones y emprendió nuevas tareas artísticas. A la edad de veinte años era ya miembro de una sociedad autónoma de artistas en Florencia, con lo que demostró el gran pintor que podía prescindir de las enseñanzas de Verrocchio. A tan temprana edad ya había ejecutado varios

trabajos en mármol y en *terra-cotta*, y diversas pinturas y cartones para tapices. De estas obras escribieron con mucho entusiasmo hombres de su época; misterios de la Naturaleza, por sus inventos de gran trascendencia y suprema sencillez y por su destreza como ingeniero. Excelente músico, tocaba el



Leonardo de Vinci, maestro inmortal de todas las artes.

pero, desgraciadamente, no queda de ellas el más leve vestigio. En una palabra, Leonardo era ya famoso, no solamente entre los aficionados al arte, como artista en general y pintor y escultor en particular, sino también entre los sabios, por sus investigaciones de los laúd con inspirada maestría; fabricaba sus propios instrumentos y escribía las composiciones que ejecutaba. Hombre de ingenio universal, concebía brillantes cuadros, escribía bellas poesías, modelaba artísticas estatuas, construía diversas máquinas, sierras, etc., ideaba

y hacía ejecutar grandes obras para el riego de tierras estériles y levantaba poderosas fortalezas. En la mecánica presentó nuevas ideas, y al propio tiempo se dedicaba al estudio de las matemáticas, de la filosofía, de la astronomía y de la botánica. Pero una de sus mayores glorias fué la innovación que llevó a cabo en pintura y escultura, dotando a sus cuadros y estatuas de la plasticidad y realismo de la vida, tal cual palpita en el cuerpo humano.

Y no obstante, dueño de tales tesoros artísticos e intelectuales, y solicitado por los ricos y poderosos de Florencia, se apoderó de Leonardo la pasión de los viajes, para satisfacer la cual marchó a Egipto, donde estuvo empleado como ingeniero, al servicio del entonces llamado sultán del Cairo.

A los treinta años recorrió el Oriente, donde se dedicó a diferentes trabajos, y al cabo de dos años volvió a su patria, poniéndose a las órdenes de Ludovico Sforza, que entonces gobernaba a Milán. Era éste de humilde origen. Uno de sus ascendientes próximos había sido leñador; pero, dotado de ánimo resuelto y aventurero, había reunido un numeroso ejército de soldados mercenarios, al mando de los cuales peleaba por el amo que mejor le pagase, y lo mismo defendía a Milán, que provocaba en la ciudad serios conflictos. No desprovistos de dinero, los Sforza habían alcanzado fácilmente prestigio y poder, contraían matrimonio con hijas de las familias principales, adquirían territorios, dirigían y fomentaban a veces las artes y las ciencias, y otras las perseguían y destruían como bárbaros tiranos.

Uno de estos *condottieri* fué asesinado en el pórtico de la catedral de Milán, cuando Leonardo apenas tenía veinticuatro años, y le hubiera reemplazado en el mando su hijo, a no haber el tío de éste, Ludovico Sforza, aprisionádole, así como a su mujer, y tomado el gobierno en sus propias manos. Era este Sforza hombre malvado y sin escrúpulos; pero capaz e inteligente, y, no obstante haber muerto prisionero en país extraño, después de haber sido depuesto de su mando, su nombre no es del todo despreciable, por haber hecho cuanto pudo por fomentar y alentar las ciencias y las artes, satisfaciendo el anhelo de instrucción que por aquellos tiempos se sentía en Italia.

Extraño es sobremanera que Leonardo, hombre de tan portentoso ingenio, y de tan noble aspecto—pues tenía el rostro de santo y el continente de un monarca,—pusiese su talento a merced de tal personaje, y que le sirviese con tal solicitud y brillante éxito.

Aun se conserva la carta que el artista le escribió al tirano, pidiéndole trabajo en Milán. Menciona en ella Leonardo su experiencia como arquitecto, ingeniero, matemático, etc., y añade: « Puedo esculpir, lo mismo en mármol que en bronce o barro, y en pintura puedo hacer tanto como otro cualquiera, sea quien fuere.»

Esta última frase es digna del portentoso talento de Leonardo. Satisfecho Sforza con las seguras palabras de la carta, dió a su autor tal empleo cual nunca hasta entonces había cabido en suerte a hombre alguno. Hízole su ingeniero, arquitecto, matemático, escultor, pintor, y director general de obras científicas, mecánicas y artísticas, de suerte que a un mismo tiempo atendía a esculpir una estatua, pintar un cuadro, trazar un sistema nuevo de regadío y planear la fortificación de una ciudadela.

NOTABLES INVENTOS DE LEONARDO QUE FUERON OLVIDADOS

Trabajos de índole diversa ocupaban la atención y el tiempo de Leonardo, y así no era extraño que simultáneamente preparase un elegante baile de honor en la corte, inventase una sierra para cortar mármoles de Carrara, y discurriese el modo de imprimir fotografías valiéndose de la luz del sol—procedimiento que trescientos años más tarde habían de redescubrir Daguerre y sus asociados. Inventó asimismo la rueda de rayos con el cubo en el centro, más ligera y económica que las antiguas, pero este invento y el de una escopeta de vapor cayeron también en el olvido. No había ramo de la ciencia o de la mecánica que

Leonardo no dotase de nuevas ideas o descubrimientos. Un célebre historiador



Una de las más bellas imágenes de Jesús—de un cuadro de Leonardo, existente en el palacio de Brera, Milán.

dice que los manuscritos inéditos de Leonardo de Vinci hablan de inventos y anticipos de futuros descubrimientos en unas cuantas páginas escritas con admirable y extraordinaria concisión. Durante quince años dedicóse Leonardo a la ciencia, a la poesía, a sus obras e inventos; y si hubiera existido entonces la imprenta, con sus escritos se podría haber formado una rica biblioteca. No

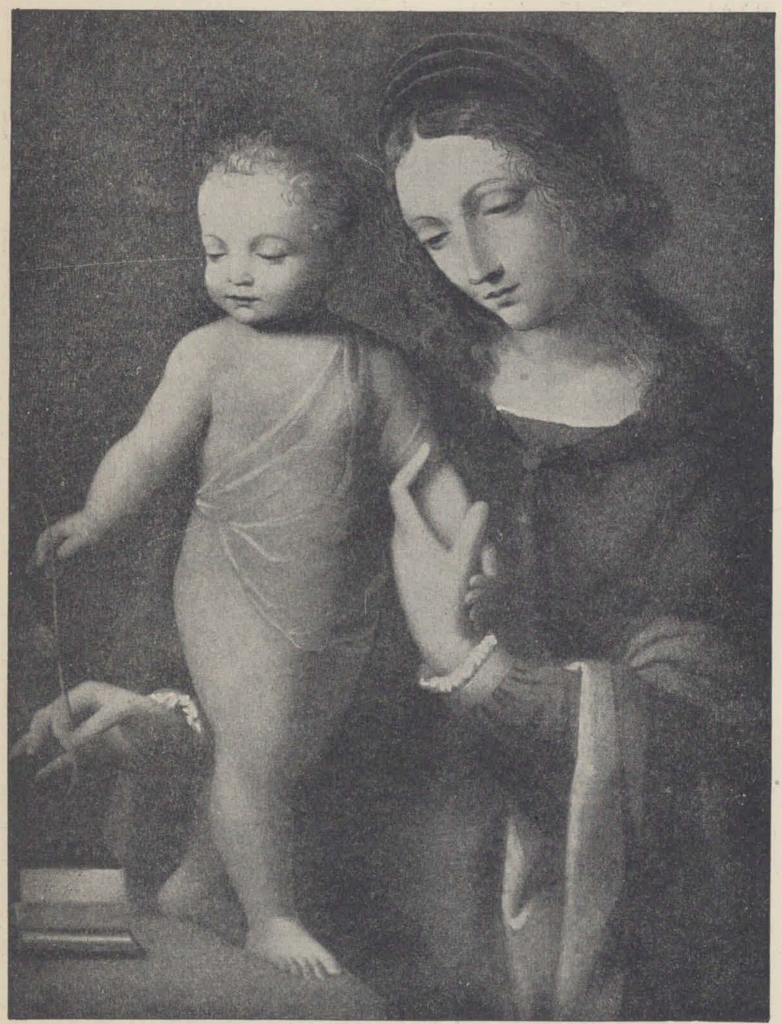
DE IZQUIERDA A DERECHA: LOS APÓSTOLES BARTOLOMÉ, SANTIAGO EL MENOR, Y ANDRÉS

DE IZQUIERDA A DERECHA: JUDAS, PEDRO Y JUAN

JESÚS EN LA ÚLTIMA CENA—DE IZQUIERDA A DERECHA: TOMÁS, SANTIAGO Y FELIPE

DE IZQUIERDA A DERECHA: MATEO, TADEO Y SIMÓN

siendo así, tan sólo podemos saborear algunos de sus grandes pensamientos, que él mismo dejó trazados en el papel, ocupado como estaba en grandes empresas y atrevidas obras.



La Virgen de los lirios, por Leonardo de Vinci.

LOS SOLDADOS FRANCESES ARROJAN A LEONARDO DE MILÁN

Además de dedicarse a la ingeniería, a la música y a la poesía, a la botánica y a la anatomía, era este portentoso genio el pintor y escultor de la corte, y, como tal, estaba en cierta época ocupado en esculpir una gran estatua para Sforza y en pintar para un monasterio de Milán un cuadro que representaba la última cena de Cristo con sus apóstoles. La estatua había de ser colosal, pues en ella debían entrar cien mil libras de bronce, y como éste faltase, quedó sin terminar. Únicamente fué acabado el modelo, que destrozó la soldadesca francesa cuando invadió a Milán, y arrojó de la ciudad al gran artista y a Sforza.

Esculpía Leonardo la estatua en la ciudadela, y el monasterio en el cual pintaba el cuadro mencionado, se hallaba en el extremo opuesto de Milán. Para ejecutar ambas obras, hacía curiosos y solícitos estudios y observaciones. Reunía grupos de gente que alimentaba a sus expensas, no solamente porque obrando así experimentaba satisfacción, sino también porque en tales tipos, vistos de cerca, hallaba preciosos datos para sus trabajos.

Fué Leonardo de Vinci el primer pintor que llegó a trazar con los colores de su paleta seres humanos dotados de sublimes rasgos, encarnando en ellos diferentes emociones y nobles ideas revestidas de belleza. Trabajaba desde el amanecer hasta la puesta del sol, absorto en su tarea y olvidado hasta de comer; y no era raro verle pintar horas enteras abstraído en su obra y rodeado de los monjes, que le contemplaban en

profundo silencio y sumidos en admiración. A veces, mientras estaba trabajando en el modelo de la estatua, ocurríasele repentinamente una idea, la cual apuntaba presuroso en el librillo de memorias que siempre llevaba en su ceñidor, y, antes que muriese aquélla en su cerebro, atravesaba de prisa y por el más corto camino la ciudad, para fijarla en el famoso cuadro que estaba pintando en el convento. Así transcurrían los años, y Leonardo, consciente de su obra, pintaba para la posteridad.



Otro bello cuadro de Leonardo: el Niño Jesús y su Madre.

HISTORIA DE UNO DE LOS CUADROS MÁS CÉLEBRES DEL MUNDO

Era el prior del convento hombre de cortos alcances, y a pesar de que Leonardo trabajaba debidamente en el cuadro, llegó a quejarse a Sforza, diciéndole que tan sólo faltaba una cabeza por terminar y que el pintor descuidaba el trabajo. Llamado e interrogado el artista por Ludovico, contestó que dedicaba al cuadro dos horas diarias. Repuso el prior fríamente que, muy lejos de ello, hacía más de un año que no parecía por el convento. Advertido Leonardo por Sforza replicó: « Es verdad que hace mucho tiempo que no he puesto los pies en el monasterio, pero no lo es menos que diariamente he consagrado dos horas al cuadro. Me falta terminar la cabeza de Judas; para darle los convenientes rasgos y expresión de maldad que deben caracterizarla, hace más de un año que frecuento diariamente los lugares sospechosos de la ciudad, donde se reune la gente del hampa, sin que hasta hoy haya dado con lo que me hace falta. Este es el último requisito necesario, y una vez encontrado, el cuadro estará terminado en un día. No obstante, si a pesar de mis intentos y pesquisas no hallo lo que busco, me contentaré con la cara del prior, que servirá perfectamente a mi propósito.

Y, si antes no me he inspirado en ella, ha sido por parecerme demasiado atrevimiento, hallándome dentro de su convento.»

Hízolo Leonardo como había dicho; terminó el cuadro, y es fama que el rostro del prior aparece en él sobre los hombros de Judas. Todos los grandes críticos declaran unánimemente que *La Cena* es una de las más valiosas pinturas que se han ejecutado, y la más completa, bella y perfecta. Posteriormente no quedó de ella más que una ruina que borrosamente se veía en las paredes del convento de Milán, descolorida por la humedad, estropeada por una puerta que en ella abrieron los monjes para llegar más pronto a otra habitación, y agujereada por clavos fijados en la pared para sujetar un escudo de armas. Luego, artistas de mal gusto fueron encargados de restaurarla, y no hicieron otra cosa sino estropear el original. Cuando, años más adelante, los soldados de Napoleón se instalaron en el monasterio, se divertían apedreando los rostros de los personajes. Una inundación llenó la estancia de agua, y allí quedó ésta hasta que por sí sola se evaporó. Mas, a pesar de tales vicisitudes, aun se pueden admirar hoy día las artísticas pinceladas de Leonardo, de marchitos colores, y en ellas viven todavía el profundo sentimiento y la maravillosa composición del gran maestro.



Artística cabeza de guerrero, por Leonardo.

Durante la ejecución del cuadro trazó Leonardo centenares de diseños para la obra, muchos de los cuales aun existen en museos y bibliotecas.

LEONARDO TRABAJA PARA LOS BORGIA

Invadido Milán por los franceses y hecho prisionero por los mismos el duque Ludovico Sforza, terminó de tal suerte su poderoso reinado. Entonces Leonardo se dirigió a Florencia y entró al servicio de César Borgia, uno de los más execrables monstruos de la Historia, hombre tan perverso, que su nombre es sinónimo de maldad. Y aquí es de admirar que un carácter tan noble como el de Leonardo se sometiese a las órdenes de tal amo; en nuestros días, hombres de las condiciones y categoría de nuestro biografiado no tolerarían asociación alguna con semejantes infames.

Un concienzudo escritor que ha estudiado minuciosamente a los grandes hombres de aquella época, en que se mostró tan brillante la florescencia del saber y de las artes, después de largos años de estancamiento y atraso, nos explica tal anomalía con las siguientes palabras: «Los ilustres varones de ese período poseían en alto grado la fuerza mental y las dotes creadoras, y difundieron por todas partes ideas nuevas y regeneradoras con incansable laboriosidad, hasta el punto de que en su comparación son pálidos los procesos de la civilización moderna. Dotados de talentos naturales más poderosos, su vigor

y empuje eran también más fuertes que los de la raza presente. Parecerá extraño que lo más delicado del arte en sus varias manifestaciones, lo más ideal de las creaciones del pintor, fuese reconocido y fomentado en medio de una sociedad cuya maléfica moral y torpe brutalismo nos son hoy día altamente despreciables y repugnantes. Y de este modo, si pudiésemos hoy tomar un hombre, tal cual lo produce nuestra civilización, y trasplantarlo a los días de Leonardo de Vinci, la misma brutalidad que no hacía mella alguna en los individuos de aquel tiempo, desconcertaría su sensibilidad y probablemente perturbaría su juicio.»

Y, si examinamos por nuestra parte la cuestión desde diferente punto de vista y paramos mientes en los crímenes de Sforza y de Borgia, veremos que no debieron parecerle más censurables a Leonardo que los de Benvenuto Cellini a los reyes y personajes eximios que a tan extraño y célebre hombre dieron empleo y protección. Llevó, pues, a cabo Leonardo sus mejores obras de ingeniería y de defensa militar, y otros muchos trabajos, para César Borgia, y sus mapas y planos, que hoy día se pueden examinar, nos dicen cuánto y cuán bien trabajó para aquel personaje tan tristemente famoso.

RIVALIDAD ENTRE LEONARDO Y MIGUEL ÁNGEL

Entramos ahora en el período más interesante de la vida de Leonardo, es decir, en los días en que había de probar las firmes palabras que sobre sus cualidades había escrito a Sforza.

Por aquel entonces había conquistado gran fama Miguel Ángel, que contaba unos veinte años menos que Leonardo, y era considerado como su rival. Los dos artistas se envidiaban mutuamente, y, a diferencia del de Vinci Miguel Ángel ansiaba medir con él sus fuerzas. La ocasión llegó al esculpir Miguel Ángel su inmortal David, utilizando un enorme bloque de mármol que había sido rechazado por inservible. Ya varios artistas habían intentado convertirlo en colosal estatua; pero fueron infructuosos sus esfuerzos. Encomendóse, pues, a Leonardo la difícil empresa, y él, ante aquel mármol abandonado durante años y años y estropeado por los cinceles de tantos escultores, declaró que nada podía hacer, a menos que se corrigiesen las deficiencias con la adición de nuevo material. No juzgó así su competidor, sino que acometió la ardua tarea, y con maravillosa destreza cinceló el bloque: aquella piedra, vieja y muerta, nacía a la vida bajo la forma de una de las mayores y más bellas estatuas salidas de manos de escultor alguno. Esta fué una señalada victoria para Miguel Ángel, y podemos asegurar que, a no haber sido por la emulación que existía entre él y Leonardo, no contaría el arte con tan admirable obra maestra.

Aumentó con este motivo la rivalidad entre ambos grandes hombres, y no tardó en presentarse nueva ocasión en que se pusiese a prueba la habilidad de ambos, pues satisfechos los magistrados de Florencia del trabajo de Miguel Ángel en la famosa estatua, y amantes de su bella ciudad, determinaron decorar pomposamente el salón del Concejo, y al efecto decidieron aprovecharse de las circunstancias, poniendo en competencia a los dos artistas para la realización de su proyecto. Encomendaron, pues, a Leonardo la mitad del salón, y el resto a Miguel Ángel. Era el asunto de la decoración las guerras de Pisa, que habían terminado con una gran victoria de los florentinos.

No se le ocultó a Leonardo que si Miguel Ángel había triunfado con la estatua, se le presentaba a él en aquel nuevo trabajo, en que habían de colaborar los dos, ocasión propicia de recuperar los perdidos laureles. Jamás se prepararon caudillos a la batalla con tanta solicitud y ansiedad como estos dos reyes del arte se aprestaron a la nueva empresa. Dondequiera que llegaban noticias de tal pugilato, reinaba el mayor interés y curiosidad, pues pasados los tristes tiempos en que los brutales instintos del asesino, del bandido y del espadachín profesional, priva-

ban y tenían admiradores, comenzaba a nacer en el corazón de las gentes el amor a las artes.

De muy distinta manera interpretaron ambos artífices el asunto. Miguel Ángel, que, aprovechando quizá el ejemplo de Leonardo, había estudiado minuciosamente la anatomía humana, prefirió representar a los soldados desnudos en el agua, queriendo en tal forma demostrar sus aptitudes para reproducir artísticamente el cuerpo del hombre. Leonardo, en cambio, eligió un asunto de más alto vuelo: una gran batalla, en que los ejércitos florentinos quedaban vencedores de sus enemigos. En este tema reconcentró toda su experiencia y todas sus facultades. El ademán de los guerreros, la expresión de sus rostros—valor firme, odio vengativo, mezcla de pavor y de esperanza,—el júbilo del triunfo, la solitaria agonía del herido, el vigor y audacia de los corceles en la batalla; todo combinado artística e inteligentemente, debía hacer de su obra un trabajo sin igual. Pero tan bella concepción no tomó forma completa a los ojos de los mortales. Leonardo no pintó más que los bocetos y los trazados preliminares, invirtiendo en ello dos años; después, viendo que el procedimiento por él escogido era impracticable para pintar en las paredes del salón, desistió de su empeño. Cuanto del trabajo sabemos es debido a algunos dibujos y a datos de quienes vieron los bocetos.

LEONARDO PINTA «LA GIOCONDA»

Era el año 1506 cuando Leonardo, disgustado por el fracaso indicado, se retiró de la palestra dejando en ella a su rival, pero mientras en ella estaba trabajó también en la obra que le ha dado mayor celebridad: el retrato de Monna Lisa, tercera esposa de Francisco del Giocondo, de Florencia. Es éste el más notable de cuantos retratos existen, el más famoso, el más admirado y el que mayor misterio ofrece. Era Monna Lisa una encantadora napolitana; mas ignoramos si su encanto es el que vemos en el retrato, o si la belleza de su rostro allí reflejada es la concepción que el poeta-pintor tuvo de la hermosura femenina. Cuatro años tardó en terminar el famoso cuadro, conocido por *La Gioconda,* y mientras lo pintaba hacíase acompañar en su estudio de alguien que cantase, tocase, o en alguna otra forma divirtiese a la bella dama, a fin de que la obra saliese exenta de melancolía, defecto general de los retratos de aquella época.

Pintó, pues, Leonardo *La Gioconda,* y puso en su rostro una sonrisa, que aun perdura, después de cuatro siglos, para deleite de los admiradores sin cuento que acuden a contemplar el maravilloso cuadro del célebre pintor florentino.

Después de la artística contienda sostenida con Miguel Ángel, visitó Leonardo a Milán, estuvo luego en Roma, y compitió de nuevo con su rival, para la ejecución de la fachada de un edificio de Florencia. Prestó igualmente sus valiosos servicios al rey de Francia, quien le dió por residencia un castillo cerca de Amboise, donde murió el 2 de Mayo de 1519.

De su múltiple labor no queda casi más que el recuerdo, pero nos restan manuscritos suyos en abundancia, muchos diseños y algunos apuntes de sus grandes ideas científicas. El más importante de sus escritos es su *Tratado de la Pintura,* que expone minuciosamente los principios del arte pictórico, y que además de ser una obra modelo, es considerada como un monumento de gloria imperecedera para el genio de uno de los más admirables hombres que jamás han existido.

Leonardo de Vinci fué el primer gran pintor que, esquivando el rutinario ejemplo de sus predecesores y contemporáneos, buscó sus modelos en la Naturaleza viva y real, y los reprodujo tales cuales eran. Dormido en su tumba desde hace cuatro siglos, todavía déjase sentir su influencia en cualquier parte del mundo en que haya amantes del arte y de la estética, pues él es inagotable manantial de belleza, que ha contribuído a formar a muchos de los más célebres artistas que le han sucedido

EL COMBATE DE LAS PIRAGUAS

En este romance, el poeta cubano Ramón Vélez Herrera (nacido en 1808) luce su gran talento descriptivo, pintando el feroz combate de dos temidos caciques indios.

CORTANDO airosas los mares
Vuelan las bellas piraguas
Que a los combates conduce
Él cacique de Bahama.
En el altar se arrodilla,
Jura el guerrero venganza,
Y su belicosa gente
Encamina a nuestras playas.
Pueblan con ecos sonoros
Los aires y las montañas,
Y con los remos y quillas
Las olas atormentadas
Nevados surcos de espuma
Heridas del sol formaban.
Son los guerreros feroces
De las vecinas Lucayas;
Tiñen el rostro severo
Pintas negras y encarnadas,
Y a la merced de los vientos
Las rojas plumas flotaban.
Un cacique los dirige
Tan experto en las batallas,
Que no hay islote en el Golfo
Que no cante sus hazañas.
Él invierno de la vida
Aun su brazo no doblaba,
Y en sus centelleantes ojos
Refleja el fuego del alma.
Un magnífico carcax
Cuelga del hombro a la espalda,
Y en la alta mano suspende
Una nudorosa maza.
«Avancemos, compañeros;
El que espera nada aguarda,
La prudencia hace al cobarde,
El héroe fía en la audacia.»
Dice, y su gente furiosa
Flechas y piedras dispara,
Y avanzando en dobles líneas
Cercan el pueblo de Jagua.
Aturde el ruido que forman
Los guerreros en su marcha,
Y el espanto y el terror
En nuestra costa levantan.
Y a lo lejos parecían
Las infernales fantasmas
Que en las tartáreas regiones
Entre las tinieblas vagan.
Nuestras indias inocentes
Que los cerros coronaban,
Despavoridas corrían
A las desiertas cabañas,
Sueltos los negros cabellos
En las desnudas espaldas,
Y en la cuna de sus hijos
Sus bellos ojos fijaban.
Pero apenas el rumor
Oye el cacique de Jagua,
Al fiero Ornoya confía
La salvación de la patria.
Todo es vida y movimiento,
Hierve la gente en las playas,
Resuenan los caracoles,
Cúbrese el mar de piraguas,
Y las lúgubres bocinas
Sordas el aire rasgaban.
Vuela el cacique al combate,
Y la juventud arrastra,
Ya con el arco o la piedra,
Ya con el remo o la maza.
¡Ornoya! El fiero guerrero,
Flor de los héroes de Jagua,
Cuyo brazo no vencido
Era el cedro en la montaña,
Y cuya voz excedía
Al trueno que ronco brama,
Y al rayo que corta el aire
En rapidez semejaba;
Da la señal y sangrientos
Sus guerreros avanzaban,
Y empeñan la recia lid,
Tiñen de sangre las aguas,
Chocan las naves, se estrellan
Y airadas se despedazan
Las dos enemigas tribus
Al soplo de la venganza.
En medio de la pelea
Ornoya el brazo levanta,
Aquí hiere, allí extermina,
Allá empuñando la maza
Abre a un rival la cabeza
Y del cuerpo la separa.
Pero al ver que el enemigo
Dobla irritado la audacia,
Con acento varonil
A su hueste electrizaba.
«Compañeros, la victoria
Corona nuestra esperanza;
Combatamos, y seguidme;
Que el que expire en la batalla,
A la noche del sepulcro
No bajará sin venganza.
¿Qué teméis? Una es la muerte;
Sólo la deshonra infama;

Los cuerpos del enemigo
Nos servirán de mortaja,
Al crujido de los huesos
Que hollemos con nuestras plantas.»
Dice, y las naves ligeras
Miden furiosas las aguas,
Cortan el aire las flechas,
El mar sus ondas levanta,
Y se amontonan cayendo
Piedras, troncos, leños, mazas;
A los golpes se desploma
Una entreabierta piragua,
Y en las rocas puntiagudas
Se oyen estrellar las tablas.

Embravecida la lucha,
Se estrechan y se entrelazan
Combatiendo los rivales
Con enfurecida saña.
En el cráneo del vencido
Las agudas uñas clavan,
Y en las órbitas vacías
Los sangrientos ojos saltan.
Arrancan la cabellera
Del que cayó en la piragua;
Y con la carne aun caliente
Sobre los remos flotaban.
Los guerreros semivivos
Arroja el mar en las playas,
Y los fúnebres clamores
El viento lleva en sus alas.
Los tiburones roqueros
En las olas aleteaban,
Y a los héroes insepultos
Con los dientes despedazan.
Lago de sangre es el fondo
De cada hundida piragua;
Nadie vacila en la lucha,
Y el laurel de la batalla
Indecisa la victoria
A los campeones negaba.
Cuando rompiendo las olas
En una hermosa piragua,
Por las filas enemigas
El audaz Ornoya avanza,
Y al genio de las tinieblas
Finge el guerrero en su marcha.
Síguenle doce campeones
Recios de miembros y espaldas,
Ágiles, vivos y osados,
En cuya frente tostada
Azules y blancas plumas
Tintas en sangre flotaban.
Enfurecidos se arrojan,
Y en la enemiga piragua
Acometen al cacique
Que fieramente luchaba
Con el tropel de guerreros
Por arrebatar la palma,
Cuando clavan en sus sienes
Una flecha emponzoñada:
El cacique lanza un grito,
Vacila, cae y la maza
De la mano moribunda
Suelta al exhalar el alma,
Exclamando en ronco acento:
«¡Victoria! ¡Muerte! ¡Bahama!»
Al ver caer al guerrero
Infiel, su gente desmaya,
Y furioso el bravo Ornoya
Rompe, desordena, mata,
Filas enteras derriba,
Y de piragua en piragua,
Como el rayo en la tormenta,
Atropella, desbarata;
Y en el montón de cadáveres
Su sombra se dibujaba
Como el ángel de la muerte
Que el Universo amenaza.
«¡Victoria!» gritan cien voces;
Y en la ruidosa algazara,
«¡Victoria a Ornoya!» repiten
Las indias en las montañas.
Huye aterrado el vencido,
Baten los remos las aguas
Y en el vecino horizonte
El sol las velas doraba;
Hierven las olas, los vientos
Despliegan fieros las alas,
Y en filas de dos en dos,
Con las vencidas piraguas
Y sus caciques rendidos
Entra el vencedor en Jagua.

EL NIDO DE CÓNDORES

Esta hermosa fantasía poética es de Olegario Víctor Andrade, quien la dedica a enaltecer la gloria del libertador de su patria, José de San Martín.

I

EN la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio a sus rumores,
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas,

LA NIÑEZ DE ALFREDO EL GRANDE—CUADRO DE E. BLAIR LEIGHTON



Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo.

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno
Parece que fermentan las borrascas,
Y que dormita el trueno.

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña:
Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña.

No sueña con el valle, ni la sierra,
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
Despeñando por riscos y quebradas
Sus témpanos de llama.

No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana.

Muchas nubes pasaron a su vista,
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes.

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:
Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña.

En la tarde anterior, cuando volvía
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera:
Un niño, y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante:
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto,
De esta cumbre gigante.»

El cóndor, al oirlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco graznido,
Y fué a posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
Pasó la noche, y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja.

II

Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,
Recuerdos de otro tiempo de esplendores,
De otro tiempo de gloria,
En que era breve espacio a su ardimiento
La anchurosa región del vago viento.

Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva,
Dando caza a las nubes en Oriente;
O con mirada altiva
En la garra pujante se apoyaba,
Cual se apoya un titán sobre su clava.

Una mañana—¡inolvidable día!
Ya iba a soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
Y descender al llano,
A celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva,—

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de Occidente:
El rumor del torrente desatado,
La cólera rugiente,
Del volcán que en horrible paroxismo
Se revuelca en el fondo del abismo.

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
Y vibraron los bélicos clarines,
Del Ande gigantesco en los confines.

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros,
¡Y atónita al sentirlos la montaña,
Bajó la frente, y desgarró su entraña!

¿Dónde van? ¿dónde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía;
Donde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo,
¡Van a morir o libertar un mundo!

III

Pensativo a su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino
¡Al león hispano asió de la melena
Y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: ¡este es el grande!
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo a su vez: ¡mirad! ¡Esa es mi gloria!

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;
¡Y a sus roncos acentos,
Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelea;
Viento de tempestad llevó a su oído
Rugidos de marea;
¡Y descendió a la cumbre de una sierra,
La corva garra abierta, en son de guerra!

¡Porfiada era la lid! Por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,
¡Y penachos, espadas y cimeras,
Cureñas y cañones,
Como heridos de un vértigo tremendo
En la cima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid! En la humareda,
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba:
¡Y al fin, entre relámpagos de gloria,
Vino a alzarla en sus brazos la victoria!

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
Grito inmenso de júbilo salvaje;
¡Y desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
Fué esparciendo por sierras y por llanos
Jirones de estandartes castellanos!

V

¡Desde entonces, jinete del vacío,
Cabalgando en nublados y huracanes,
En la cumbre, en el páramo sombrío,
Tras hielos y volcanes,
Fué siguiendo los vívidos fulgores
De la bandera azul de sus amores!

¡La vió al borde del mar, que se empinaba
Para verla pasar, y que en la lira
De bronce de sus olas entonaba,
Como un grito de ira,
El himno con que rompe las cadenas
De su cárcel de rocas y de arenas!

¡La vió en Maipú, en Junín y hasta en aquella
Noche de maldición, noche de duelo,
En que desapareció como una estrella
Tras las nubes del cielo;
Y al compás de sus lúgubres graznidos
Fué sembrando el espanto en los dormidos!

¡Siempre tras ella, siempre! hasta que un día
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo;
¡El sol de la libertad que aparecía
Tras nublado profundo,
Y envuelto en su magnífica vislumbre
Tornó soberbio a la nativa cumbre!

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero
En el calvo señor de la montaña!
¡Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña;
Y al beso de la luz del sol naciente
Volvió otra vez a sacudir las alas
Y a perderse en las nubes del Oriente!

¿A dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
¡Va a esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
A cuyo solo nombre se postraban
Tiranos y opresores!
Va a posarse en la cresta de una roca,
Batida por las ondas y los vientos,
«¡Allá, donde se queja la ribera
Con amargo lamento,
Porque sintió pasar planta extranjera
Y no sintió tronar el escarmiento!»

¡Y allá estará! Cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria,
Cuando el mar patagón alce a su paso
Los himnos de victoria,
Volverá a saludarlo como un día
En la cumbre del Ande,
Para decir al mundo: ¡Este es el grande!

AL GENERAL LAVALLE

¡MÁRTIR del pueblo! tu gigante talla
Más grande y majestuosa se levanta,
Que entre el solemne horror de la batalla,
Cuando de fierro la sangrienta valla
Servía de pedestal para tu planta.

¡Mártir del pueblo! víctima expiatoria
Inmolada en el ara de una idea,
Te has dormido en los brazos de la historia
Con la inmortal diadema de la gloria
Que del genio un relámpago clarea.

¡Mártir del pueblo! apóstol del derecho,
Tu sangre es lluvia de fecundo riego;
Y el postrimer aliento de tu pecho,
Que era a la fe de tu creencia estrecho
Será más tarde un vendaval de fuego.

¡Mártir del pueblo! tu cadáver yerto
Como el ombú que el huracán desgaja,
Tiene su tumba digna en el desierto,
Sus grandes armonías por concierto
Y el cielo de la patria por mortaja.

¿Qué importa que en las sombras de Occidente,
Del desencanto doloroso emblema,
Como una virgen que morir se siente,
Incline el sol la enardecida frente,
De los mundos magnífica diadema?

¿Qué importa que se melle en las gargantas
El cuchillo del déspota porteño,
Y ponga de escabel bajo sus plantas
Del patriotismo las enseñas santas,
Con que iba un héroe a perturbar su sueño?

¿Qué importa que sucumban los campeones
Y caigan los aceros de sus manos,
Si no muere la fe en los corazones,
Y del pendón del libre, los jirones
Sirven para amarrar a los tiranos?

¿Qué importa, si esa sangre que gotea
En principio de vida se convierte,
Y el humo funeral de la pelea
Lleva sobre sus alas una idea
Que triunfa de la saña de la muerte?

¿Qué importa que la tierra adolorida
Solloce con las fuentes y las brisas,
Si no ha de ser eterna su partida,
Si con nuevo vigor, con nueva vida
Más grande ha de brotar de sus cenizas?

¡Mártir! Al borde de la tumba helada
La gloria velará tu polvo inerte,
Y al resplandor rojizo de tu espada
Caerá de hinojos esa turba airada
Que disputa sus presas a la muerte.

Y cuando tiña el horizonte obscuro,
Del porvenir la llamarada inmensa,
Y se desplome el carcomido muro
Que tiembla como el álamo inseguro
Ante las nubes que el dolor condensa,—

¡Entonces los proscritos, los hermanos,
Irán ante tu fosa reverentes,
A orar a Dios con suplicantes manos
Para saber domar a los tiranos,
O morir como mueren los valientes!

OLEGARIO VÍCTOR ANDRADE.

A COLOMBIA

Miguel Antonio Caro, notable escritor y político colombiano (1843–1909), dice en este soneto cuán profundo es el amor que siente por el suelo nativo.

¡PATRIA! te adoro en mi silencio mudo
Y temo profanar tu nombre santo;
Por ti he llorado y padecido tánto
Como lengua mortal decir no pudo.

No busco yo el amparo de tu escudo,
Sino la sombra dulce de tu manto;
Quiero en tu seno derramar mi llanto,
Vivir, morir por ti, pobre y desnudo.

Ni poder ni esplendor ni lozanía
Son razones de amar, otro es el lazo
Que nadie nunca desatar podría;

Amo yo por instinto tu regazo;
Madre eres tú de la progenie mía...
¡Patria, de tus entrañas soy pedazo!

EL ÚLTIMO AZTECA

En esta interesante poesía José Peón y Contreras narra, con mucha animación y gran viveza de colorido, los episodios principales de la prisión, tormento y muerte del célebre e infortunado emperador mejicano Guatimozín, víctima de Hernán Cortés y sus compañeros.

EL SITIO

HERNANDO CORTÉS al frente
De los españoles tercios,
Diezmados por Couitlahuazin
En una noche de duelo,

Y con las huestes marciales
De aquel tlaxcalteca ejercito,
Tan implacable en sus odios
Y al Anáhuac tan funesto,

A Tenuchtitlán con grandes
Y poderosos aprestos,
Al anochecer de un día
Le pone el último cerco.

Suena el tambor de Teocali
En tan solemnes momentos,
Y su sonido los montes
Repercuten a lo lejos:

« Guerra,» difunden los aires,
« Guerra,» repiten los ecos,
Y quedan las sementeras
Y los hogares desiertos.

Todos a las armas corren
Ebrios, y de odio sedientos,
Y donde no alzan trincheras
Llenan de fosos el suelo.

El bronce truena, conmueve
Los muros en sus cimientos,
Y a su fulgor los aceros
Brillan entre el humo denso;

Se oyen gritos de agonía,
Crece el horror del estruendo,
Y flechas, dardos y piedras
El curso atajan del viento.

¡Gloriosos días de luto!
¡Gloriosos días aquellos
En que el altar de la patria
Bañan en sangre los pueblos!

La gran ciudad no se rinde
Al conquistador ibero,
Ni de los traidores teme
Al número ni al esfuerzo;

Pues Cuauhtemotzín la guarda
En instantes tan supremos,
¡Y jura a los mexicanos
Lidiar y morir con ellos!

Avanzan lentos los días
Y lento avanza el asedio
Tras espantosos combates
Y formidables encuentros.

El astro azteca se eclipsa
Envuelto en fúnebres velos,
Y cunde entre los sitiados
La angustia, no el desaliento.

La tierra se ha convertido
En un panteón inmenso,
Y nadan en la laguna
Los cadáveres sangrientos.

Se oye de hambrientas mujeres
El moribundo lamento,
Y devorando a sus hijos
Piden la muerte a los cielos.

Los ancianos sacerdotes
Y los valientes guerreros
Cruzan las calles inmundas,
Sombríos y macilentos.

Y tan espantoso cuadro
Tal parece del infierno,
A los resplandores fúnebres
De las llamas del incendio.

Se difunde hasta los campos
La fetidez de los muertos,
Que insepultos en las calles
Son de la lid pavimento.

Cortés, tan grande heroísmo
Y tanto infortunio viendo,
Manda al rey una embajada
Con dos nobles prisioneros.

Pídele cese el estrago,
Y por decorosos medios,
Rinda las armas, y entregue
La capital de su reino.

Cuauhtemotzín, indignado,
De honor y constancia ejemplo,
Rechaza ofertas que juzga
Por deshonrosos convenios;

Y las citas y embajadas,
Y los constantes empeños
Del conquistador, recibe
Siempre digno, siempre fiero.

Con el Cihuacoatl le envía
A decir que está resuelto
A sucumbir en la lucha
Sin acceder a sus ruegos;

Que a conferenciar se niega,
Que firme estará en su puesto,
Que quien su deber conoce
Por él sucumbe sin miedo.

Y el castellano orgulloso
Tales razones oyendo,
Ordena el último asalto
Y entra a la lid el primero.

La Prisión

Defiende el azteca rudo,
Con un valor indomable,
El trono de sus mayores
Y su hacienda y sus hogares

Y defiende más que todo,
Porque más que todo vale,
De su nación infelice
Las augustas libertades.

Cuauhtemotzín valeroso
Resiste en plazas y calles

De su terrible enemigo
Al escuadrón formidable;

Y resiste a sus empujes;
Bien, como suele en los mares
Acorazado moderno
De las olas el embate.

No abandona sus trincheras
Más que cuando al suelo caen,
Ni desampara sus fosos
Sino henchidos de cadáveres.

Empero, desesperado,
Mira que la muerte abate,
Como en los campos la chía
Siega la hoz incansable,

A la flor de sus guerreros,
Murallas de su estandarte,
Y a los nobles que pelean
En torno suyo leales.

Comprende al cabo el monarca,
Al comenzar una tarde,
De angustia lleno por dentro,
Por fuera de lodo y sangre,

Que sus abatidas tropas,
Escasas y miserables,
Si combatiendo no mueren,
Víctimas serán del hambre.

Con Tecuichpotzín, su esposa,
Que es de sus cuitas el ángel,
Se acoge a débil piragua.
Presa el alma de coraje,

Y al puerto de Tlaltelolco
Vuela, sin imaginarse
Que en él, Sandoval lo espera
Para impedir que se salve.

Cruzando van por el lago,
Como bandadas de aves,
En rápidos barquichuelos
De todas formas y clases,

Mujeres, niños y ancianos
Y vencidos militares
Que huyen de la soldadesca,
Del incendio y el pillaje.

Sandoval con otros muchos
Corona por todas partes
El exiguo embarcadero
De Tlaltelolco, y que pasen

Impide a los fugitivos
Que, en tan apurado trance,
Al remo tan sólo fían
Sus vidas y sus caudales.

Cuauhtemotzín llega al puerto,
Mas no sin que lo rechacen,
Y allí de nuevo la lucha
Se traba en solemne instante.

Mas quiso su buena estrella
Que entre otras muchas burlase
Su piragua la custodia
De los rudos capitanes;

Y veloz como las garzas,
Hiende los rojos cristales
De la laguna, ya libre
De su enemigo juzgándose.

Pero García de Holguín,
Que por las insignias reales
Conoció a los fugitivos,
Con su escuadra les da alcance.

Entonces el rey, del fondo
De su embarcación alzándose,
Dirige impotente al cielo
Una mirada salvaje;

De su pecho en lo profundo,
Porque a su rostro no salte,
Guarda su dolor, que apenas
Dentro de su pecho cabe.

Sus flechas arroja al viento,
Su lanza pedazos hace,
Y echando al agua los remos,
Le dice a Holguín con voz grave:

«Soy tu prisionero; sólo
Pido que a la reina trates
Cual corresponde a su sexo,
Su condición y su clase.»

Y pasando con su esposa
A la castellana nave,
Se vió una sombra de muerte
Cubrir su augusto semblante.

La Entrevista

Algunas horas más tarde,
En una grande azotea
Tapizada con alfombras
De España y finas esteras,

En medio a la cual no ha mucho
Que está servida una mesa
Con exquisitos manjares
Y ricas frutas cubierta,

A su ilustre prisionero
Hernando Cortés espera,
De gozo intenso abrumado
Y de curiosa impaciencia.

Al fin aparece el héroe
Y con lento paso llega

A su vencedor, que grave
Le saluda y se le acerca.

«Malintzín, cuanto he podido,
Exclama el monarca azteca,
Hice por mi augusto trono,
Y de mi pueblo en defensa;

»Mas su alto favor los dioses
Me negaron y aún me niegan;
Ya estoy en tus manos, puedes
Hacer de mí lo que quieras.»

Y de Cortés en el cinto
Viendo un puñal, «o con esa
Arma quítame la vida,
Que es para mí tan molesta,»

Añade, y retrocediendo
Algunos pasos, espera,
Con majestad soberana,
Del vencedor la respuesta.

Entonces el castellano
Le dice afable: «No temas,
Que quien con honor se porta
Es justo que honores tenga.

»Como un valiente has luchado;
El valor siempre se premia,
Y de nosotros no esperes
Ni vituperios, ni ofensas.»

Luego del rey se despide,
Que lo traten bien ordena,
Le repite sus palabras,
Sus promesas le renueva.

Y... vanas fueron, por cierto,
Tan seductoras promesas:
¡Ojalá que las callara!
¡Ojalá no las hiciera!

El Tormento

¡No hay botín! La soldadesca
Con la victoria no obtiene
El tan anhelado fruto
Después de tantos reveses.

Entre escombros y ceniza
Tenuchtitlán desparece,
Y su asombrosa opulencia
En el misterio se envuelve.

Los vencedores altivos
El tiempo en buscarla pierden
Y en insaciable codicia
Escudriñan cuanto pueden.

¿En dónde están las riquezas
Que sorprender tantas veces
Soñaron en los palacios
De aquel fabuloso Oriente?

Murmuran los españoles,
Y murmuran de su jefe,
Que a Cuauhtemotzín no obliga
A que declare o revele

En dónde guarda la tierra,
Dónde sepultados tiene
Los prodigiosos tesoros
Que apilaron tantos reyes.

Cortés las quejas escucha
De sus tropas, mas previene
Que no se ultraje al monarca,
Y se le estime y respete;

Hasta que a su oído llegan
Viles rumores que ofenden
A su honor, y a su decoro
En lo más sensible hieren.

Entonces, y en mala hora
Para ese honor que pretende
Guardar limpio, a las hablillas
De la muchedumbre cede;

Y entregar el rey dispone
A la caterva insolente,
Sedienta de oro, y hechura
Del tesorero Alderete,

Ser que de avaros instintos
Más que ninguno, sostiene
La depravada avaricia
De aquella hidrópica gente,

Que del monarca ya dueña
Para que al mundo confiese
Dónde sus tesoros guarda,
Darle tortura resuelve.

Ya las gasas nocturnales
Sobre los mundos se tienden
A la postrer llamarada
Del incendio de Occidente.

El arcángel de la noche
Los célicos cirios prende,
Las flores abren su cáliz,
Las auras en ellos duermen.

Su viaje postrer las aves
De las montañas emprenden,
Llevando su óbolo último
Al débil nido que tejen.

Mansa la niebla y tranquila
Sobre los llanos desciende,
Y plegan las mariposas
Lánguidas las alas leves.

Todo convida al reposo
En aquella hora solemne,

Todo es tierno, todo es dulce,
Todo es tristemente alegre.

Empero, en esos instantes
De misterioso deleite,
Entre las sombras un crimen
Se prepara lentamente.

En una estancia pequeña,
A la luz mísera y tenue
De un viejo candil mohoso,
Que de un bajo techo pende;

Con el fúnebre aparato
Que el caso horrible requiere,
Se ha preparado el tormento
Que el noble rey sufrir debe.

Ante una mesa cubierta
De un encarnado tapete,
Con duro ademán siniestro
Están sentados tres jueces;

Enhiesto y enmascarado
Se mira de ellos enfrente,
Un verdugo, aunque verdugos
Eran todos los presentes.

Y al través de las rendijas
De una estera que mantiene
La puerta oculta, y a un patio
Da, según lo que parece,

Pues de vez en cuando el aire
A bocanadas la mueve,
De una hoguera gigantesca
Se mira el fulgor perenne,

Y de espadas y rodelas,
Cascos, corazas, broqueles
Y lanzas, se ven, por último,
Tapizadas las paredes.

Dos enlutados sayones
Conducen al rey en breve,
Al cual sigue un tlaxcalteca
Que ha de servirles de intérprete.

A interrogarle comienzan
Y sorprenderlo pretenden,
Y de cuanto le pregunten
Le intiman que nada niegue.

Pero el famoso caudillo,
Que no temió ni a la muerte,
En el silencio se obstina
Como si de mármol fuese;

Y rabiosas y cansadas
Aquellas furias crüeles,
De la enérgica entereza
De su víctima inocente,

Se apoderan de ella al punto
Con vil alma y faz alegre;
Entrambas manos le fijan
A la espalda fuertemente;

Y sujetándole a un potro
Con vigorosos cordeles,
Los desnudos pies le bañan
Con resina y con aceite;

Y bajo de ellos, muy cerca,
Un vivo fuego sostienen,
Para que en duro martirio
Se calcinen lentamente.

El cacique de Tlacopan,
A quien le cabe igual suerte,
Se torna a su rey, y en ayes
Su dolor le hace presente.

Cuauhtemotzín, majestuoso,
El augusto rostro vuelve
Hacia él, y con duras frases,
Indignado, lo reprende:

« ¿Piensas que estoy en un baño
O entregado a algún deleite? »
Le dice, y su labio frío
Como en antes enmudece.

¡Ni una queja, ni un sollozo
De aquel pecho se desprende,
Ni un músculo se contrae
En aquel rostro de nieve!

Llega a Cortés la noticia
De la obstinación del héroe;
Su valor extraordinario
Estima en lo que merece;

Y reflexionando, acaso
En lo que al honor se debe,
Con órdenes terminantes
Manda que el tormento cese.

El poderoso mandato
Los tiranos obedecen,
Mal de su grado: y al punto
La tortura se suspende.

El Suplicio

Marcha Cortés para Honduras,
Donde Olid se le rebela,
Y conduce con sus tropas
Grandes pertrechos de guerra.

Lleva con él una parte
De la legión Tlaxcalteca
Y a Cuauhtemotzín con otros,
También prisioneros lleva.

Pues, dejándole en Anáhuac
Deja su victoria expuesta

Al prestigio que el monarca
Aun en su imperio conserva.

Al declinar una tarde,
Diáfana, pura y serena,
El desdichado cautivo
De Tenuchtitlán se aleja.

Al llegar a sus confines
Torna la vista hacia ella
Y se detiene un instante
De honda congoja suprema.

Acaso un presentimiento
En su corazón se alberga
Que al mirarla, se figura
Que no ha de volver a verla.

El porvenir por delante
Le ofrece brumas y nieblas,
Y detrás un mundo entero
De dulces recuerdos deja.

Tiende la vista del lago
Por las tranquilas riberas,
Y por las calles tortuosas
Su pensamiento vaguea.

Y se agolpan a su mente,
Abrumada de tristeza,
Todas las dichas de su alma,
De su alma todas las penas.

Las que anidaba su pecho,
Esperanzas lisonjeras,
Huyen, como huyen del nido
Las golondrinas inquietas.

¡Pero ellas acaso un día
Han de retornar contentas!
Mas sus esperanzas, ¡nunca!
¡Ay, qué triste es el perderlas!

¡Con qué amargura tan honda
Mira su ciudad ya muerta,
Y tras el prisma del llanto
Su desolación contempla!

Allí gozó en otro tiempo
De las caricias paternas,
Allá fué actor y testigo
En las nacionales fiestas.

Allí perdió en un segundo
Sus ilusiones postreras,
Allá vertieron su sangre,
Allí derramó la ajena.

Más allá vió su corona
Hecha pedazos en tierra...
Y allí no ha de volver nunca...
¡Nunca! para recogerla.

Todo eso en un breve punto
A sus ojos se presenta
Y nublados por las lágrimas
Los baja al suelo, los cierra,

Como si dentro de su alma
Viéndolo todo siguiera;
Y de aquel sitio arrancándose,
Prosigue su marcha lenta.

A la provincia de Acúlam,
Después de jornadas luengas
De miserias y trabajos,
Cortés y los suyos llegan.

En este lugar le anuncian
Que formidable y secreta
Conjuración, ya sus redes
Extiende entre los aztecas.

Que es Cuauhtemotzín el jefe
Torpe lengua le revela,
Y que ha de estallar bien pronto
Si pronto no lo remedia.

Temeroso el castellano
Da la noticia por cierta;
Al regio cautivo juzga
Y a la muerte lo condena.

Húmeda está la mañana;
Pálida amanece y niega
El sol sus rayos de oro
Y su esplendor a la esfera.

Dispersas al pie de un monte
Se ven las humildes tiendas
De un campamento, y a trechos
Aun las fogatas humean.

Sobre la tienda más alta
El pendón de España ondea,
Señor de cielos tan puros
Y de tan vírgenes selvas;

Pendón que del mundo todo
Soberbio se enseñorea,
Lástima es que sus colores
Un instante se obscurezcan.

Lástima es que en mala hora
Con sangre entinten su tela,
Sangre de un rey inocente
Que sube a la horca a perderla.

A la orilla de un camino,
Que no lejos atraviesa,
Majestuosa y elevada
Sus ramas tiende una ceiba;

Y de una de ellas robusta,
Está pendiente una cuerda,
En cuyo extremo flotante
Una lazada está hecha.

Más de doscientos guerreros
El árbol triste rodean,
Y ellos y el suplicio infame
A Cuauhtemotzín esperan.

Al fin, aparece el reo,
Y su noble faz risueña
Indica que el miedo nunca
Morada en su seno encuentra.

Y mirando allí a Cortés,
Que a duras penas sujeta
El inestimable brío
De una yegua cordobesa,

A él se dirige, y con calma
Sus promesas le recuerda
Y de tan grande injusticia
Amargamente se queja.

Se queja, mas no le pide
Perdón, que pedirlo fuera
Indigno de quien ha dado
De su altivez tantas muestras.

«De lo que hoy haces conmigo
Por una infame sospecha,
Piensa, le dice, que al cielo
Has de dar estrecha cuenta.»

Y continuando su marcha
Al árbol siniestro llega,
Y es fama que un franciscano
Hasta aquel sitio lo deja.

Absortos los circunstantes,
La vista clavan en tierra;
Se oye un pregón; el verdugo
Del monarca se apodera;

Pavoroso es el silencio,
Todos callan, todos tiemblan,
Palidecen los semblantes,
Y se cumple la sentencia.

CUAUHTÉMOC

José Peón del Valle, poeta mejicano (nacido en 1866), hijo del ilustre José Peón y Contreras, también canta a Guatimozín, el malaventurado soberano azteca, ensalzando su heroísmo y grandeza de ánimo.

I

NO para ti el monótono y arrullador
sonido
De la silvestre flauta, que en una edad
que ha sido
De enamorados árcades
El bienestar cantó.
No para ti del plácido reposo de la siesta,
La queja de la brisa que vaga en la floresta,
Ni de la fuente límpida
La cadenciosa voz.

II

Para cantarte, el hórrido bramido de
tus mares;
Que de los ahuehuetes las ramas seculares
Formen la lira trágica
De rudo y bronco son;
¡Y allí, donde la tétrica tiniebla no huye
nunca,
Entre las duras rocas de la árida espelunca
Suene tu nombre heroico
En el rugir del león!...

III

Cuando con giros rápidos, los negros nu-
barrones
Por el espacio cruzan, revueltos en montones
Como tropel de búfalos
Que perseguidos van;
Te miro erguido y pálido, al aire la melena,
El ademán resuelto, la indiana faz serena,
Entre los rayos lívidos
Con el turbión pasar.

IV

¡Cómo de antiguas épocas acude a mi
memoria
Entonces el recuerdo, y la gloriosa historia
De tus combates ínclitos
Y tu valor audaz!
¡Tu mismo nombre es bélico, es como nota
hueca
De caracol guerrero, de tamboril azteca,
Pero jamás de música
Que resonó en la paz!

V

Al evocarte, súbito, siniestro se levanta
Todo un pasado horrible; un batallar que
espanta;
Un lago en que cadáveres
Oscilan por doquier;
La sangre oscura y fétida empapa el suelo
indiano;
¡No hay nidos en las ramas ni flores en el
llano,
Ni vencedora el águila
Sobre el nopal se ve!...

VI

Al resplandor flamígero de inextinguible
hoguera,
Con el *chimalli* roto, la negra cabellera
Apelmazada y rígida
Sobre la regia sien,
El noble pecho atlético de combatir
jadeante,
Te he visto en tu caída, soberbio y arrogante

Como el arcángel bíblico
Proscripto del Edén.

VII

Tú sin temor, impávido, lanzando en tu coraje
Como un eterno reto, como un supremo ultraje,
Al campamento ibérico
Tu dardo vengador,
Grande eres como el águila que herida voltejea,
Y en su veloz descenso se afana y aletea
Por ver una vez última
De faz a faz al sol.

VIII

Con el triunfante enérgico, con el vencido blando
Sañudo en el reposo, pero sonriendo cuando
El *teponaztli* bélico
Vibraba en ronco son,
Sentían, admirándote, en las contrarias filas
Pavor, al ver el rayo brotar de tus pupilas,
Bajo el plumaje fúnebre
De tu imperial airón.

IX

Tú fuiste, tú, titánico, quien diste al enemigo
Que batalló en tu suelo, que combatió contigo,
Con tu valor indómito
Renombre y gloria y prez;
Que hallarte en la lid bárbara terrible e imponente,
Y ante tu paso erguirse y contemplar de frente
Grandeza tan heroica,
También grandeza fué!

X

Señor: escucha; límpido y azul y terso el lago
Recoge entre sus ondas el rayo triste y vago
Que la alta luna pálida
Desprende de su sien;
En tus praderas índicas hay árboles y hay nidos;
¡Reposa! mas si acaso mañana los sonidos
Claman de trompas épicas,
¡Señor, despierta y ven!

XI

¡Sal de la tumba lóbrega, al aire la melena,
El ademán resuelto, la indiana faz serena,
Como la ira lívido,
Sublime como un dios;
Y en desbandada, débiles, los de contrarias filas,
Huirán, al ver el rayo brotar de tus pupilas,
Bajo el plumaje fúnebre
De tu imperial airón.

¡PUERTO RICO!

Un patriotismo acendrado y sincero vibra en toda esta composición, tan rica de pompa y gala de lenguaje. Su autor es el poeta portorriqueño José Gautier Benítez (1848–1880).

¡BORINQUÉN! nombre al pensamiento grato
Como el recuerdo de un amor profundo;
Bello jardín, de América el ornato,
Siendo el jardín América del mundo.
Perla que el mar de entre su concha arranca
Al agitar sus ondas placenteras;
Garza dormida entre la espuma blanca
Del níveo cinturón de tus riberas.
Tú, que das a la brisa de los mares,
Al recibir el beso de su aliento,
La garzota gentil de tus palmares;
Que pareces, en medio de la bruma,
Al que llega a tus playas peregrinas,
Una ciudad fantástica de espuma
Que formaron, jugando, las ondinas;
Un jardín encantado
Sobre las aguas de la mar que domas;
Un búcaro de flores, columpiado
Entre espuma y coral, perlas y aromas.
Tú, que en las tardes sobre el mar derramas,
Con los colores que tu ocaso viste,
Otro oceano de flotantes llamas;
Tú, que me das el aire que respiro,
Y vida al canto que espontáneo brota,
Cuando la inspiración en raudo giro
Con sus alas flamígeras azota
La frente del cantor; ¡oye mi acento!
El santo amor que entre mi pecho guardo
Te pintará tu rústica armonía;
Por ti lo lanzo a la región del viento;
Tu amor lo dicta al corazón del bardo,
Y el bardo en él su corazón te envía.
¡Óyelo, patria! El último sonido
Será, tal vez, de mi laúd; muy pronto
Partiré a las regiones del olvido.

Mi juventud efímera se merma,
Y ya en su cárcel habitar no quiere
Un alma melancólica y enferma;
Antes que llegue mi postrero día
Y mi cantar se extinga con mi aliento,
¡Toma, patria, mi última poesía!
¡Ella es de mi amor el testamento!
¡Ella el adiós que tu cantor te envía!

Tres siglos ha que el hombre
Encerrado en el viejo continente,
Ni en ti soñaba, ni soñó tu nombre;
Tu ser fué una bellísima quimera
A los que vían el confín del mundo
De Thule en la fantástica ribera;
Pero sonó una hora en al gigante
Reló que marca su existencia al orbe,
Y abrió sus ondas el airado Atlante.
El dedo del destino
Tocó de un hombre en la ardecida frente
Y entre las ondas le mostró un camino;
Él tan sólo quería
Cruzando las regiones de Occidente,
Volver al sitio donde nace el día;
Al viento del azar tendió sus velas
Desde el confín del túrbido Oceano,
Y la suerte llevó sus carabelas
A chocar con el mundo americano.
De ese mundo, bellísimo fragmento
Eres ¡oh patria! que en el mar lanzara
Un cataclismo al estallar violento;
Mas trajiste tan sólo su belleza
Sin copiar del inmenso continente
La pompa y el horror de su grandeza;
Ni el tigre carnicero,
Ni el león, ni el jaguar en tu montaña
Lanzan su grito aterrador y fiero;
Ni el boa se retuerce en la llanura,
Ni entre las aguas de tu manso río
Turbar el onda transparente y pura
Se ve al caimán indómito y bravío.
Ni arrojas al Atlante,
De la playa pacífica, el inmenso
Rey de los ríos, Marañón gigante.
Ni tus montes, con ruido subitáneo;
Estremecidos en su base crujen,
Cuando con ronco respirar titáneo
El Orizaba y Cotopaxi rugen.
Y no estremece un Niágara tu suelo
Al desplomar la inmensa catarata
En la que el Iris, el pintor del cielo,
Une a las franjas de luciente plata
Oro y carmín, y púrpura y topacio,
Mientras en los cristales se retrata
Fiero el condor, monarca del espacio.
Tienes... la caña en la feraz sabana,
Lago de miel que con la brisa ondea,
Mientras su espuma, la gentil guajana,
Como blanco plumón se balancea.
Y la palma, que mece en el ambiente
Encerrada en el ánfora colgante
La linfa pura de su aérea fuente.
Y de tus montes en la ancha falda,
Donde el cedro y la péndola dominan,
Luce el cafeto la gentil guirnalda
Del combo ramo que a la tierra inclinan
Las bayas de carmín y de esmeralda.
Tú tienes, sí, sus noches voluptuosas,
Que amor feliz al corazón auguran,
Y en un verjel de lirios y de rosas
Manantiales de plata que murmuran;
Tórtolas que se quejan en los montes
Remedando suspiros lastimeros,
Palomas y turpiales y sinsontes
Que anidan en floridos limoneros.
Todo es en ti voluptüoso y leve,
Dulce, apacible, halagador y tierno,
Y tu mundo moral su encanto debe
Al dulce influjo de tu mundo externo.
Por eso, en aquel día
Que abordaron las naves castellanas
A tus bellas riberas, patria mía,
Tus tribus aborígenes,
Dominando el temor que las llevara
Al seno obscuro de tus selvas vírgenes,
Tranquilas contemplaron,
Regresando apacibles a tu orilla,
Cómo los brazos de la cruz se alzaron
Bajo el rojo estandarte de Castilla.
Pura amistad, vehemente,
Unió los hombres que apartó el abismo;
Del indio rudo en la tostada frente
Cayó la onda sagrada del bautismo.
Después, ya roto del temor el dique,
La llama del amor lució esplendente:
La dulce hermana del primer cacique
Llamó su esposo al paladín de Oriente
Y tú fuiste el joyel que traspasaba
El casto beso de su amor primero,
Del señorial cintillo de Agueynaba
A la corona del monarca ibero.

Y después... y después... nunca mi canto
Pinte el hondo luchar de las pasiones,
Ni el exterminio, la crueldad y el llanto,
Mancha de los humanos corazones.
Borremos del error las hondas huellas
Que a la infeliz humanidad desdoran,
Porque hombre soy... y me avergüenzo de ellas.
Llegó un día fatal de horror y duelo,
En que, del oro tras el torpe lucro,
La vil esclavitud manchó tu suelo;
¡Y el huracán del golfo americano

Dejó las naves abordar tranquilas
A las riberas del jardín indiano!
¡Y tú, patria, la perla de Occidente,
No volvistes al seno de los mares
Para lavar la mancha de tu frente!
Mas no en vano en Judea
Corrió la sangre de Jesús, sellando
El triunfo santo de su santa idea;
Mas no en vano anhelante
Camina el mundo por el ancha vía
Del progreso, adelante;
Brilló una aurora de feliz memoria
En que cesaron lágrimas y duelos,
Borrándose una mancha de la historia,
Y mil y mil acentos
Dieron tu nombre ¡libertad sagrada!
A los montes, los valles y los vientos.
¡Y ni una sola represalia impía,
Ni una venganza profanó tu suelo!
¡Bendiciones y cantos, patria mía,
Perdiéronse en las bóvedas del cielo!
¡Extraño cuadro, que en el ancha tierra
Al vencer la opresión en lucha santa,
De entre el lago purpúreo de la guerra
La libertad sangrienta se levanta!
Dios debió sonreir, viendo a su hechura
Hacer del paria hermano cariñoso
Y del ángel tomar la investidura
Al realizar un acto tan hermoso:
Y bendecirte conmovido y tierno
Porque sólo en tu suelo hospitalario
Al dulce influjo de tu mundo externo
Se vió la Redención sin el Calvario.
Otro paso adelante, sin que vibres
El arma fratricida;
En el concierto de los pueblos libres
Se levanta tu voz, savia de vida,
Y juventud circula por tus venas,
Cuando la noble España conmovida
Quebranta del colono las cadenas.
Ya no eres, patria, un átomo perdido
Que al ver su propia pequeñez se aterra;
Ni un jardín escondido
En un pliegue del monte de la tierra.
Eres el pueblo que su voz levanta
Si la justicia y la razón le abona,
Que las exequias del pasado canta
Y el himno santo del progreso entona.
Ya no serás la nave prepotente
Que armada en guerra al huracán retando
Conquista el puerto impávida y valiente
Las ondas y los hombres dominando;
Pero serás la plácida barquilla
Que al impulso de brisa perfumada
Llegue al remanso de la blanda orilla;
Que ese es, patria, tu sino,
Libertad conquistar, ciencia y ventura,
Sin dejar en las zarzas del camino
Ni un jirón de tu blanca vestidura.
Y, patria, si me engaño,
Si me reserva mi destino impío
Llorar tu ruina y contemplar tu daño;
Si he de escuchar tus ecos
Devolverme entre lágrimas y horrores
El ronco acento de tus bronces huecos;
Si fuera mi laúd el destinado
Para cantar tu pena y tu agonía,
¡Ah, que le mire pronto destrozado
En mis trémulas manos, patria mía!
Y antes que el mal en tu recinto nazca
Y contemplarlo con espanto pueda,
¡Que disponga el Señor cuanto le plazca
De este resto de vida que me queda!
Mas si Jehová concedió al poeta,
Al cantar a su patria y su destino,
La doble vista del veraz profeta;
Si ha de unirse mi nombre con tu historia
Para ser el cantor de tu alegría,
Para ser el heraldo de tu gloria,
Dios me conceda al verte,
De venturas y triunfos coronarte,
¡Una vida sin fin para quererte,
Y una lira inmortal para cantarte!

A LOS HÉROES DE IQUIQUE
(1879)

El poeta chileno Luis Rodríguez Velasco se refiere en este canto a uno de los episodios más notables de la sangrienta guerra que estalló en 1879 entre Chile de una parte y Perú y Bolivia de la otra—guerra de la cual se trata extensamente en la parte de esta obra correspondiente a la historia chilena, en El Libro de la América Latina.

I

El sol que con sus rayos anuncia la mañana
De firme sobre el puesto la viene a iluminar...
La nave tan querida despierta siempre ufana,
Sintiendo en sus costados los besos de la mar.

Audaz dominadora sobre enemiga rada,
Emblema inmaculado de inmaculado honor,
Tendida a todo viento, soberbia y descuidada,
Flamea su bandera de hermoso tricolor.

Los iris matutinos su púrpura y su gualda
Le ofrecen orgullosos con rica profusión,

Porque la nave aquella se llama la
« Esmeralda »,
Y esa bandera hermosa de Chile es el
pendón.

II

....

¡O vencedor o muerto! se dijo convencido
El bravo de los bravos, el genio del valor;
¡O vencedor o muerto! ¡Ninguno fué
vencido!
¡Por eso es muerto el uno y el otro vencedor!

La débil « Covadonga », reliquia de otra
gloria,
Allí a la « Independencia » con furia ve
surgir,
Y audaz la cañonea y alcanza la victoria,
Y al niño aquel gigante ¡perdón llega a
pedir!

En tanto la « Esmeralda » no ceja en la
batalla;
El « Huáscar » la persigue con bárbaro
tesón,
Y en vano mar y tierra la acosan a metralla;
¡No hay mano allí que pueda rendir el
pabellón!

Sus mástiles flaquean, se rompen sus
costados,
Con su espolón de acero la quiere el monstruo hundir...
Y se hunde, y al hundirse, su gente y sus
soldados
¡Con vivas a su patria saludan al morir!

Y Prat, el generoso, radiante de coraje,
De rayo la mirada, de acero el corazón,
Revólver y hacha en mano se lanza al
abordaje
Y muere, y hace al monstruo temblar de
humillación.

III

Espíritu grandioso de patriotismo ardiente,
De bíblico heroísmo sublime exaltación,
Visión generadora de genio omnipotente,
De santa apoteosis profética intuición.

¿Qué no tuvo aquella alma de glorias
inmortales?
¿Qué siglos alumbrarse vió de su suerte
en pos?
¿Qué amor de patria crea las fuerzas
colosales
Que hacen que un hombre mártir se vuelva
un semidiós?

La fábula ha creado Anteos y Titanes
Que el universo entero con estupor miró...
Y entre ellos y entre todos los altos
capitanes
Igual podrá haber uno, ¡pero más grande
no!

¡Con él todos son héroes! Impávido
Serrano
Lo sigue al abordaje lanzándose también;
Y cae con sus bravos al plomo del peruano,
!Porque el chileno lucha de a uno contra
cien!

Y ya la heroica nave se va despedazando,
Quedando a flote apenas un trozo de
tablón,
Y en él está Riquelme que se hunde disparando
¡El último cartucho del último cañón!

IV

¡Oh patria! deja el llanto correr por tus
mejillas,
Que lágrimas son esas de gratitud por él,
¡Mientras la historia misma se pone de
rodillas
Para ceñir su frente con su mejor laurel!

¡Oh patria! en esa sangre tus fuerzas hoy
renacen
Para afianzar tu pura, tu santa libertad...
¡No pueden ser vencidos los pueblos donde
nacen
Los bravos como Cóndell, los héroes como
Prat!

UNIÓN Y LIBERTAD

José Flamenco, poeta centroamericano, lamenta la desunión de los varios Estados de la América del Centro, y hace votos por que, reunidos, y animados por el espíritu de la libertad, marchen todos hacia el engrandecimiento común.

¿NUNCA podrá el poeta
Embriagado de amor y de esperanza,
Dejar la mente inquieta
Vagar por la risueña lontananza
Del porvenir, en que la Patria bella,
Como en la noche esplendorosa estrella
Rompiendo al fin el tenebroso velo
Derrame luz en el azul del cielo?
¿Siempre ha de ser su canto
Consagrado a la brisa y a las flores;
O con acerbo llanto

«LAUS DEO»—CUADRO DE S. J. SOLOMON



Nos hablará del pasajero encanto
De inocentes y plácidos amores?
¿Nunca podrá su lira
Cantar la libertad y el heroísmo?
¿Su pecho no suspira,
Su mente no delira
Con el fuego de ardiente patriotismo?
¡Sí! ¡Que el sensible corazón del vate
Por todo lo que es grande se conmueve,
Y de entusiasmo generoso late
Por lo que un sello de grandeza lleve!

Tú, que diste a las aves dulce canto,
Música blanda al transparente río,
Al fresco bosque misterioso encanto,
Verdura al prado y a la flor rocío;
Tú, que diste a los mares ronco acento,
A la nube arrebol y al cielo estrellas,
Soplo encendido al huracán violento,
Y arrullos a la tórtola que llora;
¡Vierte luz en el alma que te implora!
¡Alas presta a mi inquieto pensamiento!
¡Prueba a mi lira, inspiración sonora!
¡Quiero un canto que llene el firmamento
Para la Patria a quien mi pecho adora!

¡América del Centro! ¡Patria mía!
¡Paraíso gentil de los amores!
¡Cuán bella te soñó mi fantasía
Con tus bosques, tus lagos y tus flores!
¡Tierra de bendición y de alegría,
Si hoy vibra por ti mi lira inquieta,
Recibe mis canciones de poeta!
¡Tuyo es mi corazón, tuya mi lira!
Yo he de ser tu cantor: ¡que sólo tengo
Las tiernas frases que tu amor me inspira
Y que hoy humilde a consagrarte vengo!

Es sincera mi voz: de ello hago alarde;
No me halaga del grande el poderío
Ni el rigor de los déspotas me abruma,
Porque jamás el pensamiento mío
A los tiranos se rindió cobarde.
Nunca la adulación movió mi pluma;
Que envilecer no quise la poesía;
Y altivo, con indómita fiereza,
¡No inclino la cabeza
Sino ante Dios y ante la Patria mía!

¿Dó está la Patria legendaria y fuerte
Que en un día, cual tesoro, recibimos,
Jurando defenderla hasta la muerte?
Esa herencia preciosa ¿qué la hicimos?
¡Ay! Rota, desgarrada,
Desde una noche de recuerdo triste,
Por los genios del mal despedazada,
Con fúnebre crespón de luto viste.

Así como después de la tormenta,
Pasada ya la tempestad violenta,
Brillante el sol y despejado el cielo,
Con tristeza infinita y hondo duelo,
Del mar en las orillas, nuestros ojos
Ven las tablas flotar abandonadas,
Tristísimos despojos
De la nave gentil que sucumbiera,
En la tormenta fiera
Por las olas del mar arrebatadas;
Así también, cuando la calma vino,
Y cesaron del odio los rigores,
Y cansado el destino
De agobiar a la Patria en sus dolores,
La vimos ¡ay! aparecer herida
Por la ambición y el crimen dividida.

¡Patria infeliz! ¿Qué hiciste tu grandeza?
¿Dó está tu poderío?
Alzas en vano la febril cabeza
En tu horrible agonía: yerto, frío,
Tu cuerpo yace; de tu antigua gloria
Apenas quedan restos impotentes:
Que tus hijos no guardan, indolentes,
Ni el recuerdo brillante de la historia
¿De qué sirven la espléndida riqueza
De tus campos feraces cultivados,
Tu cielo azul radiante de belleza,
Los tesoros ingentes encerrados
De tu suelo fecundo en las entrañas
Tus bosques seculares,
Y elevadas montañas,
Lagos serenos y profundos mares?
¡Oh dolor! ¡oh vergüenza!
¿No te entristece tu sopor profundo?
¡Patria! ¡Patria! ¡Comienza
A ser grande otra vez, y que oiga el mundo
Tu nombre! ¡El porvenir sonriente
Lauros apresta para orlar tu frente!

¡Álzate ya, que por divino rayo
Estás iluminada!
¡Sal de tu triste y lánguido desmayo!
¡Ve a recoger tu enseña abandonada!
¡Deja, deja a tus lágrimas de duelo!
¡De sultana y señora
Cíñete la diadema! ¡Eleva al cielo
De tu mirada la brillante llama,
Y volarás en alas de la fama!
¡América del Centro! ¡Tus dolores
Acaben desde ahora!
¡Tus pueblos soberanos
Olvidan sus rencores
Y la sangre no quieren entre hermanos!
¡Atiende, pues, su voz atronadora!
En ti, mi Patria, con los ojos fijos,
¡Unión y libertad! piden tus hijos.



DE CÓMO PERDONABA RICARDO CORAZÓN DE LEÓN

RICARDO, CORAZÓN DE LEÓN, rey de Inglaterra, era famoso por su bravura en las batallas, su indómito valor y su devoción a la causa de las Cruzades, pero demostró que su clara inteligencia y su grandeza de alma corrían parejas con su energía física. Perdonaba siempre al enemigo, y se mostraba generosísimo con él.

Su hermano Juan se aprovechó de su ausencia para injuriar a Ricardo y usurparle su trono, pero bastó que su madre intercediera por *Juan sin Tierra* para que le perdonara. Franco, rumboso, era adorado por sus soldados y conquistó la caballeroso estimación de su enemigo, Saladino el Sarraceno.

La tendencia de Ricardo Corazón de León a perdonar aparece más clara que en ningún otro acto de su vida en el trato que dió a un rebelde que le había inferido una herida mortal. Vidomar, vizconde de Limoges, había hallado un tesoro en sus tierras, pero no quiso cederle a Ricardo la parte que, en calidad de señor natural suyo, le reclamaba. El rey le sitió en el castillo de Chaluz, residencia de su vasallo, y un día que daba la vuelta a las murallas para ver qué sitio sería más favorable para abrir brecha, Bertrán de Gurdun, reconoció desde el adarve a Ricardo y le disparó una flecha que fué a darle en el hombro. La herida era leve pero fué mal curada y se convirtió en mortal. Cayó el castillo en poder de las tropas de Ricardo, y Bertrán de Gurdun, fué preso y conducido a presencia del rey.

—¡Desgraciado!—exclamó éste incorporándose en el lecho.—¿Qué te he hecho yo para que así atentaras contra mi vida?

—Con vuestra mano matasteis a mi padre y a mis dos hermanos—replicó su asesino.—Ya me he vengado. Ahora soportaré los más horribles tormentos a que podáis someterme, los mayores males que haya en el mundo, contento de haberos dado muerte.

Ricardo no se ofendió con las palabras del joven, y repuso con bondad:

—Te perdono.—Volviéndose entonces a sus servidores, como indica nuestro grabado, exclamó:—Quitadle las cadenas y entregadle cien chelines.

Pero entonces el joven se resistió, y pidió que le devolvieran la espada, rehusando aceptar la clemencia del rey.

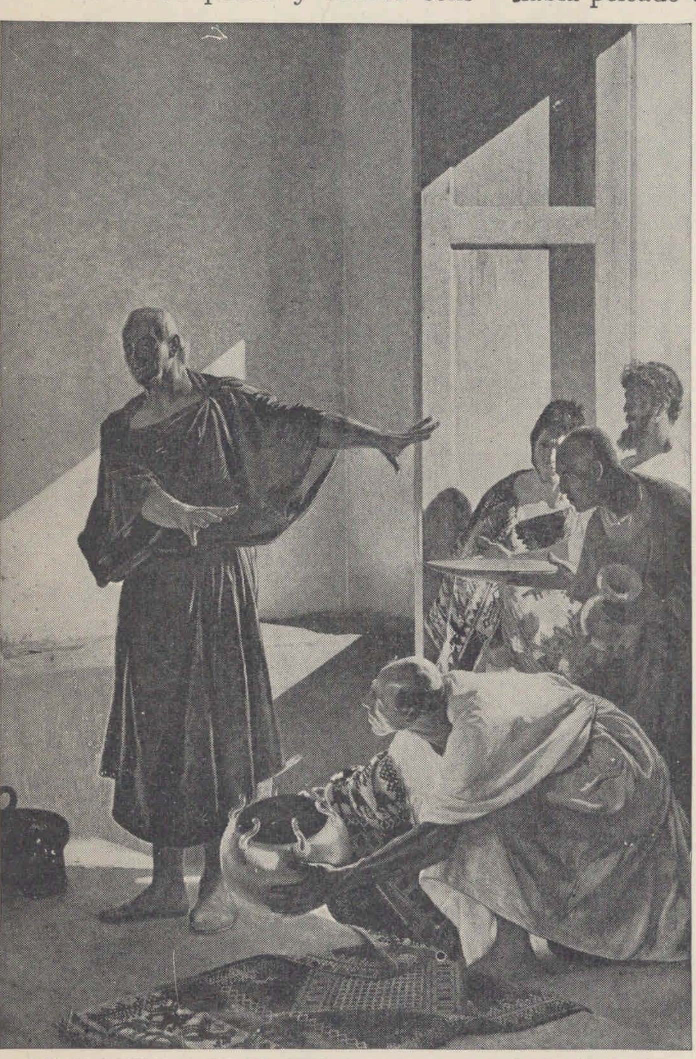
—Dejadle que viva por mi generosidad,—murmuró el agonizante rey.

Pero Gurdun no recobró la libertad, pues los servidores de Ricardo no tuvieron piedad de él, y condenáron le a muerte.

Con todo, el perdón de Ricardo a su asesino demuestra que era tan bravo soldado como misericordioso rey, pronto siempre a perdonar.

UN HÉROE INTEGÉRRIMO DE LA ANTIGUA ROMA

ALCANZÓ Roma su poderío por ser sus ciudadanos hombres honestos, sencillos, duros para el trabajo, amantes de su patria y bravos combatientes, y estar además sabiamente gobernados. En sus comienzos, aquel pequeño Estado se hallaba rodeado de enemigos, y los hombres tenían que abandonar sus haciendas para defender la ciudad contra los volscos, los samnitas y otros pueblos.



CURIO DENTATO NO SE DEJA SOBORNAR POR LOS SAMNITAS

Uno de los más valientes entre aquellos primeros romanos fué el labrador y estadista Curio Dentato, que había peleado contra Pirro y vencido a los samnitas en sus altos valles de los abruptos Apeninos. Tan estimado era de sus conciudadanos que fué elegido por tres veces cónsul o gobernador del Estado, y alcanzó dos veces los honores del triunfo, que era la mayor distinción para un romano.

Pero, cuando la guerra terminaba, Dentato retirábase a su granja y trabajaba en los campos con sus jornaleros, hasta que era llamado otra vez; era hombre fuerte, cuyo carácter imponía respeto, y vivía como un simple campesino, para quien no tenían el menor atractivo el lujo y las comodidades.

Una vez los samnitas le enviaron mensajeros portadores de valiosos presentes de oro con la esperanza de sobornarle y atraerle a su causa. Halláronle los emisarios sentado en un campo, cociendo nabos en una cazuela de barro. Cuando Dentato vió el oro se echó a reir, negándose a recibirlo y diciendo que su deseo era imponer su mando sobre aquellos que vivían en la opulencia mientras él continuaba en la pobreza, y que jamás habría de ceder en la batalla, sobornado por dinero. Los samnitas avergonzados, se llevaron los presentes que habían traído.

Hombres de este fuste fueron los que fundaron el imperio romano, después de aprender el secreto de gobernarse a sí mismos y preferir el honor a la riqueza.

LA HEROÍNA DE LA VERDAD

CERCA de dos siglos hace que vivía en Edimburgo, capital de Escocia, una doncella hija de una familia del pueblo, sumamente pobre. Regía por entonces una ley, asaz injusta, cuyo quebrantamiento era castigado con pena de muerte.

Tenía nuestra heroína, llamada Elena, una hermana menor, a la cual quería tiernamente y hubo por desgracia de ser condenada por infracción de ley aunque en realidad era inocente.

Habría podido Elena, si hubiese querido, irles a los jueces con alguna invención, que no hubiera sido desmentida y demostrar así que su hermana era inocente del delito de que se le acusaba; le habría sido dable salvar a su hermana refiriendo una mentira, pero en manera alguna quiso apelar a tal medio.

Juzgaba Elena que no hay circunstancia alguna que pueda justificar la mixtificación de la verdad; hubiera dado su vida alegremente por salvar la de su hermana, pero así como no había sido capaz de mentir para salvar su propia vida, así tampoco podía hacerlo para salvar a su hermana.

No se conformaba ésta con semejante proceder; y cuando Elena fué a verla a la cárcel, se echó a sus pies pidiéndole que por misericordia mintiese para salvarla, echándole en cara la crueldad que mostraba negándose a hacer una cosa tan fácil, sólo por creer que aquello era una injusticia. Muchos fueron los que intentaron convencerla de que no se trataba de nada injusto, ya que había poderosas razones para hacerlo así, pero Elena persistió en su idea, resistiendo a toda tentación.

Mas, no por negarse a mentir dejaba de pensar en la salvación de su hermana. Aunque ésta había sido condenada a muerte, si se alcanzaba el perdón del rey, quedaría libre. Pero ¿cómo era posible alcanzar el real perdón? El rey vivía en Londres a centenares de leguas de distancia, y ¿de qué suerte podía una pobre muchacha de Edimburgo, en aquellos tiempos, trasladarse a la capital? Decidióse, sin embargo, a hacerlo y emprendió el camino a pie, hasta que quiso la suerte que pudiera subir a un carro. Aun así, la jornada era pesada, larga y no poco peligrosa, por los muchos salteadores que atacaban a los viajeros y caminantes. Mas no había otro remedio que seguir la ruta si quería salvar a su hermana; al fin, pudo llegar a Londres sana y salva.

Residía, por entonces, allí un poderoso Lord escocés, a quien el padre de Elena había prestado algunos servicios; la joven le escribió una carta suplicándole le prestara su concurso para obtener una audiencia de la reina, pues el rey se hallaba a la sazón ausente. Admirado el noble Lord del valor y la honradez de la doncella se apresuró a auxiliarla, y cuando por fin se vió ésta en presencia de la reina, abogó tan bien por su hermana, demostró de un modo tan palpable su inocencia, que persuadió a la soberana y el perdón fué concedido.



HISTORIETAS ILUSTRADAS EN FRANCÉS E INGLÉS

Primera línea: Francés. Segunda línea: traducción literal de cada palabra. Tercera línea: Inglés. Cuarta línea: la misma frase en español. Quinta línea: traducción correcta en nuestro idioma.

Un matin une petite fille s'assit dans un jardin, jouant avec ses poupées.
Una mañana una pequeña niña se sentó en un jardín, jugando con sus muñecas.
One morning a little girl sat in a garden, playing with her dolls.
Una mañana una pequeña niña estaba sentada en un jardín, jugando con sus muñecas.
Una mañana estaba una niña sentada en un jardín, jugando con sus muñecas.

Tout à coup une fée apparut. « Veux-tu aller dans le pays des fées ? »
Todo a golpe un hada apareció. « ¿Quieres tú ir en el país de las hadas? »
Suddenly a fairy appeared. " Would you like to go to fairyland ? "
Repentinamente un hada apareció. « Quisiera usted gustar a ir a hadas país? »
De repente apareció un hada. « ¿Te gustaría ir al país de las hadas? »

« Oui ! » La fée agita sa baguette et elles s'envolèrent.
« ¡Sí! » El hada agitó su varilla y ellas se volaron.
" Yes ! " The fairy waved her wand and they flew away.
« ¡Sí » El hada agitó su varilla y ellas volaron lejos.
« ¡Sí! » El hada agitó su varilla y ambas desaparecieron.





« Voici le pays des poupées ! » s'écria la petite fille. « Voilá ma poupée perdue ! »
« ¡He aquí el país de las muñecas! » se exclamó la pequeña niña. « ¡He aquí mi muñeca perdida! »
" This is doll-land," cried the little girl. " There is my lost dollie ! "
« Esto es muñecas país », gritó la pequeña niña. « ¡Allí es mi perdida muñequita! »
« ¡El país de las muñecas! »—exclamó la niña. « ¡He aquí la muñeca que perdí! »

« Tu m'as abandonnée à la pluie, mais les fées m'ont soignée. »
« Tú me has abandonado a la lluvia, pero las hadas me han cuidado ».
" You left me out in the rain, but the fairies took care of me."
« Usted dejó me fuera en la lluvia, pero las hadas tomaron cuidado de mí ».
« Me dejaste fuera, bajo la lluvia, pero las hadas cuidaron de mí ».

« Pauvre Bella ! Es-tu heureuse dans le pays des fées ? » « Mais oui. »
« ¡Pobre Bella! ¿Eres tú dichosa en el país de las hadas? » « Pero sí ».
" Poor Bella ! Are you happy in fairyland ? " " Yes."
« ¡Pobre Bella! ¿Es usted dichosa en hadas país? » « Sí ».
« ¡Pobre Bella! ¿Eres feliz en el país de las hadas? » « Sí ».







« *Que fais-tu toute la journee ?* » « *Nous jouons nous chantons et nous dansons.* »
« ¿Qué haces tú todo el día? » « Nosotras jugamos, nosotras cantamos y nosotras bailamos ».
" *What do you do all day ?* " " *We play and we sing and we dance.* "
« ¿Qué hace usted hacer todo el día? » « Nosotras jugamos y nosotras cantamos y nosotras bailamos ».
« ¿Qué haces durante el día ? » « Jugamos, cantamos y bailamos ».

« *Qui sont toutes ces autres poupées ?* » « *Des poupées qui ont perdu leurs mères.* »
« ¿Quiénes son todas estas otras muñecas? » « De las muñecas quienes han perdido sus madres ».
" *Who are all these other dolls ?* " " *Dolls who have lost their mothers.* "
« ¿Quiénes son todas estas otras muñecas? » « Muñecas quienes han perdido sus madres ».
« ¿Quiénes son todas estas otras muñecas? » « Muñecas que han perdido sus madres ».

« *Puis-je rester ici pour jouer avec toi ?* » « *Demande cela aux fées.* »
« ¿Puedo yo quedar aquí para jugar con ti ? » « Pregunta esto a las hadas ».
" *May I stay here to play with you ?* " " *Ask the fairies.* "
« ¿Puedo yo quedar aquí a jugar con usted? » « Pregunte las hadas ».
« ¿Puedo quedarme aquí para jugar contigo ? »—« Pregúntaselo a las hadas ».

A ce moment une cloche sonna et la petite fille se réveilla. C'était un rêve !
A este momento una campana tocó y la pequeña niña se despertó. ¡Eso era un sueño!
Just then a bell rang and the little girl awoke. It was a dream !
Justo entonces una campana tocó y la pequeña niña despertó. ¡Eso era un sueño!
En aquel instante tocó una campana y despertó la niña. ¡Había sido un sueño!






CANCIONES INFANTILES FRANCESAS

A continuación se pone la traducción española de estas canciones infantiles en francés e inglés.

JE suis un petit poupon
De belle figure,
Qui aime bien les bonbons
Et les confitures.
Si vous voulez m'en donner
Je saurai bien les manger—
La bonne aventure ! Oh, gai !
La bonne aventure !

Lorsque les petits garçons
Sont gentils et sages,
On leur donne des bonbons,
De jolies images.
Mais quand ils se font gronder,
C'est le fouet qu'il faut donner—
La triste aventure ! Oh, gai !
La triste aventure !

Je serai sage et bien bon,
Pour plaire à ma mère ;
Je saurai bien ma leçon,
Pour plaire à mon père.
Je veux bien les contenter,
Et s'ils veulent m'embrasser—
La bonne aventure ! Oh, gai !
La bonne aventure.

I'M a chubby little thing,
Rather pretty too.
I *often* eat the sweets folks bring,
And jam I *always* do.
Just give me some, and I will show
The way to eat them up I know.
'Tis awful fun. Oh, joy !
'Tis awful fun.

'Tis very nice when little boys
Do just what boys should do ;
Folks give them sweets and often toys,
And pretty pictures too.
But when they're naughty, I believe,
A whipping then is what folks give.
'Tis awful sad. Oh, joy !
'Tis awful sad.

I will be very, very good,
To please my dear Mamma,
And learn my lessons, as I should,
To please my dear Papa.
I always want to do what's right
When Mummy cuddles me up tight.
'Tis awful fun. Oh, joy !
'Tis awful fun.

YO soy un bebé
De rubios cabellos;
Me gustan los dulces
Y los caramelos.
Dadme unos poquitos,
Veréis con qué gusto,
Los como solito.
¡Ay qué bien!
¡Ay qué bien
Los come bebé!

Si son los bebés
Buenos y juiciosos,
Los papás les compran
Juguetes preciosos.
Mas si son traviesos,
Merecen azotes
En lugar de besos.
Feo es, feo es,
Que llore un bebé.

Yo seré un bebé
Bueno y modosito,
Y así me querrán
Mamá y papaíto,
Y con gran cariño
Darán un abrazo
Y un beso, a su niño.
¡Ay qué bien! ¡ay qué bien
Abraza bebé!

HISTORIETA EN ESPAÑOL, FRANCÉS E

VOCABULARIO

Accents, acentos, tonos.
Accosted, significa se acercó y habló a alguien.
Affligé, triste, afligido.
Astounded, asombrado.
Banish, desechar, apartar.
Compelled, es lo mismo que obligado, forzado.
Concerned, significa turbado, disgustado.
Délire, delirio.
Diffidently, tímidamente.
En guise de, como, de la misma manera.
Enthusiastic, entusiasmado, lleno de entusiasmo.
Exquisite, en inglés y **exquis** en francés, exquisito, delicado.
Extinguished, que significa extinguido, apagado.
Habitait, habitaba.
Incessantly, significa constantemente, sin cesar.
Induce, verbo inglés que equivale a inducir, persuadir.
L'avoir tenu à l'écart, haber mantenido a uno apartado de algo.
Légère, ligera.
Melody, en inglés quiere decir melodía, aire musical.
Penetrated, penetraron, entraron.
Rapprocher, en francés quiere decir acercar, juntar.
Raves, hablar sin cesar y con agitación.
Reproaches, en inglés es lo mismo que reprochar, echar en cara.
Respond, responder, replicar. Responder a un aplauso significa repetir lo que están aplaudiendo.
S'échappent, se escapan.
Se dirigeaient, se dirigían.
Soothe, calmar, tranquilizar.
Tout à coup, en francés significa de repente.
Vient rompre, viene a interrumpir o a romper.
Virtuose, en francés es lo mismo que músico consumado.

AMOR FRATERNAL

El gran violinista saludó dando las gracias al auditorio entusiasmado; luego bajó corriendo la escalera del escenario. La puerta se cerró tras él, pero continuaron oyéndose tan prolongados aplausos, que casi le obligaban a responder. « No »; dijo sacudiendo la cabeza: « estoy muy cansado, no puedo tocar ni una nota ». Al subir al automóvil, se le acercó un niño: « Dispénseme usted, caballero »,—le dijo con timidez,—« ¿no podría usted disponer de algunos minutos para tocar algo a mi hermanito? »

El violinista pareció asombrado. « Está muy malito », prosiguió el niño. Ni siquiera nos reconoce; pero está tan afligido por no haber asistido al concierto, que no puede apartar esta idea de su cerebro. En su delirio habla de ello continuamente, y nos echa en cara que le hayamos privado de este placer. El médico dice que si no duerme, se muere; y yo he pensado que, si podía decidir a usted a que le tocara algo, los acentos de su violín le calmarían. ¡Oh, está enamorado de ese violín! . . . Mi madre decía que usted no querría venir ». « ¿Y tú has tenido fe en mí? » preguntó el violinista. « ¿Dónde vives? »

El niño le dió las señas de su casa y a los pocos minutos los dos se dirigían a ella. En una ventana brillaba una luz, « Ese es el cuarto! »—exclamó el niño. El violinista no contestó y el niño se alejó. De repente una dulce melodía rompió el silencio de la noche. Las notas se escapaban una tras otra, llenando el aire de dulces melodías, y penetraron en el cuarto del enfermito, llevándole alegría y paz. Cesó su agitación, y los párpados del niño se fueron cerrando lánguidamente bajo la acción de un profundo sueño.

El artista que esperaba con los ojos clavados en la ventana, vió una mano que con suavidad corría las cortinas. Al desvanecerse la luz, volvió a colocar el violín en su estuche y se alejó.

INGLÉS, ACOMPAÑADA DE UN VOCABULARIO

L'AMOUR D'UN FRÈRE

Le grand violoniste salua *en guise de* remerciements, l'auditoire enthousiasmé, puis descendit l'escalier de la scène en courant. La porte se referma sur lui, laissant entendre des applaudissements si persistants qu'ils l'obligèrent presque à répondre. Mais il secoua la tête. « Je suis trop fatigué, » dit-il, « pour jouer une note de plus. » Comme il montait dans son automobile, un petit garçon l'accosta. « Excusez-moi, monsieur, » dit-il timidement, « mais pouvez-vous disposer de quelques minutes pour jouer quelque chose à mon petit frère ? »

Le violoniste parut abasourdi. « Il est très malade, » expliqua le petit garçon. « Il ne nous reconnait même pas maintenant, mais il est si *affligé* d'avoir manqué votre concert qu'il ne peut en bannir l'idée de sa tête. Il en parle incessamment dans son *délire* et nous reproche de *l'avoir tenu à l'écart.* Le docteur dit qu'il lui faut du sommeil ou, sinon, il mourra, et j'ai pensé que si je pouvais vous décider à lui jouer quelque chose, cela le calmerait. Ah! il est fou de ce violon! . . . Ma mère disait que vous ne viendriez jamais. »

« Mais toi, tu as eu plus de foi en moi ? » répondit le violoniste. « Où demeures-tu ? » Le petit garçon lui dit où il *habitait,* et ils *se dirigeaient* vers la maison. Une lumière brillait à l'une des fenêtres. « Violà la chambre ! » dit le petit garçon. Le *virtuose* ne répondit rien, et le petit garçon s'esquiva. *Tout à coup* une douce mélodie *vient rompre* le silence de la nuit. Les notes *s'échappent* les unes après les autres, remplissant l'air de leur charme. Elles pénétrent dans la chambrette, apportant la joie et la paix au jeune patient; l'agitation cesse, et les paupières languissantes de l'enfant se ferment enfin sous l'action d'un profond sommeil.

L'artiste en regardant la fenêtre, voit une main *légère rapprocher* les rideaux et la lumière s'éteindre, alors il replace son violon, et disparait.

THE LOVE OF A BROTHER

The great violinist bowed his thanks to the *enthusiastic* audience and ran down the platform steps. The door swung to behind him, but through it came the sound of applause so persistent that it almost *compelled* him to *respond.* But he shook his head. " I'm too tired," he declared, " to play another note." As he stepped into his motor, a boy *accosted* him. " I beg your pardon, sir," he said *diffidently.* " But could you spare a few minutes to play something to my little brother ? "

The man looked *astounded.* " He's very ill," explained the boy. " He doesn't even know us now, but he's so *concerned* at missing your concert that he seems unable to *banish* it from his mind. He *raves* about it *incessantly,* and *reproaches* us for keeping him away. The doctor says he must have sleep or he will die, and I thought that if I could *induce* you to play to him just a little, it might *soothe* him. He's mad about the fiddle. . . . Mother said you'd never come."

" But you had more faith in me ? " said the fiddler. " Where do you live ? " The boy told him, and in a few minutes they were on their way to the house where the sick boy lay.

At one of the windows a light shone brightly. " That's the room," said the boy, as they paused for a moment in the little garden. The man did not answer, and the boy slipped away. For a while there was silence, and then suddenly the stillness was broken by an *exquisite melody.* Note by note it fell, till the air was flooded with its sweetness. It *penetrated* the sick-room, and brought joy and peace to the little sufferer; the restlessness ceased, and the tired eyelids drooped till at last they closed in a deep sleep.

The man in the garden below watched till the curtains were softly drawn and the lights *extinguished,* then he slid his violin back into its case, and vanished in the darkness.

EL MILANO ENFERMO

Cayó enfermo un milano, y pensando iba a morir pidió a su madre fuese por



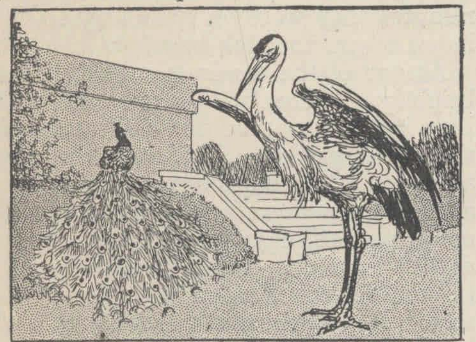
todas las iglesias y suplicase a los fieles rogasen por él, a fin de que recobrase la salud perdida.

—¡Insensato!—le respondió su vieja madre—¿cómo quieres que recen por ti los mismos a quienes no has hecho otra cosa que robar y hacer daño toda la vida?

El arrepentimiento tardío es vano.

EL PAVO REAL Y LA GRULLA

Convidada a comer una grulla por cierto pavo real, disputaban acerca de cuál tenía mejores prendas naturales, y abriendo el pavo real su cola, decía



que aquel abanico de tan ricas plumas no tenía cosa que se le igualara.—« Ciertamente, respondió la grulla, confieso que eres más hermosa ave que yo, pero si tus plumas son más vistosas que las mías, en cambio no puedes volar, y yo con las mías puedo levantarme y subir hasta las nubes, contemplando debajo de mis pies todas las maravillas del mundo ».

Nadie debe ser despreciado, porque cada cual tiene sus cualidades y perfecciones particulares.

EL ÁRBOL Y LA CAÑA

Roto por el furioso vendaval un árbol corpulento, cayó al río, y llevado por la corriente, fué a dar contra una débil caña, sin que ésta se rompiese. Admirado el árbol de que la caña permaneciese firme en tan terrible tempestad, oyó que le decía:—« Natural es que yo no sufra daño alguno, porque



me doblo y cedo fácilmente a todos los vientos; pero tú que has querido resistirles has sido arrollado y tronchado por ellos ».

No debemos resistir a los que pueden más que nosotros, sino ceder para dejar pasar su ira.

EL CARRETERO Y HÉRCULES

Andando un campesino por un mal camino se le atascó el carro en un atolladero. Inmediatamente imploró a Hércules con los ojos fijos en el cielo. En esta actitud oyó una voz que le dijo: —« Arrea los caballos, empuja las ruedas y verás como Hércules te ayuda, majadero ».

Ayúdate y Dios te ayudará, dice el proverbio.



ÍNDICE GENERAL

NOTA: Este índice está dividido en dos partes: la primera contiene las materias, nombres de autores, etc., dispuestos en orden alfabético, y en la segunda se encuentran los títulos de todos los artículos de la obra, agrupados por secciones.

Las cifras romanas indican el número del volumen, y los caracteres arábigos expresan la página en que está lo que se busque. Así, por ejemplo, XII-3949 quiere decir que se acuda a la página 3949, la cual está en el tomo doce.

Índice General

Índice General

Índice General

Índice General

Índice General

Índice General

Índice General

Índice General

Índice General

Índice General

Índice General

Índice General

Índice General

CH

Índice General

E

Índice General

F

Índice General

G

J

Índice General

W

ÍNDICE POR SECCIONES

NOTA: Las cifras romanas indican el numero del volumen, y los caracteres arábigos expresan la página en que está lo que se busque. Asi, por ejemplo, III-989 quiere decir que se acuda a la página 989, la cual está en el tomo tres.

AMERICA LATINA — Continuación

Guayana

Méjico y La América Central

Paraguay

Perú — Bosquejo histórico

Perú — Estado económico

Perú — Hombres prominentes

AMERICA LATINA — Continuación

Uruguay — Antecedentes de la Revolución Uruguaya

Uruguay — La Revolución Uruguaya y las Guerras de Artigas

AMERICA LATINA — Continuación

COSAS QUE DEBEMOS SABER

Índice por secciones

EL LIBRO DE HECHOS HEROICOS

EL LIBRO DE HECHOS HEROICOS — Continuación

Índice por secciones

EL LIBRO DE LA POESIA

En el índice especial que segue por orden alfabético, aparecen los títulos de todos los poemas impresos en los veinte volúmenes. En el índice general bajo la letra que le corresponde, están los nombres de los autores y debajo de cada nombre se encuentran los títulos de las composiciones pertenecientes a cada uno.

EL LIBRO DE LA POESIA — Continuación

EL LIBRO DE LA POESIA — Continuación

EL LIBRO DE LA POESIA — Continuación

EL LIBRO DE LA POESIA — Continuación

EL LIBRO DE LA POESIA — Continuación

EL LIBRO DE LA POESIA — Continuación

EL LIBRO DE LA POESIA — Continuación

EL LIBRO DE LA POESIA — Continuación

EL LIBRO DE LA POESIA — Continuación

EL LIBRO DE LECCIONES RECREATIVAS

Dibujo

Francés e Inglés

Música

Índice por secciones

EL LIBRO DE LOS «POR QUE»

EL LIBRO DE LOS «POR QUE»—Continuación

EL LIBRO DE LOS « POR QUE »— Continuación

EL LIBRO DE LOS « POR QUE »— Continuación

EL LIBRO DE LOS «POR QUE»—
Continuación

EL LIBRO DE LOS «POR QUE»—
Continuación

EL LIBRO DE LOS « POR QUE »— Continuación

EL LIBRO DE LOS « POR QUE »— Continuación

EL LIBRO DE LOS «POR QUE»— Continuación

EL LIBRO DE NARRACIONES INTERESANTES

EL LIBRO DE NARRACIONES INTERESANTES—Continuación

EL LIBRO DE NARRACIONES INTERESANTES—Continuación

Índice por secciones

EL LIBRO DE NUESTRA VIDA—
Continuación

EL LIBRO DE NUESTRA VIDA—
Continuación

EL LIBRO DE NUESTRA VIDA—
Continuación

Índice por secciones

EL LIBRO DE NUESTRA VIDA—
Continuación

EL LIBRO DE NUESTRA VIDA—
Continuación

HISTORIA DE LOS LIBROS CÉLEBRES

HISTORIA DE LOS LIBROS CÉLEBRES—Continuación

HOMBRES Y MUJERES CÉLEBRES

HOMBRES Y MUJERES CÉLEBRES—Continuación

JUEGOS Y PASATIEMPOS

JUEGOS Y PASATIEMPOS—Continuación

JUEGOS Y PASATIEMPOS—Continuación

JUEGOS Y PASATIEMPOS—Continuación

JUEGOS Y PASATIEMPOS—Continuación

LA HISTORIA DE LA TIERRA

Índice por secciones

LA HISTORIA DE LA TIERRA

LA HISTORIA DE LA TIERRA—Continuación

Indice por secciones

LOS DOS GRANDES REINOS DE LA NATURALEZA

LOS PAÍSES Y SUS COSTUMBRES

